

LOS PELIGROS DEL
Emparejamiento

DEBORAH HALE

Los peligros del emparejamiento

Deborah Hale

Contenido

[Página del título](#)

[Cupido va a Gretna \(Los peligros del emparejamiento n° 1\)](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[El pequeño secreto de Lady Lyte \(Los peligros del emparejamiento n° 2\)](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Epílogo](#)

Cupido va a Gretna (Los peligros del emparejamiento nº 1)

Deborah Hale

Capítulo Uno

Bath, Inglaterra, 1815.

"Sr. Armitage, ¿podría fugarse a Gretna conmigo?" Preguntó la Srta. Ivy Greenwood sin aliento.

Él debía estar soñando. ¡Será mejor que esté soñando!

Oliver Armitage levantó la vista de su último experimento y sacudió la cabeza con fuerza para disipar la vívida alucinación de la joven, que estaba parada en la puerta abierta de su estudio. Esto era lo que sucedía por trabajar treinta y seis horas sin pestañear. Tal vez, debería cuidarse mejor, como insistía constantemente su tía Felicity.

Esta no era la primera vez que Oliver se había visto perturbado por los sueños de la bella y vivaz Ivy Greenwood. Tampoco era la primera vez que los pensamientos sobre ella interrumpían su trabajo. ¡Ella se estaba convirtiendo en una molestia perfecta!

"¡Oh! Por favor, Sr. Armitage, no niegue hasta que me haya escuchado." Sin verse afectado por el temblor de su cabeza ni por la punzante bofetada, que a Oliver le propinó en la mejilla derecha, el implacable espejismo de Ivy Greenwood entró en su estudio y cerró la puerta detrás de ella.

Una fragancia emanaba de ella, que contrastaba dulcemente con el ligero olor a productos químicos de la habitación. Alguna destilación floral, posiblemente, ¿esta era "Dianthus carophyllus"? La misma era comúnmente conocida como la rosa de clavo, y era el aceite de la flor que se usaba, a menudo, en jabones compuestos.

Oliver había oído hablar de mentes cansadas que imaginan imágenes y sonidos, pero nunca de olores. ¡Ella debe ser real!

"Srta. Greenwood, ¿qué está haciendo aquí?" Él saltó de la silla de su escritorio, tratando de ajustarse las gafas con una mano, mientras se pasaba la otra por el pelo despeinado, en un vano intento de ponerse presentable.

Eso no funcionó, o eso fue lo que juzgó Oliver por la mirada de exasperación compasiva en los ojos de Ivy Greenwood. Eran ojos notables que también demostraban la fusión precisa de azul y verde, producida por la combustión del cobre. Mirarlos produjo una sensación curiosamente inflamable en Oliver Armitage.

"¿Qué estoy haciendo aquí?" La Srta. se hizo eco de su pregunta. "Te lo dije de inmediato, ¿o no me escuchaste? Necesito que te fugues conmigo a Gretna Green. La felicidad de tu tía y mi querido hermano depende de eso. Por favor, ¿me ayudas?"

La mente de Oliver, confundida por la fatiga, luchó por comprender de qué estaba hablando ella. Al mismo tiempo, una serie de sensaciones alarmantes se difundieron a través de su pecho, provocadas por la idea de casarse con esta desconcertante y hechizante criatura.

"Debo confesar que estoy perdido, Srta. Greenwood." Siendo el intelecto su única fuente de orgullo, Oliver se encogió antes de admitir su confusión. Desde el momento en que la conoció, la joven lo había desconcertado en demasiados niveles para su gusto. "Si bien me gustaría complacerte, no tengo intención de casarme contigo ni con nadie más, sin importar cuánto lo desee la tía Felicity."

"Pero, ella no lo desea, ese es el punto." Ivy Greenwood echó un vistazo al laboratorio improvisado que Oliver había instalado en la habitación de invitados de la casa de su tía. Tal vez,

ella pensó que él podría usar una esposa para imponer un poco de orden en el desorden científico. "Te aseguro que no tengo intención de comprometer tu estado de soltero, Sr., permítame explicarme mejor. Mi hermano y mi hermana me entienden tan bien que temo haber caído en el lamentable hábito de saltar, en medio de una discusión, y esperar que otras personas me sigan."

Un trino de risa, a su propia costa, sacudió a la Srta. Greenwood, haciendo bailar los lustrosos rizos que asomaban por debajo de su sombrero. Su tono recordó a Oliver una aleación de cobre y oro recién pulida.

"Por favor, toma asiento, mientras me explicas." Recogiendo una pila de libros y papeles del sillón más cercano, Oliver se preguntó por qué la noticia de que Ivy Greenwood no tenía planes para su soltería, no provocó la oleada anticipada de alivio.

"Gracias, Sr. Armitage." Le dio al asiento de la silla bordada una mirada bastante dubitativa antes de posarse en el borde. "Ahora, veamos... Comienzo por el principio. No quiero retroceder demasiado, o me tomará mucho tiempo decirlo, y no tenemos mucho tiempo."

"Tal vez si pudieras aclarar los puntos en los que estoy confundido." Oliver volvió a sentarse en la silla de su escritorio, preguntándose tardíamente si su corbata estaría irremediablemente manchada con residuos de sales minerales. "Deseas que nos fuguemos, pero, no quieres que nos casemos. Eso es una contradicción, debes admitirlo. ¿Y qué tienen que ver la tía Felicity y tu hermano con este asunto de la fuga?"

"¡Eso es todo!" Una sonrisa de intensidad cegadora iluminó los delicados rasgos de Ivy Greenwood. Por un instante embriagador, ella lo miró con una mirada de deslumbrante admiración, como si acabara de revelar los secretos del universo. "Espero que sepas que tu tía ha sido la amante de mi hermano durante los últimos dos meses."

El impacto de escucharla hablar tan casualmente de asuntos tan escandalosos hizo que los labios de Oliver se abrieran y se cerraran rápidamente, sin comprometer sus otros órganos vocales.

Ivy Greenwood ignoró su imitación de un pez varado. "Nunca he visto a mi hermano más feliz de lo que ha estado últimamente. Viéndolos juntos, estoy convencida de que tu tía está tan enamorada de Thorn como él lo está de ella."

Oliver logró asentir. Aunque no era tan perceptivo de las emociones humanas, como parecía serlo la Srta. Greenwood, él había percibido un cambio en su tía Felicity. Le pareció como si la diferencia de doce años, en sus edades, se hubiera reducido aún más, convirtiéndolo a él en el mayor de los dos. Por esa razón, Oliver se había encariñado con Hawthorn Greenwood, como lo había hecho con pocos hombres, incluido su tío Percy, el primer marido de Lady Lyte.

"Si tú y yo podemos ver lo bien que encajan, ¿cómo es posible que Thorn y tu tía estén tan ciegos?" Enfatizó Ivy Greenwood.

"Me estás haciendo perderme otra vez." Oliver se esforzó por concentrar su fatigado ingenio en lo que decía la dama, en lugar de afincarse en el brillo de sus ojos, o en la forma en queladeaba la cabeza cuando hablaba, como una avecita encantadora. "¿Cómo puedes estar segura de que están ciegos?"

"Poor-que", explicó con la paciencia exagerada de una maestra de escuela, que instruye a un erudito particularmente atrasado, "ayer le dio al pobre Thorn sus órdenes de marcharse."

"¡Oh, querida!"

"¡Oh, querido! De hecho." La voz de Ivy Greenwood se agudizó. "Sin una palabra de advertencia o explicación que yo pudiera decirte. Thorn está deambulando en un estado de shock, como si hubiera sido atropellado por un coche de correo fuera de control. Si no me

agradara tanto tu tía, estaría furioso con ella por tratarlo tan mal."

Mientras trataba de digerir esta información, Oliver se encontró deseando que alguien se preocupara lo suficiente como para estar tan indignado por él, así como se encontraba la Srta. Greenwood por su hermano. "Ahora, ¿serías tan amable de explicar cómo Gretna Green figura en todo esto?"

Desde la introducción de la Ley de Matrimonio de Lord Hardwick, unos sesenta años antes, las parejas que deseaban casarse, en contra de los deseos de sus familias, a menudo huían a Escocia, donde la ley matrimonial era escandalosamente laxa.

"Es bastante simple, de verdad." La Srta. Greenwood regaló a Oliver una sonrisa encantadora. "Estoy segura de que todo lo que Thorn y tu tía necesitan es un poco de tiempo y privacidad para resolver lo que haya salido mal entre ellos. Pero, conozco a mi hermano. Si él cree que Lady Lyte no quiere tener nada más que ver con él, nunca se lo impondrá, que puede ser exactamente lo que ella desea que él haga."

Oliver se frotó la frente, detrás de la cual podía sentir que se estaba gestando un terrible dolor de cabeza. Dudaba que cualquier otra cosa que Ivy Greenwood tuviera que decir resultara tranquilizadora.

Mientras observaba al joven científico masajear su frente, un impulso desconcertante se apoderó de Ivy. Sin resistirse a la presión, ella saltó de su silla y se arrodilló junto a él. Levantando la mano, apartó un mechón rebelde de cabello castaño de su frente. "¿Está enfermo, Sr. Armitage?"

La mirada color avellana que él dirigió a Ivy, la inquietó. Era evidente que el hombre no se comportó apropiadamente. Por primera vez en su vida, anhelaba cuidar de alguien.

Su llegada precipitada y su charla ininterrumpida no podrían haberle hecho ningún bien al pobre hombre. "Probablemente no debí haberte irrumpido de esta manera. Pero, cuando se me ocurrió la idea, supe que esta podría ser la única oportunidad para Thorn, y tenía que actuar en consecuencia, sin demora. Supongo que suena bastante ridículo para mí."

"Oo ... Al contrario, Srta. Greenwood." Aunque él pareció alarmado por su cercanía, Oliver Armitage no se alejó de ella. "Es lo primero que dijiste, que lo entiendo por completo. A veces, cuando he estado meditando sobre un experimento en particular, tengo un destello repentino de comprensión de lo que está sucediendo, o cómo podría hacerlo de manera diferente. Entonces, no puedo descansar ni dormir, ni comer hasta que haya comprobado mi teoría."

Una sonrisa ansiosa pareció tomar sus facciones angulosas, tanto para su sorpresa como la de Ivy. Si él se arreglara y se esforzara por parecer menos sobrio y serio todo el tiempo, Oliver Armitage podría tener un grupo de señoritas, persiguiéndolo por mucho más que su fortuna.

Su voz se suavizó y por un vertiginoso instante, su mirada recorrió su rostro como una caricia. "¿Qué destello de inspiración la ha traído a mí, Srta. Greenwood?"

Quizás por primera vez en su vida, Ivy se quedó sin palabras. De repente, la idea de huir a Gretna Green con Oliver Armitage no parecía tan cómica. Ciertamente, él podría no ser el tipo de libertino apuesto, que a ella le gustaba, sin embargo, había algo curiosamente atractivo en él, que nunca había apreciado hasta ese mismo momento.

"Cuando entraste por primera vez, me preguntaste si me fugaría contigo", él la incitó. "Todavía no veo qué tiene eso que ver con tu hermano y mi tía."

Su confesión liberó la lengua de Ivy de su inexplicable parálisis. "Para un hombre que se supone que es tan inteligente, no entiendes mucho sobre la gente, ¿verdad?"

Su sonrisa se desvaneció y una sombra oscureció sus ojos. "Me temo que tienes razón. El corazón humano es un enigma más allá de mi capacidad de comprensión. Tal vez por tan poca

práctica."

Sin ninguna razón que pudiera averiguar, de repente, Ivy se sintió avergonzada. Ella casi soltó una disculpa por molestarlo y huir de la casa de Lady Lyte, en ese mismo momento. No obstante, ella recordó la mirada afligida, en el rostro de Thorn, cuando terminó de leer la carta de la tía de Oliver.

El querido Thorn había sido madre y padre para ella desde mucho antes de que su padre muriera. Ivy haría cualquier cosa por verlo tan feliz como lo había sido durante los últimos dos meses.

"¿Qué crees que haría tu tía si descubriera que te vas a Escocia para casarte con una joven inapropiada?" Ella le preguntó a Oliver Armitage.

Él se encogió de hombros. "Intentaría detenerme, es lo que espero."

"¡Exactamente!" Quizás su plan tenía posibilidades de tener éxito después de todo. Si tan solo pudiera ganar su cooperación. "Thorn haría lo mismo si me fugara. Sé que lo haría. ¿Y qué mejor oportunidad para que los dos hablen de sus problemas que en el largo viaje en carruaje a Escocia?"

La comprensión parpadeó en lo profundo de sus ojos y una comisura de su amplia boca se alzó de nuevo. "¿Estás proponiendo que organicemos una fuga falsa para que tu hermano y tía Felicity nos sigan a Gretna?"

Ivy asintió vigorosamente. "¿No es un golpe de genialidad? Para cuando lleguen, ¡espero que estén listos para pararse frente a un párroco y tomar sus propios votos!"

Su entusiasmo por todo el proyecto se reavivó. "Tengo un talento natural para el emparejamiento, sí puedo decirlo. Me las arreglé para unir a mi hermana Rosemary con su futuro esposo. Tampoco fue una tarea fácil, con su tonto orgullo y su inexplicable modestia. Son felizmente felices. Ahora, gracias a mí, no descansaré hasta que haya hecho el mismo servicio para Thorn y tu tía."

"Apruebo tu objetivo, Srta. Greenwood, pero..."

"Llámame, Ivy, o Srta. Ivy, si es necesario. En Lathbury, Rosemary era la Srta. Greenwood para todos. Cada vez que escucho ese nombre, quiero comprobar si mi hermana está detrás de mí."

"Muy bien, Srta. Ivy. Sobre este plan tuyo..."

"¡Es genial! ¿No?" Ivy casi se abrazó a sí misma.

Otra consecuencia agradable de hacer este matrimonio entre Thorn y Lady Lyte sería traer a Oliver Armitage a la familia Greenwood. Una vez que lo conociera mejor en este pequeño viaje a Gretna, ella tendría una idea de qué tipo de esposa necesitaba. Le pareció el tipo de persona, sin pretensiones, que necesitaría la ayuda de una casamentera astuta como ella.

Por alguna razón, la idea de encontrar una esposa para el Sr. Armitage no la entusiasmó como esperaba.

Ivy no tuvo tiempo de considerar por qué podría ser eso. "Si queremos tener éxito, debemos actuar con rapidez, antes de que Thorn y Lady Lyte se acostumbren a estar separados. ¿Puedes escribirle una nota a tu tía y preparar el equipaje ahora mismo?"

"Seguramente, tú debes tener..."

A ella se le ocurrió otro pensamiento. "¿Tienes un carruaje propio, o debemos contratar a un conductor?"

"Nunca he sentido la necesidad de poseer mi propio vehículo, ya que la tía Felicity siempre me ha prestado el uso del suyo."

"Entonces necesitamos un carruaje alquilado. Thorn tuvo que dejar ir a todos los

nuestros. Cuesta tanto mantenerlos." Ivy reprimió una punzada de arrepentimiento. Nunca se puede contar con que el transporte contratado sea tan cómodo o confiable como el equipo privado de una familia. Aun así, era un pequeño sacrificio por el bien de la futura felicidad de su hermano. "Debemos dejar a Thorn y a tu tía los medios para que nos persigan, tan pronto como descubran que nos hemos ido. Supongo que también necesitaremos dinero para los carruajes, las posadas y todo lo demás. ¿Tienes algo de efectivo? Mi querido cuñado me dio veinte libras enteras para equiparme para la temporada. Casi no gasté nada y este es un proyecto mucho más valioso, ¿no lo crees?"

Antes de que pudiera decir algo más, Oliver Armitage levantó la mano y presionó sus dedos sobre sus labios con una presión firme, aunque suave. "Srta. Greenwood... Srta. Ivy, por favor, escúcheme. Su objetivo es admirable, pero, no puede hablar en serio sobre este plan tan absurdo. Su hermano y mi tía tienen más de treinta años, lo suficientemente mayores como para saber lo que piensan. Seguramente, sería mejor que no nos inmiscuyéramos en una situación, que tal vez no entendamos del todo. Si alguno de ellos busca nuestro consejo, entonces, así podremos ofrecerles nuestro consejo."

¿Cómo se atrevía a tratarla como si fuera una niña tonta que no podía comprender las consecuencias de sus acciones? Ivy luchó por mantener su indignación, mientras una parte tonta de ella disfrutaba la sensación de su mano en sus labios.

El hecho de que Oliver Armitage hubiera leído todos los gruesos y polvorientos tomos apilados por la habitación no significaba que lo supiera todo. Él le había confesado que estaba desconcertado por el funcionamiento del corazón humano, y por eso, ella sintió pena por él. Ella preferiría entender cosas importantes, como el amor, que tener todo el aprendizaje de los libros del mundo.

Si el Sr. Armitage creía que tenía la última palabra en todo esto, entonces el joven científico había cometido un grave error de cálculo.

Capítulo Dos

Oliver se despertó sobresaltado, rezando por poder encontrarse en su propia cama, o quedarse dormido encorvado sobre su escritorio.

En cambio, se encontró desplomado en un duro asiento, tapizado con cuero seco y agrietado, dentro de un carruaje que rebotaba, se balanceaba y traqueteaba. Con un conductor que recordaba vagamente haber contratado en Bath, durante lo que esperaba que fuera una pesadilla. ¿Cómo había permitido que Ivy Greenwood lo convenciera de una locura tan temeraria?

Casi en contra de su voluntad, la mirada de Oliver se desvió hacia el asiento opuesto. En el momento en que sus ojos se encontraron con la forma dormida de la Srta. Greenwood, encontró la solución en su belleza.

Esta no fue una respuesta de su agrado.

Se enorgullecía de ser un hombre de ciencia, ¿no? Un hombre de ciencia debe recopilar hechos y sopesarlos, luego, tomar una decisión racional basada en información sólida. Los hoyuelos, los rizos de oro rojo y los ojos como aguamarinas resplandecientes no tenían cabida en tales deliberaciones. Tampoco esa cualidad inconmensurable, intangible y completamente sospechosa conocida como encanto.

¡Ivy Greenwood no lo había encantado! El intelecto de Oliver protestó. Simplemente se había aprovechado de su estado de agotamiento, parloteando sobre el amor, la felicidad y las obligaciones familiares hasta el punto de que él le habría prometido cualquier cosa para asegurarle un momento de paz. Ahora que había dormido unas pocas horas, para reforzar su fuerza de voluntad, ordenaría que este maldito vehículo diera la vuelta, y lo condujeran directamente a Bath, antes de que alguien los extrañara.

¿No era así?

Mientras dejaba que su mirada se detuviera sobre la Srta. Ivy, Oliver no estaba tan seguro. Mientras dormía, sus facciones habían adquirido un tono suave e ingenioso, que coincidía con su temperamento. Como una niña, ella estaba llena hasta los topes de buen humor y de alegre optimismo, sin pensar en los duros aspectos prácticos de la vida o las problemáticas consecuencias de sus acciones impulsivas.

Oliver no pudo evitar compararla con las otras señoritas que había conocido en Bath: atractivas y controladas con un brillo de avaricia en sus ojos, que ninguna cantidad de abanico podría ocultar. Después de sus sofocantes atenciones, Ivy Greenwood había irrumpido en su vida como un céfiro de aire campestre, con olor a trébol. No era de extrañar que una criatura tan particular hubiera captado su interés.

Ella lo capturó, manteniéndolo como rehén. Eso nunca funcionaría, porque definitivamente la Srta. Greenwood no era una niña. Las hechizantes curvas bajo su ligero vestido de muselina eran las de una mujer, al igual que sus maduros e incitantes labios.

Oliver Armitage necesitaba concentrar todos sus poderes mentales en su investigación, sin distracciones femeninas. En resumen, necesitaba purgar a Ivy Greenwood de su sistema. Si había una empresa calculada para que se hartara de ella, a Oliver no se le ocurría nada mejor que un tedioso viaje, en carruaje, de más de trescientas millas.

Quedando satisfecho, con una razón sólida y lógica para continuar su viaje, se recostó en su asiento, con un suspiro de satisfacción, y estudió a Ivy Greenwood como si fuera un

espécimen botánico exótico. Con su patética excusa para demorarse en su compañía, Oliver le dijo que se guardara sus opiniones.

"Srta. Ivy, despierte, ¿puede?"

La mente confusa y medio dormida de Ivy sintió que había estado ignorando llamados similares durante algún tiempo. Este sonaba más insistente y más molesto que los anteriores.

Ella dio un gran bostezo y engatusó a sus ojos entreabiertos.

"Espero que las cortinas de tu cama nunca se incendien mientras duermes." Una agradable voz masculina traicionó solo un toque de aspereza. "Duermes tan profundamente como cualquier animal en hibernación."

"Lo siento, Thorn." Ivy se estiró y luego se frotó los ojos. "¿Qué hora es?"

"Ya casi se pone el sol", respondió el caballero. "Y yo no soy tu hermano. Por suerte para ti, no nos ha alcanzado... Todavía."

Sus ojos se abrieron. "¡Sr. Armitage!"

Miró alrededor del oscuro interior del carruaje. "¿Qué? ¿Cómo? ..."

Su corazón galopaba más rápido que el débil latido de los cascos de los caballos, en la carretera, mientras luchaba por controlar su ingenio. ¿Qué había hecho ella?

"Estamos en Gloucestershire." Oliver Armitage habló en un tono tranquilo y paciente, aunque la línea arrugada de su boca sugería una diversión irónica a expensas de ella. "No muy lejos de la línea del condado, pero, ya es hora de que nos instalemos en algún lugar para cenar y dormir. Newport parece un lugar tan bueno como cualquier otro. Como está en la ruta provincial de los conductores hacia el norte, no deberíamos tener problemas para contratar a un nuevo transporte por la mañana."

¿Cenar? ¿Dormir! El recuerdo de lo que había hecho despertó a Ivy de golpe. Las consecuencias de su locura amenazaban con abrumarla.

"Conozco una buena posada donde podemos cenar." El Sr. Armitage sonaba mucho más entusiasmado con todo este proyecto, que cuando ella se le acercó por primera vez. "Sin embargo, probablemente será mejor que no pasemos la noche allí."

¿Dormir con él? No es de extrañar que pareciera tan complacida de repente. Cuando se le ocurrió este plan, por primera vez, Oliver Armitage parecía el cómplice perfecto. Tranquilo, firme, estudioso, justo el tipo de persona con la que su virtud estaría a salvo. No un apuesto joven pícaro que la tentaría y sería tentado a su vez.

Quizá todos los hombres eran pícaros de corazón. Ese enorme error de cálculo cayó sobre una pila ya tambaleante, la cual amenazaba con caer sobre Ivy y enterrarla.

"¿Cómo pudiste dejarme seguir con esto?" Ella se lamentó. "¿Nunca te detuviste a pensar qué sucederá si Thorn y tu tía no nos persiguen? Todo esto será en vano. Y mi hermano probablemente te llamará la atención, o peor aún, insistirá en que te cases conmigo para salvar mi reputación."

La idea de estar atada por el resto de su vida a un intelectual, poco romántico, llenó a Ivy de consternación. "¿Por qué no me hiciste entrar en razón? Siempre he sido propensa a hablar y actuar antes de pensar. Pero, eres un hombre de ciencia, ¿deberías haberlo sabido mejor!"

"¡Hice todo lo que pude para disuadirte, niña tonta!" En la creciente oscuridad, un relámpago esmeralda pareció destellar en los ojos color avellana del Sr. Armitage. Sus rasgos adquirieron una definición nítida, que era tanto aterradora como estimulante de contemplar.

Su voz hizo eco del chasquido crudo del látigo del conductor. "Podría haber tratado de convencer a un río de que no se desborde, o advertir a un huracán que podría desatar la destrucción. ¿Alguna vez se te ocurrió que deberías haber organizado esta fuga simulada con un

hombre, al que estarías dispuesto a casarte, si lo peor llegara a ser lo peor?"

Ese arrebato sacudió a Ivy hacia atrás en su asiento, quien quedó muda y extrañamente excitada.

En el asombrado silencio que siguió, lo escuchó murmurar algunas palabras que, tal vez, él no tenía intención de pronunciar. "Sé que soy el último tipo en Bath que una belleza vivaz desearía tener por marido. No hace falta que me lo restriegues."

Un rubor agudo como una ortiga picó en las mejillas de Ivy. Belleza vivaz... ¿Era así como él pensaba de ella? El niño tonto había estado más cerca de la meta. ¡Qué pequeña desgraciada perfecta había sido! "Son tonterías, no soy ni la mitad de lo suficientemente buena para él."

Oliver Armitage tenía mucho más que perder en todo esto que ella. ¿Y si Lady Lyte no desistiría de su pelea con Thorn? ¿Qué pasaría si la tía de Oliver le cortara su herencia como castigo por participar en esta ridícula huída? Ivy sabía que él nunca se lo perdonaría.

Inclinándose hacia adelante, ella cruzó el estrecho espacio entre sus asientos y tomó la mano de Oliver. "Lamento muchísimo haberte arrastrado a esto. Y aún más por esperar que me hagas entrar en razón, cuando debería asumir la responsabilidad de mis propias acciones. ¿Cómo puedo compensarte?"

Oliver sofocó una sonrisa. No se atrevió a decirle a Ivy Greenwood qué tipo de compensación esperaba de ella.

El encanto podría ser inconmensurable e intangible, sin embargo, el mismo no podía negar su existencia. Ni el hecho de que Ivy poseyera este misterioso poder en gran cantidad. ¿De qué otra forma podría haber templado su furia, en una diversión indulgente, con unas pocas palabras de remordimiento y un apretón impulsivo de su mano?

Un día, la ciencia podría desentrañar el enigma y traducirlo en una ecuación seca que tuviera perfecto sentido, aunque Oliver esperaba que tal profanación nunca sucediera en su vida.

Al menos, Ivy Greenwood fue franca acerca de no querer ningún vínculo duradero con él. Mejor eso que jugar a la coqueta y decir tonterías sentimentales, mientras podría mantener un ojo calculador entrenado en su saldo bancario.

"¡Ahí! ¡Ahí!" Le dio unas palmaditas en la mano y la soltó... Mientras aún lo podía hacer. "La situación no es tan grave como todo eso. Y no me apuntaste con una pistola amartillada a la cabeza, obligándome a ir contigo. Por muy mal considerados de ambas partes, ahora estamos metidos en esto hasta el cuello. Si queremos salvar algo que valga la pena, tendremos que trabajar juntos. ¿De acuerdo?"

"De acuerdo." Ella dejó escapar un suspiro de alivio. "Suenas como si tuvieras algún plan de acción en mente."

Hacia el oeste, al otro lado del Severn y detrás de las colinas galesas, el sol de mayo se había puesto por fin. Aunque no pudo distinguir la expresión de Ivy, Oliver sintió que su interés se centraba en él. ¿Había alguna fuerza de personalidad similar al magnetismo? Él se preguntó.

"Un plan... ¡Sí! Propongo que nos detengamos en King's Arms, Newport y cenemos allí. Si mi tía nos sigue, ese es el primer lugar donde probablemente se detendrá y preguntará. A menudo, interrumpimos nuestro viaje allí, cuando viajamos entre Bath y su casa en el campo."

Ivy aplaudió. "Quieres dejar un rastro claro para que nos sigan. ¡Qué inteligente eres!"

El tono sincero de admiración, en su voz, fue directo a la cabeza de Oliver, como una botella de brandy en el estómago vacío. No se había dado cuenta de lo embriagador que se sentiría ser valorado, por ser sí mismo, que por causa de la fortuna que heredaría.

"Eso no es todo." Resistió el impulso de acicalarse para ella, pero fracasó

miserablemente. "Mientras cenamos, debemos hablar como si planeáramos seguir hacia Gloucester esta noche. Tal vez, le pregunte al posadero dónde podemos conseguir caballos disponibles para continuar nuestro viaje."

"Pero... Nosotros... ¿No lo haremos?"

Oliver negó con la cabeza. "Necesitamos estar seguros de que la tía Felicity y tu hermano nos están siguiendo... Ellos juntos. De lo contrario, podríamos hacer las cosas bien, regresar a Bath y esperar que podamos inventar una historia plausible para evitar un escándalo."

¿Por qué no le atraía más la perspectiva de librarse de todo este lío?

"Creo que entiendo lo que quieres decir." La inflexión ascendente de Ivy le dijo a Oliver que todavía no lo seguía por completo.

"Pasaremos la noche al otro lado del camino en el Green Dragon y haremos guardia", él explicó. "Dependiendo de si tu hermano y la tía Felicity aparecen buscándonos, podemos decidir cómo proceder a partir de ahí."

"Un curso de sonido, de hecho." Su respaldo adquirió un tono algo dudoso. "Cuando dices pasar la noche, ¿qué tipo de arreglos para dormir tienes en mente?"

Gracias al Cielo que no se había esperado para plantear esa pregunta durante la cena. Si hubiera estado bebiendo cerveza o vino, ¿Oliver temía haberse ahogado o expulsado la libación por la nariz! Tal como estaban las cosas, podía sonrojarse y farfullar bajo la benévola cobertura de la oscuridad.

"Por... Por una serie de razones, creo que es mejor que compartamos una habitación. Si puedo conseguir una con una ventana que dé a la calle, eso es. Dudo que ninguno de nosotros tenga muchas ganas de dormir después de dormir en este vehículo, toda la tarde. ¿Estarías de acuerdo en turnarte para hacer guardia? Digamos, tres horas seguidas. El que está fuera de guardia puede hacer uso de la cama."

Ivy se rió entre dientes. "¿Es eso lo que la gente quiere decir cuando dice que una dama y un caballero han compartido una cama?"

"¡Srta. Greenwood!" Oliver logró chillar antes de que su cuello casi lo estrangulara. Ya estaba abrumado por demasiados pensamientos, como ese, sin que ella se esforzara en atormentarlo.

"¡Oh! Por favor, no seamos formales", ella lo engatusó. A pesar de su mejor esfuerzo por resistir, Oliver podía sentir que funcionaba. "Nos vamos a ir a Gretna, ¿recuerdas? Y si nuestro genial plan funciona, como estoy seguro de que lo hará, pronto seremos una especie de relación por matrimonio y luego..."

"¿Entonces?" No estaba seguro de que le gustara como sonaba eso.

Un resplandor parpadeante de las ventanas iluminadas de tiendas y casas le dijo a Oliver que debían estar conduciendo hacia Newport. Después de conversar en la oscuridad, durante algún tiempo, pudo ver claramente el rostro de Ivy, nuevamente. La repentina visión le hizo contener el aliento.

¿Cuántos jóvenes en Bath renunciarían a la asignación de un año para cambiar de lugar con él? Ninguno de ellos sería tan tonto como para turnarse para compartir una cama con una belleza tan encantadora.

Un escalofrío de duda se retorció profundamente en la boca del estómago de Oliver. ¿Sería suficiente un viaje a corta distancia hasta los confines de la tierra para enfermarlo de la brillante compañía de Ivy Greenwood?

"¿Entonces?" Se las arregló para preguntar de nuevo con la boca seca.

"Entonces..." Sus ojos brillaron más que las estrellas de la tarde. "... Tengo planes

brillantes para Ud., mi querido Sr. Armitage."

Capítulo Tres

"Mi querido Sr. Armitage, ¡esta fue la actuación más brillante que he visto en el escenario!" Dos horas después de que el carruaje llegara a Newport, Ivy se concentró en evitar que sus palabras se derramaran como el vino en el fondo de una copa. "Todo el mundo en el Kings' Arms, desde los camareros hasta el mesonero, se esforzarán al máximo para asegurarles a Thorn y Felicity que nos vamos a Gloucester esta noche."

Sus pies parecían mucho más lejos de lo habitual. Ivy recordó su infancia en Barnhill, tambaleándose por el patio sobre un par de zancos que Thorn había construido para ella. ¿Había bebido demasiado, tal vez? La idea hizo que Ivy se riera entre sus dientes.

Desafortunadamente, no parecía capaz de reír y caminar al mismo tiempo. Al menos, no con ninguna cantidad de gracia.

"Cálmate, muchacha vieja." Oliver la tomó del brazo cuando tropezó. "Tal vez debería tomar la primera guardia, para que puedas dormir algo."

Ella se hundió contra él con un suspiro agradecido. Para ser un tipo tan inteligente, no era un mal sujeto viejo, particularmente una vez que salió a tomar una copa de vino y comenzó a hablar sobre su investigación. Mucho de eso Ivy no lo había entendido, sin embargo, eso solo despertó su curiosidad por saber más. Mientras ella lo preparaba con pregunta tras pregunta, Oliver Armitage irradiaba bastante su pasión por el descubrimiento.

Animado y resplandeciente, sus rasgos adquirieron un tono atractivo que tomó a Ivy por sorpresa. Él nunca sería tan guapo, como antes le había llamado la atención: ahora era oscuro, diabólico y peligroso. Pero había una cierta distinción en sus rasgos, bien formados y expresivos, y sus ojos, alertas y penetrantes, que de alguna manera atenuaban el brillo de esos libertinos morenos.

"¿La primera guardia?" Le tomó un momento de pensamiento concentrado darse cuenta de lo que quería decir. "¡Oh! Esa primera guardia. Por supuesto. Tendré la cama bien caliente para ti cuando te llegue el turno de dormir. Sabes, Oliver, serás mi cómplice perfecto en todo esto, incluso si no fueras el sobrino de Lady Lyte."

Entraron en el Green Dragon Inn, donde Oliver había asegurado el alojamiento antes de llevarla a cenar al otro lado del camino. Cuando le dijo al posadero que eran recién casados en su gira de luna de miel, ella casi se echó a reír. Ahora la idea no parecía tan cómica.

"Perfecto, ¿en qué sentido?" Murmuró Oliver, guiándola por las estrechas y tortuosas escaleras.

Ivy estaba agradecida por su calidez, fuerza y firmeza.

"Perfecto para jugar al táctico de mi estrategia." Ella se recostó contra la pared, cuando él abrió la puerta de su habitación. "Soñé este plan elevado, tan lleno de agujeros como un tamiz rojizo, luego entretejiste todos los detalles prácticos para que retuviera el agua."

"Hacemos un buen equipo, ¿no? No tengo la imaginación para concebir tal idea en primer lugar."

Oliver encendió una vela que proyectaba sombras danzantes por la habitación. La cámara era tan pequeña que apenas cabía el modesto mobiliario de una cama estrecha, un lavabo y una sola silla.

Ivy se quitó la cofia y el chal ligero, y se tambaleó con los pocos pasos que tardaron en llevarla, desde el umbral hasta la cama, para luego derrumbarse sobre ella.

"No tienes mucha cabeza para la bebida, ¿verdad?" Oliver le quitó las pantuflas y la cubrió con una manta extra, que estaba doblada a los pies de la cama.

Cuando la subió sobre sus hombros, sus manos se demoraron allí por un segundo extra en algo así como una caricia. Ivy se preguntó si él podría presionar sus labios contra su frente en un beso de buenas noches. Cuando él se echó hacia atrás, en el último momento, luego, arrastró la silla hasta la ventana y apagó la vela, Ivy no pudo decidir si se sentía aliviada... O arrepentida.

"Thorn solía arroparme por la noche cuando era una niña." El soñoliento murmullo de Ivy salió de la oscuridad detrás de Oliver.

Deseaba que ella se fuera a dormir. Entonces, tal vez, podría centrar sus pensamientos en algún enigma científico, como la relación entre la electricidad y el magnetismo, y olvidar que ella estaba allí.

Había sentido algo parecido a la electricidad estática entre ellos, esta noche, mientras cenaban en el King's Arms. Su ansiosa curiosidad por su investigación había encendido una carga positiva, en su conversación, que lo llenó de energía. Ahora, el conocimiento de que ella yacía tan cerca, suave, cálida y lánguida, tiró de él con una fuerza tan poderosa como la que jamás había ejercido un imán sobre un clavo de hierro.

"Un deber extraño para un hermano", reflexionó, sin saber si ella todavía estaba despierta para escucharlo. "¿Por qué Thorn te arroparía en la cama en lugar de tu madre o tu padre?"

"No recuerdo a mi madre." ¿Las palabras somnolientas de Ivy sonaban melancólicas o estaba leyendo sus propios sentimientos en ellas? "Apenas había sido destetada cuando ella murió. Padre siempre parecía estar en Londres por algún asunto de negocios. Teníamos sirvientes, por supuesto, pero Thorn y Rosemary prácticamente se hicieron cargo de mí. A veces pienso que renunciaron a cualquier clase de infancia adecuada para permitirme una. Es por eso que quiero ayudar a Thorn ahora, si puedo."

"Qué buenos momentos tuvimos..." Con una voz suave y soñadora, Ivy tejió un brillante tapiz de palabras y lo envolvió alrededor de Oliver, hasta que casi se sintió como si hubiera tomado parte en sus dorados y despreocupados veranos en Barnhill. Incluso el nombre de la propiedad de Greenwood, en Buckinghamshire, evocaba el olor del heno recién segado y el lejano mugido del ganado, en una tarde bañada por el sol.

"¿Y tú, Oliver?" Preguntó, por fin. "¿Dónde está tu casa? ¿Qué familia tienes aparte de tu tía?"

"Ninguna."

Eso sonaba demasiado sombrío, demasiado cargado de autocompasión, lo cual era una tontería ya que nunca se permitía pensar en ello. "Mi padre era un oficial del ejército en la India. Ahí es donde nací. Todavía puedo hablar la extraña palabra del hindú que aprendí de mi amah. Mis padres me enviaron a la escuela en Inglaterra, tan pronto como tuve la edad suficiente para hacer el viaje. Ese clima es duro para los niños ingleses."

En la calle envuelta, en sombras de abajo, Oliver podía imaginarse a su yo más joven aullando y retorciéndose, mientras extraños lo maltrataban a bordo de ese barco con destino a una tierra increíblemente lejana. Su amah se había arrodillado, lamentándose en el muelle, mientras su madre agitaba un pañuelo, con el rostro casi tan pálido, como ese cuadrado de algodón blanqueado.

"Tus padres no están todavía en la India, ¿verdad?" Preguntó Ivy.

Oliver negó con la cabeza. "Mi padre murió en la tercera guerra de Mysore."

"Lo siento."

"No estaba mal. Apenas lo recordaba. Estaba feliz, porque significaba que mi madre

regresaría a Inglaterra."

Después de una pausa tan larga, en la que él pensó que seguramente ella se había quedado dormida, Ivy preguntó: "¿Volvió?"

Por primera vez en casi veinte años, él quedó obligado a decir las palabras: "se ahogó en un naufragio en el viaje de regreso a casa."

En silencio, le rogó a Ivy que no le ofreciera consuelo. Con el vino en su estómago y sus emociones revueltas, a un nivel que normalmente se cuidaba de evitar, podría derrumbarse y sollozar como un niño de escuela. Era del tipo que solía acumular y liberar solo unos pocos tabacos a la vez, muy tarde en la noche, como en esta, en pequeños cuartos oscuros, estrechos y malolientes como este.

¡Había sido un tonto al dejar que Ivy Greenwood lo sedujera en esta loca aventura! Si su hermano y su tía se quedaran en Bath, como gente sensata, él podría llevarla allí mañana y lavarse las manos de toda este proyecto.

Casi como si pudiera sentir sus pensamientos, Ivy habló. "¿Entonces te fuiste a vivir con tu tía?"

"Cielos, ¡no!" Oliver se quitó las gafas y se pasó el dorso de la mano por los ojos. Salió solo un poco húmedo. "Felicity ni siquiera era mi tía, entonces. De vez en cuando, el tío Percy pensaba en mí, era el hermano menor de mi madre. A veces, me llevaba a su casa en Staffordshire para pasar unas vacaciones. Yo nunca pude contar con que él me recordara o reunir el efectivo para pagarle. Una vez que se casó con Felicity, tuvo mucho dinero de su fortuna. Ella fue quien arregló que yo fuera, y me quedara con ellos en Navidad y todos los veranos."

Para entonces, todas las lágrimas no derramadas se asentaron en su corazón y se congelaron, y se él había convertido en una versión juvenil del hombre que era ahora: educado, pero insular, con la nariz enterrada en un libro la mayor parte del tiempo. Con menos de una docena de años de diferencia, en sus edades, Felicity nunca había tratado de mimarlo ni nada. No obstante, ella le había dado la primera muestra de la vida familiar real que jamás había conocido. Había desarrollado un vínculo más estrecho con ella que con cualquier otra persona en Inglaterra. A Oliver le había apenado, de manera abstracta, ver cómo su matrimonio se agriaba cuando ella no podía darle un heredero a su tío.

Más para sí misma que para él, escuchó a Ivy susurrar: "Sé que mi hermano podría hacerla feliz, si ella lo permitiera."

Una risa mordaz y burlona estalló en Oliver, mientras se levantaba de su silla y se estiraba. "Si solo fuera así de simple."

¿Estaba hablando de Thorn y Felicity? Oliver se preguntó mientras se colocaba las gafas en la nariz y escudriñaba la calle desierta una vez más. ¿O acerca de él mismo? Seguramente, no podía ser tan simple como dejar que una mujer lo hiciera feliz.

Solo podía imaginar a alguien que pudiera estar a la altura de la tarea. Y dudaba que ella se sintiera inclinada a emprenderlo.

¡Él roncaba! Cuando la primera y débil luz del amanecer se coló a través de la ventana con parte de la luz de la posada, Ivy se tapó la boca con una mano para sofocar una risita. Parecía imposible que un dotado de intelecto y decoro como Oliver Armitage hiciera algo tan humano como eructar o toser... O roncar.

Sin embargo, le gustó bastante el sonido: un zumbido ronco y silencioso, que le aseguró que él estaba durmiendo en paz. El pobre hombre se merecía un poco de paz, después del trastorno que ella había infligido a su tranquila vida, en las últimas dieciocho horas. Con uno o dos lapsus perdonables, él había sido un buen deportista en todo este loco proyecto.

Por un momento, ella desvió su atención de la calle desierta de abajo para observar a su compañero de viaje durmiendo. Oliver descansaba de lado, con el rostro vuelto hacia ella.

Sin las gafas y con los rasgos relajados por el sueño, Oliver Armitage parecía mucho más joven que los veinte años. Ivy podía imaginárselo con un cuello alto, almidonado de colegial, con la nariz pegada a una ventana helada, esperando un carruaje que pudiera recogerlo para las vacaciones. Y cuando este no aparecía, él escondía su rostro detrás de un libro para que nadie pudiera ver la decepción y el anhelo en sus ojos.

La idea le dio a su corazón una extraña punzada. Luchando contra el impulso de abrazarlo y ofrecerle un consuelo, que tardaría al menos una docena de años en llegar, Ivy se obligó a mirar por la ventana.

Todavía no había señales de actividad en King's Arms. ¿Podría todo su emparejamiento acabar en nada, excepto para llevarla a ella y a Oliver a un caldero hirviendo de caldo de escándalo?

Detrás de ella, Oliver murmuró algo en sueños y se dio la vuelta. Los sonidos de alguna manera atrajeron nuevamente su mirada hacia él. Esta vez, él yacía debajo de la manta, despatarrado, con los brazos abiertos. Se había quitado la ropa del cuello, en algún momento de la noche, y los primeros botones de su camisa se habían desabrochado. La prenda arrugada se abrió para dejar al descubierto un trozo de pecho sorprendentemente musculoso y ligeramente enmarañado, con un fino vello oscuro.

Si la inspección de su rostro le había hecho ver al niño hambriento de afecto, detrás de su fachada insociable, este vistazo de su pecho desnudo le recordó a Ivy, en los términos más contundentes, que Oliver Armitage era un hombre adulto.

Tragó un nudo que de repente se materializó en su garganta. ¿Se había calentado de repente la pequeña habitación mal ventilada? Tal vez, el posadero había encendido un fuego abajo. El impulso de tirarse en la cama con Oliver se encabritó una vez más, más fuerte que nunca.

"No seas tan tonta, Ivy", susurró para sí misma. "Cuando te propongas encontrarle una esposa adecuada, una chica como tú sería la última en aparecer en su lista de prospectos."

Aunque rara vez escuchaba la voz de la razón, esta vez Ivy descubrió que no podía ignorarla. ¿Por qué desearía esto, de hecho? La excitación del día anterior debía estar volviéndola fantasiosa.

Su atención estaba tan concentrada en Oliver que, al principio, no prestó atención a los ruidos apagados en la calle de abajo. Cuando por fin, ella echó un vistazo por la ventana, un hermoso carruaje estaba estacionado frente al King's Arms. ¿Podría ser? ...

La euforia la hizo saltar de su silla, atravesándola a través de la pequeña distancia hasta la cama.

Olvidando todas las advertencias de su hermana sobre despertar suavemente a los durmientes, agarró a Oliver por los hombros y lo sacudió. "¡Despierta! Creo que están aquí. ¡Ven y dime si ese es el carruaje de tu tía!"

"¿Qué? ¿Quién? ..." Él se sentó muy erguido, casi golpeando su frente contra la de ella.

"Un carruaje acaba de detenerse al otro lado de la calle", Ivy lo agarró del brazo, arrastrándolo hacia la ventana. "No puedo imaginar por qué alguien más estaría en las afueras a esta hora. ¿Es el de tu tía?"

La mano de Oliver se agitó hacia el lavabo, le arrebató las gafas y se las puso a tientas en la nariz. Él e Ivy se juntaron para poder ver por la pequeña ventana.

"Creo..." Comenzó Oliver.

Antes de que pudiera decir algo más, la figura familiar de un hombre alto abrió la puerta del carruaje y le ofreció la mano a una dama familiar que emergió del interior.

"¡Son ellos!" Ivy chilló. "¡Juntos!"

El alivio la atravesó como un poderoso vendaval del Atlántico, arrasando con todo lo que tenía a su paso: sensatez, decoro y cautela. Echó los brazos alrededor del cuello de Oliver y lo besó con una fuerza que la sorprendió incluso a ella.

Capítulo Cuatro

Por primera vez desde que puso un pie en suelo inglés, hace más de quince años, Oliver Armitage prestó atención a los dictados de su corazón, en lugar de los de su cabeza. Cuando Ivy Greenwood se arrojó sobre él, con todo su esbelto cuerpo, vibrando de alegría y excitación, él no resistió el beso que ella le prodigó.

La presión de sus labios suaves y cálidos abrumó sus sentidos con una fuerza que lo exaltó y lo alarmó en igual medida. No del todo iguales, tal vez. La euforia llegó a una velocidad más rápida, impulsando sus brazos para cerrarlos alrededor de ella, su boca para responder de una manera que nunca había aprendido, pero que de alguna manera lo hizo sentir bien.

Su cabeza se inclinó una fracción para comprometerla más profundamente. Sus labios se separaron, incitando a los de ella, a hacer lo mismo. Una mano se hundió en el hilo sedoso de su cabello, mientras la otra la sujetaba con fuerza alrededor de la cintura.

Con la velocidad y la energía de una violenta reacción química, el deseo lo atravesó. Su pulso se aceleró y sus fosas nasales se ensancharon, como si estuviera obligado a consumir tanto aire como fuera posible para avivar el fuego dentro de él. La cabeza le daba vueltas con un delicioso vértigo, posiblemente, porque toda la sangre de su cuerpo se había precipitado directamente a sus entrañas.

"¡Perdóname, Oliver!" Con la misma brusquedad con la que se había arrojado sobre él, Ivy se apartó. "Dejé que mi emoción sacara lo mejor de mí."

Ella no estaba sola.

Sus palabras rociaron a Oliver tan profundamente como una jarra llena de agua helada sobre la cabeza, permitiendo que su tardía precaución lo atrapara y alcanzara. Cualquier poder capaz de romper la barrera de reserva, que había trabajado durante años para erigir a su alrededor, era demasiado peligroso para entrometerse.

Apartando las manos de Ivy, puso tanta distancia entre ellos, como lo permitían los reducidos espacios de la habitación. "Me disculpo por responder como lo hice. Debo haber estado medio dormido todavía y me imaginé que era un sueño."

Un rubor rosado floreció en el rostro rubio de Ivy Greenwood, pero una sonrisa traviesa arqueó los labios hacia arriba en las comisuras, provocando un par de hoyuelos devastadores. "Debes tener sueños ... Muy estimulantes, Sr. Armitage. Sospecho que puedes ser un hombre de profundidades ocultas."

¿Cómo se atrevía ella a provocar una corriente de sensaciones tan poderosas dentro de él, y luego darse la vuelta y reírse de su persona por rendirse ante ella?

"¿Lo encuentra divertido, Srta. Greenwood?" Él recogió la culata desechada del suelo y la enroscó alrededor de su cuello, casi tan apretada como un torniquete. Tal vez, eso mantendría la sangre en su cabeza, donde pertenecía.

"Por supuesto que te encuentro divertido, y muchas otras cosas agradables además." Negándose a dejarse intimidar por su tono helado o su mirada hosca, una vez más, Ivy lo desarmó con su franqueza, mientras buscaba sus pantuflas, chal y sombrero. "No podría soportar a un hombre que a veces no me divertiera."

¿Cómo podía él permanecer enojado cuando ella parecía decirlo como un cumplido sincero? ¿Y qué "otras cosas bonitas" le encontraba ella además de divertidas? Si bien, la lógica insistía en que no le importaba ni debía importarle, su tonta curiosidad se disparó de todos

modos.

Decidido a resistir, Oliver cambió la conversación hacia el único tema que seguramente la distraería. "Debo admitir que tu plan para reunir a tía Felicity con tu hermano parece estar teniendo éxito. Anoche, había calificado la probabilidad de que aparecieran juntos como muy baja."

Ella respondió a sus palabras con el tipo de sonrisa luminosa, que la mayoría de las mujeres reservan para los elogios por su apariencia. Aunque no tenía sentido comparar la sonrisa de cualquier otra mujer con la de Ivy Greenwood, Oliver reflexionó, porque las eclipsaba a todas con facilidad.

"Puede que sepas todo sobre probabilidad y otros temas similares." Sus ojos brillaban con la picardía más cautivadora. "Quizás ahora admitirás que tengo ciertas ideas sobre el misterio del corazón."

"De acuerdo." Él deseó atreverse a pedirle que le explicara las desconcertantes emociones que lo empujaban en varias direcciones diferentes a la vez. Dado que ella fue quien provocó esas emociones, tal vez, sería más inteligente evitar el tema.

"¿Bien?" Ivy asintió hacia la ventana. "Dijiste que deberíamos decidir cómo proceder, una vez que descubramos si nos estaban siguiendo. Están tras nuestro rastro, juntos. Después de lo de ayer, espero que quieras llevarme al otro lado de la calle hasta Thorn y terminar con esto."

Indudablemente, una parte de él lo haría. Esta era el lado reflexivo y racional que había regido su vida durante muchos años. Otra parte, casi ajena a su naturaleza, se resistía a la idea de abandonar esta imprudente aventura y separarse de Ivy Greenwood, un momento antes de que los acontecimientos lo hicieran necesario.

Además, había que tener en cuenta a la tía Felicity. Quería verla feliz, y en algún nivel distante sintió que Thorn Greenwood bien podría estar a la altura de la tarea. A pesar de toda su amabilidad hacia ella, Oliver sabía que era una mujer decidida, que no se dejaba persuadir por los medios ordinarios.

Ivy puso cara de arrepentimiento. "Debo admitir que no había tenido en cuenta todas las molestias que implica un viaje a Gretna. No me importa para mí, pero, lo encontrarás incómodo y tedioso, supongo. Fue bueno de tu parte venir tan lejos conmigo, después de mi brutal torcedura de brazo. Si continuamos, quiero que sea tu elección."

Arriesgándose a mirarla a los ojos, Oliver vio reflejada una imagen de sí mismo, que apenas reconoció. Una vez más, sintió la sutil corriente subterránea de electricidad y la atracción magnética entre dos polos opuestos de emoción e intelecto.

"Supongo que bien podríamos ser colgados por una oveja que por un cordero." Aunque lanzó las palabras en un tono casual, Oliver sabía qué paso tan serio acababa de dar.

Se había comprometido en esta loca aventura. Se había comprometido con esta mujer que representaba un rompecabezas, tan desafiante como cualquier vía de investigación científica. Ya era hora de prescindir de aquella ilusión de que este viaje a Escocia eliminaría a Ivy Greenwood de su sistema.

A menos que tuviera mucho cuidado, él sospechaba que su compañía constante podría resultar peligrosamente adictiva.

"La vida va a parecer bastante aburrida después de nuestra pequeña aventura, ¿no lo crees?"

Mientras un nuevo carruaje los llevaba al norte, a Tewkesbury, Ivy rebuscó en un cesto de comida que había comprado, a toda prisa, en las tiendas de Gloucester. Sacó un pastel de caza dorado y se lo pasó a Oliver, en una servilleta.

"Mi vida, tal vez", respondió, olfateando el pastel con admiración. "Espero que hagas del día más aburrido, una aventura para ti y para todos los que te rodean."

Otro hombre podría haber hecho ese lindo cumplido con una floritura verbal, pero Oliver habló con un aire serio y cohibido que llegó directamente al corazón de Ivy.

Con la boca llena de sándwich de jamón, no pudo dar mejor respuesta que una sonrisa torcida y abultada. Es cierto que hizo todo lo posible para alegrar su vida y la de quienes la rodeaban. Nada en mucho tiempo le había proporcionado tal estímulo para igualar su viaje con Oliver Armitage.

Seguramente fue la emoción de la persecución y el emparejamiento entre Thorn y Lady Lyte. Nada producía a Ivy la misma sensación de euforia embriagadora que interpreta a Cupido, en nombre de un hombre y una mujer que encajaban a la perfección, el uno con el otro, pero ambos no lo reconocían.

Tragando la comida, bien masticada en su boca, la acompañó con un sorbo de cerveza. "¿Crees que hay alguna posibilidad de que nos alcancen?"

Al caer el día, se detuvieron en Gloucester, el tiempo suficiente para contratar otro carruaje, comprar comida y sobornar a un posadero para que dijera que habían pasado la noche anterior, en su establecimiento, si alguien le preguntaba.

"Es posible", admitió Oliver. "Ese carruaje de mi tía es un buen aparejo. Con frecuentes cambios de caballos, tía Felicity y tu hermano, seguramente, harán un buen tiempo. Debemos suponer que ellos tampoco estarán satisfechos con retrasarse un día a caballo detrás de nosotros."

"Pero, en realidad no estamos a un día de camino por delante." ¿Por qué le temblaban las entrañas como gelatina ante la idea de que la atraparan y la arrastraran de vuelta a Bath? Thorn estaría enojado con ella, por supuesto, pero nunca lograba estar enojado por mucho tiempo.

"Rezo para que no descubran lo cercanos que somos." Oliver bebió un trago de su propia cerveza. "Ahora que estoy seguro de que están siguiendo nuestro rastro, creo que deberíamos tratar de poner más distancia entre nosotros. Si conducimos durante la noche, en la mañana, deberíamos encontrarnos en la mejor parte del camino a Birmingham. No será una confortable noche de sueño, me temo..."

"Estaría dispuesta a sufrir algo peor que una noche de insomnio por culpa de mi hermano", prometió Ivy.

Al menos eso les ahorraría la molestia de dormir en una posada. Cuando Oliver le informó al propietario del Green Dragon, que eran recién casados, en su gira de luna de miel, ella se sonrojó de color casi púrpura. El calor de ese rubor se había extendido desde su rostro, bajando por su seno y su vientre, hasta su trasero. Y eso fue antes de que ella experimentara la imprudente intensidad del beso de Oliver.

Comieron el resto de su picnic rodante, en un agradable silencio, intercambiando una mirada de vez en cuando, pero más a menudo, mirando por las ventanillas del carruaje las ricas tierras agrícolas del valle de Gloucester.

"Mañana al mediodía deberíamos llegar a Trentwood", comentó Oliver, mientras Ivy guardaba los restos de la cena en el cesto. "Esa es la casa de campo de la tía Felicity. Deberíamos poder detenernos allí, el tiempo suficiente para una comida decente y un lavado. También puedo recoger algunos papeles que dejé."

"¿Continúas tu investigación incluso durante los veranos en el campo?" Preguntó Ivy.

Oliver asintió. "Ese es mi verdadero trabajo. Durante los inviernos en Bath, juego con la investigación científica, en una variedad de áreas, pero, en los veranos, me concentro en la ciencia aplicada. He escrito un libro sobre la rotación de cultivos, y estoy trabajando en una

fórmula para un nuevo tipo de esmalte de cerámica."

Aunque esta investigación práctica no le pareció tan fascinante, como algunos de los asuntos científicos que habían discutido la noche anterior, durante la cena, Ivy le prestó toda su atención a Oliver, y le hizo preguntas que esperaba que no considerara demasiado tontas. Se encontró admirando la dedicación que él aportó a su investigación. Ella sintió que Oliver Armitage no estaba motivado por la ambición del oro o la gloria, sino por los nobles ideales de dominar un desafío intelectual, y encontrar formas de mejorar la vida de sus allegados.

Fuera del carruaje, la luz del día menguó lentamente y un viento fuerte barrió el Severn. Ivy se arrebujó más y más en el chal.

Oliver hizo una pausa en su explicación de la fabricación de porcelana. "¡Te castañetean los dientes!"

Ivy los sujetó juntos. "Se está poniendo un poco frío, pero, estaré bien, de verdad."

"Disparates." Desde la oscuridad, su mano se aferró a su brazo y tiró de ella hacia el asiento junto a él. "No en vano, llaman a esta prenda abrigo. Nos puede acomodar fácilmente a los dos, ya que ninguno de los dos somos muy corpulentos."

Ivy separó los labios para protestar, pero todo lo que salió fue un suspiro cuando la calidez del abrigo de Oliver la envolvió. ¿Cómo podía protestar por esta intimidad necesaria, cuando ya los había sumergido, en un posible escándalo, al llevarse al pobre hombre a Gretna?

"Graacias, Oliver." Ella se acurrucó contra su torso, saboreando el calor de su brazo alrededor de sus hombros temblorosos. "Has sido mucho más amable conmigo de lo que merezco. Sin embargo, te prometo que te lo compensaré. Una vez que Thorn y Felicity estén felizmente establecidos, haré todo lo que esté a mi alcance para encontrarte la esposa perfecta."

Su cercanía y el sutil aroma de él disiparon su frío; de una manera, que ninguna cantidad de mantas o calentadores de cama pudiera haber logrado.

"¿Qué te hace pensar que necesito una esposa?" Ella sintió una nota burlona en su voz, tan cerca de su oído. "¿O tú quieres uno, en tu caso?"

Por alguna razón, su segunda pregunta la dejó vagamente inquieta. Quizás ese sándwich de jamón no le había caído bien.

"Tal vez no quieras una esposa." Estalló la áspera respuesta de ella, "pero, puedes estar seguro de que necesitas una que se ocupe de los asuntos prácticos para que puedas concentrarte en tu trabajo, y para evitar que te mueras de hambre o te quedes sin dormir. Además, ¿acaso nunca sientes la necesidad de una mujer en tu cama? ..."

Los músculos de su brazo se tensaron, acompañados de una brusca toma de aire. "¿Tienes alguna idea de lo que estás preguntando?"

"Ciertamente lo hago", ella enfatizó. "Quizás más que tú, Sr. Nariz en un Libro. Mi hermana me lo contó todo, una vez que se casó. No quiere que vaya a mi noche de bodas, como un pobre ganso verde, como le pasó a ella. Lo admito. Al principio, me sorprendió un poco la información, pero, ahora que me he acostumbrado a la idea, creo que podría ser bastante agradable."

"Hmm... Sí... Bueno..." La temperatura dentro del abrigo de Oliver subió varios grados.

"¿No tienes la más mínima curiosidad?" Ivy insistió.

Una vena malvada en ella disfrutó la oportunidad de hacer que Oliver Armitage se retorciera. Se lo merecería por decir que no quería una esposa, como si las mujeres fueran, y seguirían siendo, superfluas para su existencia monacal.

Ivy no podía entender por qué eso debería perturbarla tanto. Tal vez, entendía menos sobre asuntos del corazón de lo que se había jactado ante Oliver.

Capítulo Cinco

¿Él no tenía la menor curiosidad?

Al contrario, Oliver Armitage nunca había ardido tanto en curiosidad por un tema. Había oído lo suficiente como para adivinar lo que debía ocurrir cuando un hombre y una mujer unían sus cuerpos. Había deducido que había placer físico involucrado, sin embargo, nunca había sido capaz de reconciliarse con los medios sórdidos por los cuales la mayoría de sus conocidos masculinos habían satisfecho su "sed de conocimiento".

¡Avergonzado! Sí admitía su ignorancia ante esta chiquilla descarada para su mayor diversión. Particularmente, cuando ella despertó su interés en todo el asunto, como ninguna otra mujer lo había hecho jamás.

Ignorando deliberadamente su pregunta, planteó una propia. "¿Cómo describirías a esta esposa perfecta que pretendes encontrar para mí? ¿Y qué te hace pensar que un modelo así desearía a un tipo pesado como yo, aparte de poner sus garras en la fortuna de mi tía, a su debido tiempo?"

"No dije que ella sería perfecta, en el sentido absoluto, solo perfecta para ti. ¿Y qué te hace pensar que solo te buscaría por tu fortuna? Tienes muchas cualidades de primer nivel que cualquier mujer sabia valoraría por encima de las consideraciones materiales."

Ivy se inclinó y giró su rostro hacia él. Podía sentir el susurro de su aliento en su mejilla. Oliver siguió mirando al frente en la oscuridad. No confiaba en sí mismo para girar sus labios, en su dirección.

"Me temo que perteneces a la minoría de tu sexo que piensa así. O tal vez haber sido el objetivo de más de una cazadora de fortunas ha alterado tu opinión sobre las mujeres."

Ivy apretó la cabeza contra su pecho. Si lo dijo como un gesto de consuelo, Oliver se sorprendió al descubrir que funcionó.

"Lamento si te lastimaron. Puedo decirte por experiencia que estar en circunstancias difíciles cambia la forma en que una dama debe considerar a los posibles pretendientes. Muchas familias presionan a sus hijas para que accedan al matrimonio más ventajoso, pero, eso no significa que lo harán para casarse con un hombre odioso por su dinero. Solo que tal vez tengan que renunciar a uno agradable si no tienen perspectivas, como Papá hizo que Rosemary hiciera, cuando mi cuñado comenzó a cortejarla."

Envuelto en una discreta oscuridad, Oliver se permitió el atisbo de una sonrisa. Ese mismo día, durante su precipitada carrera de Newport a Gloucester, Ivy había contado todos los detalles de la segunda oportunidad amorosa de su hermana. Por lo que parecía, tenía motivos para estar orgullosa de sus habilidades como casamentera. ¿Rosemary Greenwood y Merritt Temple habrían encontrado el camino de regreso, sin un descarado empujón de la entrometida hermana pequeña de Rosemary? Se preguntó Oliver.

"A la ideal Sra. Armitage no le importará un comino el dinero de tu tía." Anunció Ivy con temeraria confianza. "Tendrá que ser un poco media azul, ni que decir que tiene, pero, no todo son ciruelas pasas y prismas. Guapa, pero, no de banda. Una pizca de mandona no le vendría mal, para asegurarse de que comes con regularidad y te acuestas a una hora razonable..."

Ella se rió.

"¿Qué otra cosa?" Exigió Oliver.

"Solo pensé que no estaría mal si ella tiene el tipo de atributos que a los hombres les

gustan en las mujeres, así que estarías feliz de acostarte temprano."

"¡Eres incorregible!" Incluso mientras se unía a su risa, a expensas de ella, Oliver reflexionó sobre la descripción de Ivy de su esposa ideal.

Dudaba que la parte de intelectualidad fuera necesaria. Ivy Greenwood había demostrado que una mujer podría tener una mente aguda y una viva curiosidad, sin ser agresivamente estudiosa. Tenía algunos otros atributos que también podría agregar a su lista. Un corazón leal, un ingenio listo y un travieso sentido de la diversión para sacarlo a él de sí mismo.

No hacía falta ser un genio de la lógica para reconocer que solo una joven conocida suya respondería a esa descripción. ¿Podría estar abordando todo este viaje a Gretna desde el ángulo equivocado? Oliver se preguntó. En lugar de usar el tiempo para sacar su atracción por Ivy Greenwood de su sistema, tal vez debería dedicarse a conquistarla.

¿Sería posible que él pudiera convertir esta fuga fingida, en un artículo genuino, al convencer a cierto casamentero encantador de que él podría ser un buen partido para ella?

Por primera vez en su carrera como casamentera, Ivy consideró la oportunidad de interpretar a Cupido con sentimientos claramente encontrados. Al describir a la joven que planeaba localizar para Oliver, se encontró resentida con la futura Sra. Armitage.

¡No seas tonta! Se regañó a sí misma. Era solo porque ella es un conjunto abstracto de cualidades, no una chica de carne y hueso.

Sí, debe ser eso, ella decidió. Cuando conociera a una joven real que respondiera a esa descripción, sin duda, "la Srta. X" tendría uno o dos defectos para humanizarla. Entonces, Ivy aprendería a quererla, sin reservas, y disfrutaría genuinamente al verla sucumbir al cortejo de Oliver... Tal vez.

Un profundo bostezo abrió tanto la boca de Ivy que le dolió. No había dormido bien en ese colchón, que olía a moho en el Green Dragon. El pecho firme de Oliver hizo una almohada mucho más satisfactoria. Su cabeza cayó contra él y sus ojos se cerraron.

"¿Qué pasa con tu marido ideal?" Él la impulsó. "¿Tienes algún plan para hacer una pareja para ti?"

Las palabras llegaron a su oído derecho como de costumbre, pero el izquierdo, apretado contra su abrigo, escuchó un eco más profundo, transmitido a través de su carne, acompañado por el ritmo enérgico de los latidos de su corazón.

"Uno de estos días, tal vez", respondió ella en un murmullo somnoliento. "Todavía no lo he conocido, pero, lo reconoceré en el momento en que lo haga. He estado soñando con él durante años, ¿sabes?"

"¿En efecto?" Oliver lanzó la palabra en un leve suspiro, ¿o Ivy solo lo imaginó en el brumoso crepúsculo del medio sueño? "Cuéntame todo sobre él para que pueda estar atento. Quién sabe, pero, puedes convertirme en un casamentero tan incorregible para ti, como lo eres para mí."

Mareada por la fatiga, la idea hizo reír a Ivy. "Me temo que serías un estrepitoso fracaso, en ese sentido, amigo mío. Desearías una buena ecuación ordenada con todas las cifras contadas. Los asuntos del corazón a menudo van por los lados contrarios. Toma a mi hermano y a tu tía, por ejemplo. Debes admitir, Lady Lyte es una mujer bastante poco convencional."

"Yo sería el último en negarlo." Oliver se movió en el asiento, inclinándose un poco hacia atrás, en la esquina, haciendo aún más cómodo para Ivy descansar contra él. "Creo que la tía Felicity invitó a Thorn a convertirse en su amante, en lugar de hacerlo de la forma habitual."

"Me sorprende que haya aceptado." Pensamientos afectuosos sobre su hermano cruzaron por la mente de Ivy. "Aunque lo adoro, seré la primera en admitir que Thorn es un ciudadano tan

convencional y responsable como el que conocerás en quince días. Sin embargo, se desarrolló una conexión especial entre él y Lady Lyte, a pesar de sus diferencias, acaso, ¿cómo la fría lógica de la ciencia explica eso?"

Ella escuchó y sintió la risa rodar a través de Oliver. Tanto el sonido como la sensación resultaron altamente contagiosos.

"Lo explicaría con la hipótesis de que los opuestos se atraen. Es un principio bien documentado del magnetismo. Puede haber más ciencia trabajando en asuntos del corazón de lo que se podría suponer, Srta. Cupido."

¿Los opuestos se atraen? Eso tenía una especie de sentido. ¿No eran ya opuestos en muchos aspectos los hombres y las mujeres?

"Te complaceré en ese punto y te contaré todo sobre el hombre de mis sueños, aunque dudo que encuentres uno igual entre tus conocidos."

"¿Y por qué es eso?"

"Porque es bastante malvado, Oliver. ¿Eso te sorprende? Un libertino malvado y apuesto con un pasado oscuro. Mi amor lo reformará, por supuesto."

"O su maldad te corromperá." La broma de Oliver la hirió con una punzada de censura.

"¡Disparates!" Ivy procedió a tejer un relato dramático de su pretendiente imaginario, aunque de algún modo su fantasía carecía del fuego habitual.

Gradualmente, ella se apagó por completo, mientras se acurrucaba contra Oliver, cuya cercanía la hacía sentir cálida de una manera que nunca antes se había imaginado.

Aunque la presencia de Ivy, en sus brazos, calentó la sangre de Oliver hasta un grado casi insoportable, sus palabras le helaron el corazón. La seguridad de que nunca lo perseguiría por su dinero era un consuelo igualmente frío. Le había dejado claro que él no era ni podría ser nunca, el tipo de hombre que ella quería por marido.

Pensar lo contrario sería engañarse a sí mismo, y un buen científico nunca debe permitir que las cosas ilusorias perjudiquen su evaluación de la evidencia. Lo primero sucedió de la forma en que una vez se convenció, a sí mismo, de que su madre no había perecido en el Océano Índico, sino que milagrosamente llegó a la orilla y aparecería un día en su escuela para buscarlo.

¿Se estaba engañando Ivy Greenwood con sus fantasías románticas? Oliver se preguntó a sí mismo durante esa larga noche, mientras la sostenía en su cálido y protector abrazo.

No creyó ni por un momento el viejo adagio de que una buena esposa reforma al tipo de joven salvaje, como el que Ivy tenía puesto en su corazón. Su marido libertino podría estar contento hasta que la novedad pasara, luego volvería a su verdadera forma y rompería el corazón de Ivy, siendo mujeriego. Como había actuado el tío Percy con Felicity.

¿Por qué le importaba eso de todos modos? El orgullo y la lógica de Oliver se burlaron. Si la pequeña tonta quería un sinvergüenza, en lugar de un hombre de aprendizaje confiable, pero poco interesante, nadie la había designado a ella como su guardián. Debería haber prestado atención a su voz interior de cautela y nunca dejar que Ivy Greenwood se abriera camino, con sus encantos, para pasar todas las barricadas, que había erigido alrededor de sus afectos.

Mientras el carruaje atravesaba, a toda velocidad, la campiña dormida de Worcestershire, Oliver luchaba por reforzar sus defensas y sofocar un motín con su cuerpo y su corazón.

Capítulo Seis

"Así que esto es Trentwell." Ivy pegó la nariz a la ventanilla del carruaje, mientras este rodaba por un amplio camino cubierto de altos olmos arqueados. "Se ve mucho más grandioso que el viejo Barnhill."

Oliver respondió con un gruñido, que sonaba desdeñoso. Su mirada vacía no se desvió de algún punto fijo en la distancia.

Debía de estar sumido en la contemplación de alguna fórmula química arcana o de una teoría científica complicada, de esto estaba segura Ivy, porque toda la mañana, él había estado aún más callado y abstraído que de costumbre. Apenas podía creer que él era el mismo hombre con el que se había acurrucado la noche anterior, intercambiando confidencias y bromas fáciles. Hoy él exudaba todo el calor y la tranquilidad de una estatua de granito.

¿Podría su comportamiento indicar algo más que una preocupación intelectual? ¿Había dicho o hecho algo para que él se enfadara con ella? ¿Le molestaba su bien intencionada intención de encontrarle una esposa?

Por primera vez, Ivy se compadeció de la futura Sra. Armitage. Si ella poseía una naturaleza sensible y afectuosa, la pobre jovencita, bien podría quedar afligida por el tipo de indiferencia fría que Oliver había mostrado hoy.

No es que eso le importara en lo más mínimo a Ivy.

Oliver Armitage era simplemente su socio en este plan para reunir a Thorn con Lady Lyte. Si había comenzado a imaginar más sentimientos tiernos hacia él, solo podía deberse a la intimidad forzada de su viaje. Ivy esperaba que el largo viaje, en carruaje, tuviera un efecto aún más fuerte, de esa naturaleza, en su hermano y su amante.

En cuanto a Oliver y ella, obviamente les vendría bien estar un tiempo separados, incluso por unas pocas horas. Si su charla irritaba su sensibilidad, al igual que su silencio helado, sin duda Oliver estaría de acuerdo.

El carruaje redujo la velocidad cuando llegó al final del camino, que rodeaba una delicada fuente de mármol. Los otros sirvientes de Lady Lyte habían notado claramente su llegada, ya que un lacayo de mediana edad esperaba frente a la casa para saludarlos.

"Vaya, amo Oliver, esta sí es una agradable sorpresa, Sr.", el hombre sonrió cuando reconoció al sobrino de su patrón. "¿Qué le alejó de Bath tan pronto?"

"La más agradable de las razones, Dunstan." La sinceridad forzada del tono de Oliver hizo que Ivy se estremeciera. "Estoy dirigiéndome a Escocia para casarme."

Él salió del carruaje con un paso tan rígido como lo había ejercido durante toda la mañana. "No nos quedaremos mucho tiempo. Solo unas pocas horas para comer una comida decente, cambiarnos de ropa y estirar un poco nuestras extremidades. Estaremos de nuevo en camino antes del anochecer. No quiero retrasar el día feliz, ¿sabes?"

"Ciertamente, Sr.", el lacayo parecía estar luchando por digerir esta sorprendente información. "Felicitaciones a Ud. y a su Sra., les deseo toda la felicidad. ¿Regresará por aquí para pasar su luna de miel, Sr. Armitage?"

La pregunta hizo que las mejillas de Ivy se sonrojaran furiosamente, al pensar en ella y Oliver enfrascados en algunas de las actividades de luna de miel que Rosemary les había descrito. Oliver también pareció ponerse nervioso porque no respondió directamente a la pregunta, sino que fingió centrar toda su atención en ayudar a Ivy a salir del carruaje. Después,

balbuceó una breve presentación al lacayo, soltando su mano de la de ella, en la primera oportunidad.

"Serías tan amable de descargar nuestras maletas, Dunstan, y luego llevar a la Srta. Greenwood a una habitación donde pueda lavarse y cambiarse de ropa antes del té." Mientras daba sus órdenes, la mirada de Oliver revoloteó hacia Ivy, y la apartó de nuevo, como si se sintiera obligado a mirarla, cuando no tenía muchas ganas. "Yo mismo iré a hablar con el patrón del establo sobre el cuidado de nuestro aparejo y caballos alquilados."

"Muy bien, Sr.", el lacayo aceptó el baúl de viaje de Ivy, que el cochero le entregó. "Por aquí, por favor, Srta."

Después de una mirada de despedida en dirección a Oliver, que él no devolvió, Ivy siguió al sirviente, a través de una magnífica entrada, subieron una enorme escalera y bajaron por un pasillo resonante, adornado con cuadros. La tranquila e inmaculada elegancia del lugar dominó su habitual ánimo alegre, ya empañado por el comportamiento distante de Oliver.

En Bath, la riqueza de Lady Lyte no había sido tan evidente. ¡No es de extrañar que su sobrino y heredero tuviera a un grupo de debutantes arrojándose a su cabeza!

Si Ivy hubiera tenido alguna tonta idea romántica acerca de Oliver Armitage, cosa que enfáticamente no hizo, esta evidencia de sus brillantes expectativas habría sido más capaz de apagar su entusiasmo que de fomentarlo.

De repente, se abrió una puerta, frente al lacayo, y una voz, suave y masculina, preguntó: "¿qué es todo esto, entonces? ¿Compañía? ¡Oh! ¡Bien! He estado hambriento de diversión."

Un joven recostado contra el marco de la puerta miraba a Ivy, con una mirada oscura y admirativa. Por un momento, él se preguntó si su cerebro, empañado por la fatiga, lo habría conjurado de uno de los viejos retratos en las paredes. Luciendo un bigote negro y barba en la barbilla, el tipo parecía más un caballero de la época del rey Carlos que un caballero de la Regencia del Príncipe de Gales. El cabello azabache despeinado caía sobre sus hombros. El estado rugoso de su camisa, pantalones y chaleco sugería que había dormido con estos.

No tenía derecho a reprocharle eso, pensó Ivy. Su vestido de muselina debía parecer aterrador, precisamente por la misma razón. Ella le dedicó una sonrisa de camaradería, de un vagabundo a otro, fuera de lugar en este entorno prístino.

El lacayo señaló con la cabeza a Ivy. "Esta es la Srta. Greenwood, amo Rupert. Ella y el amo Oliver están interrumpiendo su viaje aquí de camino a Gretna Green."

"¿Es así, por George?" El joven llamado Rupert dejó que sus ojos oscuros se detuvieran en el rostro de Ivy, con una evidente mezcla de admiración e interés. "¿Quién hubiera pensado que el viejo 'Libros' atraparía tal belleza?"

Ivy no podía decidir si se sentía halagada por su propia cuenta u ofendida por Oliver. ¿Quién era este tipo, de todos modos? Obviamente, él se sentía como en casa y el lacayo se había dirigido a él, como si fuera un miembro de la familia. Pero Oliver afirmó que no tenía parientes vivos, aparte de Lady Lyte.

Tal vez, la pregunta se reflejaba en su rostro, porque la sonrisa del joven se torció en una mueca burlona.

"Rupert Norbury a su servicio, Srta. Greenwood." Haciendo una reverencia extravagante sobre su mano, él presionó sus labios contra ella. "O tal vez, en lugar de usar el nombre de mi madre, debería llamarme Rupert FitzPercy. Soy el mayor de la alegre progenie de su difunto Sr., Lady Lyte sufre mi presencia en Trentwell, particularmente cuando ella no está en la residencia. Este es un lugar conveniente para esconderme cuando mis acreedores se vuelven fastidiosamente insistentes."

"Es un placer conocerlo, Sr. Norbury." También lo era. Ivy se dio cuenta de que era un gran placer conversar con un hombre que la miraba a los ojos cuando hablaba. Un hombre que parecía considerarla más que un artículo de equipaje inconveniente. Un hombre que respondía, en cada detalle, a su ideal de perverso y elegante.

"Lamento que no seremos mucha compañía para Ud., solo nos detendremos por unas pocas horas. Oliver tiene algunos libros y papeles que quiere recoger, ya que pasamos por aquí." Ella debería hacer alguna referencia a su compromiso ficticio, lo cual fue incitado por su propia conciencia.

"Qué lástima que no puedas quedarte más tiempo." Rupert exhaló un profundo suspiro. "Aunque no puedo culpar a 'Libros' por querer llevarte frente a un párroco, antes de que algún tipo inoportuno te robe delante de sus narices."

¿Por qué una adulación tan descarada no la hacía sonrojarse tan roja y caliente como los rábanos, cuando cualquier comentario casual, o toque casual, de Oliver Armitage parecía hacer que sus mejillas se ampollaran? Se preguntó Ivy.

Antes de que pudiera encontrar una respuesta satisfactoria, ella se dio cuenta de que el lacayo estaba allí de pie con su baúl, tratando por todos los medios de no parecer impaciente.

"Debo ir a ponerme presentable para que me vean en una casa tan grande como Trentwell." Ivy puso cara de arrepentimiento. "'Libros'... Quiero decir, Oliver y yo tomaremos el té antes de irnos. Espero que puedas acompañarnos."

"Un regimiento de dragones no podría mantenerme alejado." Rupert Norbury volvió a inclinarse. "Dunstan, después de que hayas llevado a la Srta. Greenwood, a donde sea que la lleves, haz que alguien me traiga agua caliente. Me vendría bien arreglarme un poco antes de cenar con mi primo y su futura esposa."

El trino fresco y seductor de la risa de Ivy atrajo a Oliver hacia el más íntimo de los dos comedores de Trentwell. En el umbral, él se quedó inmóvil, con las extremidades y la voz paralizadas, al ver a Ivy sirviendo té a su primo Rupert. El tipo parecía como si hubiera sido diseñado exactamente, según las especificaciones de Ivy, con una pizca extra de maldad, agregada en una buena medida.

"¿Qué estás haciendo aquí?" Por fin, las palabras brotaron de su boca, cuando quería que sus pies lo llevaran a la habitación.

Ivy estaba sentada a la cabecera de la mesa con un servicio de té de porcelana fina, dispuesto ante ella. Rupert se tumbó en el asiento a su derecha, inclinándose lo más cerca posible de ella, sin caerse de la silla.

Ante el interrogatorio perentorio de Oliver, Rupert levantó la vista y lo miró con pereza y burla. "De verdad, 'Libros', debes hacer un esfuerzo para dirigirte a tu prometida con más cortesía. La Srta. Greenwood está tomando el té con nosotros, por supuesto. ¿No fue esa parte de la razón por la que te detuviste aquí de camino a Escocia?"

"No me refería a ella." Haciendo un esfuerzo decidido por ignorar la burla, Oliver se dejó caer pesadamente en el asiento a la izquierda de Ivy. "Estaba hablando de ti. Lo último que supe era que estabas en Irlanda."

"Estaba." Rupert volvió toda su atención a Ivy, con su mirada recorriendo sus brazos desnudos y su esbelto cuello de la manera más impertinente. "No me convenía, así que volví, como el hijo pródigo... Ese hijo. Nadie se ha ofrecido a matar un ternero cebado para mí, pero, al menos tengo un techo sobre mi cabeza."

Quizás lo más importante era el acceso a la bodega de vinos de la tía Felicity. Las palabras no pronunciadas se cuajaron en la punta de la lengua de Oliver, pero él se las tragó.

Hacía mucho tiempo que había aprendido la insensatez de caer en las provocaciones de Rupert. Hoy, por alguna razón, el hijo natural del tío Percy resultó más difícil de ignorar que de costumbre.

"¿Azúcar, querido?" Preguntó Ivy. "¿Crema? ¿Limón?"

Por un momento, Oliver no se dio cuenta de que ella se dirigía a él.

"Pregúntale de nuevo, más fuerte." Instó Rupert en un tono de diversión exasperada mezclada con lástima. "Probablemente esté perdido en algún pensamiento elevado, y..."

"¡Solo limón!" Oliver dio su respuesta como un golpe.

Con las pinzas de plata, Ivy depositó una rodaja de fruta de color amarillo pálido en el brebaje ámbar humeante. ¿Deslizó una mirada encubierta a Rupert, mientras le entregaba la taza a Oliver? ¿Y la línea de sus labios se arqueó uno o dos grados, en la comisura, en respuesta a su arrebató?

¡Que se ría de él, que se rían los dos! El último en reír sería él, ya que a Oliver no le importaba cómo Rupert se pavoneaba para atraer la atención de Ivy, o cómo ella sonreía tontamente para él.

Rupert tomó un delicioso sándwich de la bandeja y se lo metió en la boca. "¿Estás seguro de que no puedo convencerte de que te quedes en Trentwell un poco más? Tengo hambre de compañía, en particular de la encantadora variedad que ofrece la futura Sra. Armitage."

Observó a Ivy con una mirada apreciativa tan dulce y pegajosa, que Oliver esperaba que atrajera moscas.

En lo profundo de su pecho, el corazón de Oliver pareció dar un vuelco, ante el sonido de su apellido aplicado a Ivy. En sus sienes, su pulso tronó cuando vio a Ivy y Rupert intercambiar una mirada coqueta.

"Debemos partir de inmediato." Trató de hablar desapasionadamente, como si relatara un hecho escueto del asunto.

En cambio, las palabras brotaron de él. Sonaba como un colegial, molesto por perder algunas canicas, declarando su intención de abandonar el juego.

Lo intentó de nuevo. "Creo que la tía Felicity puede estar siguiéndonos, en un esfuerzo por evitar nuestro matrimonio, así que debemos darnos toda la prisa posible."

Seguramente, ellos podrían extender su visita una o dos horas más. Rupert se dirigió a Ivy. "Trentwell tiene algunos de los terrenos más hermosos de esta parte del país. Están en su mejor momento, ahora. Realmente, 'Libros', es bastante insensible de tu parte traer aquí a la Srta. Greenwood, y luego llevártela antes de que haya tenido la oportunidad de verlos."

"¡Oh! Por favor, Oliver." Ambas manos de Ivy agarraron la suya, antes de que tuviera tiempo de apartarse. "¿No podemos dar un paseo, para estirar las piernas, antes de volver a ponernos en marcha?"

Esta vez su toque no provocó una descarga pasajera de estática, sino la galvanización sostenida de una batería de pila voltaica. Si pasaba la siguiente hora con ella, deambulando por los senderos boscosos perfumados con flores de primavera, ¿qué tipo de tonterías podría terminar soltando?

"Muy bien." Él separó su mano de la de ella con el pretexto de alcanzar otro sándwich. "Tal vez, deberíamos hacer un poco de ejercicio, mientras tengamos la oportunidad. Creo que remaré alrededor del estanque."

Por un instante, Ivy pareció pedirle unirse a él. Contra toda razón, Oliver se encontró esperando que ella lo hiciera.

Antes de que pudiera enmarcar esa solicitud o cualquier otra, Rupert volvió a sumergirse

en la conversación. "Si 'Libros' va a estar ocupado en sus remos, sería un honor para mí acompañarla en un recorrido por los terrenos, Srta. Greenwood."

Ivy vaciló, "¿Oliver?"

¿Qué quería ella que él hiciera? ¿Prohibirle que se fuera con Rupert cuando obviamente estaba tan ansiosa por hacerlo? ¿Suplicarle que saliera en el bote con él?

Eso no era probable.

"Complácete a ti misma." Oliver se obligó a encogerse de hombros, aunque sus hombros resistieron el simple movimiento. "No tiene importancia para mí. Solo no te alejes del alcance del oído para que pueda llamarte cuando sea el momento de irnos."

Algo en sus ojos azul verdosos le dijo que había dado la respuesta equivocada. Pero cuando vislumbró la sonrisa de regodeo de Rupert, Oliver no se atrevió a retractarse de sus palabras.

Capítulo Siete

Lo que ella hizo no tuvo ninguna importancia para él. Ella no tenía relevancia para él.

Muy bien, pensó Ivy, mientras salía del comedor en el brazo de Rupert Norbury. Tampoco permitiría que la opinión de Oliver tuviera ninguna importancia para ella.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo.

De alguna manera, los verdes frescos y nítidos del follaje primaveral y las flores brillantes y fragantes palidecieron ante sus ojos, mientras pequeñas nubes se juntaban para oscurecer el sol. Incluso el parloteo chispeante del Sr. Norbury hizo poco para aliviar el peso sutil que oprimía su espíritu.

"Dime querida." La condujo por un sendero bordeado de setos. "¿Cómo diablos te las arreglaste para atraer a un viejo palo seco, como 'Libros', a una aventura tan grandiosa como la de fugarse a Escocia? Estoy estupefacto de que estuviera dispuesto a arriesgarse a disgustar a Lady Lyte, sin mencionar que se separó de su tediosa investigación por tanto tiempo."

Aunque estaba enfadada con Oliver, Ivy no pudo evitar resentirse por el tono burlón del tipo. "Eres bastante hablador para un hombre que dice estar estupefacto, Sr. Norbury."

Él echó la cabeza hacia atrás y se rió como si estuviera monumentalmente complacido consigo mismo y con ella. "¡Bien jugado, Srta. Greenwood! Le concedo la mano. Debería haber sabido que mi primo no se cargaría con una esposa estúpida, sin importar cuán decorativa sea."

Si Rupert Norbury pretendía que sus comentarios fueran halagos, no alcanzaron su objetivo.

A través de un hueco en uno de los setos, Ivy vio el estanque. Oliver acababa de alejarse de la orilla, en un bote estrecho. Comenzó a remar con golpes suaves y eficientes.

Si tan solo le hubiera dado una migaja de aliento, ahora ella también podría estar sentada en ese bote, arrullada por el suave y rítmico chapoteo de los remos y la tranquilidad del chapoteo del agua.

En su lugar, debía soportar el parloteo animado de Rupert Norbury sobre los juegos de cartas ganados y perdidos, los extremos ridículos a los que había llegado para evadir a sus acreedores, y fragmentos de chismes personales escandalosos sobre el grupo de personas, sin principios, que consideraba como sus amigos.

"... Entonces la Srta. Deagle empujó a la Sra. Forrest hacia atrás en la fuente, que afortunadamente no era profunda. Pero, cuando la pobre criatura salió del agua, por supuesto, el vestido empapado se pegó a ella como una segunda piel, dejándola ... Declaro, Srta. Greenwood, que no creo que haya oído una palabra de lo que he dicho." Un niño de cinco años malcriado no podría haber sonado más petulante.

Sin embargo, él tenía razón. Ivy no había estado prestando mucha atención a su conversación, si es que se podía llamar así, cuando prácticamente Rupert Norbury hablaba todo el tiempo. Ella había estado más ocupada, tratando de evitar que su cadera rozara la suya tan a menudo. La sensación le recordó la vez que había pisado una anguila, mientras vadeaba el arroyo cerca de Barnhill. La atravesó un escalofrío, pero no del tipo agradable que experimentó cuando Oliver la tocó.

"Disculpe. ¿Qué estabas diciendo?"

El primo de Oliver puso los ojos en blanco. "Tal vez usted sea una mejor combinación para 'Libros' de lo que pensé al principio, Srta. Greenwood, con su mente errante."

¿Fue así como su conversación afectó a Oliver? Ivy se preguntó, echando un vistazo por el césped inclinado hacia el estanque. ¿Le pareció tan superficial y ensimismado, que no tuvo más remedio que cerrarle la puerta de su atención en la cara, y luego centrar su mente en temas más valiosos?

"Me disculpo por mi preocupación, Sr.", ella soltó el brazo del Sr. Norbury y puso una distancia de varios pasos entre ellos. "Espero que se perdone a una novia por permitir que sus pensamientos se desvíen, a menudo, hacia su futuro marido."

Olvidado su malestar, Rupert Norbury se rió hasta que las lágrimas rodaron de sus ojos, y tuvo que jadear para recuperar el aliento.

"No veo lo que encuentras tan divertido." Para los oídos de Ivy, su risa contenía más desdén que alegría. Buscó a tientas una excusa para poner más distancia entre ella y este hombre odioso. "Creo que regresaré a la casa. Por la forma en que el cielo se está oscureciendo, me temo que pronto lloverá."

Cuando ella lo rodeó para regresar por donde habían venido, la mano del Sr. Norbury salió disparada y la agarró por la muñeca. "Por favor, no me prive de su compañía tan pronto, Srta. Greenwood. Aún no ha visto el cenador de árboles frutales."

Intentó quitarse la mano de encima, pero Rupert Norbury la agarró con una fuerza que la sorprendió. Ivy se dio cuenta de que él tenía las manos más carnosas que su primo y su piel era más suave que la de la mayoría de las mujeres. Acaso, ¿ellos habían hecho, alguna vez, un trabajo más agotador que tirar los dados, inclinar una copa de vino o quitarle la ropa a una mujer?

Ese último pensamiento hizo que Ivy se pusiera nerviosa.

"Tenga la amabilidad de soltarme, Sr. Norbury. Ver el cenador puede esperar hasta una futura visita a Trentwell."

Si Thorn se casaba con Lady Lyte, Ivy no estaba segura de querer visitar Trentwell de nuevo, sobre todo si el hijastro ilegítimo de esta dama se encontraba allí.

"Pero, ahora las flores están en su apogeo." La atrajo hacia él. "Quién sabe si podrías atraparlas en tal perfección de nuevo. Recoge capullos de rosa, mientras puedas."

"¡Sr. Norbury, por favor!"

El brillo de medianoche, en sus ojos oscuros, hizo que la carne de la nuca de Ivy se tensara. ¿Qué locura infantil la había llevado alguna vez a creer que podría haber algo romántico o excitante en la maldad?

"Puedes abandonar tu pose de devoción sentimental por 'Libros'. Si algo te preocupa, podría ser la idea de algún día ser la Sra. de Trentwood."

"No busco la fortuna de Oliver." Por alguna razón, parecía más urgente desafiar esa suposición que protestar por el inoportuno control de Rupert Norbury sobre ella.

"Me confundes, querida. No lo guardo en tu contra. Vaya, he tratado de llevar a más de una joven heredera a Gretna, en mi época."

Un juicio poco caritativo sobre el gusto y la inteligencia de aquellas jóvenes cruzó por la mente de Ivy, seguido de una rápida y punzante acusación propia. Ella había sido atraída por su apariencia llamativa y encanto simplista. Si no hubiera conocido a otro tipo de hombre, uno que, a pesar de sus defectos, tuviera un valor y una habilidad genuinos, es posible que no hubiera visto más allá de la fachada atractiva de Rupert Norbury tan rápido.

"Tener un marido tan ciego a tus necesidades y encantos puede tener sus ventajas, ¿sabes?" Atrajo a su Ivy en su abrazo. "No es probable que 'Libros' se dé cuenta si buscas satisfacción en otra parte."

"¡Deja de llamarlo así y déjame ir!" Ivy luchó por liberarse de su agarre.

Apartando la cara de sus labios que se acercaban, casi vomitó por la repugnante sensación cuando él la besó en la oreja. Ella golpeó, con fuerza, su pie sobre los dedos de él, pero sus endebles pantuflas no eran rival para las botas de montar del Sr. Norbury.

"No hay necesidad de jugar tímido, ahora." El canalla se rió entre dientes y apretó aún más su agarre. Mi querido primo está demasiado lejos para oírnos, y no es que le prestara mucha atención si lo hiciera. Tú y yo somos muy parecidos, Ivy. Conmigo, no necesitarás fingir cansinamente."

Ella no se parecía en nada a él... ¿O sí? La espantosa idea abofeteó a Ivy en un momento de silencio flácido y atónito.

"¡Ah! Eso está mejor." El Sr. Norbury abordó su cuello desnudo con sus labios. Entre besos que pusieron la piel de gallina a Ivy, murmuró: "nunca te lastimaría ni te obligaría, por supuesto. Y no tenemos tiempo para complacernos en este momento. Solo quiero darte un pequeño anticipo de lo que te espera en el futuro."

Tal vez, ella debería permitirle besarla y manosearla un poco, pensó Ivy. Soportarlo como un castigo digno por su estupidez. A Oliver no le importaría esto de una forma u otra.

De algún modo, no podía permitirse darle a Rupert Norbury la satisfacción de creer que lo prefería como hombre que a Oliver. Al sentir que su agarre se aflojaba, soltó una mano y le arañó la cara con las uñas. Él gritó un juramento impactante y la llamó con un nombre aún más desgarrador.

Quizás pensando que ella tenía intención de gritar, el pícaro le tapó la boca fuertemente con la mano. La furia salvaje se apoderó de Ivy. Ella mordió uno de sus dedos, gloriándose con el aullido de dolor que le provocó.

Cuando la soltó, Ivy soltó su dedo de sus dientes y se lanzó hacia la libertad. Solo había dado dos pasos, cuando algo detuvo su precipitada carrera. El abusador debió haberle agarrado un puñado de la falda, Ivy se dio cuenta, mientras caía al suelo, y el chirrido de la muselina al rasgarse llenaba sus oídos.

Oliver se esforzó por canalizar su ira y agitación en la fuerza de sus remos contra el agua. Tal vez, el movimiento rítmico y repetitivo calmaría sus emociones sobreexcitadas, y distraería su atención de los atisbos periódicos de Rupert e Ivy, a través de los setos.

¿Por qué la vista de ellos juntos pinchó su corazón con palos afilados? Seguramente, no fue una sorpresa que Ivy prefiriera a su simpático y mundano bribón de un primo que a él. Incluso si ella no hubiera declarado estar dispuesta a un joven apuesto y malvado, igualmente, Rupert la hubiera atraído.

Si le quedaba una migaja de sentido común, Oliver sabía que debería agradecer a su primo por esta lección dura, pero necesaria, sobre la locura de permitir que la emoción pasara por encima del intelecto. Los dilemas científicos podían desconcertarlo y frustrarlo, por momentos, pero los asuntos del corazón lo turbaban y frustraban todo el tiempo. A diferencia del reino austero y elegante de la teoría científica y las matemáticas puras, el reino de Cupido podría ser desordenado, feo y francamente doloroso.

¿Qué estaban haciendo Ivy y Rupert ahora? Por trigésima decimoquinta vez, Oliver se aseguró a sí mismo que sus acciones no tenían ninguna importancia para él. Ni siquiera si hubieran dejado de caminar. Ni siquiera si estuvieran parados tan juntos, que difícilmente podría decirse si eran dos personas o una. Ni siquiera si podrían estar besándose.

Sin darse cuenta de que había cambiado de dirección, Oliver se encontró remando hacia ellos, en lugar de alejarse. Tal vez, sería mejor que interrumpiera su pequeña cita, después de

todo.

La decisión no tenía nada que ver con sus sentimientos frustrados por Ivy. Sin embargo, él era responsable de ella. En su ingenuidad, podría anhelar a un libertino como Rupert, pero se merecía algo mucho mejor. Si ella no podía ejercer un poco de sentido común en el asunto, él se elegiría a sí mismo como su voz de la razón.

Oliver casi había llegado a la otra orilla del estanque, cuando escuchó a su primo rugir una maldición. En su prisa por llegar a tierra, volcó el bote y cayó al estanque. El agua fría no logró calmar su temperamento. Se revolcó hasta la orilla y subió la pendiente, a tiempo de oír a Rupert gritar de nuevo.

Cuando llegó al camino, un instante después, encontró a su primo inclinado sobre Ivy, que había caído al suelo, o tal vez, ella había sido empujada. Su falda y ropa interior habían sido rasgadas, desde el dobladillo casi hasta la cintura. Una impresionante extensión de piernas bien formadas sobresalía a través de la larga rendija.

El pulso de Oliver latía en su frente... Y más bajo. Por primera vez, en su vida adulta, no pudo agarrar la cuerda confiable de la lógica. En cambio, se deslizó entre sus dedos, como si estuvieran engrasados, dejándolos sumergidos en los mares tormentosos de la pasión.

"¡Maldito seas... Norbury!" Su aliento entraba y salía, en tales ráfagas, que apenas podía jadear las palabras. "¡Quita tus... Manos lascivas... De ella... En este instante!"

Rupert se volvió hacia Oliver con una mueca. "Mantente fuera de esto, 'Libros'."

Tres líneas rojas en paralelo ardían en la mejilla del abusador. En total, sus fuertes gritos anteriores sugirieron que Ivy no se había sometido dócilmente a sus libertades.

La mente de Oliver se arremolinaba, en una tempestad de impulsos salvajes, sintiéndose casi incapaz de pensar racionalmente. El instinto, potente e innegable, exigió que protegiera a la mujer y castigara a cualquier hombre que lo desafiara por ella.

Olvidando que hacía mucho tiempo que desdeñaba la violencia como la conducta de los necios, Oliver agarró al hijo ilegítimo de su tío por el escote y lo obligó a ponerse de pie. Norbury agitó los puños y le dio a Oliver un golpe de refilón en el estómago.

Aunque él se dobló por un instante, Oliver no se sometió a las acciones de Norbury. En todo caso, lo agarró con más fuerza, manteniendo firme el hermoso y desdeñoso rostro de su primo para el puño fuertemente cerrado, que estrelló contra la mandíbula de Norbury.

El golpe que dio Oliver le dolió en los nudillos tanto como el golpe que había recibido, el cual le dolió en el abdomen. Cuando Norbury retrocedió, tambaleándose hacia el seto, Oliver soltó la corbata de su primo para que él no lo arrastrara en su caída. Una especie de sed de sangre, completamente ajena a su naturaleza, corría por sus venas, instándolo a vencer a su rival hasta dejarlo sin sentido. Se resistió con enorme dificultad y se volvió hacia Ivy.

"¿Estás lastimada?" Mientras la levantaba del suelo, Oliver ansiaba envolverla en sus brazos y abrazarla todo el tiempo que ella se lo permitiera, eliminando con los besos cualquier residuo de miedo o dolor.

Una oleada de náuseas recorrió su estómago. Quizás esto fuera el resultado del golpe que le había propinado Norbury. Lo más probable es que fuera culpa de haber dejado a Ivy sola con su primo sin escrúpulos, porque había tenido demasiado miedo de sus propios sentimientos hacia ella.

Dejando a Ivy sobre sus pies, dio un paso atrás, cruzando los brazos, frente a su pecho para evitar alcanzarla de nuevo, y como escudo simbólico para su corazón.

Por primera vez, desde que la conoció, Ivy Greenwood parecía completamente escarmentada.

"¿Herida?" Ella forzó una sonrisa galante, que pronto vaciló y luego se desvaneció. "Solo mi orgullo... Y mi vestido."

Lanzó una mirada fulminante a Norbury, mientras él luchaba por salir de los arbustos. "También puse ropa limpia."

Oliver bajó la mirada hacia sus propias prendas empapadas. "Igual que yo. Tendremos que cambiarnos de nuevo, lo más rápido que podamos, y volver a la carretera antes de que Thorn y la tía Felicity nos alcancen."

Una mirada de consternación torció las atractivas facciones de Ivy. Levantó una mano temblorosa y señaló algo por encima del hombro de Oliver. "Me temo que es demasiado tarde."

Oliver no entendía por qué se había molestado en volverse y mirar. Sabía lo que vería.

Tirada por dos yuntas de caballos alquilados, la calesa de su tía avanzaba por el señorial camino hacia Trentwell.

Capítulo Ocho

Oliver se volvió hacia Ivy. Con el lino blanco de su camisa, pegado al pecho, y los brazos cruzados frente a él. A ella nunca le había parecido que él fuera más atractivo. Ni más prohibitivo.

"¿Qué debemos hacer ahora?" Él preguntó.

"¿Qué hay que hacer?" Los hombros de Ivy se hundieron. El manantial que alimentaba su fuente, burbujeante de optimismo, se había secado repentinamente y todo era culpa suya. "Nos han atrapado. Supongo que debemos entregarnos, y espero que tu tía y mi hermano hayan tenido tiempo suficiente para arreglar su disputa."

Ella había hecho un lío tan terrible de todo, arrastrando a Oliver a mitad de camino a Escocia, en una tontería. Podrían haber estado a salvo en el camino, en este mismo minuto, si ella no hubiera estado involucrada en su tonto coqueteo con Rupert Norbury.

Cuando Norbury se puso en pie, tambaleándose, frotándose la mandíbula y mirándose terriblemente apenado por sí mismo, Ivy supo que nunca volvería a considerar a un apuesto libertino, de la misma manera. Aunque una parte de ella quería marchitarse en un charco de lágrimas petulantes, decidió empezar a actuar como una adulta. Le debía mucho a Oliver, sin importar cuán tarde era.

"Le diré a tu tía que diseñé todo el plan y que solo me acompañaste bajo protesta, para evitar que sufras daños." No tendría que estirar la verdad sobre ese punto.

Oliver se quedó muy quieto, como si sopesara sus palabras. Luego le tendió la mano. "Puede haber otra manera. Tengo un plan, si estás dispuesta."

"¿Un plan?" Un delgado chorro de esperanza disparó en un alto arco desde la fuente de Ivy. Astilló un rayo perdido de sol de mayo en cien pequeños arcoíris. "Entonces persigamos eso, por todos los medios."

Puso su mano en la de Oliver. Cuando sus dedos largos y hábiles se cerraron sobre los de ella, una sensación de cálida tranquilidad se apoderó de Ivy, muy parecida a la que sentía cada vez que regresaba a Barnhill, después de una larga ausencia.

"Mira aquí, Rupert", ordenó Oliver a su primo. "¿Nos ayudarás o le digo al hermano de Ivy y a la tía Felicity las diabluras que estabas haciendo con ella?"

"Muy bien." Rupert Norbury hizo una mueca de mal humor. "¿Qué quieres que haga?"

Más de lo que la amenaza de Oliver obligaba a su primo, Ivy estaba segura que, tal vez, el sinvergüenza esperaba quitarle a Oliver el favor de Lady Lyte.

"Dile a la tía Felicity y al Sr. Greenwood que hemos ido a dar un paseo por los jardines y que no volveremos hasta la cena", dijo Oliver. "Entonces toma nuestro equipaje en un carruaje y llévalo a la aldea. Nos encontrarás esperando en The Fox and Crow. Sin embargo, ten cuidado de que no te vean ni te sigan."

Norbury fingió quitarse el polvo de las diminutas hojas de seto de su abrigo. "No me digas cuál es mi negocio. Her... Maano Armitage. Siempre he tenido más práctica que tú escabulléndome."

¡Algo hermoso de lo que jactarse! Ivy y Oliver intercambiaron una mirada, con las cejas arqueadas.

"Por aquí." Oliver tiró de ella por el camino cubierto de setos hacia un grupo de árboles. "Espero que esto nos dé unas horas de ventaja sobre ellos, si podemos confiar en que Rupert

llevará a cabo su parte."

Ivy se estremeció exageradamente. "Él es horrible, ¿no es así?"

"Parecías encontrarlo más divertido a la hora del té." Oliver soltó su mano cuando entraron en el bosque. "Pensé que respondía a la descripción de tu hombre ideal, en todos los detalles. Tal vez, no lo encontraste lo suficientemente malvado. No lo es realmente, solo es vanidoso, egoísta e irresponsable."

"Debes pensar que él y yo formamos una pareja perfecta." Aunque Ivy trató de expresar las palabras como una broma, la vergüenza agrió su tono. No había nada gracioso en que Oliver Armitage la despreciara.

"No creo en nada de eso." Oliver retuvo un retoño, cubierto de maleza, que bloqueaba el camino del bosque para que Ivy pudiera pasar. "Me culpo a mí mismo por permitir que te fueras con él. No debería haberlo hecho, excepto... Es decir... Debería haberlo sabido mejor. Lo... Siento."

Ella no podía soportar ver a Oliver reprocharse su imprudencia. Estaba decidida a aliviar su conciencia de esa carga, incluso si eso significaba exponer la suma total de su estupidez. Lanzar las palabras por encima de su hombro o dirigirlas a su espalda tampoco serviría. Ivy se volvió hacia él, renuente, pero lista para aclarar el asunto.

"No tienes que culparte a ti mismo, Oliver." ¿A qué se dedicaba ella, uniendo parejas, manipulando los sentimientos de otras personas, cuando había sido tan ciega a los suyos propios? "Fui con tu primo por una razón, aún más ridícula, que porque pensé que me gustaba."

Oliver se pasó los largos dedos por el pelo mojado y se ajustó las gafas, que se habían torcido. Él la observó con la misma mirada desconcertada e inquisitiva, que tenía cuando irrumpió en su estudio, y le exigió que se escapara con ella hacia Gretna. Todos los sentimientos que él había despertado en ella, desde entonces, inundaron el corazón de Ivy en una maraña agri dulce y desconcertante.

Curiosidad, exasperación, respeto, ternura, resentimiento, fascinación y deseo... Y nada de eso con esperanza de ser devuelto, aparte de la exasperación.

El joven científico no podía pensar menos en ella que cuando lo tenía todo listo, por lo que también podría decirle toda la humillante verdad. "No me habías estado prestando mucha atención, así que quería ver si podía ponerte celoso. ¿Qué te parece esta tontería?"

Oliver no respondió al principio. Él la miró fijamente, mientras Ivy sentía que su confianza en sí misma, una vez sin límites, se convertía en un bulto pequeño, pero pesado en la boca del estómago.

En el frondoso dosel que tenían encima, los pájaros cantaban como si sus diminutos cuerpos fueran a explotar de alegría, a menos que los soltaran cantando. El aroma de las flores de mayo perfumaba el aire tranquilo del bosque, el cual vestía un manto primaveral de un verde exuberante y expectante.

Pero en el corazón de Ivy, una fría llovizna de noviembre cayó sobre las ramas desnudas y los helechos marrones y muertos. Anhelaba desahogar sus sentimientos, en un ataque de lágrimas purificadoras, pero eso debía esperar hasta que estuviera sola. No sería una carga para Oliver más de lo que ya lo había hecho.

"No entiendo." Oliver sacudió vigorosamente la cabeza. Había oído las palabras de Ivy y conocía sus significados individuales. En conjunto, sin embargo, estas se negaron a tener sentido para él.

O tal vez el brillo apagado de los ojos primaverales de Ivy había alejado todo pensamiento racional de su mente.

"¿Estabas tratando de ponerme celoso?" Ella había tenido éxito más allá de cualquier medida que pudiera haber pretendido. Se había necesitado hasta la última gota de moderación, cultivada durante muchos años, para no convertir el atractivo rostro de Rupert en una gelatina. "¿Por qué?"

Ivy frunció los labios en una sonrisa triste, pero sus ojos traicionaron una pizca de humedad. "Si no puedes deducir esa simple conclusión de la evidencia, Sr. Armitage, temo por tu futuro como científico."

Si hubiera estado hablando de cualquier otro hombre, él podría haber resumido la ecuación con facilidad. "¿Tee preocupas algo por mí?"

"Así parece." Un rayo de sol extraviado atravesó el frondoso dosel de arriba, dorando aún más el tumulto de rizos dorados rojizos de Ivy y sus pestañas, que parpadeaban rápidamente. "Me tomó mucho tiempo darme cuenta de eso. No creo que lo haya solucionado adecuadamente todavía. Eso no habla bien de mi alarde de comprensión sobre el amor, ¿verdad?"

Ivy había admitido que se preocupaba por él. Incluso había usado la palabra amor, aunque indirectamente. Eso era lo que Oliver podía asimilar, aunque todavía le costaba creerlo. Lo que no podía comprender era por qué lo hacía parecer tan lamentable.

"No te preocupes." Ella comenzó a alejarse. "Prometo no arrojarme a tu cabeza por el resto de nuestro viaje. Soy muy consciente de que no respondo a la descripción de tu pareja ideal."

El pequeño tono, en su voz, actuó como una llave, liberando a Oliver de su confusión. Sus sentimientos por él consternaron a Ivy, debido a la misma razón por la que él se había sentido alarmado por su creciente atracción por ella: creía que él no podía devolverlos.

Una parte de él quería sentarse y resolverlo. Sopesar los hechos. Tomar una decisión bien meditada. Una que no volcara toda su vida de la forma en que su precipitado salto, desde el bote, lo había volcado.

Mientras vacilaba, Ivy dio unos pasos por el sendero y desapareció detrás del grueso tronco de un imponente roble. De repente, la luz del sol pareció perder su brillo y los colores vibrantes de las hojas se apagaron.

"¡Espera!" Oliver corrió tras ella, casi tropezando en su prisa y sin importarle si lo hacía.

Ivy miró hacia atrás, impulsada quizás por el sonido de sus pasos apresurados. Una deliciosa extensión de su pierna desnuda sobresalía a través del desgarró de su falda. Su cabello había capturado algunas hojas sueltas: una corona esmeralda adecuada para una reina de las ninfas del bosque.

Su anhelo por ella debe haber ardido en su rostro. Lo que sea que vio encendió una sonrisa de respuesta en Ivy, una tan brillante y cálida que eclipsó el sol de primavera.

De alguna manera, Oliver sabía que no era el momento para preguntas, discusiones o palabras de ningún tipo. En lugar de eso, levantó a Ivy en brazos, y la hizo girar, colocando su cabeza en un vertiginoso torbellino a la altura de su corazón.

Cuando sus brazos se cerraron alrededor de ella y sus labios buscaron los de ella, un susurro de duda lo enfrió con tanta seguridad, como una brisa perdida sobre su ropa mojada. ¿Agradecería Ivy una demostración tan ardiente de sus sentimientos, tan pronto, después de que Rupert la obligara a prestarle sus odiosas atenciones?

Antes de que Oliver tuviera tiempo de retractarse de su acción precipitada, los brazos de Ivy se cerraron alrededor de su cuello. Sus labios saludaron a los de él, en un beso ansioso, que destilaba toda la verde y fragante promesa de la primavera.

Oliver se dio cuenta de que ella era su primavera: impredecible, vivaz, romántica y

vigorizante. La suave lluvia de su simpatía y el sol clemente de su temperamento habían ahuyentado el frío y estéril invierno de su corazón, y alimentado la frágil semilla de su deseo por ella.

Cuando se detuvieron para recuperar el aliento, Ivy presionó su frente contra la de él hasta que todo lo que pudo ver fueron esas piscinas turquesas, en las que anhelaba sumergirse, al comienzo de cada día.

Su esbelto cuerpo vibró de risa. "Si estás embrujado, Oliver Armitage, debo advertirte que no haré el menor esfuerzo por encontrar un antídoto."

"¡Oh! Estoy hechizado, Sra. Cupido." Hace una semana, se habría burlado de cualquier tonto que dijera una tontería tan fantástica. Ahora se compadecía de cualquiera cuya vida no estuviera teñida por un poco de romance. "Me lanzaste un hechizo, en el momento en que irrumpiste en mi estudio, y exigiste que me escapara contigo a Gretna Green. He luchado contra eso, con todas las armas de la lógica a mi disposición, pero las has vencido a todas."

"Bueno, he aprendido un poco de sabiduría para moderar mis fantasías románticas." Ella frotó su naricita respingona contra la de él, recta y prominente, y lo prodigó con una mirada de hechizante descaro. "Solo un poco, fíjate. Lo suficiente para reconocer que eres tan apuesto y magistral como cualquier pícaro, pero, mucho más interesante y simpático, una vez que el dorado superficial del glamour se ha desvanecido."

"En ese caso..." Oliver volvió a poner a Ivy de pie y se arrodilló ante ella. "... Mi muy querida Srta. Greenwood, ¿me harías el honor de convertirte en mi esposa, una vez que lleguemos a Gretna?"

Nadie en los recuerdos de Oliver lo había mirado jamás con una adoración tan transparente. Se preguntó si, como los pájaros cantores, su pecho podría estallar por la felicidad que crecía dentro de él.

"Ciertamente, lo haré", susurró Ivy. Su labio inferior tembló, por un instante y luego se torció en una sonrisa traviesa. "Siempre que no vuelvas a tus sentidos antes de eso."

Oliver la atrajo hacia él, acurrucando su mejilla contra la suave generosidad de su pecho. "Si percibes algún peligro de que eso suceda, espero poder contar contigo para besarme, sin sentido, otra vez."

"Eso lo haré." Ella se rió entre dientes, acariciando su mejilla contra su cabello húmedo. "Ahora, por mucho que deteste ser la que saca a relucir asuntos prácticos, será mejor que vayamos a ese establecimiento, Fox and Crow, donde le dijiste a Rupert que trajera nuestro equipaje."

Con una inclinación de cabeza, Oliver se puso en pie. Por mucho que le hubiera gustado quedarse, en el bosque, con su bonita ninfa, ahora tendrían una ventaja peligrosamente escasa sobre Thorn Greenwood y la tía Felicity. Durante el resto de su viaje, Ivy y él huirían precipitadamente hacia Gretna Green.

Capítulo Nueve

"Carlisle, por fin." Ivy suspiró cuando el conductor pasó traqueteando junto a las ruinas desmoronadas del Muro de Adriano. "Un cambio más de caballos debería llevarnos a Escocia."

"No muy lejos de ahora." Oliver despertó de su sueño inquieto y dejó que su mano derecha se desviara del hombro de Ivy hacia su brazo. "Pronto seremos marido y mujer."

Cuando su mano se desvió hacia adentro para rozar el sutil redondeo de su pecho, un sonido salió de su futura esposa, como el ronroneo de un gatito satisfecho. Cuando acarició su pecho con la mejilla y frotó la mano sobre la carne demasiado sensible de su muslo, Oliver obtuvo una comprensión muy personal del calor producido por la fricción. Si no besaba a Ivy de inmediato, temía que todo su cuerpo estallaría en llamas.

La forma en que ella se acurrucó contra él hizo imposible enganchar sus labios, sin una serie de contorsiones, a las que su columna vertebral era bastante desigual. En cambio, la agarró y la hizo girar, aterrizando su trasero deliciosamente redondeado sobre su regazo. Su cabeza se inclinó sobre su brazo, en la postura perfecta, para besarlo.

Cuando sus labios se encontraron y mezclaron, y una ráfaga de delicioso calor recorrió su cuerpo, Oliver se preguntó si podría haber una mejor manera de comenzar cada día por el resto de su vida.

¿Había imaginado alguna vez a Oliver carente de pasión? Ivy se maravilló de su propia ignorancia. Tal vez, los ángeles velaban por las almas bien intencionadas, cuyas buenas intenciones superaban su sentido común, ella reflexionaba, mientras se aferraba a Oliver. Ciertamente, ella había sido bendecida más allá de lo que se merecía.

"En el momento en que estemos casados, a salvo, te llevaré a alguna posada para una comida caliente." Pasó las yemas de los dedos por su delgada mejilla sin afeitar. "Puede que no posea muchas habilidades prácticas de una buena esposa, pero, domino la cocina. Así que te doy una advertencia justa: te has perdido su última comida, Sr, a partir de ahora, mi misión será mantenerte bien alimentado."

Él se llevó la mano a los labios y se los pasó por sus nudillos. "Ya hablas como una esposa. Si sigues así, terminaré llamándote Sra. Armitage."

Oliver podría haber tenido la intención de burlarse de ella, pero Ivy escuchó el anhelo apenas reprimido en su voz. Era evidente que él deseaba precisamente el tipo de cuidado que ella anhelaba brindarle.

"Solo piensa." Ivy bostezó y se estiró. "Para esta noche estaremos casados, habremos comido nuestra primera comida caliente en días y podremos dormir en una cama adecuada, en lugar de estar sentados, en un viejo carruaje con corrientes de aire."

Un toque de diablura esmeralda brilló en los lujosos ojos color avellana de Oliver, mientras le acariciaba el pecho a través de la ligera tela de su corpiño. "Espero que no cuentes con dormir demasiado en nuestra noche de bodas. Estoy ansioso por descubrir toda la información intrigante que tu hermana te contó."

Un sonido salió de los labios de Ivy: un gemido de deseo despertado, pero insatisfecho. "Para ser un hombre de ciencia sobrio, has demostrado tendencias lamentablemente apasionadas en el último o en los dos días anteriores."

Él acercó su rostro al de ella para darle otro beso. Un beso que había llegado a conocer, disfrutar y anhelar, desde su precipitado vuelo de Trentwell. Perdidos en ese beso profundo y

apasionado, ni ella, ni Oliver prestaron mucha atención cuando su conductor redujo la velocidad y se detuvo.

Luego, la puerta del vehículo se abrió de golpe y una voz áspera familiar tronó: "le sugiero que quite las manos de encima de mi hermana, Sr. Armitage."

"¡Thorn!" Por primera vez en su vida, Ivy quería golpear a su amado hermano. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Lo has dicho como si no tuvieras idea", gruñó Thorn. Agarrando a Ivy por el brazo, la arrastró fuera del carruaje y la subió a los adoquines frente a una posada de aspecto próspero. "¿Has hecho que tu misión en la vida sea volverme canoso antes de los cuarenta?"

Ivy nunca había visto a su hermano tan enojado. Sus profundos ojos marrones, por lo general tan tranquilos y firmes, ahora brillaban con una furia oscura. Esa mirada la hizo querer derrumbarse ante su disgusto, como una traviesa niña de seis años, atrapada en una travesura peligrosa.

Entonces, sintió las manos de Oliver cerrarse sobre sus hombros. La cálida resonancia de su voz la envolvió. "No se enoje con su hermana, Sr. Greenwood. La responsabilidad es mía."

Thorn lanzó a Oliver una mirada mordaz. "Tengo un montón de indignación para repartir, Sr. Armitage. También hacia Ud., no se preocupe. No me sorprende descubrir a mi hermana haciendo tales travesuras, pero, le creía a Ud. más sensato."

Retorciendo su brazo fuera del agarre de su hermano, Ivy cambió su mirada por una de enfado. "No permitiré que le hables a mi prometido en ese tono, Thorn. Pide disculpas de inmediato."

"Él no es tu prometido y le hablaré en cualquier tono..." De repente, consciente de las miradas curiosas que había atraído su diatriba, Thorn se tragó sus últimas palabras.

"¿Está Lady Lyte contigo?" Preguntó Ivy. Quizás si Thorn entendiera qué los había puesto en el camino hacia Gretna, no estaría tan enojado con ellos.

"Ella está." Con un tono considerablemente apagado, Thorn asintió hacia la posada. "Entremos y veamos qué tiene que decirles a ustedes dos."

Thorn sonaba tan siniestro. Un nudo asfixiante de vergüenza se elevó en la garganta de Ivy. Se aferró a la mano de Oliver cuando entraron en la posada y subieron las escaleras detrás de su hermano, mansos como ratones. Cuando Thorn abrió una puerta y los hizo pasar, Ivy supuso cómo se sentiría un criminal condenado, en camino a la horca.

Cuando entraron en una pequeña sala de estar, Felicity Lyte se levantó de su silla, junto a la chimenea. Se veía diferente a cuando Ivy la había visto por última vez. Su rostro había perdido carne, lo que no era de extrañar, si ella y Thorn habían estado viviendo con una dieta de pasteles fríos y sándwiches, tal como lo habían hecho Ivy y Oliver.

Sin embargo, había más que eso, a menos que Ivy estuviera muy equivocada. Lady Lyte daba la impresión de ser una mujer que había bebido mucho de la copa de la felicidad, pero que temía vaciarla por temor a descubrir veneno en las heces.

Thorn cerró la puerta y luego se colocó detrás de Felicity. Debajo de su severa mueca de censura fraternal, Ivy vislumbró una sonrisa perpleja, apenas contenida.

"¡Funcionó!" Gritó, arrojándose sobre su hermano asustado y su amante igualmente desconcertada. "Sabía que lo haría. ¡Simplemente lo sabía!"

Besó a Felicity en la mejilla y luego abrazó a Thorn. "Le dije a Oliver que si estuvieran encerrados juntos, en un carruaje, durante todo el camino a Escocia, pronto se darían cuenta de cuánto se preocupan el uno por el otro. Y lo hicieron, ¿no?"

La tía de Oliver se apartó de su impetuoso abrazo, mirando a Ivy como si fuera un perrito

faldero, que acababa de ensuciar el suelo. "¿Quieres decir que planeaste todo esto? ¿No tenías ninguna intención de casarte con mi sobrino?"

"No, al principio." Algo en el tono brusco y la postura rígida de la otra mujer preocupaba a Ivy, pero estaba demasiado eufórica por el éxito de su emparejamiento, como para prestarle atención. "Comenzó como una artimaña para juntarlos, pero, una cosa llevó a la otra... Y..."

Lady Lyte clavó en Thorn una mirada acusadora y horrorizada. "Tú también estuviste en esto, ¿no? ¿Nos pusiste en esto? No puedo creer que hayas sido tan crédulo como para dejar que me torcieran el dedo de esta manera."

Empujando a su hermana, Thorn trató de razonar con su amante. "Yo no sabía más de eso que tú, lo juro. Seguramente, no puedes creer que me rebajaría a tal cosa."

"¡Mantén tu distancia!" Alejándose de él, Lady Lyte parecía a punto de vomitar. "No me toques."

Si la mujer que amaba le hubiera arrojado vitriolo a la cara, el ácido no podría haber devorado la carne de Thorn, con tanta saña, como esta cáustica sospecha chamuscó su espíritu. Incluso cuando el temperamento de Ivy estalló, en nombre de su hermano, ella pudo sentir la angustia que irradiaba la tía de Oliver.

Lady Lyte se apartó de Thorn e Ivy como si no pudiera soportar mirarlos. Su mirada angustiada cayó sobre Oliver.

Ella le tendió la mano. "No te culpo por nada de esto, mi querido muchacho. Hemos sido abominablemente utilizados, los dos. Solo llévame a casa ahora... Por favor."

Oliver se quedó allí, tratando de dar sentido a lo que había sucedido tan rápidamente. Al igual que Ivy, él sintió un vínculo renovado entre Thorn Greenwood y su tía, por debajo de su disgusto por la fuga. Por motivos que lo desconcertaban, los sentimientos de Felicity por su amante habían sufrido un repentino cambio de polaridad. Lo que antes atraía ahora parecía repeler con venganza.

"Por favor, no te enojas con Ivy", le rogó a su tía. "Ella solo quería hacerlos felices a los dos. Y su hermano no sabía nada al respecto, de eso te lo puedo asegurar."

Se dio cuenta de que Felicity no estaba escuchando. ¿Podría encontrar las palabras para convencerla cuando todo lo que sabía sobre el amor lo había aprendido en el espacio de unos pocos días?

"En cualquier caso, no puedo llevarte a casa ahora. Ivy y yo tenemos la intención de casarnos lo antes posible, si puedo persuadir a su hermano para que nos dé su bendición. Sé que todo esto se ha convertido en una comedia de errores, pero, eso no significará nada, si podemos darle un final feliz. ¿No vendrías tú y el Sr. Greenwood con nosotros a Gretna y haríamos una boda doble?"

El brillo de perfecta admiración, en el rostro de Ivy, lo regocijó, incluso cuando el dolor y la ira, en los ojos, de su tía lo derribaron.

"Niño tonto, ¿no puedes ver que ella es como todas las demás, detrás de ti por mi fortuna?"

La acusación de su tía golpeó a Oliver, en el estómago, y lo dejó sin aliento. ¿Podría ser verdad? La experiencia insistía en que así debía ser.

Pero este no fue un experimento científico ordenado, donde los resultados repetidos apoyaron o refutaron una teoría. El amor conservaba un elemento de misterio dulce y caprichoso. Su propia Sra. Cupido le había enseñado esa lección.

"Ante toda la evidencia en contra, creo que Ivy me ama, tía Felicity. Y sé que la amo." Se volvió hacia Thorn Greenwood. "¿Permitirás que tu hermana se case conmigo, Sr.? Prometo

hacer todo lo que esté a mi alcance para hacerla feliz."

Ivy tomó la mano de su hermano. "¡Oh! Por favor, Thorn, por favor, ¡Di que sí! No me hagas lo que mi padre le hizo a Rosemary al prohibirle que se casara con Merritt."

Claramente, Thorn Greenwood tuvo problemas para negarle a su hermana todo lo que había puesto en su corazón. "Supongo... Si ustedes dos han hecho todo este camino, sin matarse el uno al otro..."

"No puedo creer esto", exclamó Felicity. "¿No me digas que pretendes complacer este tonto capricho de ellos, después de todo lo que pasamos para detenerlos? Si alguna vez tienes el más mínimo sentimiento genuino por mí, Hawthorn Greenwood, prohibirás este matrimonio y traerás a tu hermana de vuelta a Barnhill, donde ella pertenece."

Aunque su semblante permaneció impasible, algo en los ojos de Thorn traicionó el amargo tira y afloja que tenía lugar dentro de él. "Si tienes el menor sentimiento por mí, Felicity, no me pedirás que sacrifique la felicidad de mi hermana."

Él miró de Ivy a Oliver y viceversa. "Si ustedes dos están decididos a casarse, entregaré a la novia."

Felicity se estremeció como si Thorn la hubiera golpeado. "Todos ustedes están aliados contra mí, por lo que veo. Muy bien, entonces, Oliver, si persistes en esta locura, no tendré más remedio que acabar contigo y dejarte sin un centavo. Ve si eso no cambia la inclinación de la Srta. Greenwood para casarse."

La idea de renunciar a la investigación a tiempo completo para ganarse la vida consternó a Oliver menos que el comportamiento cabizbajo de Ivy. ¿Podría la tía Felicity tener razón, después de todo? ¿Estaría Ivy dispuesta a casarse con un hombre sin futuro?

Capítulo Diez

Nuevamente, ella había hecho un lío con todo. Desde las vertiginosas alturas a las que se había elevado, el ánimo de Ivy se desplomó.

Había una cosa que ella no estropearía, costara lo que costara: el futuro de Oliver.

"¿Podemos tener unos momentos de privacidad para hablar de esto?" Le rogó a Thorn y Felicity.

"Tómate el tiempo que quieras." Lady Lyte se dirigió hacia la puerta. Esperaré en mi carruaje durante diez minutos. Si Oliver no viene conmigo para entonces, regresaré a Bath sin él, y ordenaré a mi abogado que lo elimine de mi testamento.

Cuando se fue, Thorn miró de Ivy a Oliver. Parecía a punto de decir algo, luego sacudió la cabeza y salió de la habitación.

La puerta apenas se había cerrado detrás de él, cuando Oliver habló. "¿Qué dices, Srta. Greenwood? ¿Considerarías casarte con un hombre con solo su cerebro para recomendarlo?"

No se la iba a poner fácil, pero Ivy sabía lo que tenía que hacer, por muy desagradable que fuera. "Tienes mucho más para recomendarte que solo tu cerebro, Oliver Armitage. Si solo tuviera que considerarme a mí misma, sería más feliz que nunca al casarme contigo sin un centavo a tu nombre. De esa manera, sabrías con certeza que es solo tú, a quien me importa, no por tus expectativas."

"Entonces eso está arreglado." Él hizo un movimiento para tomarla en sus brazos. "¡Me has hecho el pobre más feliz del mundo! Unámonos a tu hermano y vayamos a Gretna."

"No." Ivy nunca había hecho nada más difícil en su vida que decir esa palabra y salir del abrazo de Oliver. "No seré la causa de que pierdas tu herencia, y tal vez, tengas que renunciar a tu investigación. Tu trabajo es importante, para ti y para el mundo. ¿Quién sabe lo que podrías descubrir o inventar? No estoy acostumbrada a poner los intereses de nadie más por encima de los míos, y puedo decirte que esto no es muy agradable. Pero, me preocupo por ti de una manera en que nunca me preocupé por nadie más."

Ella se volvió hacia la pequeña ventana de la habitación, temiendo que la súplica en los ojos de Oliver pudiera demoler su resolución. "No estoy diciendo que debemos separarnos para siempre. Solo por un tiempo, hasta que tu tía se dé cuenta de que somos el uno para el otro. Debes ver, esto es lo más sensato que puedes hacer. Por una vez, para ti, quiero ser sensata."

Sin escuchar sus pasos detrás de ella, Ivy se sobresaltó cuando unos brazos se cerraron alrededor de ella y Oliver la hizo girar en su abrazo. ¿Había pensado alguna vez en él como un tipo frío y desapasionado? Su beso hizo añicos esa tonta idea.

"Tu propuesta es completamente racional", él estuvo de acuerdo, "pero, me has demostrado que el camino más racional no siempre es el más sabio. Puedo y encontraré una manera de continuar mi investigación, sin el apoyo de la tía Felicity. Lo que no puedo y no lo haré es posponer mi felicidad, por un momento más. La he esperado demasiado. Tanto tiempo que casi no lo reconozco, cuando irrumpiste en mi estudio y me llevaste a la aventura de mi vida."

"Por favor, no me niegues esto." Ivy lo empujó hacia la puerta. "Ya es bastante difícil hacer lo correcto cuando la mitad de mí no quiere."

"Dame un último beso", le suplicó Oliver. "Entonces, haré lo que me pidas."

"Un beso", se lamentó Ivy, "y puede que no tenga la voluntad de pedirte que hagas otra

cosa que no sea casarte conmigo."

"Eso es con lo que cuento", susurró Oliver, mientras la levantaba del suelo. Sus labios rozaron los de ella con el más ligero de los toques, aumentando gradualmente la presión y el calor hasta que chamuscaron su memoria de todo menos el placer.

Cuando volvió a ponerla de pie, mareada y sin aliento, con el cuerpo en llamas, Ivy no pudo hacer más que jadear: "ve con Lady Lyte."

Una mirada de picardía infantil cruzó las facciones angulosas de Oliver. "Demasiado tarde para eso, me temo." Volvió a levantar a Ivy y la hizo bailar a través de la habitación hasta la ventana. "Ese es su birlocho, que acaba de dar la vuelta por el cruce del mercado. Ahora estás atrapada conmigo, Srta. Greenwood."

"¡Monstruo!" Ivy plantó un beso en la punta de su nariz. "Querido monstruo, jugaste conmigo por el tiempo."

Oliver asintió. "No me arrepiento ni por un momento y tú tampoco debes. Es solo lo que habrías hecho si nuestras posiciones se hubieran invertido."

¿Cómo podría ella negarlo? "Me veré obligada a convertirme en una esposa muy obediente, para compensar todo lo que has renunciado por mi cuenta. Afortunadamente, no puedo pensar en una tarea que preferiría emprender. Ahora vayamos a buscar a mi hermano y llevarlo a Gretna Green con nosotros."

Ese día, más tarde, Oliver e Ivy Armitage se casaron con el vicario local, ya que Thorn Greenwood se negó a aprobar cualquier ceremonia realizada por los notorios "anvil priests" de Gretna.

Mientras Oliver estaba junto a su novia en la pequeña iglesia escocesa, pronunciando los votos con los que los amantes habían sellado su unión durante cientos de años, recordó la precipitada marea de acontecimientos que lo habían llevado allí. La razón del repentino cambio radical, en la dirección que había tomado su vida, apenas la podía comprender, ni mucho menos explicarla. Después de todo, tal vez había algo en esa fantasiosa tontería sobre Cupido y sus flechas.

"Con este anillo, te desposo..." Deslizó su propio anillo de sello en el dedo de Ivy, prometiendo en privado reemplazarlo con algo, adecuadamente precioso y delicado, tan pronto como pudiera permitirse.

Mientras el vicario entonaba la bendición final, Oliver tuvo que morderse el labio inferior para no estallar en carcajadas. ¿Cómo se había convencido a sí mismo de la absurda idea de que un viaje a Gretna eliminaría a Ivy de su sistema?

Firmaron el registro de matrimonio con Thorn y la esposa del vicario como testigos, luego, el hermano de Ivy llevó a Oliver a un lado para hablar en privado. "Ten paciencia con ella esta noche, muchacho, y trátala con delicadeza."

Aparentemente, satisfecho con las garantías de Oliver, Thorn suavizó su brusquedad. "Ustedes dos son bienvenidos a vivir en Barnhill por el tiempo que necesiten o deseen."

Barnhill, ese nombre hizo que las expresiones de gratitud de Oliver se atascaran en su garganta. El matrimonio con Ivy no solo colorearía su mundo en blanco y negro, sino que también lo convertiría en parte de una familia. ¿Y qué podría darles él a cambio?

"Te lo prometo..." Encontró su voz de nuevo, y cada palabra sonaba más fuerte y segura. "Haré todo lo que esté a mi alcance para asegurarme de que Ivy nunca se arrepienta de su decisión de casarse conmigo."

Thorn le tendió la mano. "Haz eso y estaré orgulloso de llamarte mi hermano. Ahora, debo irme. Ivy insiste en que me asegure de que tu tía no sufra ningún daño en el viaje hacia el

sur... Es a cierta distancia."

Ivy apareció al lado de Oliver. "Será mejor que sigas tu camino, si quieres tener alguna esperanza de alcanzar a Lady Lyte." Abrazó a su hermano y lo besó sonoramente en la mejilla. "Cuídate, Thorn, y no te preocupes por mí. Estoy en buenas manos."

Oliver deseó sentirse tan confiado, como parecía estar su siempre esperanzada novia. Esperaba con ansias la noche de bodas con un grado de entusiasmo febril, igualado solo por su enfermiza aprensión.

Cenaron en una posada cercana, recomendada por el vicario como establecimiento respetable. Aunque se alegró de comer su primera comida adecuada en días y estaba medio inclinado a demorarse, en la cena, para posponer sus ritos nupciales, Oliver se encontró con poco apetito. Además, no confiaba en un exceso de comida y vino en su estómago revuelto.

Su dormitorio resultó ser una gran mejora con respecto al pequeño armario mohoso de Newport: modesto, pero cómodo y limpio.

Antes de que sus dudas tuvieran la oportunidad de colarse a través de la puerta detrás de ellos, Ivy la cerró de golpe y se arrojó a los brazos de Oliver. La suave presión de sus labios contra los de él y el sabor dulce y familiar de su beso despertaron su anticipación y disiparon cualquier duda.

"No estás teniendo segundos pensamientos o pies fríos, o cualquier remordimiento terrible, ¿verdad?" Ella preguntó. "Esta es absolutamente tu última oportunidad de echarte atrás. Si no hacemos todo lo que Rosemary me dijo, creo que podrías anular nuestro matrimonio. Entonces, después de un poco de servilismo, Lady Lyte seguramente te reincorporará como su heredero." Una pequeña nube melancólica amenazaba el sol perpetuo de Ivy.

"Recuerda un hecho en tu cabeza rizada de cobre, Sra. Armitage." Oliver la levantó en sus brazos y se acercó a la cama. "Tú vales más para mí que la fortuna de la tía Felicity. Además, sospecho que ese valor aumentará muchas veces con una relación más prolongada, y ... Más cercana."

Acomodándola en la cama, él bañó cada pulgada de su rostro y cuello con besos, provocando un trino de risitas plateadas.

"Si tengo alguna duda", le aseguró, "es por tu culpa, no por la mía. ¿No preferirías pasar tu noche de bodas con un pícaro apuesto que conoce el cuerpo de una mujer tan bien como las mesas de tapete verde?"

"Al contrario, Sr. Armitage." Ivy se dispuso a desatarle la ropa del cuello con dedos ágiles. "Prefiero mucho más la perspectiva de un amante inclinado a experimentar en la ciencia del placer."

Dicho de esa manera, sonaba muy intrigante. Esta sería la primera vez que Oliver recordaría que se estaba riendo. "Debo admitir que tengo una curiosidad más que intelectual por explorar ese campo de estudio."

Se quitó las botas y arrojó el abrigo al suelo. "Eso es, si puedo persuadirte para que me ayudes en mi investigación."

Su novia demostró ser una compañera muy ansiosa cuando se quitaron la ropa, se dieron la vuelta y comenzaron a explorar las intrigantes diferencias en la anatomía masculina y femenina.

Su ávida curiosidad los llevó a investigar los efectos de la fricción. Las yemas de sus dedos sobre su muslo. Su lengua, húmeda y caliente, sobre la punta sensible de su pecho. Mientras tanto, una sensación de calor y urgencia se intensificaba dentro y entre ellos, como la presión del vapor en la caldera de un motor.

Cuando Ivy susurró las instrucciones de su hermana para el acoplamiento que consumaría su unión, Oliver se rió entre dientes. "Precisamente como un pistón y un cilindro. Me sonrojaré cada vez que vea una máquina de vapor después de... ¡Oh, ... Mío!"

La ciencia y el intelecto cayeron al suelo con su ropa desechada. Oliver se entregó en cuerpo, mente y corazón al primitivo encantamiento que tamborileaba, en sus venas, con una cadencia de fuego creciente. Incluso cuando agudizó todos sus sentidos, pareció sacar la conciencia de su propio cuerpo.

Ahora entendió la advertencia de Thorn Greenwood de tratar a su novia con paciencia y gentileza. Sus tiernos sentimientos por ella reforzaron su decreciente autocontrol, hasta que ella jadeó su nombre y se retorció debajo de él. El agarre resbaladizo y ardiente de su cuerpo, sobre el de él, detonó una explosión de placer, que lo arrojó en llamas a la estratósfera.

Esa violenta convulsión de éxtasis dio paso a un eco de felicidad suave y optimista. Sus brazos rodearon a Ivy, en un abrazo protector, apoyó la mejilla contra sus rizos húmedos y despeinados, y se durmió.

Ivy le rozó el vello del pecho con los nudillos. "¿Te arrepientes de algo, ahora que es demasiado tarde para echarse atrás?" Ella bromeó.

Contorsionándose para llegar a la carne sensible de su cuello, justo debajo de la oreja, Oliver pasó la lengua por ella. "Si incluso puedes hacer esa pregunta, no debes haber estado prestando mucha atención."

Se retorció mientras la risa brotaba de ella. "Admito que estaba bastante preocupada por mi propio disfrute."

"Entonces, para responder a tu pregunta, no tengo ni un solo arrepentimiento en el mundo por nosotros. Me apena que no hayamos logrado nuestro propósito original al venir aquí: reunir a tu hermano y a la tía Felicity. Como tú, cuando primero los vi juntos, creí que habíamos tenido éxito."

Ivy asintió. "Hay algo que preocupa a tu tía, que no tiene nada que ver con mi hermano, o muy poco al menos. Sin embargo, no temas, aún no he terminado de emparejar a esos dos."

Con una carcajada cariñosa, Oliver la besó de nuevo. Aunque solo pretendía una breve bendición, la deliciosa interacción de sus bocas amenazó con reavivar su deseo.

"Ahora que tengo una comprensión íntima de lo que se están perdiendo", murmuró, "puedes contar conmigo para ser tu cómplice voluntario en el emparejamiento, Sra. Cupido."

Fin de la historia Cupido va a Gretna.

El pequeño secreto de Lady Lyte (Los peligros del emparejamiento nº 2)

Deborah Hale

Capítulo uno

Bath, Inglaterra, mayo de 1815.

“¡Felicity!”

El sonido de su nombre, bramado con una resonante voz masculina desde el vestíbulo de su casa en Bath, despertó a Lady Felicity Lyte de un sueño inquieto.

Ya había pasado la medianoche. Entonces, ¿qué podría estar haciendo Thorn aquí a esta hora impía?

Tampoco era que el señor Hawthorn Greenwood fuera un extraño en el número 18 de Royal Crescent después del anochecer. Todo lo contrario. Hace apenas dos noches, el caballero estaba calentando la cama al lado de ella, serenamente, sin darse cuenta de que sus días como amante estaban contados.

Hasta ese momento, ella no había tenido comunicación con él, debido a la cortés nota con la que le había puesto fin a su discreta relación amorosa.

A lo lejos, Thorn volvió a rugir su nombre y Felicity escuchó sus pasos, subiendo las escaleras. El pulso se le aceleró en la garganta, mientras ella se quitaba la ropa de cama y buscaba su bata.

Nunca antes había oído a Thorn Greenwood alzar la voz. Ni moverse con nada más que un paso tranquilo y templado. El ruido de su actitud actual asustó un poco a Felicity... y la conmovió mucho.

El hombre debía estar confundido, ella pensó, mientras metía los brazos en las mangas de su bata y buscaba a tientas en la oscuridad para atarse el cinturón. ¿Había tomado fuerzas en algún establecimiento de bebidas, que estaba de moda, y luego había venido aquí con la intención de rogar que lo aceptara de regreso? O ¿quizás para exigir una mejor explicación de por qué ella decidió desecharlo tan abruptamente?

La idea de que ella se preocupaba solamente por su persona, exigiendo o rogando cualquier cosa, le produjo a Felicity una sensación de náusea, que no era del todo desagradable. Más bien, eso fue como contemplar una vista impresionante desde una altitud alarmante.

Por mucho que lo deseara, no podía permitirse el lujo de continuar su más placentera historia de amor con Thorn Greenwood. Tampoco se atrevía a decirle la verdadera razón.

Corriendo a lo largo de su dormitorio, abrió la puerta justo cuando Thorn se detuvo ante ella. Felicity esperaba encontrarse con el hedor de los espíritus, tan familiar de su difunto marido, pero se sorprendió al no oler nada parecido.

A la tenue luz, que proyectaba una lámpara de noche en el pasillo de arriba, Thorn parecía perturbado hasta un punto que Felicity lo asoció con el consumo excesivo de alcohol. Su gran abrigo estaba desabrochado, no llevaba sombrero por completo y su cabello oscuro estaba despeinado por el viento, o debido a su propia prisa. Sus ojos, que normalmente reflejaban el tranquilo y firme color marrón de la tierra recién removida, ahora brillaban con las chispas del pedernal golpeado.

Mirando a Thorn, mientras él se elevaba sobre su vista, ella contempló sus anchos hombros y su musculoso torso, que llenaban su gran abrigo. Felicity tuvo que anclarse contra la intensa atracción, que amenazaba con impulsarla a sus brazos.

Si tan solo él hubiera venido a confrontarla en cualquier momento, que no fuera ahora, o

en otro lugar que no fuera aquí. Pero, él se presentó a altas horas de la noche, en el umbral de la habitación, donde habían hecho el amor tantas veces, aunque no las suficientes. Si ellos contuvieran la respiración y escucharan, ¿podrían oír su cama llamándolos con su sensual canto de sirena?

Su piel se calentó con el recuerdo físico de su toque fuerte, pero suave. Las sensibles puntas de sus pechos se proyectaban contra el camisón y la bata para atraer sus labios. La dulce fisura entre sus muslos se incendió, preparándose para otro delicioso acoplamiento.

Si Thorn Greenwood se arrodillaba y suplicaba por una noche más, con el rostro apretado contra su pecho y sus grandes y hábiles manos acunando su trasero, ningún poder en la tierra, y menos aún su propia voluntad mal dividida, podría obligar a los labios de Felicity a rechazarlo.

“¿Está Ivy aquí?” Él se quejó.

Las palabras eran contrarias a lo que ella había esperado. Por eso, Felicity luchó por entenderlas.

“¿Ivy? ¿Tu... hermana?”

“Por supuesto, mi hermana.” El tono brusco de Thorn chirrió contra su pasión encendida, como la mejilla, sin afeitar, de un hombre rozando la sensible carne de su cuello desnudo. “¿Crees que he venido aquí, a esta hora, porque de repente he desarrollado una pasión por la horticultura?”

La frágil sensación de anticipación de Felicity se hizo añicos en afiladas astillas de hielo.

“¿Qué diablos estaría haciendo tu tonta hermana en *mi* casa en medio de la noche? Si esto te sirve de pretexto espurio para irrumpir aquí y despertarme de un sueño profundo, te arrepentirás, señor Greenwood, te lo aseguro.”

“Lady Lyte... Soy yo el que te asegura que nada menos terrible que la defensa de la virtud y la reputación de mi hermana podría inducirme a cruzar un umbral sobre el cual ya no soy bienvenido.” Incluso en la penumbra, Felicity pudo ver cómo los músculos de la firme mandíbula de Thorn se tensaban aún más. “En cuanto a por qué Ivy podría estar bajo tu techo, te sugiero que se lo preguntes a *tu* sobrino, el joven sinvergüenza.”

Cada palabra que salía de su boca salpicaba agua fría sobre la carne febril de Felicity. Ya era bastante malo que Thorn Greenwood viniera aquí a esta hora de la noche, despertando en ella todo tipo de expectativas absurdas, solo para hacerlas pedazos de nuevo. Sin embargo, insultar al sobrino de su difunto marido, un joven al que Felicity amaba como al hijo que nunca pudo tener, era un ultraje que no toleraría.

* * *

“¡Por favor, cuide su lengua, señor! Conozco pocos jóvenes que merezcan menos ser llamados sinvergüenzas que Oliver Armitage. ¿Qué se *supone* que hizo mi sobrino para comprometer la reputación de tu hermana, que ella no podría hacer tan fácilmente por sí sola? Lo juro, nunca he conocido a una joven más descuidada.”

Eso no era cierto, le reprochaba la conciencia a Felicity. En las pocas ocasiones en que se había encontrado con la hermana menor de Thorn en la ciudad, Felicity había quedado cautivada por el dulce buen humor de la muchacha, tan contraria con la gentil seriedad de su hermano. A pesar de la diferencia de edades, las dos mujeres se habían llevado estupendamente bien, y se sabía que Lady Lyte armaba un gran escándalo por la joven señorita Greenwood.

Felicity hizo oídos sordos a su propia razón. El desaire injustificado de Thorn contra Oliver exigió ojo por ojo. Pero a él no le molestaría ningún insulto hacia sí mismo ni siquiera la mitad de uno contra su amada hermana.

Las poderosas manos de Thorn se cerraron y abrieron, como si apenas se hubieran impedido agarrarle la parte superior de los brazos y sacudirla hasta que le castañetearan los dientes. O tal vez se acercaba para besarla hasta que sus rodillas cedieran. Solo vislumbrar esas posibilidades dejaba a Felicity un poco mareada.

“Pero... Además,” ella añadió, “dudo que Oliver conozca siquiera a tu hermana. No puede haber un joven en todo Bath menos ansioso por aventurarse en la ciudad.”

No es que su cariñosa tía no hubiera intentado engatusarlo con suficiente frecuencia. Hace quince días, Ivy Greenwood fue el tipo de criatura encantadora que Felicity había instado a su sobrino para alejarlo de sus libros y el laboratorio.

Gracias al Cielo que no lo había hecho. Un escalofrío recorrió a Felicity. Cualquier unión entre Oliver e Ivy la habría unido inextricablemente a la familia Greenwood, justo cuando necesitaba alejarse lo más posible de Thorn.

Las palabras que le lanzó a continuación hicieron eco de los temores más profundos de Felicity. “Tengo motivos para creer que su sobrino y mi hermana se han fugado a Gretna Green.”

Felicity Lyte no tenía paciencia alguna con las mujeres que se desmayaban. Ella consideraba eso como una afectación insulsa. Lo último que quería en el mundo era que la sorpresa de la noticia de Thorn la hiciera desmayarse en sus brazos. Pero cuando todo a su alrededor comenzó a girar como la peonza de un niño, se encontró sin otra opción.

* * *

“¡Felicity!”

Rompiendo su promesa de no volver a cruzar el umbral de su habitación privada, Thorn tomó a su antigua amante en brazos y la llevó a la cama.

Mientras colocaba a Felicity sobre las sábanas arrugadas, la familiar fragancia del agua de rosas lo envolvió, atrayéndolo hacia ella. Tomó cada migaja del considerable autocontrol de Thorn para frenar el impulso de darle un último beso. La última vez que presionó sus labios contra los de ella, no se había dado cuenta de que eso *no* debería volver a suceder.

Por un momento, su pasión por Felicity borró todo pensamiento racional de la mente de Thorn, incluida la preocupación por su hermana, que lo había traído allí en primer lugar. La salvaje maraña de su cabello castaño contra la almohada tentó a sus manos a tocarla. Si inhalaba hasta que su cabeza daba vueltas y caía sobre su suave cuerpo en posición supina, Thorn dudaba que pudiera aspirar suficiente de su sutil fragancia para satisfacerlo.

Debería haber sabido, desde el momento en que esta hermosa y buscada criatura lo invitó por primera vez a convertirse en su amante, que había cometido un error tonto. ¿Qué podría querer un diamante de primera categoría con un tipo tan respetable como él? Un hombre de intelecto sólido, pero apenas brillante, y sin pretensiones de ingenio o encanto. Él no era feo, pero tampoco era un galán de la moda. Un hombre con responsabilidades familiares y obligaciones financieras, incapaz de colmarla de regalos o incluso ofrecerle una oferta honorable por su mano.

Sin embargo, ella lo había elegido. Y por primera vez en su vida tranquila y obediente, Hawthorn Greenwood había hecho algo menos que respetable. Fue algo furtivo y escandaloso. Algo tan estimulante que apenas podía creer que le estuviera sucediendo.

Felicity Lyte le había ofrecido un banquete de la fruta prohibida. Incluso mientras se había atiborrado de él, Thorn había descubierto que su apetito se había despertado en lugar de saciarse. Por mutuo acuerdo, el tiempo que habían pasado juntos se había limitado a aquella temporada en Bath. Luego, cuando aún les quedaban varias semanas felices por delante, Thorn

recibió una carta concisa de Felicity poniendo fin a su relación.

Como debería haber esperado, ella se había cansado de él. Quizás encontró un reemplazo superior.

Ahora Thorn miró alrededor de su dormitorio, envuelto en sombras, convenciéndose de que Felicity había estado durmiendo sola... al menos por esa noche.

“¿Felicity?” Él gritó su nombre en el vestíbulo de entrada y luego jadeó, cuando ella se desplomó en sus brazos. Ahora lo pronunció en un murmullo persuasivo, mientras le frotaba la mano. “Despierta, por favor. Lamento haberte dado la noticia tan claramente. Debería haber sabido que sería un shock terrible para ti.”

Una oleada de alarma creció dentro de él, cuando ella no se despertó de inmediato. Presionó sus dedos contra la tierna carne en la base de su garganta, buscando su pulso.

“¿Thorn?” Los párpados de Felicity temblaron. Pronunció su nombre con la peculiar suavidad del afecto, mientras sus labios se curvaban a medias en una sonrisa somnolienta, burlona y confiada. “¿Qué pasó? ¿Dónde estoy, cariño?”

El corazón de Thorn dio un vuelco en su pecho. ¿Podría haber entendido mal su carta? ¿Sería posible que ella todavía lo deseara, al menos durante unas semanas más? La posibilidad lo exaltaba y esa precaria sensación de euforia lo inquietaba.

¿Qué terrible poder sobre su felicidad le había cedido a esta mujer?

Como para demostrar esa misma capacidad, Lady Lyte abrió mucho sus brillantes ojos verdes, mientras un temblor de aversión la recorría. Ella se estremeció ante su toque. “¿Qué estás haciendo aquí?”

Si ella hubiera levantado la mano y le hubiera golpeado fuerte en la mejilla, no le habría dolido tanto como el frío acerado de su tono. Thorn hizo una mueca y se irguió solícitamente en cucullas junto a su cama.

Una profunda inspiración le dijo a Thorn que recordaba por qué había venido.

Sus siguientes palabras lo confirmaron. “¿Oliver y tu hermana se han ido juntos a Gretna? ¿Estás seguro?”

Lentamente, ella se levantó para sentarse en el borde de la cama. Thorn se mordió la lengua para no advertirle que tuviera cuidado. Si la mujer quería correr el riesgo de sufrir otro desmayo, después de todo, eso no era asunto suyo.

“Si no hubiera estado *seguro*, no estaría perdiendo el tiempo aquí, Lady Lyte. Estaría en el camino a Bristol, en este mismo momento, tratando de atraparlos antes de que lleguen más lejos en semejante locura.”

“Debes estar equivocado.” El tono dudoso de Felicity contradecía la certeza de sus palabras. “Desayuné con Oliver esta mañana. Nunca vi a un joven tan tranquilo que tuviera la intención de fugarse.”

Su equilibrio parecía igualmente incierto al ponerse de pie. Aunque Thorn obligó a que sus brazos permanecieran rectos a los costados, uno de ellos se estiró por sí solo para estabilizar a Felicity.

Thorn Greenwood siempre se había sentido orgulloso de conocer a su propia mente, y de actuar de manera deliberada, razonando cuidadosamente. No estaba acostumbrado a que lo lanzarán en direcciones contrarias y no disfrutaba de esa sensación.

Él *deseó* no deleitarse con el estremecimiento de Felicity Lyte, aferrándose a su brazo.

“Espero que tengas razón acerca de tu sobrino.” Thorn no estaba seguro de haberlo dicho en serio. Si descubrían a Oliver Armitage acostado solo en su propia cama o quemando las velas en su estudio, entonces la desaparición de Ivy adquiriría un cariz mucho más siniestro. “¿Al

menos podrías complacerme confirmando su presencia en tu casa?”

“Muy bien.” Felicity apartó la mano del brazo de Thorn, como si lamentara la necesidad de aceptar su apoyo. “Haré cualquier cosa para acelerar tu camino.”

Mientras ella pasaba junto a él hacia la puerta, Thorn la siguió, listo para atraparla de nuevo si se tambaleaba.

Ella no lo hizo.

De hecho, sus pasos parecieron ganar seguridad, a medida que avanzaba por el pasillo.

“Probaré en su estudio primero.” Felicity arrojó las palabras por encima del hombro, mientras se detenía ante una puerta al final del amplio pasillo. “Oliver olvida a menudo el momento en el que está absorto en su trabajo.”

Golpeó suavemente la puerta y llamó a su sobrino, pero no recibió respuesta.

“¿Oliver?” Giró el pomo y empujó la puerta para abrirla un poco. “¿Estás ahí?”

Un olor a humedad de libros viejos flotaba desde la habitación, mezclado con el leve hedor de soluciones químicas. Pero adentro todo estaba oscuro y en silencio. Oliver Armitage no respondió a la llamada de su tía.

* * *

“Debe haberse acostado a una hora decente para variar...” Aunque una expresión de incertidumbre se deslizó en la voz de Felicity.

Empujando a Thorn hacia la puerta frente al estudio de su sobrino, llamó con más fuerza, esperando atraerlo con un tono más urgente. “¡Oliver, despierta! Debo hablar contigo de inmediato.”

No había reconocimiento de su presencia.

“Tiene el sueño profundo.”

Thorn se preguntó si su comentario pretendía tranquilizarla o confundir su creciente convicción de que tenía la razón.

Abandonando la sutileza, Lady Lyte abrió la puerta del dormitorio. “Oliver, perdona nuestra intrusión, querido muchacho. Pero el señor Greenwood ha venido con lo más absurdo...”

El resto de su frase se evaporó en las sombras latentes del dormitorio vacío. El tenue brillo de la lámpara del vestíbulo revelaba los nítidos contornos de los muebles, incluida una cama intacta.

“Tal vez haya salido, después de todo,” sugirió Felicity, olvidando claramente su afirmación anterior de que no había un joven en Bath menos ansioso por aventurarse en la ciudad.

“Tal vez.”

Un toque de blanco contra la colcha oscura de la cama llamó la atención de Thorn. Pasó rozando a Felicity. Su mano se cerró sobre una hoja de papel, cuidadosamente doblada y sellada con cera. La acercó a la tenue cinta de luz, que se derramaba a través de la puerta abierta, y entrecerró los ojos para descifrar dos palabras escritas en el exterior.

Empujó el papel hacia Felicity. “Está dirigido a usted.”

Capítulo dos

Felicity deseó que su mano no temblara, mientras la extendía para recibir la nota que Oliver le había dejado.

“¿Puedes traerme una luz, por favor?” Le preguntó a Thorn.

Cualquiera que fuera el mensaje que contenía este documento, no tenía intención de regresar a su dormitorio para leerlo. Ciertamente no en compañía de Thorn Greenwood.

¿Por qué? El lugar estaba abarrotado hasta el techo de recuerdos vívidos y fascinantes de las noches que ellos habían pasado juntos. Lo último que Felicity quería contemplar en ese momento era algún recordatorio de cómo Thorn hacía el amor de manera deliberada, y atenta a su propia y ardiente respuesta.

Thorn, siempre servicial, salió al pasillo y regresó con una lámpara.

El grosor y la textura del papel, que tenía en la mano, hicieron que Felicity recordara la carta que le había escrito el otro día. El desgano le había llegado al codo. El arrepentimiento por tener que poner fin prematuramente a su relación había agudizado sus palabras. No había querido hacerle daño, pero tampoco deseaba albergar falsas esperanzas de que pudiera cambiar de opinión.

Si Thorn le hubiera suplicado con esos firmes ojos marrones y esa seria expresión de sus bellos rasgos, Felicity había temido que pudiera ceder... con consecuencias desastrosas.

“¿Bien?” La incitó Thorn, con la mirada fija en la carta. “¿Tienes la intención de abrirla o no?”

“Por supuesto.” Felicity salió de sus cavilaciones. Sus dedos lucharon mientras rompía el sello. “¡No me presiones!”

Hasta el momento los acontecimientos habían confirmado la absurda sugerencia de Thorn. Aún así, Felicity persistió en la vana esperanza de que esta nota de Oliver no dijera lo que ella temía.

Hasta donde ella sabía, su sobrino solo tenía la más mínima relación con Ivy Greenwood. Incluso si conocía bien a la joven y se preocupaba profundamente por ella, un hombre de ciencia como Oliver no poseía el temperamento temerario para huir hacia Gretna Green de manera imprevista.

Por otra parte, Ivy Greenwood tenía un carácter impulsivo, bastante amplio para ambos, sin mencionar una belleza encantadora, que podría dejar en ridículo al hombre más inteligente.

Las entrañas de Felicity se revolvieron, mientras se obligaba a leer lo que Oliver había escrito. Thorn sostuvo la lámpara en lo alto y miró por encima del hombro. El cálido susurro de su aliento, en su oído, hizo que fuera casi imposible concentrarse en descifrar los garabatos puntiagudos del joven científico.

“Querida tía Felicity,” leyó Thorn en voz alta. “Para cuando encuentres esto, estaré en camino a Escocia, donde planeo casarme con la señorita Ivy Greenwood. Como la señorita Greenwood tiene menos de la edad de consentimiento y temía que su hermano no aprobara el matrimonio...”

Thorn murmuró en voz baja: “muy bien, muchacho,” y luego continuó la lectura donde la había dejado. “... hemos decidido fugarnos. Sabiendo lo mucho que le tienes cariño a mi futura esposa, confío en que nos desearás toda la felicidad. Esperamos poder vivir contigo cuando regresemos. Siempre tu afectuoso sobrino, Oliver Armitage.”

Poco a poco, Thorn dejó caer la mano en la que sostenía la lámpara. Así mismo, la mano en la que Felicity sostenía la carta se aflojó.

Ninguno de los dos habló por un momento, ya que la verdad indiscutible luchó contra la negación inflexible de Felicity y la dejó sin sentido.

“P-por qué... esto es una locura,” ella insistió, cuando finalmente encontró su voz. “No puedo imaginar una pareja más desigual que mi sobrino y tu hermana. ¿Qué les pudo haber pasado a esos niños tontos?”

Mientras hablaba, Felicity volteó hacia Thorn. Cuando vio lo cerca que él estaba detrás de ella, tragó un pequeño grito ahogado y dio un paso atrás. No es que tuviera miedo del hombre, solo del intenso y desconcertante efecto que tenía sobre ella. Sus dedos ansiaban estirarse y acariciar sus suaves bigotes con un gesto familiar, que era su mueca de retirarse a la cama.

* * *

Esa *habría sido* su señal, ella recordó, apretando ambas manos a los costados para contenerse.

Tal vez algo de hambre inquieta en sus ojos traicionara su deseo apenas contenido, porque Thorn bajó la voz al tono suave e íntimo de hacer el amor.

“Puedo decirte lo que les ha pasado a esos tontos jóvenes, Lady Lyte.” Su mirada recorrió su rostro como una cariñosa caricia. “Es la misma locura que a veces aflige a los corazones más viejos y sabios.”

“Seguramente, ¿no te refieres a nosotros?” Felicity forzó una risa. Tintineaba como los cristales de cristal tallados de una lámpara de araña chocando entre sí. “Yo, por mi parte, ya he superado mis años de discreción y estoy completamente curada de ilusiones románticas. Y usted es el último hombre en Bath, tal vez en toda Bretaña, inclinado a la locura o a cualquier otro exceso.”

Hawthorn Greenwood era sensato, firme, franco y respetable. Felicity lo sabía, porque había sopesado todas esas virtudes, algo aburridas a su favor, antes de seleccionarlo para convertirlo en su conveniente amante. No había deseado un caballero más romántico o fantasioso, capaz de imaginarse *enamorado* de ella. O lo que sea que eso significara.

Thorn no parecía tan satisfecho con su tributo a su ecuanimidad como debería hacerlo un hombre sensato. Sus cejas oscuras y pobladas se juntaron, y la línea de su boca amplia y generosa se tensó. Felicity se encogió ante la sombra de angustia en sus ojos demasiado sinceros.

“¿Te aburro?”

“¡No seas tonto!” Esa protesta sonó un poco hueca, incluso en los propios oídos de Felicity.

Él no la aburría, insistió para sí misma. Solo era que no había logrado sorprenderla.

Hasta esa noche.

Ahora ella no podía decidir si le gustaban esas sorpresas.

“Soy incapaz de hacer el tonto.” Él hizo el comentario con tanta seriedad que podría haber resultado divertido.

Pero Felicity no estaba dispuesta a reírse.

“Haces que esto parezca un crimen,” ella lo reprendió. “No lo es. Hay demasiadas personas tontas en este mundo, y nos causan innumerables problemas a las personas sensatas... Estos dos jóvenes nuestros, por ejemplo... La forma en que irrumpiste aquí esta noche me hace creer que estás... No estoy más a favor de esta ridícula fuga que tú.”

“Por supuesto que no.” Thorn pareció ofendido porque ella creía lo contrario. “Mi

hermana es demasiado joven para saber lo que piensa, cuando se trata de un asunto tan importante como el matrimonio.”

Ivy Greenwood no podía tener más de dieciocho años, calculó Felicity. La misma edad a la que se había embarcado en su propia desventura en el matrimonio.

“Y, como lo has dicho, ellos son una pareja muy inadecuada.” Thorn miró al techo y se sacudió la cabeza. “Mi hermana, ¿la esposa de un científico? Ivy tiene un temperamento dulce y un buen corazón, pero, más bien...”

“¿Impulsiva?” Sugirió Felicity. “¿Inestable?”

Thorn parecía dispuesto a contradecirla, aunque se encogió de hombros. “Probablemente, tienes razón. Imagino que Ivy tiene en la cabeza que una fuga es terriblemente romántica. Pero ha visto tan poco del mundo. ¿Cómo puede saber que el joven Armitage es el hombre con el que querrá pasar los próximos quince días? ¿Y el resto de su vida?”

“¿Cómo? De hecho...” Felicity expulsó un suspiro de alivio. Ella y Thorn estaban de acuerdo al menos en esta situación. Ambos tenían los mismos motivos para querer impedir que el sobrino se casara con la hermana de Thorn.

Casi todos.

Aunque ella tenía otra razón más que Thorn no debía conocer bajo ningún concepto. La misma por la que había terminado su aventura prematuramente, cuando preferiría haberse demorado hasta el último segundo de la temporada, y tal vez hacer planes para continuar donde lo habían dejado para el próximo año.

Ahora bien, eso no debería conocerse, así como *nunca* debería ocurrir el matrimonio de su sobrino con un miembro de la familia Greenwood.

* * *

“Entonces, ¿estamos de acuerdo?” Thorn se maldijo por haber dejado escapar ese comentario sobre aburrirla. ¿Qué podría ser más aburrido que un amante desechado que se niega a despedirse tranquilamente? “Hay que interceptarlos, hacerles entrar en razón y traerlos a casa.”

Una mirada de consternación nubló los luminosos ojos leonados de Felicity. Luego, ella respiró profundamente y cuadró sus delgados hombros. “Muy bien. Pondré algunas prendas en un baúl y me iré esta noche. Oliver y tu hermana no pueden tener más de doce horas de ventaja. Probablemente los alcanzaré antes de que lleguen a Gloucester.”

Ella se dirigió hacia la puerta. Con su virginal bata blanca y su rico cabello oscuro, cayendo sobre sus hombros, parecía un poco mayor que Ivy.

“No seas ridícula.” Thorn extendió la mano y le agarró la muñeca. Se sentía tan frágil bajo sus dedos. “No puedes recorrer toda Inglaterra... una mujer sola.”

Felicity liberó su mano de la de él y lo miró furiosa. “Difícilmente estaré *sola*. Por supuesto, viajaré en mi carruaje con un buen conductor experimentado y al menos un sirviente.”

Como si eso resolviera el asunto, ella salió del dormitorio de su sobrino y se dirigió por el pasillo hacia el suyo. Thorn la siguió.

“Además...” Ella lo miró. “Dudo mucho que tenga que perseguirlos hasta Escocia. Solo el Cielo sabe qué usarán para transportarse. Un vehículo alquilado, probablemente. Con suerte los alcanzaré mañana. Entonces, podré llevar a Ivy sana y salva a casa, y a usted al día siguiente.”

Se detuvo en la puerta de su dormitorio y le tendió la mano. Por un momento, Thorn se preguntó si ella quería que él se inclinara al despedirse. Entonces comprendió que ella le pedía la lámpara.

Obstinadamente, él se aferró a su posición. “¿De verdad crees que los alcanzarás en el camino, les harás señas y llevarás a Ivy de regreso a Bath? ¿Qué pasa si se han detenido en una posada para cambiar caballos y pasas por delante de ellos?”

La mirada que cruzó por el rostro de Felicity le dijo a Thorn, que no había tenido en cuenta eso ni muchas otras posibilidades. Para ser justos, él había tenido más tiempo para considerar y planificar, desde que descubrió que Ivy había desaparecido de su modesto local alquilado, en una zona menos elegante de la ciudad.

“Preguntaré por ellos cada vez que me detenga para tomar un refrigerio o cambiar de caballo.” Felicity aceptó el guante de su desafío. “No debería ser tan difícil seguirles el rastro. Y si tengo que seguirlos hasta Gretna, estoy bastante preparada para hacerlo. Ahora, por favor, dame la luz para que pueda vestirme y hacer las maletas.”

Casi como una ocurrencia tardía, ella añadió: “podrías hacerme el favor de despertar a mi conductor y a mi sirviente e informarles de la urgencia de mi recado.”

“No, Felicity. No puedo dejar que hagas esto.” Thorn apartó la lámpara, cuando ella intentó tomarla. “Será un viaje difícil, quizás incluso peligroso.”

Sus ojos brillaron como un par de topacios finamente tallados. “Usted no es mi guardián, señor Greenwood. Y aunque ha compartido mi cama, no es mi marido. Si decido hacer esto, no tiene poder para impedírmelo.”

¡Esa mujer tan increíblemente testaruda! ¿Tenía que arrojarle a los dientes tanto su rechazo como su posición superior? Thorn luchó por sofocar su temperamento lento y ardiente. Se lo merecía si él la permitiera cometer esta locura.

Para su sorpresa, ella tomó su mano libre entre las suyas y suavizó la voz. “Pensé que habíamos acordado que Ivy y Oliver debían ser detenidos. Entonces, ¿por qué estamos discutiendo? ¿Qué otra opción tenemos?”

¿No era obvio? Thorn luchó contra el efecto embriagador de su toque para formular la única alternativa razonable. “Iré, naturalmente. Puedo ir más rápido a caballo. Cruzar el campo, si es necesario, para interceptarlos.”

Parecía que ella al menos consideraba su oferta.

Aunque su orgullo se erizó ante la idea, nunca se le había pasado por la cabeza, que él tomara medidas en el asunto. Thorn se esforzó por recitar sus argumentos en un buen orden. “Puedo buscar información de meseros, cobradores de peajes u otras personas que una dama dudaría en preguntar.”

Thorn se dio cuenta que le estaba ganando. Luchó contra la inclinación a decir cualquier tontería, que pudiera mantener a Felicity sujetando su mano un segundo más.

“Una vez que los alcance...” Presentó su argumento más fuerte. “... Tengo el poder, como tutor de mi hermana, de obligarla a regresar a casa conmigo. No tienes tal influencia sobre ella o tu sobrino. Por esta y todas las otras razones que he mencionado, soy la elección lógica para perseguirlos. Solo...”

“¿Sí?”

Thorn preferiría haberse cortado la lengua antes que admitirlo, especialmente ante ella. Mientras la sangre caliente subía y ardía, en sus mejillas, bajó la mano con la que sostenía la lámpara para que Felicity no presenciara eso.

* * *

“No tengo a mi disposición los recursos que antes tenía.” A pesar de que reunió cada fragmento de dignidad a su alcance, Thorn no podía mirar a la cara a una de las mujeres más

ricas de Inglaterra, mientras intentaba evitar las arcadas con esas palabras.

Nunca habían hablado de la enorme disparidad de sus fortunas. De hecho, jamás habían conversado extensamente sobre ningún tema que no fuera el más superficial. Aún así, ella debía saber que su familia había perdido la prosperidad del pasado.

Su humilde dirección de residencia, cuesta abajo, debería haber sido una pista, en una ciudad donde el precio de la vivienda subía en proporción directa a la riqueza de los habitantes de esa zona. Su ropa, bien confeccionada, pero pasada de moda hace varios años, fácilmente podría haberlo delatado. El hecho de que no tuviera ni siquiera un carruaje debería haber confirmado cualquier sospecha.

Con toda probabilidad, ella conocía su situación, antes de acercarse a él, con su intrigante y potencialmente escandalosa invitación a convertirse en su amante. Un caballero más rico podría haberse ofendido.

“Mi padre dejó deudas bastante considerables cuando murió, hace varios años. He avanzado enormemente para saldarlas y tengo muchas esperanzas de que algún día mi familia vuelva a ser próspera.”

Thorn se dirigió hacia el marco de la puerta, varias pulgadas por encima de la cabeza de Felicity. “Sin embargo, en este momento, me encuentro escaso de dinero disponible. Dado que ambos tenemos interés en que se impida que su sobrino y mi hermana se casen, sugiero que unamos fuerzas. Si acepta financiar el viaje, puedo ahorrarle dinero y tomarle la molestia de emprenderlo, yendo en su lugar.”

En algún momento durante su pequeño discurso, Felicity le soltó la mano. Thorn se mantuvo erguido y tenso, mientras esperaba su respuesta. Todavía no se atrevía a mirarla a los ojos, por miedo a vislumbrar en ellos una suave niebla de lástima, que completara su humillación.

Los segundos se tensaron como la cuerda de un violín hasta que Thorn temió que algo se rompiera con un fuerte tintineo.

Y eso pasó.

En un único y rápido movimiento, que lo dejó boquiabierto e incapaz de detenerla, Felicity se abalanzó sobre la lámpara y se la arrebató de la mano. Luego cruzó el umbral de su dormitorio y cerró la puerta de golpe.

Antes de que Thorn pudiera salir de su parálisis y abrirla de nuevo, un cerrojo que sonó sólido se cerró en su lugar.

“¡Felicity!” Él golpeó la puerta cerrada. “¿Qué significa esto?”

Su voz llegó hasta él, fría y serena. “Creo que eso debería ser obvio, señor. Lamento tener que rechazar su generosa oferta.”

Thorn escuchó pasos apresurados y susurros desde el piso inferior de la casa. En cualquier momento podría llegar algún lacayo joven y corpulento para desalojarlo de esa casa. Se preguntaba por qué los sirvientes de Lady Lyte le hubieran mostrado tanta paciencia hasta ahora.

Dejó de llamar y bajó la voz. “¿No escuchaste una palabra de lo que te dije?”

“Escuché, consideré y tomé mi decisión,” fue la respuesta algo apagada de Felicity. “Agradezco su oferta de ir en mi lugar, pero he elegido emprender el viaje yo misma. Estoy segura de que tú sobreestimas las dificultades involucradas.”

“De hecho, usted nunca ha hecho nada parecido...”

“¡Señor Greenwood, por favor!” Su voz sonaba agotada de paciencia. “He tomado una decisión y no me dejaré influenciar, y mucho menos por sus fanfarronadas. El tiempo es esencial y tengo muchos preparativos que hacer.”

Y necesito que salgas por debajo de tus pies. Ella no lo dijo, pero la implicación quedó flotando en el aire, tan palpable como el hedor a pegamento que sale del taller de un sombrerero.

“Te ruego que protejas tu dignidad y la mía, saliendo tranquilamente. De lo contrario, me veré obligada a llamar a uno de mis sirvientes para que te acompañe fuera de mi casa.”

* * *

Dentro de su dormitorio, Felicity se esforzó por captar la respuesta de Thorn, mientras arrojaba prendas de vestir en un estuche.

Sus argumentos para ser él quien persiguiera a Oliver e Ivy fueron muy convincentes. Ella casi había cedido a su lógica. Una última consideración la había hecho negarse.

Thorn Greenwood tenía un corazón demasiado blando y sus razones para querer impedir aquel tonto matrimonio eran mucho menos convincentes que las de ella.

¿Qué pasaría si, después de haber interceptado a los jóvenes amantes, Thorn permitiera que la pareja lo convenciera de que estaban verdaderamente enamorados y comprendían plenamente las consecuencias de sus acciones? Como si ellos pudieran entenderlas.

Probablemente, él cedería, daría su bendición a su unión, e incluso acompañaría a la novia hasta el altar. Luego los tres regresarían a Bath, presentándole un *hecho consumado*. ¿Qué podría hacer ella al respecto, entonces?

Felicity empujó hacia abajo el pequeño montón de ropa y cerró su maleta.

Thorn poseía influencia legal sobre su hermana, pero ella tenía influencia financiera sobre Oliver, y no vacilaría en ejercerla si fuera necesario. Toda esta fuga le recordó a Felicity un juego de cartas de alto riesgo. Uno en el que ella tenía, con diferencia, más que perder. No se atrevió a dejar que su mano fuera jugada por el poder.

Aún así, no escuchó ningún sonido más allá de su puerta.

* * *

“Thorn, ¿estás ahí?”

Hubo un momento de vacilación. “Sí.”

Él tenía una voz muy agradable. No era demasiado aguda ni demasiado baja, con una resonancia fina y rica. Ella lo extrañaría.

“¿Escuchaste lo que dije?”

“Sí.”

Necesitaba vestirse, pero de alguna manera no podía quitarse la ropa con Thorn tan cerca. Ni siquiera con una buena puerta cerrada entre ellos.

“Adiós, entonces. Prometo traerte a tu hermana sana y salva tan pronto como pueda.”

“Si tienes tanta intención de ir, Felicity, ¿al menos me llevarás contigo?”

Afortunadamente había una puerta cerrada entre ellos. Si se hubiera visto obligada a mirarlo a los ojos, sus labios traidores podrían haberle dado una respuesta diferente. “No, Thorn.”

“Me doy cuenta de que podría ser incómodo, dadas las circunstancias, pero tú y yo somos adultos civilizados. Seguramente, podríamos viajar juntos por uno o dos días sin...”

“Lo que usted propone está fuera de discusión, señor Greenwood.” Felicity agarró el timbre y tiró de él vigorosamente. “¡Ahora, por favor, váyase!”

Ella oyó unos pasos, que se acercaban rápidamente por el pasillo y luego la voz de Thorn. “Muy bien. Me iré.”

Felicity no podía estar segura si esas palabras estaban dirigidas a los sirvientes o a ella.

Mientras esperaba que se calmara el alboroto en el pasillo, ella se sentó frente a su tocador y comenzó a peinarse. Debajo de su cepillo, doblado en un pulcro y elegante rectángulo, había un trozo de césped blanco almidonado.

Era lino del cuello de Thorn.

Los dedos de Felicity temblaron, mientras acariciaba la tela. Una de sus doncellas debió haberlo encontrado al ordenar el dormitorio. Esta fue la primera vez que Thorn dejó algo así como un botón de cuello o un reloj para traicionar su presencia. En los primeros días de su relación, él había sido exigente a la hora de desvestirse. Con mucha menos ropa, Felicity había disfrutado mirándolo y admirándolo, mientras él se quitaba la ropa.

A medida que pasaba el tiempo, ellos se habían vuelto cada vez más ansiosos. Ayudarse mutuamente a quitarse la ropa se había convertido en un tentador preludio para hacer el amor.

Felicity se acarició la mejilla con la corbata de Thorn y no percibió ningún olor empalagoso a agua dulce, solo el aroma estimulante del jabón común y el sutil almizcle de un hombre. Mientras una molesta humedad subía a sus ojos, dejó caer la corbata de Thorn y se pasó la manga de su bata por la cara. Mientras tanto, se reprendía a sí misma por haberse convertido en una tonta sentimental.

No era momento de deprimirse y soñar con Thorn Greenwood. Si tuviera que rendirse a semejantes tonterías más adelante, no sería tan molesto. En ese momento, la necesidad le exigía actuar con decisión y mantener la cabeza fría.

Sonó un golpe vacilante en la puerta.

Felicity se sobresaltó, con el corazón martilleándole.

“¡Señor Greenwood!” Ella gritó, “¿debo hacer que mi mayordomo llame a los oficiales y presente una denuncia contra usted?”

“El caballero se ha ido, señora,” se escuchó un chillido de disculpa de Hetty, su doncella. “Se fue de manera pacífica. Vi la luz debajo de su puerta y me pregunté si podría estar necesitándome, señora.”

Sacudiendo la cabeza por su error, Felicity se levantó del tocador y abrió la puerta.

“Gracias, Hetty, me vendría bien tu ayuda. Supongo que este alboroto ya ha despertado a toda la casa. ¿Podrías aconsejar a Ned y al señor Hixon que preparen el gran carruaje y hagan sus preparativos personales para viajar al norte? Me voy dentro de una hora.”

La muchacha miró a su ama con los ojos desorbitados. “¿Se ausentará por mucho tiempo, señora? ¿Necesita que haga las maletas? ¿Debo prepararme para ir con usted?”

Felicity consideró la idea. “Yo creo que no.”

Si hubiera sido Alice, su ex doncella con más de ocho años de servicio, habría aceptado la oferta de compañía en un santiamén. Desde que Alice había dejado su empleo para casarse con un joven y próspero carnicero, su ama se había conformado con Hetty, una criaturita dispuesta, aunque con tendencia a charlar.

* * *

En períodos breves esto resultaba bastante divertido, pero estar encerrada en un carruaje durante horas seguidas con alguien así tenía poco atractivo para Lady Lyte en ese momento. Preferiría estar sola con sus pensamientos y sus planes para el futuro.

Además... “No debería ausentarme por mucho tiempo. Supongo que uno o dos días como máximo. Seguramente podré arreglármelas sin una criada durante ese breve tiempo.”

Una mirada de alivio suavizó los rasgos de la muchacha, mientras sofocaba un bostezo.

“Si está segura, señora, iré a entregar su mensaje a Ned y al señor Hixon.”

Hizo una reverencia y echó a andar por el pasillo. Antes de que Felicity pudiera cerrar la puerta, Hetty dio la vuelta de nuevo.

“¿Debería decirle a la cocinera que le prepare una taza de té, antes de partir, señora? ¿O prepararle una canasta de sándwiches y cosas así para el camino?”

Ante la mera mención de comida, el estómago de Felicity se revolvió.

“Para los hombres,” ordenó. “Nada para mí.”

Cerrando la puerta de golpe, ella se lanzó hacia el lavabo y vomitó ahí hasta que no salió nada más.

Agotada por el esfuerzo, mojó el borde de una toalla en el agua tibia de su aguamanil y se sentó en la silla frente a su tocador. Mientras se secaba las mejillas con la toalla húmeda, Felicity contempló su pálido rostro en el espejo con consternación y asombro.

Después de doce años estériles de matrimonio y viudez, la Providencia le había gastado una buena broma. Sus períodos meticulosamente regulares habían cesado repentinamente, demasiado temprano para su edad, y cada mañana se despertaba biliosa. Antes de que terminara el verano, su vientre comenzaría a hincharse.

Como era un hombre infinitamente generoso, Thorn Greenwood le había concedido el deseo más preciado de su corazón, y uno del que había estado desesperada durante mucho tiempo.

Un bebé.

Pero al hacerlo, eso hizo imperativo que Felicity lo sacara a él de su vida.

Capítulo tres

Si ella pensaba que podría deshacerse de él tan fácilmente, ¿sería mejor que Lady Lyte lo pensara de nuevo!

Mientras Thorn Greenwood caminaba por el circo, lanzó una mirada hosca a las ventanas oscuras de las nuevas salas de asambleas, desiertas hace mucho tiempo de asistentes de los bailes. Después del ataque, que su orgullo había recibido durante los últimos dos días, estuvo tentado de maldecir el lugar donde había visto por primera vez a su problemática amante.

“Si no hubiera dejado que Ivy me convenciera para asistir al primer baile de la temporada, ¿dónde estaríamos, yo y mi hermana, ahora?” Se preguntó Thorn.

Incluso si algún ser mágico de un cuento infantil se hubiera materializado repentinamente y le hubiera ofrecido la oportunidad de regresar y revivir los últimos dos meses de otra manera, Thorn no estaba seguro si aceptaría o rechazaría.

Es cierto que su romance con Lady Lyte complicó enormemente su vida y terminó con una nota amarga. Sin embargo, mientras duró su relación, la misma había sido realmente muy dulce.

“¡Deja de bromear, hombre!” Thorn murmuró para sí mismo. Debía pensar en una manera de recaudar los fondos que necesitaría para un viaje... hasta Escocia si fuera necesario.

Sus pasos disminuyeron debido al paso indignado que lo había alejado de Royal Crescent. Una suave brisa nocturna subía por las elegantes colinas de Bath desde el río Avon. Llevaba los aromas de la buena cocina desde las ventanas de las cocinas de muchas casas elegantes, así como la música y las risas de varias fiestas privadas, que llegaban a su fin. El aire de convivencia y riqueza descuidada se burlaba de las difíciles circunstancias de Thorn.

Negándose a abrigar arrepentimientos, él analizó el problema con la misma determinación con la que había abordado la calamidad de la fortuna caída de su familia. Si uno pensaba lo suficiente y no descartaba ninguna solución potencial por considerarla demasiado difícil o desagradable, casi cualquier dilema admitiría una solución. Thorn tenía más experiencia que la mayoría de los hombres de su edad y clase, a la hora de aprender a salvar algo de las perspectivas más sombrías.

Mientras caminaba por Gay Street y daba la vuelta hacia George, Thorn reflexionaba sobre el problema a su manera deliberada y metódica. Planteando una posible solución tras otra, sopesó cada una de ellas, descartando la que no era viable, y luego pasaba a la siguiente.

Todavía tenía algunos artículos de valor de los que podía desprenderse para financiar su viaje, aunque la mayoría valían mucho más para él, en términos sentimentales, que para un posible comprador de oro. Sus pasos resonaban sobre los adoquines de Milsome Street y Thorn descartó esa idea. Las casas de empeño de esta vía comercial más transitada estaban tan cerradas como todos los demás lugares de negocios. Si conseguía despertar a algún corredor, a estas horas, ese hombre difícilmente estaría dispuesto a la generosidad.

La razón aconsejó a Thorn que volviera a casa, recogiera sus objetos de valor, durmiera lo que pudiera y partiera por la mañana. La idea de que Ivy y el joven Armitage obtuvieran una mayor ventaja lo impulsó a actuar ahora, al igual que la idea de Felicity avanzando por carreteras oscuras y desiertas, en un excelente carruaje, con solo un conductor anciano y un lacayo juvenil como protección.

Thorn pensó en otras opciones.

“Por supuesto.” Se rió para sí mismo cuando finalmente se le ocurrió algo.

A pesar de que le faltaba dinero en efectivo, todavía era comparativamente rico en el bien máspreciado de un hombre: los amigos. Si tan solo pudiera avisarle a su cuñado. Merritt Temple tenía caballos, carruajes y fondos que habría puesto a disposición de Thorn en un abrir y cerrar de ojos. Desgraciadamente, la finca de Merritt se encontraba a muchas millas al este. Un desvío en esa dirección resultaría en un retraso, aún peor que esperar a que las casas de empeño abrieran por la mañana.

Seguramente, debía haber algún amigo en *Bath* a quien pudiera apelar.

¡Weston St. Just! Si algún hombre debía favores a Thorn, seguramente era el que le había presentado a Lady Lyte en primer lugar. El paso de Thorn adquirió velocidad y determinación.

Al encontrarse casi en la puerta de su propia casa, Thorn se metió adentro el tiempo suficiente para garabatear una nota al ama de llaves, explicándole que él e Ivy habían sido llamados fuera de la ciudad y que tal vez no regresarían hasta dentro de varios días. Cuando volvió a salir, a la oscura quietud de la calle, cruzó hacia el sur, dirigiéndose a Sydney Gardens, donde todavía St. Just conservaba unas elegantes propiedades.

Thorn no tenía ninguna preocupación de despertar a su antiguo compañero de escuela en ese momento. Más bien le preocupaba que un noctámbulo tan famoso como St. Just no regresara a casa hasta dentro de varias horas. Afortunadamente, una luz ardía en la ventana de la sala de estar, y un joven sirviente no perdió el tiempo en responder a la llamada de Thorn.

Cuando el criado hizo pasar a Thorn, ante la presencia de su amigo, St. Just pareció ligeramente sorprendido de verlo. Quizás también un poco divertido. “¿Qué? ¡Greenwood! ¿La bella Lady Lyte te ha puesto las botas tan pronto?”

“Me sorprende que no te lo haya dicho.” Thorn conocía el insaciable apetito de St. Just por los chismes. “Recibí mis órdenes de marcharme hace dos días.”

“¡Esa pequeña descarada!” Su anfitrión le hizo un gesto a Thorn para que tomara asiento. “Debo decir que te envidio, incluso por unas pocas semanas de su compañía.”

St. Just levantó una copa de líquido leonado claro, señalando con la cabeza una mesa auxiliar con una licorera y más vasos. “¿Te importaría ahogar tus penas?”

Después de su inquietante enfrentamiento con Felicity, la oferta lo tentó profundamente. No obstante, cuando se dejó caer en el sofá frente a su anfitrión, Thorn negó con la cabeza. “No me atrevo.”

St. Just le lanzó una mirada indulgente. “Por supuesto, nunca ahogas tus problemas ni huyes de ellos, ni de cualquier otra cobardía por el estilo, ¿verdad? Siempre los miras directamente a la cara y sigues adelante.”

“Cansado, ¿no?” Thorn se preguntó cómo los dos habían permanecido corteses, y algo amistosos, durante todos estos años con temperamentos tan diferentes.

Felicity habría hecho mejor en tomar a St. Just como su amante, en lugar de simplemente usarlo como intermediario para acercarse a su amigo menos adecuado. Además del aspecto clásico de una estatua griega hecha realidad, Weston St. Just tenía una manera fácil y agradable con las mujeres, que las hacía acudir en masa hacia él como abejas dirigiéndose a una flor alta y fragante.

“¿Cansado? Al contrario, querido amigo.” St. Just se recostó en su sillón tapizado y tomó un sorbo de su bebida. “Me canso de la mayoría de la gente en poco tiempo, porque la mayoría de ellos son como yo hasta cierto punto: engañosos, holgazanes, egoístas. La gente de la sal de la tierra como tú me desconcierta a cada paso. Vivo en constante anticipación de que puedan deslizarse del buen camino hacia una divertida orgía de maldad.”

“Pensé que la tenía...”

“¿Con Lady Lyte, quieres decir?” St. Just se encogió de hombros. “Un tropiezo tentador para mantenerte alerta, pero demasiado discreto para manchar tu reputación. Ahora, dime, ¿qué te trae por aquí a esta hora? En el caso de noventa y nueve hombres de cien, podría adivinar de inmediato, pero, persistes en confundirme.”

“Es mi hermana, Ivy.” Thorn exhaló un suspiro. “Se le metió en la cabeza fugarse con el joven Armitage, el sobrino de Lady Lyte.”

“¡Por George! ¿Lo ha hecho?” St. Just se enderezó un poco y sus lánguidos ojos oscuros brillaron con algo parecido al interés. “Me gustaría tener una hermana pequeña que pudiera hacer todo tipo de travesuras, y mantenerme ocupado productivamente, rescatándola de las consecuencias de su locura.”

“Me ofrecería a prestarte la mía,” gruñó Thorn, “pero no confiaría en ti a menos de una milla de Ivy.”

Relató el resto de su situación. Cómo Felicity había insistido en perseguir a los jóvenes amantes sin él. Expuso su desesperada necesidad de contar con un buen caballo y algunos fondos para financiar su viaje.

Cada vez que se sentía tentado a resentirse por la irónica diversión de St. Just, ante toda la situación, Thorn hacía todo lo posible por ocultarlo. Si esperaba estar en camino esa noche, este hombre era su fuente de ayuda más prometedora.

“Supongo que esperarás que guarde todos estos encantadores chismes para mí, ahora que has confiado en mí.” St. Just apuró su vaso y se levantó de la silla sin demasiada firmeza.

Thorn se puso de pie de un salto. “No me serviría de mucho recuperar a Ivy de manos de Gretna, solo para que su reputación se arruine al saberse todo esto. Entonces, me vería obligado a casarla con Armitage para resguardar su honor. Por todo lo que hablas, siempre has sido un buen amigo cuando hay apuros. ¿Qué dices? ¿Puedo contar con tu discreción y tu ayuda?”

“En cuanto a lo primero,” St. Just levantó la mano, “lo juro por mi dudoso honor.”

“Respecto a lo segundo,” él se revisó los bolsillos, “acabo de pasar una velada monstruosa en las mesas. No me atrevo a decirte cuánto perdí... te escandalizarías. Me temo que ya es suficiente que no pueda... No te puedo prestar ni un centavo hasta que tenga la oportunidad de reunirme con mi banquero mañana.”

“¡Maldición!” La palabra apenas había salido de su boca, cuando Thorn comenzó a estrujar su cerebro en busca de alguien más que pudiera ayudarlo.

Weston St. Just juntó las yemas de los dedos. “A menos que...”

“¿A menos que?” Incitó Thorn. La palabra tenía un sonido esperanzador, pero el tono en el que su amigo la había pronunciado lo inquietó.

“¿Tienes algo de valor?” St. Just echó un vistazo al anillo de sello de Thorn como si evaluara cuánto podría costar.

“Esto.” Thorn giró el anillo de un lado a otro en su dedo, una sensación que siempre había encontrado curiosamente reconfortante. “Y el reloj de oro y el llavero de mi abuelo. ¡Pero esto no sirve! Ya pensé en eso... Las casas de empeño están cerradas como tambores hasta la mañana.”

“No quiero que los empeñes, viejo.” St. Just estiró sus largas y gráciles extremidades, como si acabara de despertarse de una noche de sueño reparador. “Pero, ¿qué te parecería apostarlos?”

Thorn abrió la boca para protestar, pero su anfitrión lo interrumpió. “Una buena mano en el juego que dejé atrás y tendrás fondos suficientes para llevarte a Gretna y regresar. Tres buenas

manos y probablemente podrás financiar un Grand Tour.” Él condujo a Thorn hacia la puerta de la sala de estar.

“Nunca he sido un jugador.” Thorn protestó. “Lo sabes tan bien como cualquiera.”

De cierta manera, él le había dado un vuelco a su relación con Felicity Lyte, con la esperanza de ganar un premio gordo de placer. Se había ayudado a sí mismo creyendo que tenía mucho que ganar y nada que perder. Pero fue demasiado tarde cuando se dio cuenta de que había apostado por su capacidad para acostarse con una mujer sin enamorarse de ella.

Lo que estaba en juego era nada menos que su corazón. Y lo había perdido.

Weston St. Just se detuvo en la puerta y miró a su amigo. “Puedes esforzarte tanto como quieras para ir a lo seguro, viejo amigo, pero la vida es un juego de azar, desde cualquier punto de vista. Puedes quedarte aquí esta noche y luego sacarme a cualquier hora incivilizada de la mañana a ir a ver a mi banquero. O, si estás decidido a estar en camino, antes del amanecer, puedes venir conmigo y arriesgar tus objetos de *valor inestimable* con unas cuantas cartas. ¿Cuál es tu opción?”

Thorn frotó la cara de su anillo y luchó por tomar una decisión. El reloj era tan antiguo que solo mostraba la hora, lo que limitaba su uso excepto en las horas más pausadas. El anillo de sello era aún más antiguo. Ambos pasaron de padre a hijo, a través del linaje Greenwood, hasta él.

Tenía ligeras reservas a la hora de dejar su reloj y su anillo como garantía de un préstamo, esperando canjearlos lo antes posible. Y muchas más al correr el riesgo de perderlos por completo...

Por supuesto, él seguiría siendo la cabeza de la familia sin estas insignias ancestrales de autoridad. Sin embargo, de alguna manera, en lo profundo de su corazón, él sentía lo contrario.

* * *

La razón aseguró a Felicity Lyte que estaba siguiendo el único curso de acción sensato que tenía a su disposición. Su corazón le advertía lo contrario, pero hacía tiempo que había aprendido a no confiar en ese órgano caprichoso. Ni siquiera cuando su cochero estuvo de acuerdo.

“¿Está segura de que este viaje suyo no puede esperar hasta mañana, señora?” Ni siquiera la enorme mano del señor Hixon pudo reprimir el gran bostezo que amenazaba con partirle la cara en dos.

“Lamento tener que sacarte de la cama a esta hora de la noche.” Manteniendo su tono cortés, pero insistente, Felicity resistió la tentación de bostezar, en respuesta, mientras Hetty la ayudaba a ponerse la capa. Incluso en mayo las noches pueden ser frías, sobre todo cuando uno pasa muchas horas sentado en un vagón sin calefacción.

“Me temo que esto no puede esperar. ¿Está listo el carruaje?”

“Sí, señora.” El conductor giró su anticuado sombrero tricornio en sus manos, mientras señalaba con la cabeza hacia la puerta principal. “¿A dónde vamos, si puedo preguntar?”

“Espero estar en Tewkesbury mañana por la tarde.” Felicity hizo algunos cálculos rápidos, adivinando cuándo Oliver y la señorita Greenwood pudieron haber abandonado Bath.

Ella rezó para que su sobrino hubiera alquilado una silla de posta, en lugar de utilizar las diligencias más rápidas o, peor aún, el Royal Mail. “Espero que no tengamos que aventurarnos mucho más, antes de poder regresar.”

El cochero asintió, mientras el deseo de salir a la carretera luchaba contra su fatiga. “Al menos tenemos un tiempo despejado y una buena luna.”

Él abrió la puerta y la sostuvo para que su señora saliera a la calle iluminada por la luna. “Si nos vamos ahora, atravesaremos Bristol, incluso antes que el tráfico del mercado. Si llegamos a tiempo, podremos parar en Newport para desayunar.”

“Una sugerencia importante, señor Hixon.” Felicity bajó las escaleras de la entrada de su casa y subió a su carruaje.

Casi siempre se alojaban en esa posada limpia y bien administrada en su camino hacia o desde Bath. Si Oliver hubiera contratado un carruaje y se hubiera llevado a la señorita Greenwood, poco después del mediodía, era casi seguro que habrían pasado su primera noche en King’s Arms. Felicity podría recibir noticias de ellos allí, tal vez incluso interceptarlos si no regresaban a la carretera, a una hora demasiado temprana.

El conductor trepó a su percha y, un momento después, el elegante carruaje de Lady Lyte partió hacia Bristol Road. En el interior, Felicity sonrió para sí misma en la oscuridad. Podía imaginarse la mirada de asombro en el rostro de Thorn, cuando regresara a Bath, mañana por la tarde, con su castigada hermana pequeña a cuestas.

No obstante, cuando intentó *dejar* de imaginarse el rostro de Thorn, encontró dificultades considerables.

Imágenes espontáneas de él la atormentaban. Thorn aparecía en la puerta de su dormitorio, en busca de su hermana. Su estado desaliñado era bastante entrañable. Thorn se cernía sobre ella, cuando ella se había despertado de su tonto desmayo y un cálido aire de preocupación irradiaba de él. Thorn estaba más enfadado de lo que jamás lo había visto, con las cejas oscuras y pobladas, asomando como nubes de tormenta en el horizonte. Tan pronto como Felicity desterró un recuerdo de Thorn Greenwood, otro surgió para ocupar su lugar.

Tal vez fue mejor que se hubiera visto obligada a romper con él, ahora, antes de que la inquietante influencia que él ejercía sobre ella se hiciera más fuerte.

Mientras los caballos iniciaban un trote constante que devoraba las millas, Felicity se apretó más la capa y se arrimó a una esquina del carruaje. Apoyó la cabeza en la suave tela del asiento tapizado y trató de *eludir* todo pensamiento sobre Thorn Greenwood, huyendo hacia los sueños.

Cuando eso no funcionó, decidió concentrarse en un tema que seguramente desviaría su mente de cualquier otra cosa.

Su bebé.

Debajo de su capa, Felicity se pasó una mano por su tenso vientre, en un gesto a la vez tierno y ferozmente protector. A pesar de toda la evidencia, todavía le costaba creer que pudiera haber un niño creciendo dentro de ella.

¿Cuántas veces, durante los primeros años de su matrimonio, había orado por esto mismo, solo para quedar cruelmente decepcionada, una y otra vez? Mientras tanto, la tribu de descendientes mal engendrados de Percy había crecido rápidamente. Cada uno era un insulto añadido, una prueba de su virilidad, que debe ser cuidado y educado por la generosidad de su fortuna.

¿Cuántas curas odiosas había soportado por su esterilidad? A veces, eso era francamente doloroso, y siempre era humillante.

Año tras año, había visto cómo la falta de un heredero devoraba a su marido y al matrimonio. Hasta que ya no pudo soportar mirarlo a la cara porque sabía lo que debía estar pensando. ¿Por qué él se había casado con la hija de este comerciante, para llenar las arcas vacías de su noble familia con su fortuna, cuando ella no podía engendrar un hijo, que heredara lo que él había sacrificado tanto para restaurar?

Mientras el carruaje de Lady Lyte atravesaba la tranquila y sombría campiña de Somerset, un sonido parecido a una mezcla de suspiro y risa amarga resonó en su interior, demasiado silencioso para que ni el conductor, ni el lacayo lo oyeran desde sus puestos exteriores.

“¿Quién había sido el ganso más crédulo?” Se preguntó Felicity: “¿ella o Percy? ¿Cómo es posible que ninguno de los dos hubiera sospechado que las amantes podrían haber tenido otros amantes para engendrar a sus hijos? Imponiéndoles su manutención porque él tenía la riqueza para mantenerlos y porque estaba tan lastimosamente ansioso por demostrar su virilidad, reclamándolos como suyos.”

Ahora aquí estaba ella, por fin embarazada. Pero por un hombre con el que no tenía intención de casarse.

¿Thorn Greenwood habría aceptado alguna vez convertirse en su amante, si hubiera pensado que había algún peligro de que ella concibiera? Felicity sabía la respuesta porque Thorn mismo había planteado la pregunta, cuando ella se le acercó a él, por primera vez, con su escandalosa propuesta.

Él se sonrojó y tartamudeó con una torpeza que a ella le pareció bastante conmovedora en un caballero tan *consumado*. Fueron necesarios dos o tres intentos, antes de que pudiera formular su pregunta, en términos lo suficientemente contundentes como para que ella entendiera lo que estaba preguntando.

Casi había abandonado toda la empresa en ese mismo momento, en lugar de exponer su doloroso pasado. Entonces, una desconcertante compulsión, más profunda que su vergüenza y su autocompasión, la hizo confesar la verdad.

“No se moleste por eso, señor. Mientras estábamos casados, mi esposo engendró varios hijos, ninguno de ellos mío.”

Para evitar cualquier palabra o mirada de lástima, ella se había obligado a reír. “Así que ya lo ve, soy tan libre como un hombre para disfrutar de mi placer sin ningún tipo de penas ni molestas.”

Quizás esas palabras habían tentado al destino a tomarla por tonta. Sin embargo, ella sería la última y la que reiría mejor. Su fortuna y su viudez le permitirían disfrutar de los placeres de la maternidad sin el molesto estorbo de un marido.

Su conciencia protestó al pensar que Thorn Greenwood era un estorbo, pero Felicity hizo oídos sordos. Incluso si hubiera estado dispuesta a arriesgarse a casarse nuevamente por razones de decoro, evaluaría la idoneidad de un marido, en una escala diferente a la que había usado para elegir un amante. Thorn habría quedado muy abajo en su lista de candidatos, o al final.

“Tal vez debería haber traído a Hetty, después de todo,” refunfuñó Felicity para sí misma. “Al menos su aburrido parloteo podría haberme distraído de pensar en ese hombre.”

Reuniendo más de la desesperada resolución que había empleado para encerrar a Thorn, fuera de su dormitorio, y ordenarle que saliera de su casa, Felicity intentó una vez más desterrarlo de sus pensamientos. Se concentró en hacer planes para ella y su bebé, una vez que se resolviera este problemático asunto con su sobrino e Ivy Greenwood.

Primero se retiraría al campo para su encierro. Un lugar tranquilo, con un clima saludable. Lejos de Bath e igualmente alejado de la sede de la familia Lyte en Staffordshire. En algún lugar de Kent esto podría funcionar bastante bien. Excepto...

¿Thorn tenía una finca en Kent? Felicity buscó en su memoria, pero no pudo recordar. ¿Habían hablado alguna vez de ello?

No. Rara vez hablaban de algo más allá de trivialidades inmediatas, tal vez por temor a

que pudiera conducir a un apego más profundo de un lado o del otro.

“Estás pensando en él otra vez,” se reprendió a sí misma.

Si quería conocer el condado natal de Thorn para poder evitarlo, debería guardarse las preguntas y hacérselas a la señorita Ivy, en el camino de regreso a Bath.

Una vez decidida esa sensata idea, Felicity se dispuso a imaginar la casa tranquila y acogedora, que diseñaría para su familia de dos personas. Apenas notó que su respiración se desaceleraba para seguir el suave rebote y balanceo del carruaje.

Un rato después, se despertó ligeramente, cuando el sonido y el ritmo del viaje cambiaron. Despierta solo lo suficiente como para decirse que debían estar viajando por las calles adoquinadas de la ciudad de Bristol, se hundió nuevamente en el sueño.

Luego se despertó de una manera repentina y desorientadora, cuando el carruaje redujo bruscamente la velocidad, enviándola hacia el asiento opuesto. La oscuridad todavía envolvía el paisaje exterior. ¿Cuánto tiempo había estado dormida? ¿Dónde estaban ellos?

Los agudos relinchos asustadizos de los caballos penetraron el interior del carruaje, mientras que el mismo se detuvo por completo. Felicity recuperó su asiento, luego alzó la mano para golpear el techo con los nudillos y exigirle cuentas al señor Hixon. El siguiente sonido del exterior hizo que su mano se congelara en el aire, y su estómago se revolviera de una manera, que no tenía nada que ver con su embarazo.

“¡Detente y entrégame todo!”

“¿Alguien podría estar gastando una broma de mal gusto?” Se preguntó Felicity, mientras recogía su bolso del suelo para esconderlo entre los pliegues de su capa. Seguramente, los bandoleros eran algo habitual en el siglo pasado, no en este.

¿O los viajeros se habían vuelto más cautelosos a la hora de aventurarse por tramos de carretera desiertos después del anochecer? La prudente advertencia de Thorn resonó en sus pensamientos. *“Será un viaje difícil, quizás incluso peligroso.”*

Había estado tan ansiosa por distanciarse de él y tan impaciente con sus intentos de tomar el control de la situación. ¿Qué había esperado? Después de todo, Thorn Greenwood era un hombre, no un perro faldero.

“¡Dadnos permiso para pasar!” Gritó el cochero. *“¿Qué quieres, de todos modos?”*

“¿Qué piensas?” Fue la respuesta, seguida de una risa áspera, la cual hizo que a Felicity se le pusiera la carne de gallina. *“Un equipo bonito como este, seguro que tendrá buenas opciones, ¿eh? Echemos un vistazo.”*

Felicity se metió en la esquina más alejada de la puerta del carruaje, cuando escuchó a un jinete desmontar y pasos acercándose.

“Tengo una pistola amartillada y no tengo miedo de usarla,” gritó el bandolero para que todos los que estaban dentro del vagón.

Felicity buscó a tientas en su bolso y sacó varios billetes de una libra del gran número que había adentro. Este *caballero del camino* no los rechazaría. Aunque el pulso le latía en los oídos, ella se abalanzó hacia la puerta del carruaje y la abrió.

“Aquí.” Empujó su bolso hacia una sombra con forma de hombre. *“Tómalo y seguiremos nuestro camino. Debo llegar a Gloucester por la mañana, mi madre está muy enferma.”*

Si esas criaturas malvadas tuvieran corazón, esa historia, junto con su dispuesta cooperación, podrían salvarla de seguir siendo molestada.

O tal vez no.

“Lamento mucho oír eso, señora,” respondió el bandolero.

Sacudió el bolso. Varias guineas doradas en la parte inferior tintinearón. *“Gracias por*

este pequeño regalo. Pero no tengas demasiada prisa por seguir tu camino otra vez. Esos compañeros tuyos me suenan un poco agotados.” Se refirió a los caballos.

Cuando dio un paso más, Felicity se retiró a las profundidades del carruaje.

“¿Eres tan bonita como sueñas, me pregunto?” Una mano enguantada se acercó y la buscó a tientas.

“No soy nada bonita y...” Felicity buscó cualquier cosa que pudiera decir que pudiera disuadir a este criminal de hacer lo que parecía decidido, “... y... ¡tengo viruela!”

Felicity escuchó un ruido sordo. El bandolero subió al carruaje. Un grito que había estado reprimiendo durante algunos minutos salió de su garganta.

Capítulo cuatro

Thorn Greenwood se removió en su silla. Había estado conduciendo a toda velocidad, durante varias horas, por una sucesión de estrechas carreteras comarcales, que bordeaban Bristol para llegar a la carretera, la cual discurría entre ese bullicioso puerto y la ciudad de Gloucester, a más de treinta millas al norte. Una biliosa sensación de urgencia se apoderó de su vientre, mientras espoleaba la enérgica montura que St. Just le había prestado.

Un fuerte viento del oeste procedente de la desembocadura del Severn azotó la crin del caballo, y amenazó con arrebatarse el sombrero a Thorn. Lo apretó más y siguió conduciendo.

“Nunca debí haberla dejado salir de Bath sin mí,” murmuró Thorn en voz alta las palabras, que habían resonado en su cabeza, una y otra vez, mientras cabalgaba.

La luna llena flotaba baja en el cielo, proyectando una pálida luz fantasmal sobre el páramo y en la franja negra de la carretera que lo atravesaba. Thorn entrecerró los ojos en la oscuridad, esforzándose por vislumbrar a lo lejos el carruaje de Felicity.

¿Habría llegado a la carretera antes que ella? ¿O estaba ella varias millas, por delante de él, en este tramo solitario y peligroso del camino?

Thorn no tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre la cuestión, porque en ese momento su caballo llegó a la cima de una ligera elevación. Desde esa posición podía distinguir una pequeña luz oscilante no muy lejos, una que rezaba para que fuera proyectada por una luz de conducción en el carruaje de Felicity.

Un suspiro de alivio subió a sus labios, solo para ser absorbido por un jadeo. La luz había dejado de moverse abruptamente.

Eso podría significar muchas cosas, pero a Thorn se le ocurrió una en ese momento. Agachándose en la silla, instó a su debilitado caballo a una última carrera desesperada, temiendo llegar demasiado tarde. Los latidos de su corazón superaron incluso el rápido trueno de los cascos contra el camino.

En el instante en que se acercó lo suficiente para verlo, Thorn reconoció el equipaje de Felicity. La llama de satisfacción que ardía dentro de él se apagó rápidamente al ver a un hombre preparándose para entrar en el compartimento del carruaje.

Un hombre con un pañuelo blanco cubriendo la parte inferior de su rostro.

Cuando Thorn se acercó al carruaje, detuvo su montura, y luego se arrojó de la silla sobre el intruso. Los dos subieron al carruaje cuando un grito de una mujer atravesó la oscuridad.

La caída deshuesada del hombre debajo de él le indicó a Thorn que el tipo había quedado inconsciente por un golpe. Solo para estar seguro, tanteó el suelo del vagón hasta que su mano se cerró sobre la pistola del bandolero.

“¡Aléjate de mí!” Gritó Felicity. “¡Aléjate! ¿Me oyes?”

Thorn luchó por hablar para poder asegurarse que todo estaba bien, al menos mejor que hace unos momentos. Pero su ataque aéreo al bandolero lo había dejado sin aliento y aturdido. Incapaz de lograr que pronunciara ninguna palabra más fuerte que un susurro, se levantó del suelo, con la intención de consolar a Felicity con su abrazo.

Cuando él la alcanzó, ella volvió a gritar, lo suficientemente fuerte como para hacer que le zumbaran los oídos. Al mismo tiempo, su zapatilla de tacón entró en contacto violento con su abdomen. Thorn se dobló con un gruñido de dolor.

Se tambaleó hacia atrás, solo para tropezar con el bandolero inconsciente y caer en el

asiento frente a Felicity. Antes de que pudiera recuperar el aliento o el juicio, ella cayó sobre él, arañándolo, abofeteándolo y golpeándolo como una criatura salvaje. Thorn retrocedió, ante el ataque, con las manos levantadas para defenderse de lo peor.

“¡Felicity!” Jadeó.

Su ataque no disminuyó. En todo caso, el mismo ganó velocidad y fuerza, y cada golpe estaba marcado por un chillido o un gruñido agudo.

“Felicity, soy Thorn.” Él agarró sus engañosamente frágiles muñecas en sus manos para detener su ataque, y le dio una buena sacudida para hacerla entrar en razón. “Estás a salvo, ahora.”

Ella se quedó helada por un momento. “¿Thorn? ¿De verdad eres tú?”

Algún resorte sobrecargado en su interior cayó felizmente relajado. “¿Conoces a alguien más lo suficientemente tonto como para perseguirte por medio condado a esta hora de la noche?”

“Thorn.” Ella pronunció su nombre de nuevo. Luego, con todo el poder y la pasión, que había puesto en luchar contra él, Felicity se arrojó a sus brazos, llorando con grandes sollozos.

“Silencio, ahora, silencio.” Thorn la abrazó, acariciando sus bigotes contra su cabello y luchando contra una creciente marea de deseo, que amenazaba con ahogar su autocontrol.

Primero, la carrera precipitada para alcanzarla, estimulado por sus temores por su seguridad. Luego, se enfrentó al peor de esos miedos, solo para que Felicity lanzara su furioso asalto contra él. Todo esto había encendido su sangre tan caliente como cualquier juego de amor: el contacto físico, las pasiones intensificadas, los corazones palpitantes y la respiración jadeante.

Y ahora, acunar a Felicity en sus brazos, mientras ella desataba un torrente de lágrimas sobre su abrigo, con su trasero cálido contra sus muslos, habiendo apenas una endeble barrera de muselina y tela entre su carne y la de ella.

En ese momento, Thorn habría cambiado todo lo que poseía por estar de regreso en el dormitorio de Felicity con ella, en lugar de estar en la carretera, en un carruaje frío, con un aturdido bandolero, comenzando a moverse a sus pies.

“¿S-Señor Greenwood?” Preguntó una voz joven y trémula, desde más allá de la puerta abierta del carruaje. “¿Es usted, señor? ¿Qué pasó?”

“¿Lady Lyte ha sufrido algún daño, señor?” Preguntó una segunda voz más profunda.

“Aparte de un shock desagradable, creo que está bastante bien.” Los escalofríos pensamientos sobre lo que podría haberle sucedido a Felicity agudizaron el tono de Thorn. “¿No? Gracias a ustedes dos...”

“Tenía una pistola, señor,” así se excusó el joven lacayo.

El conductor no ofreció ninguna disculpa, pero su voz sonó completamente castigada. “¿Hay algo que podamos hacer ahora, señor Greenwood?”

El bandolero gimió y trató de sentarse. Thorn aplicó algo de peso a su pie derecho, que descansaba entre los omóplatos del tipo, obligándolo a retroceder.

Thorn ordenó al conductor y al lacayo que se encontraban afuera: “busquen un trozo de cuerda para atar a este sinvergüenza.”

“Muy bien señor.”

“Átalo a su caballo, si puedes encontrarlo, o al mío si no puedes,” añadió Thorn. “Entonces, átalo al carruaje. Podemos entregar a este tipo a las autoridades correspondientes en el primer pueblo que lleguemos. Por ahora, creo que será mejor que sigamos nuestro camino lo más rápido posible, en caso de que otros de su calaña puedan ser encontrados, acechándonos.”

Tal vez aguijoneados por esa advertencia, el conductor y el sirviente de Lady Lyte no perdieron el tiempo buscando algún material con el que atar al bandolero, quien parecía

demasiado desconcertado para oponer mucha resistencia.

Cuando el carruaje reanudó su interrumpido viaje hacia el norte, el llanto de Felicity se había acallado hasta convertirse en una ráfaga de sollozos húmedos. Aún así, ella no hizo ningún esfuerzo por alejarse de Thorn. Con avidez, bebió su tacto y aroma, muy consciente de lo mucho que los había extrañado en el poco tiempo que habían estado separados.

“¿Podría ser que las molestias que sufrí para ir a rescatarla, la hicieron cambiar de opinión acerca de terminar la relación prematuramente?” Él se preguntó, mientras acunaba a Felicity en sus brazos.

Por mucho que Thorn intentó no dejarse seducir por ese atisbo de falsa esperanza, él fracasó.

* * *

Ella debería empujar a Thorn, ordenarle que saliera del carruaje o, al menos, criticarlo por haberla asustado hasta la muerte. Pero mientras su carruaje avanzaba hacia Newport, Felicity se vio incapaz de realizar ninguna de esas acciones.

Le quedarían muchos años por delante sin el cálido y firme consuelo del abrazo de Thorn Greenwood. Por el momento, lo necesitaba más desesperadamente de lo que había requerido cualquier cosa en mucho tiempo. Felicity Lyte no estaba acostumbrada a negarse a sí misma todo lo que necesitaba.

No recordaba haber estado jamás tan asustada. Su corazón siguió latiendo rápidamente en su pecho. A pesar de una buena envoltura cálida, empezó a temblar.

“Ahí, ahí.” Thorn le acarició el brazo.

¿Fue su imaginación o él le dio un beso fugaz en la parte superior de la cabeza?

“¿Estás bien, Felicity? ¿O hablé demasiado pronto cuando les dije a tus sirvientes que estabas ilesa?” La tierna preocupación que irradiaba el tono y el tacto de Thorn caló en su corazón como un ungüento tibio.

El orgullo no le permitiría aceptar consuelo por las heridas más graves que la vida le había infligido. No importaba cuánto lo deseaba.

“Tenías toda la razón, no sufrí nada peor que un shock desagradable.” Ella sollozó. “¿Tienes un pañuelo que pueda arruinar?”

Habría odiado a cualquier otra persona que la hubiera visto romper en lágrimas histéricas. Tal vez odiaría a Thorn por eso a la fría luz del día, cuando pudiera ver cómo la traición de la debilidad la había disminuido ante sus ojos. De no ser por este dulce y oscuro momento, se permitiría el peligroso lujo de depender de un hombre.

“¿Un pañuelo?” Thorn la movió un poco para poder abrir su abrigo y rebuscar en el bolsillo de su chaleco. “Creo que sí.”

Presionó el pañuelo de lino doblado en su mano. “Ya está. Haz lo mejor que puedas. Pero ya el mismo está para la lavandería.”

“Gracias,” logró chillar Felicity. El suave y torpe roce de las manos de Thorn había encendido su carne.

Ella se secó el último residuo de humedad de los ojos, agradecida que para cuando Thorn pudiera verla con claridad, los peores estragos de sus tontas lágrimas habrían desvanecido. Si eso fue vanidad, que así sea. No podía soportar que un hombre atractivo la viera en menos de su mejor momento.

Mientras se sonaba la nariz, enmascarada por la indulgente oscuridad, se le ocurrió una idea. “¿Estás bien, Thorn? Después de derribar a ese hombre horrible... luego la forma en que fui

hacia ti. Lo siento mucho. No puedo entender lo que me pasó.”

“Solo estabas haciendo lo mejor que podías para defenderte.” Thorn se rió entre dientes. “Y he hecho, fue un trabajo admirable, debo añadir. Aunque no creo que yo haya sufrido ningún daño duradero.”

Unos cuantos golpes suyos no le habrían hecho ningún daño, por supuesto. Pero si ese odioso bandolero hubiera logrado disparar con su pistola... Felicity nunca se habría perdonado a sí misma, si Thorn hubiera resultado herido por su culpa.

“¿Bien?” Lo incitó ella, preparándose para la reprimenda que probablemente merecía. Thorn Greenwood parecía un hombre capaz de dar un severo regaño cuando era necesario.

“¿Bien, qué?” Él parecía genuinamente desconcertado.

“La reprimenda que has estado ensayando en tu mente desde que dejaste Bath.” Felicity volvió a sonarse la nariz. “¿Dónde está?”

“¡Oh! Eso.” Thorn soltó una risita irónica que se convirtió en un cansado bostezo. “Se mantendrá para mañana. Por ahora, creo que a ambos nos vendría mejor dormir una hora si podemos conseguirlo.”

“*Ese pobre hombre,*” reflexionó Felicity. “*Debe estar completamente exhausto, después de pasar la noche buscando a su hermana y luego las últimas horas persiguiéndome.*”

“Habla usted con sentido común, como siempre, señor Greenwood.” Felicity hizo un intento poco entusiasta de levantarse del regazo de Thorn. “Sin duda descansarías más cómodamente sin la carga de una mujer llorona.”

A ella también le convenía poner cierta distancia entre ellos. Ya era bastante difícil mantener a raya los arrepentimientos, sin la sensación de sus brazos rodeándola para recordarle a Felicity lo que pronto se perdería.

“No eres una carga.” Con suave insistencia, Thorn la atrajo hacia el círculo protector de sus brazos. “Además, así puedo dormir más profundamente porque me recuerda que estás fuera de peligro.”

“En ese caso...” Felicity se acomodó nuevamente en el abrazo de Thorn. “Me contentaré con quedarme donde estoy.”

Más que feliz, de hecho, aunque no se atrevió a decírselo.

“¿Thorn?”

“¿Sí?” Él parecía que ya estaba medio dormido.

“*No debería molestarlo con preguntas,*” se reprendió Felicity, pero le gustaba mucho el sonido de su voz. “¿De dónde sacaste un caballo para venir tras mí?”

“De St. Just.” Thorn se dio unas palmaditas en el bolsillo. “Yo también tengo dinero. Lo gané en un juego de cartas.”

Si Thorn hubiera confesado haber robado el dinero, Felicity no podría haberse sorprendido más. “Pensé que nunca apostabas.”

“Nunca lo hice hasta esta noche.” Sus palabras tenían la cualidad arrastrada y soñadora que Felicity había escuchado tan a menudo, en las últimas semanas, cuando él la abrazaba después de hacer el amor. “No sé un carajo sobre cartas. Puede haber ayudado el hecho de que yo era el único hombre sobrio en la mesa.”

“¿Quizás un poco de suerte de principiante?” Sabiendo muy bien que no debería hacerlo, Felicity no pudo evitar estirar la mano y rozar con los nudillos los bigotes laterales de Thorn.

“Tal vez.” Él susurró la palabra como si fuera el más dulce de los hombres cariñosos.

Luego, antes de que Felicity pudiera retirar su mano, él inclinó la cabeza para atrapar sus dedos entre su hombro y su mejilla, acariciándolos en un casto gesto de afecto, que le hizo un

nudo en la garganta.

Ella se obligó a preguntar, superando su obstrucción. “¿Cómo pudiste apostarte a ti mismo, en el tipo de juego de cartas, que lleva a la quiebra, que prefiere Weston St. Just?”

La cabeza de Thorn se levantó de nuevo, estremeciéndose ante su toque de una manera que no lo había hecho ante el ataque anterior. “No soy pobre por completo, ¿lo sabes?”

Era sobre su fortuna... o más bien la falta de ella. Aunque se arrepintió de su pregunta, Felicity no pudo reprimir una punzada de molestia. ¿Cuántos años había estado dándole vueltas, con la respiración contenida, en el tema de la falta de prosperidad de su difunto marido?

Al menos Thorn Greenwood estaba haciendo un esfuerzo por reparar la fortuna de su familia. Y por un medio más basado en principios que simplemente casarse con la primera heredera disponible.

“No dije que fueras pobre,” ella protestó. “Pocos hombres llevan consigo una gran cantidad de dinero en efectivo en medio de la noche, eso es todo.”

Thorn no respondió de inmediato. “¿*Se había quedado dormido?*” Se preguntó Felicity, “¿*o estaba demasiado ofendido para responder?*”

“Tengo un reloj viejo y un anillo de sello,” él dijo finalmente, como si confesara un crimen. “St. Just logró convencer a los demás jugadores de que valían algo.”

Su admisión hirió a Felicity en un punto vulnerable, tal como su pregunta sobre sus apuestas le debió haber causado a Thorn. Ella conocía muy bien el reloj y el anillo a los que él había aludido. No podía adivinar qué precio podrían obtener de un joyero. Sin embargo, para Thorn no tenían precio: era un recordatorio de que pertenecía a una antigua familia de buena crianza.

A pesar de su fortuna y el título por el que había pagado un precio tan caro, Felicity sabía que mucha gente todavía la despreciaba como la hija de un comerciante advenedizo. Apenas era adecuada como amante de un caballero respetable como Thorn Greenwood, pero nunca como su esposa.

Una unión así provocaría un sinfín de conversaciones. Y los caballeros respetables aborrecían ser objeto de chismes entre murmuradores, como Weston St. Just.

Los brazos de Thorn relajaron su agarre sobre Felicity y su aliento calentó su cabello en ráfagas lentas y rítmicas. Mientras se armaba de valor para poner aún más distancia entre ellos, al día siguiente, se le ocurrió otra importancia de sus apuestas en el juego.

Él se había tomado muchas molestias por culpa de ella. Primero, apostando sus posesiones más preciadas, luego cabalgando toda la noche para adelantar a su carruaje. Y finalmente, arriesgando su vida para salvarla del peligro. Thorn Greenwood no era un hombre dado a discursos bonitos, pero sus acciones hablaban elocuentemente de su respeto por ella.

Percy Lyte nunca la había valorado a ella más que como una fuente de dinero en efectivo y herederos. Y cuando demostró ser deficiente en esta última capacidad, el desprecio apenas disimulado de su marido había erosionado algo vital dentro de ella. Algo que el afecto honesto e incondicional de Thorn prometía alimentar.

“*Dejó de lado su prudencia natural para arriesgarse por mí,*” reflexionó Felicity, mientras el primer débil rayo del amanecer doraba sus rasgos fuertes y agradables. Ella, por otra parte, tendría que frenar sus propios impulsos atrevidos para que no se tentara a hacer una apuesta imprudente por Thorn Greenwood.

Y correr el riesgo de perder mucho más de lo que podría permitirse.

* * *

Thorn se despertó con un sobresalto tan violento, que podría haber arrojado a Felicity al suelo del carruaje, si sus brazos no hubieran estado rodeando su cuello con tanta fuerza.

Sin embargo, la sacudida también logró despertarla de su propio sueño.

“¿Qué sucede?” Ella preguntó. “¿Soñaste con ese horrible bandolero?”

“¡Ah! ... algo así.” Thorn luchó por frenar la sensación de pánico que galopaba dentro de su pecho.

Ahora apenas podía recordar su sueño, aunque hacía solo un momento le pareció tan real y urgente.

Había estado jugando un curioso juego de cartas con apuestas cada vez mayores. Hasta que ya no pudo doblar la mano sin arruinarse. El miedo y la confianza imprudente habían luchado en su interior, cuando finalmente dejó su prometedor puñado de corazones, solo para ser derrotado rotundamente por extrañas cartas que parecían billetes en miniatura.

Mientras el ganador se llevaba el pote, Thorn se dio cuenta de que había arriesgado tanto su honor como su corazón... únicamente para perderlos a ambos.

“¿Dónde crees que estamos ahora?” Se concentró en reducir la velocidad de su respiración, mientras se separaba de Felicity.

Algo en la implacable luz del día le hacía imposible seguir abrazándola, incluso en la intimidad de su carruaje. No importaba cuánto quisiera hacerlo.

Felicity hizo un esfuerzo infructuoso por ahogar un bostezo, mientras miraba por la ventana. No parecía más ansiosa que Thorn por continuar con su incómodo abrazo. Quizás solo se había imaginado la melancólica calidez de su voz, la noche anterior, y el delicioso roce de sus dedos contra sus patillas.

“Estamos llegando a un pequeño puente,” ella expresó. “Creo que Newport se encuentra al otro lado. Tengo buenas razones para esperar que podamos alcanzar a nuestros fugitivos allí.”

Mientras le contaba a Thorn su costumbre de detenerse en ese pueblo, cuando iba y venía de Bath, Felicity se sentó frente a él. “¿Sabes la hora?”

“Él sacó el venerable reloj del bolsillo de su reloj y lo consultó.

“Más de las siete.” Thorn negó con la cabeza. “Tu pobre conductor y sirviente deben estar acabados, por no hablar de los caballos.”

“Espero que atrapemos a Oliver y a tu hermana, antes de que tengan la oportunidad de moverse.” Felicity miró por la ventana, ignorando la mirada de Thorn. O, tal vez, evitándola. “Entonces todos podremos descansar un día, antes de regresar, a Bath cuando queramos.”

Thorn asintió e hizo vagos sonidos de acuerdo, aunque con escasa convicción. Por supuesto, quería recuperar a su pequeña hermana pícara, antes de que destrozara su reputación sin posibilidad de reparación. Pero eso significaría separarse de Felicity nuevamente. Esta vez, sin posibilidad de ser perdonado.

A pesar de su inquietante sueño, a Thorn le costó encontrar el menor entusiasmo por ello.

Capítulo cinco

Seis horas después de salir de Bath, el carruaje de Lady Lyte llegó frente a una posada de aspecto próspero. Se detuvo debajo de un cartel adornado con algún escudo de armas real de años pasados.

Felicity se obligó a mirar a Thorn Greenwood a la cara, mientras se esforzaba por mantener un tono informal. “Seguramente, Oliver y tu hermana aún no habrán vuelto a la carretera.”

Ella estaba completamente avergonzada por la forma en que había perdido los nervios la noche anterior. Gritó como una lunática cuando Thorn y el bandolero aterrizaron en el carruaje, y luego golpeó a su pobre salvador, a una pulgada de su vida. Como si esas acciones no fueran suficientemente malas, se había humillado aún más al llorar y aferrarse a Thorn, como una niña asustada.

Que él hubiera soportado todo con tan generosa simpatía debería haberla hecho sentir mejor... pero no fue así.

Si los últimos treinta y tantos años le habían enseñado algo a Felicity Lyte era que una mujer debe estar preparada para cuidar de sí misma, y asumir su posición contra el mundo. No se podía confiar en que nadie más lo hiciera por ella, y menos aún en nadie que llevara pantalones.

No podía permitirse el lujo de dejar que Thorn Greenwood la convenciera de lo contrario.

En el asiento frente a Felicity, Thorn estiró sus largas extremidades, mientras una risa irónica brotaba de él. “Si el joven Armitage puede sacar a mi hermana de la cama, a una hora razonable de la mañana, es mejor hombre que yo.”

El significado de sus propias palabras debió haberle impactado porque Thorn frunció el ceño. “Espero que tu sobrino haya alquilado habitaciones separadas para ellos.”

Por alguna razón, esa pregunta raspó los tensos nervios de Felicity.

“Por supuesto, Oliver se asegurará de que tengan alojamientos separados,” ella espetó. “Mi sobrino es un joven honorable. Solo porque fue lo suficientemente tonto como para huir a Escocia con tu hermana no significa que comprometería su virtud. No es que *ella* sea una heredera ni *él* es un cazador de fortunas.”

Durante más de medio siglo, la ley de matrimonio de Lord Hardwick había hecho más difícil que hombres sin escrúpulos se aprovecharan de jóvenes ingenuas y adineradas. No obstante, un número considerable de hombres decididos se arriesgó a emprender el largo viaje a Escocia, donde las mujeres, menores de edad, todavía podían casarse sin el consentimiento de sus familias. Muchos sinvergüenzas, sin principios, tomaban la precaución adicional de liberar a la joven de su virginidad durante el viaje.

Thorn miró a Felicity. “¿Estás acusando a mi hermana de perseguir a tu sobrino por su fortuna?”

“Ella no sería la primera.” Las palabras apenas habían salido de sus labios, cuando Felicity deseó haberse mordido su propia lengua agria. La caprichosa e imprudente Ivy Greenwood podría haber actuado así. Aunque, a pesar de todo, parecía una chica de buen corazón y nada afectada, a diferencia de algunas de las criaturas avariciosas, que habían acechado a Oliver durante sus últimas temporadas en Bath.

Si ella y Thorn encontraban a los jóvenes amantes en King’s Arms, como Felicity estaba segura que harían, tal vez nunca lo volviera a ver después de hoy. Quizás si ella se peleaba con él

y se separaban en malos términos, eso les preocuparía menos a ambos.

Felicity deseaba poder creerlo. En cambio, temía que la sombra de la dignidad herida en los expresivos ojos de Thorn plagara sus noches de insomnio en los años venideros.

“Quizás le sorprenda saber cuántos hombres y mujeres forman vínculos románticos, sin pensar en la fortuna, señora.” Podría haberle lanzado esas palabras como si fuera una acusación. En lugar de eso, Thorn las pronunció en un tono de tranquila tolerancia, que irritó aún más a Felicity.

La respuesta punzante salió volando de su boca, antes de que pudiera reprimirla. “Cuando no haya fortuna de por medio, tal vez.”

Thorn no se inmutó ni devolvió el golpe, pero algo en su mirada fija le dijo a Felicity, que ella se había disminuido ante sus ojos.

En ese momento, el joven lacayo abrió la puerta del carruaje.

Thorn Greenwood se quitó el sombrero del asiento y se preparó para apearse. “Vamos a recoger a nuestros perros callejeros y terminar con esto, ¿de acuerdo?”

“Por todos los medios.” Felicity dejó que la ayudara a bajar del alto compartimento del carruaje, muy consciente de que el casto toque de su mano probablemente sería el último.

Una vez que tuvo el suelo firme bajo sus pies, ella se obligó a retirar la mano. Luego entró en King’s Arms, dejando que Thorn la siguiera o no, según él quisiera.

Encontró el gran vestíbulo de entrada lleno de un grupo de viajeros ansiosos por partir temprano. Felicity miró a su alrededor en busca de alguna señal de Oliver o Ivy entre la multitud, pero no vio ninguna.

Ella reconoció a la esposa del posadero, abriéndose paso entre los invitados, que se marchaban, llevando una bandeja con el desayuno para otros, que no saldrían de sus alojamientos hasta una hora más civilizada.

“¿Podría un plato de huevos con mantequilla y arenque ahumado caber en esa bandeja, debajo de la servilleta blanca y crujiente?” Se preguntó Felicity. Oliver insistía en que una dieta matutina de pescado y huevos estimulaba sus procesos mentales.

Una vez más, la tía se preguntó cómo un erudito distante como Oliver Armitage podía haberse involucrado con una pequeña e inestable como Ivy Greenwood. Sea como fuera, Felicity se comprometió a sacar a su amado sobrino de esa unión inadecuada... incluso si eso significaba amenazarlo con desheredarlo.

En ese momento, apareció el posadero para presentar la cuenta a los clientes que se marchaban. En el instante en que vio a Felicity, dejó que sus otros invitados revisaran las cuentas, mientras él se acercaba para saludarla con una reverencia exagerada.

“¡Lady Lyte! Un gran placer como siempre, señora. No esperábamos verla de regreso de Bath hasta dentro de unas semanas todavía. Me temo que sus habitaciones habituales han sido alquiladas hasta pasado mañana, pero, por supuesto haremos.... Haremos todo lo posible para complacerla. Anoche le comenté al señor Armitage que su llegada era aún más bienvenida por ser una especie de sorpresa.”

“¡Así que él está aquí!” Mareada por el alivio, Felicity apenas se contuvo de abrazar al fastidioso soldado retirado, en un abrazo que lo habría puesto nervioso hasta la muerte. “Si fuera tan amable de mostrarnos la habitación del señor Armitage, tengo una necesidad urgente de hablar con él.”

La sonrisa del posadero se desvaneció, mientras negaba con la cabeza. “Debe haber algún error, señora. El señor Armitage y su encantadora novia cenaron aquí anoche. Después partieron hacia Gloucester para pasar la noche.”

Detrás de ella, Felicity sintió que Thorn se sobresaltaba al oír la palabra novia, aunque no dijo nada.

“¿Gloucester?” Ella repitió. “¿Estás seguro?”

“En efecto, señora. El señor Armitage fue muy exigente al respecto. Recuerdo que les pareció muy tarde para estar en el camino, y esperaba que pudieran encontrar alojamiento vacante una vez que llegaran allí.”

El posadero miró a sus demás invitados, que parecían impacientes por marcharse. “¿Si me disculpa un momento, señora...?”

Felicity intentó no dejar que se notara su consternación. “*Por todos los medios.*”

Una vez que el posadero y sus invitados estaban ocupados, ella volteó hacia Thorn. “¿Gloucester? ¿Qué pudo haber hecho que Oliver siguiera adelante hasta allí? Siempre nos quedamos en King’s Arms de camino a Trentwell.”

“Yo diría que el por qué es bastante obvio, ¿no lo crees?” Respondió Thorn. “Están ansiosos por llegar a Gretna Green lo antes posible. Además, Armitage es un joven inteligente. Sin duda se le ocurrió que si los persiguieras, este sería el primer lugar al que vendrías a buscarlos.”

¿Cómo se atrevía Thorn Greenwood a parecer tan tranquilo y racional, cuando todo su mundo había dado un vuelco? Había contado tanto con encontrar a Oliver aquí y poner fin rápidamente a todo este problemático asunto.

Felicity sintió que su garganta crecía en una marea biliosa. “Si continuamos conduciendo, ¿podremos llegar a Gloucester antes de que ellos sigan adelante?”

Thorn negó con la cabeza. “Son más de quince millas. Con el tráfico del mercado, haríamos bien en llegar allí, antes del mediodía. Incluso Ivy no llegaría al extremo de no dormir.”

Si Felicity hubiera podido poner sus manos sobre su sobrino y la señorita Greenwood, los habría estrangulado a ambos. Lo último que necesitaba en ese momento era perseguirlos a lo largo del país.

“Además.” Thorn señaló hacia la ventana, a través de la cual Felicity podía ver su carruaje. “No podemos simplemente regresar y seguir conduciendo. Necesitamos caballos frescos, y su pobre cochero y lacayo deben descansar un poco. Luego está el asunto de nuestro asaltante de caminos. Debemos entregarlo a alguien con autoridad y presentar la denuncia.”

“¿*Está el mundo entero conspirando contra mí?*” Se preguntó Felicity, mientras sus palmas se humedecían y su estómago se volvía más amargo, en cada minuto. Si no lo hubiera vaciado tan a fondo, la noche anterior, podría haberse sentido gravemente enferma frente a una habitación llena de extraños.

Y, peor aún, delante de Thorn Greenwood.

* * *

A ella le vendría bien que la dejaran allí y él volviera a Bath, pero eso enfurecería a Thorn. Con las ganancias de ese juego de cartas, tal vez debería perseguir al joven Armitage y a su hermana por su cuenta, dejando que Felicity Lyte se las arreglara sola.

Excepto por esas pocas dulces horas, después de que él la rescatara del bandolero, Lady Lyte había dejado muy claro que no quería su consejo, ayuda o compañía. ¿Por qué no podía lavarse las manos con respecto a ella, como haría cualquier hombre racional?

Hasta hace poco, Thorn se había enorgullecido de ser un tipo racional. Luego miró fijamente los incomparables ojos verdes de Felicity Lyte y perdió la razón.

Por el momento, su verde vibrante parecía más bien descolorido, mientras que el tono

rosado primaveral de su tez se había blanqueado y helado.

“¿Qué te pasa, querida?” Él tomó su mano helada entre la suya. “Te ves espantosa.”

“Y usted tiene mucho que aprender sobre cómo ser un caballero, señor Greenwood.” Felicity apartó los dedos de su agarre, y parecía como si quisiera abofetearlo en la cara con ellos. “Por supuesto que tengo un aspecto espantoso. ¿Por qué no habría de tenerlo? ¡Despertada de un sueño profundo para caminar por el campo en medio de la noche! ¡Acosada por un miserable bandolero! Ahora frente a la perspectiva de perseguir a mi ingrato sobrino a lo largo de Inglaterra. Probablemente, ¡rompería un espejo si me atreviera a mirarme en uno!”

Su arrebató hizo que los otros huéspedes de la posada les lanzaran miradas inquisitivas. Thorn detestaba pocas cosas peor que ser objeto de curiosidad.

Llevó a Felicity a un pequeño rincón junto a la escalera principal. “Eso no es lo que quise decir y lo sabes. Eres tan encantadora como siempre. Solo que te ves algo alterada... o enferma.”

Antes de que ella pudiera replicar, él levantó las palmas de las manos en señal de rendición fingida. “Ambas cosas tienen buenas razones para serlo, lo admito. Por una vez, cállate y escúchame... Necesitas descanso y comida adecuada, al igual que tus sirvientes y los caballos. Lo arreglaré con el posadero. Entonces, mientras te recuperas del viaje de anoche, buscaré a alguien que nos quite a ese forajido de nuestras manos.”

Sorprendentemente, Felicity no lo interrumpió. Ella esperó hasta que él terminó, antes de preguntar: “¿qué propones que hagamos después de eso?”

Thorn intentó ocultar su sorpresa. Había esperado más resistencia de ella. “Después de eso debemos hablar para decidir nuestro próximo paso.”

“Muy bien.”

“¿Lo dices en serio?”

Las viejas chispas verdes saltaron a sus ojos una vez más, encendiendo una llama de respuesta en el corazón anteriormente racional de Thorn. “¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Crees que me opongo a ti por diversión?”

“Por supuesto que no,” mintió Thorn. “Solo quise decir...” *¿Qué podría decir que no lo metería más en problemas?* “No importa.”

Habiendo negociado el precio de la cuenta, ellos se alejaron a un ambiente de ruido máximo y conmoción. Thorn se sintió agradecido por la distracción.

Una vez que se fueron de la recepción, él se acercó al posadero. “Tendremos que ponernos en camino antes del anochecer. Mientras tanto, Lady Lyte, su conductor y su lacayo necesitarán habitaciones para descansar.”

Los ojos del posadero se iluminaron. Sin duda le encantaba la perspectiva de alquilar las mismas habitaciones, dos veces en un día. “Siempre encantado de complacer a Su Señoría, señor.”

“Los caballos también necesitarán cuidados.”

“Me aseguraré de que los camareros sepan que deben tener especial cuidado con ellos, señor...”

“Greenwood. Thorn Greenwood.” Thorn se armó de valor contra el entrometido escrutinio del tipo. “Soy amigo de Lady Lyte. La novia de su sobrino... eh... es mi hermana.”

“¿De hecho, señor?” El posadero sonrió, como solía hacer la gente cuando hablaba de Ivy. “Una criatura pequeña y vivaz. No la habría elegido para un joven erudito serio como el señor Armitage, si hubiera tenido la posibilidad de dar esa orden. Pero, el amor a menudo se acompaña de contrarios, ¿no es así, señor?”

“Quizás.” *¿Explica eso mis propios sentimientos intensos y descarriados por Felicity?* Se

preguntó Thorn. “Por casualidad, ¿mi hermana o el señor Armitage mencionaron dónde podrían alojarse, una vez que llegaran a Gloucester?”

La sonrisa del posadero se hizo más amplia. “Da la casualidad que... señor, me preguntaron si podía recomendar algún lugar que pudiera ofrecerles una cálida bienvenida, incluso si llegaban tarde.”

“¿A ti?” Thorn se esforzó por no parecer tan desesperadamente interesado en la información como se sentía.

“Debo decirlo, señor Greenwood. El primo de mi esposa tiene una posada en la parte antigua de la ciudad, entre la catedral y el Shirehall. No está tan concurrida como las grandes posadas en las carreteras a Londres y Bristol. Le dije al señor Armitage que sería rara la noche en que él y su bella novia no pudieran encontrar una habitación allí, sin importar a qué hora llegaran.”

“Aprecio que les hayas aconsejado.” Thorn sacó un chelín de las ganancias de sus cartas. Se la ofreció al posadero, quien hizo un gesto simbólico de negarse, antes de deslizarse la moneda en su bolsillo.

“Yo me ocuparé de las habitaciones de Lady Lyte y sus sirvientes, señor Greenwood.”

“¿Una cosa más, si me permites?”

“Sí, señor. ¿Qué podría ser?”

“Nos topamos con un problema en la carretera desde Bristol: un bandolero.”

“¡Por mi vida, señor!” Los ojos del posadero se agrandaron. “Espero que nadie resulte herido. Ese sinvergüenza ha sido una auténtica molestia durante toda la primavera. Ustedes no son mis primeros invitados, a los que ha abordado.”

“Espero que seamos los últimos.” Thorn asintió hacia la puerta. “Trajimos al asaltante con nosotros para que rinda cuentas ante el magistrado. ¿Dónde debería disponer de él?”

“Debe llevarlo a Berkeley, señor Greenwood.” El posadero señaló con el pulgar la dirección que Thorn supuso que era el noreste. “Allí podrán encargarse del sinvergüenza y estar agradecidos contigo por haberlo capturado, creo.”

Mientras el posadero se marchaba, Thorn se dirigió hacia Felicity, que se había dejado caer en una silla cercana. Sabía que no debía comentar sobre su aspecto, pero un escrúpulo de culpa le invadió el estómago. Podría haber dormido mejor estirada en el asiento del carruaje, frente a él, que acurrucada torpemente en su regazo.

Se arrodilló ante ella y tomó una de sus manos entre las suyas. Se había calentado un poco desde que la tocó unos momentos antes, pero no mucho. “El posadero me dice que pueden lidiar con nuestro bandolero en Berkeley. ¿Estarás bien hasta que regrese?”

“Por supuesto que lo estaré.” Felicity se enderezó. “No soy ni una niña, ni una vieja viuda tambaleante, señor Greenwood. No necesito un guardián. Por lo que a mí me importa, puede llevarse a esa horrible criatura a Londres. Puedo arreglármelas perfectamente sola.”

¿Qué descaro el de esa mujer, desestimando su preocupación por ella, como si no tuviera en su vida una posición más alta que la de su chofer o su lacayo!

El insulto hizo que Thorn volviera a ponerse de pie. “¿Tan bien como te las arreglaste anoche en el páramo?”

Felicity le lanzó una mirada fulminante. “¡Ah! Aquí está la conferencia que has estado guardando desde anoche. Dudo que sepa menos amarga, calentada para el desayuno.”

Nunca había visto este lado desagradable de su carácter durante el tiempo que estuvieron juntos. Thorn se maldijo a sí mismo. Había sido un tonto al dejarse caer bajo el hechizo de su ingenio, espíritu y pasión. Cualquier hombre sensato habría adivinado que a una rosa tan vibrante

no le faltarían espinas.

Bueno, ahora estaba sintiendo el dolor de estas.

“Anoche admitiste que merecías un escarmiento.” Thorn luchó por reprimir el recuerdo de Felicity, acurrucándose en su abrazo, dulcemente arrepentida. “Traté de mostrar un poco de paciencia, creyendo que ya habías aprendido la lección en términos más contundentes de lo que mis palabras podrían transmitir.”

“Vaya, pomposo...” Felicity se puso de pie y el color de bienvenida volvió a su rostro. “¿Cómo te atreves a regañarme, como si fuera una de tus inestables hermanas pequeñas?”

“Mis hermanas tienen más sentido común que...” Thorn contuvo el resto de su respuesta, mientras otro grupo de huéspedes de la posada descendía a la sala de reuniones.

Él se obligó a bajar la voz, aunque su ira no había disminuido. “Podremos reanudar esta discusión en privado, cuando regrese de Berkeley. Mientras tanto, te sugiero que descanses y comas algo.”

“Ya te lo dije, soy bastante capaz de cuidar de mí misma.”

Si permanecía allí, un momento más, la obstinada oposición de Felicity podría incitarlo a sacudirla. Peor aún, su cercanía y la extraña y agitada fricción, entre ellos, podrían hacer que él la estrechara entre sus brazos, dándole un beso tan feroz y descarado, que alimentaría chismes jugosos en King’s Arms, en los años venideros.

* * *

Mientras Thorn Greenwood ejecutaba un brusco giro sobre su talón y se alejaba de ella, Felicity luchó por dominar la tormenta de emociones, que ardía en su interior.

¿Cómo pudo haber acogido a ese hombre en su cama, noche tras noche, sin siquiera adivinar su verdadero carácter? Ella lo había considerado tranquilo, gentil y amable, no del tipo que exige más de lo que ella pudiera dar, o que se convirtiera en una molestia en su vida.

Esa era parte de la razón por la que lo había elegido como su amante entre otros candidatos que tenían mucho más que recomendar. ¿Cómo podía haber adivinado que los acostumbrados modales amables del señor Greenwood enmascaraban una voluntad de hierro, que la irritaba más allá de lo soportable, aún cuando despertaba su respeto a regañadientes?

Lo único que detestaba más que ser mandada e intimidada era ser manipulada.

Tal vez algo bueno resultó de la tonta fuga de Oliver, ya que le abrió los ojos a aspectos del temperamento de Thorn Greenwood, que había pasado por alto o ignorado voluntariamente. Ahora podía deshacerse de él sin ningún molesto escrúpulo de culpa.

Felicity miró por una ventana cercana y vio al bandolero. Ahora que podía observarlo bien, a la despreciable luz del día, se percató que no era más que un joven con rostro lleno de granos. “*¡Maldito sea tu pellejo inexperto por darme semejante susto!*”

Él tenía las manos atadas al pomo de la silla. Parecía estar suplicándole a Thorn que no lo entregara.

Muy en contra de su voluntad, una punzada de lástima surgió del corazón de Felicity. Era casi seguro que el muchacho sería ahorcado por sus delitos menores. Sin duda, sus travesuras habían surgido de alguna temeridad juvenil, que nunca se detenía a considerar las consecuencias. No muy diferente del impulso que la había llevado a ir al altar con Percy Lyte, cuando tenía esa edad.

Al menos, ella había sobrevivido a su error juvenil y aprendido del mismo. Felicity se obligó a mirar hacia otro lado. Se sobresaltó cuando descubrió que el posadero rondaba cerca.

“Tenemos una habitación lista para usted, Lady Lyte.” Él le hizo una seña hacia la

escalera. “Nada grandioso, pero la parte trasera de la casa es tranquila. Si desea descansar, no le molestará el ruido de la carretera.”

“Gracias, señor Mobley.” Felicity ahogó un bostezo. “Me vendría bien una siesta.”

Incluso antes de salir de Bath, la noche anterior, ella se había sentido inexplicablemente cansada durante el día. Ahora apenas podía mantener los ojos abiertos.

“Es un caballero muy agradable, el señor Greenwood,” comentó el posadero, mientras conducía a Felicity escaleras arriba. “Sin duda estarás encantada de darle la bienvenida a la familia.”

“¿Familia?” *¿Eran sus sentimientos por Thorn tan transparentes?*

“Sí, señora, con su sobrino casado con su hermana.” El posadero la miró con una sonrisa de complicidad. “¿Por casualidad el señor Greenwood y usted idearon la unión?”

Felicity resistió el impulso de reírse. “Todo lo contrario, señor Mobley.”

O el posadero no entendió lo que quería decir, o fingió hacerlo. “Un matrimonio por amor, ¿no fue así entonces? No puedo decir que eso me sorprenda. Podría decir los sentimientos de la joven al observar la forma en que escuchaba cada una de sus palabras.”

“*¿Justo como una vez le había prestado tanta atención a Percy Lyte?*” La idea hizo que Felicity se estremeciera. También se preguntó qué había atraído a la vivaz señorita Greenwood hacia un joven tranquilo como su sobrino, si no era la fortuna que heredaría.

“Aquí estamos señora.” El posadero se detuvo ante la última puerta del pasillo y la abrió. “¿Le envió a mi esposa con una bandeja para su desayuno?”

En ese momento, el olor a comida subió desde debajo de las escaleras, provocando que el estómago de Felicity se rebelara. “El té y los bizcochos estarán bien. Nunca duermo profundamente después de una comida completa.”

“Té y bizcochos.” El posadero se rió para sí mismo y sacudió la cabeza. “Mi esposa vivía de ellos cuando estaba reproduciendo.”

Cuando él se dio cuenta de lo que había dicho, el pobre hombre se sonrojó como un rábano. “Té y bizcochos, por supuesto. Haré que se los envíen directamente, señora. Asegúrese de llamar si necesita algo más.”

“Estoy segura de que estaré bastante cómoda, señor Mobley, como siempre.” Felicity se sintió un poco menos nerviosa que el posadero.

Se metió en la habitación, resistiendo apenas el impulso de cerrar la puerta detrás de ella. “Él no quiso decir nada con eso,” susurró para sí misma, mientras se desplomaba en la cama. “No es posible que lo haya adivinado.”

El comentario casual del posadero la puso nerviosa de todos modos. De alguna manera curiosa, esto hizo que su condición fuera más real para ella.

Un bebé estaba creciendo en su vientre: el niño que anhelaba y había estado desesperada por tener. En cierto modo, esto sería incluso mejor que si hubiera concebido un hijo de Percy, porque este pequeño no tendría todas las ambiciones dinásticas de la familia Lyte. Sería suyo y solo suyo, para criarlo y amarlo, nutrirlo y protegerlo.

Las intensas emociones conflictivas de los últimos días lentamente aflojaron su control sobre ella, mientras Felicity se imaginaba lanzando un velero de juguete, junto a un niño pequeño, y sosteniendo a una niña en su regazo, al tocar a dúo en el piano. Finalmente, conocería la alegría inmaculada de la infancia, que se le había escapado durante su propia juventud.

Entonces, la niña de sus sueños dirigió su dulce y joven rostro hacia Felicity, mirándola con la mirada tierna y seria de Thorn Greenwood.

Capítulo seis

Los párpados de Felicity temblaron y luego se abrieron lentamente.

En su asiento junto a la puerta de la habitación, Thorn luchó por evitar que sus ojos se cerraran. Había entrado furtivamente en esta habitación de King's Arms hace poco para avisar a Felicity que había regresado de su misión en Berkeley y advertirle que debían partir pronto hacia Gloucester.

Cuando la encontró profundamente dormida en la cama, toda suave y con los miembros relajados, no se atrevió a despertarla. En lugar de eso, se desplomó en la única silla que aquella modesta habitación ofrecía y bebió de la deliciosa vista de ella.

Ahora, ella abrió los ojos y volvió a mirarlo.

En ese primer momento confuso del despertar, su mirada se fijó en Thorn con la promesa de la primavera brillando en sus ojos. Un bulbo seco y marchito, enterrado profundamente en la marga de su práctico corazón, se abrió, enviando un esbelto brote verde que se esforzaba hacia el calor vivificante del sol.

Si él no hubiera estado medio dormido en ese momento, Thorn habría sabido que esa mirada suave era un error y un capricho pasajero demasiado dulce para durar. Como era todo lo demás en su romance con Felicity Lyte.

En el lapso de un latido, sus ojos se abrieron y ella se sentó en la cama con un grito ahogado.

“¿Qué estás haciendo aquí?” Lo dijo quejándose. Se llevó una mano al pecho, como para acallar un corazón que atronaba. “¿Cuánto tiempo llevas sentado allí?”

Su tono, agudo con hostilidad o quizás por miedo, atravesó la frágil sensación que había comenzado a florecer dentro de Thorn.

Él podría haber ladrado una respuesta brusca, pero estaba demasiado cansado. “No necesitas parecer tan alarmada. Solo te estaba cuidando mientras dormías. No he estado aquí más de media hora. Quería despertarte, pero parecías tan tranquila que no quise molestarte.”

Se olvidó de mencionarle lo mucho que había resistido el impulso de tumbarse junto a ella en la estrecha cama. Si se hubiera despertado y lo hubiera encontrado allí, bien podría haberle golpeado las orejas otra vez.

Pero tal vez eso hubiera valido la pena.

Su suave respuesta pareció aplacar la ira de Felicity. Se frotó los ojos, estirándose y apretando el corpiño de muselina de su vestido de viaje contra sus pechos. Las palmas de las manos de Thorn y las yemas de sus dedos hormiguearon con el recuerdo físico de acariciar su cuerpo desnudo.

Él levantó la mano para aflojarse la ropa del cuello, que de repente se había puesto muy apretada.

Felicity lo observó con una mirada, que yacía en algún lugar entre la primera. Esta era la suave y la dura esmeralda, que le había lanzado, cuando despertó por completo. “¿Conseguiste deshacerte adecuadamente de nuestro joven criminal?”

“Es una manera de decirlo.” Thorn se preparó para una pelea, que se sentía demasiado cansado para llevar a cabo. “Supongo que le diste un buen vistazo al asaltante. Apenas tiene edad para afeitarse. Su pistola ni siquiera estaba cargada.”

“¿Lo dejaste ir?” Felicity se frotó los ojos con más fuerza y miró a Thorn como si se

preguntara si estaría soñando.

“Por supuesto que no.” *¿Cómo podía ella imaginar que él alguna vez haría algo así?* “Ese muchacho tonto cometió un delito grave, robó y asustó a la gente de esa manera. De todos modos, no tuve estómago para dejar que lo colgaran por ello.”

“¿Qué hiciste?”

“El regimiento local está reclutando en Berkeley esta semana. Le di al joven sinvergüenza la opción entre ser entregado al magistrado o alistarse en la infantería de Su Majestad. Necesitan a todos los hombres que puedan conseguir, ya que el general Wellington quiere poner fin a esa problemática del enemigo Bonaparte de una vez por todas. El muchacho tuvo el suficiente sentido común como para elegir el ejército.”

Felicity saltó de la cama y voló hacia Thorn. Él se preparó para defenderse una vez más.

Pero, ¿qué es esto? En lugar del golpe que esperaba, sus brazos le rodearon el cuello. Ella presionó sus labios contra los de él, en un beso bastante diferente a cualquiera que Thorn hubiera recibido de ella.

Los demás (ligeros y provocadores, profundos y sensuales, o feroces y ardientes) habían sido todos exclusivos para hacer el amor. Este tenía un intrigante aire de inocencia, bajo el cual Thorn percibió una mayor profundidad de sentimiento.

Una calidez dulce y suave lo inundó de pies a cabeza, como si hubiera bebido una gran copa de sol destilado.

Cuando Felicity finalmente lo dejó ir, luciendo casi tan sorprendida como él por lo que había hecho, Thorn recuperó el aliento lo suficiente como para preguntar: “¿Para qué diablos fue esto?”

Tan pronto como lo supiera, seguramente, él lo volvería a hacer.

“Eso...” Ella le dio un beso de gasa en la frente. “... Fue por ser un hombre tan sabio y compasivo.”

Si hubiera sido la mitad de sabio de lo que Felicity parecía pensar que era, Thorn se habría mordido la lengua. Pero algo, en su beso, liberó la pregunta que había palpitado en su corazón durante los últimos días.

Extendió la mano para rozar las yemas de sus dedos contra los de ella. “Si soy un modelo, ¿qué te hizo estar tan ansioso por deshacerte de mí de repente?”

Felicity se estremeció como si la hubiera golpeado y parecía vulnerable de una manera que nunca la había visto. La oscura combinación de cautela y arrepentimiento, que brillaba en sus ojos, casi hizo que Thorn deseara no haber hablado.

Pero tenía que saberlo, y esta podría ser su única oportunidad de obtener una respuesta honesta de ella. “Pensé que teníamos un acuerdo, tú y yo. Todo parecía ir muy bien. Entonces, de la nada, recibí tu carta, poniendo fin a todo. ¿No merezco al menos una explicación?”

“Te mereces más que eso, mi querido Thorn, pero no puedo darte más.” Su voz vaciló.

Felicity apretó los labios con fuerza y respiró hondo varias veces, antes de continuar. “Mi decisión no se debió a ninguna culpa tuya. Debería haberme esforzado más en asegurarte eso en mi carta.”

Su tono de suave lástima lo irritó. “¡No soy un niño, Felicity! No necesitas mentir para perdonar mis sentimientos.”

“¡Hombres!” Ella respondió con igual fervor. “Todos son iguales y piensan que todo debe centrarse en ustedes.”

“Si yo no soy el problema, ¿cuál es entonces?” Thorn levantó las manos. “Admitiste que merezco una explicación, así que dame una que tenga sentido.”

Por un momento que pareció durar horas, Felicity lo miró fijamente sin hablar.

La amplia reserva de paciencia de Thorn casi se había agotado, cuando ella murmuró: “muy bien. Quizás tú seas el problema, aunque no de la forma que imaginas. ¿Nunca pensaste que podría haberme encariñado demasiado contigo durante el tiempo que hemos estado juntos?”

Si hubiera estado de pie, la admisión de Felicity podría haber hecho que Thorn cayera sobre sus talones. Por supuesto que no había considerado esa posibilidad. Podría haberlo dudado ahora, si no fuera por la mirada de sus ojos y el dichoso eco de un beso, que todavía hormigueaba en sus labios.

“No lo entiendo.” Su mente cansada luchó por encontrarle sentido a la situación. “¿Por qué eso presenta... un problema?”

Felicity negó con la cabeza, claramente exasperada. “Tal vez no seas tan sabio como pensaba, señor Greenwood. Dígame, ¿cómo se sintió cuando recibió mi carta el otro día?”

“Bueno... yo...” Thorn farfulló. No estaba acostumbrado a pensar demasiado en sus sentimientos, y mucho menos a ponerlos en palabras. Cuanto más profundos eran esos sentimientos, más difícil le resultaba expresarlos adecuadamente.

“¿Te hizo... feliz?” Felicity lo incitó, como una institutriz impaciente, simplificando su pregunta para un erudito increíblemente aburrido.

Thorn frunció el ceño y sacudió la cabeza, tal como lo habría hecho un colegial desconcertado y avergonzado.

“Puede que no lo creas.” La voz de Felicity se convirtió en un susurro. “Pero me hizo aún menos feliz escribir ese mensaje.”

Por mucho que Thorn se sintiera tentado a dudarlo, un tono melancólico, en esa voz, lo convenció de que posiblemente eso fuera cierto.

Felicity se acercó a la única ventana de la habitación, desde donde contempló el verde valle de Berkeley. “Sin embargo, no tuve otra opción. Si separarnos ahora nos hace infelices, imagina cuánto peor nos entristecerá esto dentro de un mes, si continuáramos como estábamos.”

Dicho de esa manera, tenía cierto sentido, aunque Thorn se abstuvo de reconocerlo. De hecho, mientras la luz del sol primaveral del mediodía brillaba a través de la ventana, dorando el exquisito perfil de Felicity y puliendo mechones de cálido castaño en su rico cabello oscuro, se encontró preguntándose por qué alguna vez tendrían que separarse.

* * *

“Acaso, ¿Thorn me creería?” Se preguntó Felicity, mientras contemplaba el suave y verde paisaje que descendía hacia la desembocadura del Severn.

¿Por qué no debería hacerlo? Todo lo que ella había dicho era verdad.

Le había dolido escribir esa carta, rompiendo su relación. A pesar de sus mejores esfuerzos por mantener su relación libre y fácil, había llegado a preocuparse por su serio y reticente amante mucho más de lo que jamás *habría* esperado o deseado.

Cuanto más permaneciera ella en su compañía, más difícil sería para ambos decir adiós.

Pero Thorn Greenwood no era un tonto para los hombres y las mujeres. Es cierto que no tenía grandes pretensiones ni era un genio, pero sus opiniones eran sensatas, honestas y abiertas al cambio. Si bien, tal vez, no considerara oportuno hacer comentarios sobre todo lo que sucedía a su alrededor, poco escapaba a su atenta atención.

Si le daba tiempo suficiente para considerarlo, Thorn podría darse cuenta de que ella estaba ocultando algo... algo de suma importancia.

Recordando todo lo que estaba en juego, Felicity respiró profundamente y cuadró los

hombros. Habría muchas oportunidades más adelante para mirar atrás con arrepentimiento. Ahora, debía tomar medidas decisivas para salvaguardar su futuro.

“Ya lo entiendes.” Se obligó a voltear para mirar a Thorn. “Tú y yo tenemos suficiente sentido común y experiencia para reconocer cuando una conexión romántica es insostenible. Mi sobrino y tu hermana son demasiado jóvenes e impetuosos para calcular lo mal que podría terminar esta fuga para ambos. No puedo permitir que crezca la distancia. Espero interceptarlos, antes de que lleguen a Escocia. Ahora que hemos descansado, debo salir tras ellos de inmediato.”

“Acordado.” Thorn se puso de pie con movimientos rígidos y vacilantes, que delataban su profundo cansancio. “Conociendo a mi hermana, dudo que ella y Armitage pudieran haber escapado de Gloucester mucho antes, así que ya hemos reducido bastante su ventaja. Con suerte y buen tiempo, podríamos alcanzarlos antes de que pasen por Hereford.”

“No los atraparemos en ninguna parte.” Felicity se reprendió a sí misma por no haber tenido la previsión de alquilar caballos de reemplazo, y escaparse a Gloucester, mientras Thorn estaba fuera deshaciéndose del joven bandolero. “*Por favor, compórtate como el tipo sensato que eres y regresa a Bath una vez que hayas dormido lo suficiente. Tengo la intención de continuar este viaje por mi cuenta.*”

“Eres una buena persona para hablar de sentido común.” Thorn se pasó los dedos largos y hábiles por el pelo. “¿Esa noche no te enseñó nada? Si insistes en perseguir a Ivy y Oliver, me necesitas contigo.”

¿Cómo podía un hombre hacer que ella lo añorara en un momento y luego irritarla más allá de lo soportable al siguiente? Sus poderosos sentimientos contradictorios hacia él lograron que Felicity perdiera el equilibrio cuando más necesitaba tener el control.

“Por supuesto que aprendí de lo que pasó anoche,” ella espetó. “Aunque no es la moraleja que usted parece haber extraído de esto. En el futuro, tendré cuidado de no conducir por carreteras desiertas después del anochecer. Cuando lleguemos a Gloucester, buscaré un armero al que pueda comprar pistolas para Ned y el señor Hixon. ¿Eso lo satisface?”

“No es así.” El temperamento lento de Thorn cobró fuerza. “Hay muchos otros peligros en el camino hacia el norte, contra los cuales un par de pistolas no te servirán de nada. Tormentas, inundaciones, problemas con el carruaje o los caballos. Tu lacayo es solo un muchacho y, además, insignificante. El conductor ya pasó por su mejor momento.”

El destello de ira de Thorn se había disipado. Sacudió la cabeza. “No puedo entender por qué estás tan en contra de que te acompañe.”

Un vacío negro y sin fondo se abrió en la boca del estómago de Felicity. No podía arriesgarse a que Thorn reflexionara demasiado sobre ese tema.

Antes de que ella pudiera tartamudear una respuesta, su expresión se suavizó aún más. Una sonrisa torcida y autocrítica apareció en la comisura de la boca de él. “¿No te he demostrado que soy útil para tenerme cerca en caso de apuros?”

¿Cómo podría resistirse a tal súplica? “Por supuesto que sí, solo...”

Thorn dio un paso rápido hacia ella y presionó las cálidas yemas de sus dedos contra sus labios. El gesto simbólico en sí no silenció a Felicity. Pero los recuerdos que evocó de su suave y persuasivo toque en sus pechos y entre sus muslos hicieron que se le secara la boca y se le cortara el aliento en la garganta.

“Ahora, mi señora, no estropees tu cumplido, añadiendo que solo un miserable...”

Thorn la miró fijamente y habló con calma y tranquila convicción. “Voy a ir contigo y no hay nada que puedas hacer para impedírmelo. Tengo un caballo y dinero para pagar mis gastos. Te juro que no te molestaré, pero estaré cerca para brindarte ayuda si surge la necesidad.”

Él levantó los dedos de sus labios. “Ahora, por favor, ¿podemos actuar como los adultos que somos, en lugar de dos niños peleando? Tú y yo tenemos un objetivo común, uno que lograremos mucho más rápidamente, si unimos fuerzas, que si desperdiciamos nuestro tiempo peleando entre nosotros.”

El hecho de que tuviera razón y fuera tan exasperantemente razonable al respecto no hizo nada para granjearse el cariño de Felicity. Por otra parte, no quería nada que le hiciera más atractiva a Thorn Greenwood. El hombre ya se había afianzado demasiado en su afecto.

“Muy bien.” Ella lanzó un suspiro de rendición a regañadientes. “Supongo que no hará ningún daño declarar una tregua hasta que detengamos a Oliver y a tu hermana.”

Felicity deseó con todo su corazón que eso no les tomara mucho tiempo.

Sus palabras de concesión provocaron que una sonrisa floreciera, en esa primera mueca irónica de los labios de Thorn, y lentamente se extendiera, iluminando sus rasgos fuertes y solemnes. “No estés tan triste, entonces. No será tan malo como imaginas, te lo prometo.”

Felicity le lanzó una mirada dudosa. Cada hora que pasaba en compañía de Thorn ponía en mayor peligro su corazón y el futuro.

“Solo será por unos días como máximo.” Thorn le rozó la barbilla con los dedos, que le había quitado los labios. “Entonces te librarás de mí. Mientras tanto, te doy mi palabra de que me portaré lo mejor posible.”

Felicity lidió por evitar que su mirada se desviara hacia la cama, que estaba detrás de él. Luchó aún más fuerte para no estirar la mano ni pasarla por los bigotes de Thorn, lo cual le haría saber lo desesperada que estaba por acostarse debajo de él por última vez.

No era la perspectiva del comportamiento de *él*, durante los próximos días, lo que la preocupaba.

Más bien, era la conducta de *ella*.

Capítulo siete

“¿Estás segura de que no quieres comer nada, antes de que volvamos a la carretera?” Thorn le preguntó a Felicity, mientras se preparaban para abandonar King’s Arms.

Ella sacudió la cabeza con decisión. “Tomé un desayuno enorme, mientras tú ibas a Berkeley esta mañana. Pero, ¿qué hay de ti? Todavía no has comido hoy ni has dormido bien, en quién sabe cuánto tiempo.”

¿Estaba a punto de sugerirle que se quedara y echara una siesta y luego ella se quedara con su carruaje en Droitwich o Bromsgrove? Thorn no tenía intención de morder ese anzuelo.

“Puedo arreglármelas,” él murmuró.

Dominó su orgullo lo suficiente como para dejar que Felicity pagara la cuenta con el posadero. Después de todo, él no había hecho más que ocupar una silla, en una de las habitaciones, para observarla dormir. Podría llegar el momento en que necesitaría hasta el último centavo de su pequeño tesoro.

Unos momentos más tarde, mientras el joven lacayo guardaba el baúl de Felicity, Thorn la ayudó a subir al carruaje. Una vez que cerró la puerta del pescante detrás de ella, montó en el caballo que Weston St. Just le había prestado.

Casi de inmediato, la puerta se abrió de nuevo y Felicity gritó: “¿por qué no atas tu caballo al carruaje o dejas que Ned viaje en él? De esa manera podrás dormir un poco, mientras conducimos.”

¿Por qué de repente ella se ofrecía a compartir su carruaje con él, después de haber sido inflexible hasta el punto de insultarle en no permitirle acompañarla?

“Te lo dije, puedo arreglármelas.”

Si fuera capaz de ignorar su tentadora cercanía el tiempo suficiente para quedarse dormido, su olor solo perseguiría sus sueños. Además, había prometido cuidar su comportamiento. A solas con ella, en el íntimo capullo del carruaje, podría resultarle difícil cumplir esa promesa.

“Haz lo que quieras.” Felicity dio unas palmaditas en el sombrero verde oscuro, que tan bien resaltaba sus llamativos ojos. “Pero, avísame si cambias de opinión. No tenía idea de lo terco que es usted, señor Greenwood.”

Intentó reprimir una sonrisa, pero fracasó. “Supongo que eso nos convierte en una pareja bien emparejada, Lady Lyte.”

Thorn chasqueó la lengua contra el caballo castrado, dio un pequeño empujón a las riendas y emprendió el camino hacia Gloucester. Detrás de él, escuchó la puerta del carruaje cerrarse de golpe. Los arneses tintinearón y los cascos resonaron, cuando los caballos empezaron a moverse.

Poco a poco, el carruaje fue ganando velocidad hasta acercarse a él. Juntos continuaron durante la agradable tarde primaveral, a lo largo de un tramo de carretera, diseñado en principio por los romanos. Corría entre el esplendor de las colinas Cotswold y los amplios tramos inferiores del río Severn, que fluía por el oeste hacia el océano.

Mientras cabalgaba, Thorn luchaba por evitar ver hacia la ventanilla del carruaje de Lady Lyte. No fue una tarea fácil, especialmente después de que una mirada descarriada lo sorprendiera observándolo.

Durante un lento y brillante momento, ambos ojos se encontraron, sosteniéndose,

buscándose y tocándose. Un extraño escalofrío recorrió a Thorn. No pudo evitar sentir que habían intercambiado algo más verdaderamente íntimo, que en cualquiera de las veces que se había acostado con Felicity.

Podrían haber permanecido encerrados, en ese abrazo silencioso e invisible, sino se hubieran topado con un peaje. Thorn apartó la mirada de Felicity y desmontó para pagar la tasa.

Mientras entregaba las monedas, preguntó: “supongo que no habrás notado que anoche pasó por aquí un carruaje alquilado, llevando a una pareja de recién casados. Si los viste, recordarías a la novia: una cosita bonita con rizos rojos y dorados.”

“En eso tiene razón, señor,” respondió el hombre en la cabina de peaje. “Una criatura vivaz. También es agradable. Supongo que podría encantar a los pájaros de los árboles, si se lo propusiera.”

“Efectivamente.” Thorn podía sentirse hinchado de un orgullo casi paternal. “Eso suena muy propio de mi hermana.”

Tenía buenas razones para saberlo. ¿Con qué frecuencia en sus años de juventud Ivy se había metido en alguna travesura, solo para escapar de su merecido castigo, apelando a una mirada que mezclaba un encantador arrepentimiento con un alegre descaro?

Su hermano no había podido resistirla.

“Pero, una cosa, señor.” El ceño del empleado de peaje se arrugó. “Fue solo esta mañana que pasaron por aquí, no anoche.”

“¿Estás seguro?”

“Bastante, señor. Tuvieron algunos problemas con su carruaje, así que se detuvieron aquí un rato. Al joven caballero le tomó unas buenas tres horas repararlo.”

“¿Lo hizo, de hecho?” Thorn le pasó al hombre un chelín extra. “Le agradezco la información. ¿Hace cuánto que se fueron?”

El hombre consultó un maltrecho reloj de bolsillo. “Debería decir que han estado ausentes tanto tiempo como estuvieron aquí. Un poco menos, tal vez, pero no más de tres horas. Espero que no tengan ningún problema, señor.”

“¿Problemas? Ni un poco.” Con la probabilidad de atrapar a su hermana y al joven Armitage, antes del atardecer, Thorn no necesitaba fingir un humor alegre. “Solamente algunas noticias que querrán escuchar lo antes posible... buenas noticias.”

“Dudo que tarde mucho en alcanzarlos con eso, señor.” El cobrador de peaje señaló hacia el carruaje de Felicity. “Lo que sea que el joven caballero reparó en su carruaje, todavía no tenía ningún tipo de velocidad cuando se fueron.”

Thorn volvió a darle las gracias al hombre y luego se apresuró a regresar al carruaje, arrastrando su montura por las riendas.

“¡Cuánto tiempo has tardado!” Felicity le dirigió una mirada penetrante. “¿De qué estabas chismorreando con ese empleado del peaje? Te ves absolutamente engreído.”

“De hecho, me estaba enterando de mi hermana y tu sobrino.” Thorn intentó no parecer tan engreído, sin éxito.

Tampoco pudo resistir la tentación de hacer una pequeña revelación. “Si hubieras venido sin mí, es posible que nunca hubieras descubierto esta valiosa información.”

Olvidando su cansancio anterior, le contó todo lo que había aprendido del cobrador de peaje.

Felicity escuchó en silencio. Una fina ceja oscura se arqueó gradualmente. Ese era un barómetro de su interés.

Cuando Thorn terminó, ella sonrió dulcemente y preguntó: “¿quieres decir que ya los

habríamos alcanzado, si no nos hubiéramos detenido en Newport esta mañana?”

“Yo... eso es...” Mientras Thorn farfullaba y fruncía el ceño, Felicity comenzó a reírse.

La había oído reír antes, por supuesto, pero nunca así. Era un sonido más cálido y robusto... y de lo más contagioso.

Posiblemente, la falta de sueño lo había mareado, o tal vez simplemente sentía la necesidad de reírse de sí mismo, después de años de tomarse todo demasiado en serio. Cualquiera fuera la razón, Thorn comenzó a reírse entre dientes, luego a reír con cada vez mayor entusiasmo hasta que apenas pudo recuperar el aliento.

“Supongo... eso nos deja en paz,” finalmente pudo jadear, “por estar equivocados. ¿Qué dices si llegamos a un verdadero acuerdo sobre cómo proceder a continuación?”

“No necesitas tomar una decisión, ¿verdad?” Felicity se secó una lágrima que su carcajada le había provocado. “Si estamos tan cerca, pisándoles los talones, debemos acelerar a toda velocidad hasta que los derribemos.”

Thorn asintió. “No obtendrá ningún argumento de mi parte a ese respecto.”

“Aunque es extraño...” Reflexionó Felicity.

“¿Qué?”

“Si Oliver y tu hermana salieron de King’s Arms, anoche con destino a Gloucester...” Felicity miró por la carretera hacia Newport, como si esperara que llegara alguna explicación al vislumbrar esa dirección. “¿Por qué les llevó toda la noche llegar hasta allí?”

“Una buena pregunta.” Thorn se reprendió a sí mismo por no haber pensado en eso primero. “¿Tal vez tendrán problemas con su conductor? ¿O supones que, después de todo, pasaron la noche en Newport y luego sobornaron al posadero para que nos informara mal?”

Felicity se encogió de hombros. “Supongo que podremos satisfacer nuestra curiosidad, una vez que los atrapemos. Ahora, por última vez, ¿puedo convencerte de que hagas el resto del camino en el carruaje conmigo? Unas cuantas horas más de compañía mutua no son suficientes. Es probable que nos haga daño, a cualquiera de nosotros... especialmente si estás profundamente dormido.”

Thorn sacudió la cabeza, profundamente tentado por la invitación. “Dormiré profundamente, una vez que haya recuperado a mi hermana. Hasta entonces, llegaremos mejor si me adelanto para pagar peajes, abrir puertas, y así...”

La mirada de decepción de Felicity casi le hizo retractarse, pero su tono enérgico la contradecía. “Muy bien, entonces, si estás seguro.”

Quizás él había interpretado mal esa mirada y ella únicamente le había extendido la oferta por cortesía o para afirmar su control sobre su misión.

Thorn montaba en su caballo. “¿Debería avisar con *Tally-ho*? Esto empieza a tener la sensación de una cacería de zorros.”

Su broma provocó otra risa de Felicity. “Ojalá tuviéramos una buena jauría de perros para detectar el olor de nuestra presa.”

Dicho esto, ella cerró la puerta del compartimento del carruaje, y emprendieron de nuevo la marcha, a buen paso, por la carretera de Gloucester.

A medida que el sol se hundía detrás de las colinas de Gales hacia el oeste y las millas pasaban a toda velocidad, Thorn empezó a pensar cada vez más sobre él, Felicity y su futuro.

Si pudieran tener uno.

* * *

“¿En qué está reflexionando Thorn con tanta concentración?” Se preguntó Felicity,

mientras lo miraba a través de la ventanilla del carruaje. ¿Estaba deseando no haber insistido en que pararan en Newport?

Aunque disfrutó que le demostraran que tenía razón, Felicity no podía arrepentirse de la oportunidad de descansar. Tanto la siesta como el ligero desayuno la habían reanimado. De hecho, ahora se sentía mejor que en días anteriores.

Había oído que esta fase biliosa, cuando una mujer estaba encinta, no duraba. ¿Era posible que ya la hubiera dejado atrás? De ser así, probablemente podría darse el lujo de reanudar su romance con Thorn Greenwood, y dejar que siguiera su curso natural hasta el final de la temporada, a salvo del temor de que él la sorprendiera en uno de sus ataques de enfermedad y adivinara la causa.

La perspectiva de continuar con Thorn, donde lo había dejado, provocó una fugaz sonrisa en los labios de Felicity, mientras admiraba su confianza en la silla y su nítido perfil patricio. Los pocos días transcurridos, desde la última vez que lo recibió en su cama, se sintieron mucho más largos. Se encontró ansiando su contacto de la misma manera que las mujeres, en su condición, tendían a anhelar alimentos extraños.

Mientras su carruaje rodaba y se balanceaba, en las últimas millas de la carretera costera entre Bristol y Gloucester, y el sol primaveral proyectaba sombras cada vez más largas, Felicity observaba a Thorn Greenwood con una mirada cada vez más ardiente. Sintió que retrocedía en el tiempo, hasta la suave noche de marzo en la que él se había convertido en su amante por primera vez.

No había previsto su falta de experiencia, aunque tal vez debería haberlo hecho. A diferencia de ella, Thorn nunca había estado casado y no era el tipo de hombre dado a encuentros casuales con el bello sexo. Tras reflexionar, Felicity se maravilló que él hubiera hecho una excepción en su caso.

Para su gran sorpresa, su falta de experiencia había resultado entrañable... incluso picante. Después de todo, su difunto marido fue un amante hábil, lo que significaba que había perfeccionado su técnica amorosa con una sucesión de otras mujeres. Al respecto, para ella fue un cambio refrescante ser acariciada y besada por un hombre, que consideraba su cuerpo como un raro tesoro, y exaltaba el acto de aparearse con ella, al punto de convertirlo en un rito sublime.

De manera sutil, ella había instruido a su inexperto amante en las artes del placer. De hecho, él había demostrado ser un alumno muy apto. El conocimiento de que él tenía un margen limitado para comparar la había liberado para explorar algunas vías novedosas para hacer el amor... con resultados muy gratificantes.

Su boca se humedeció al recordar cómo el destello de la luz de las velas había acariciado el cuerpo desnudo y delgado de Thorn, y había encendido ricos y cálidos tonos de madera pulida en su cabello suelto.

¡Ah! El delicioso repertorio de toques que había cultivado... Un poco de luz como la brisa de una noche de verano, a través de las hojas, tentando su deseo, cada vez más, hasta que este se estremeció de anticipación. Otros anhelos, lentos, profundos y sensuales, como aceite tibio, que hacían arder su pasión. Otros deseos, más fervientes y feroces, provocaron una tempestad de fuego, que amenazaba con consumirla.

Thorn Greenwood podía excitarla sin tener que ponerle un dedo encima, Felicity se dio cuenta cuando el galope de su corazón superó al de su caballo. Su respiración se convirtió en pequeños jadeos y se retorció en el asiento del carruaje, que rebotaba suavemente.

No lamentaría continuar su relación por un tiempo más. De hecho, una vez que detuvieran a Ivy y Oliver, tal vez ella y Thorn podrían tener una breve cita en alguna posada de

Gloucester, antes de que todos regresaran a Bath.

Aunque la perspectiva hizo que Felicity se estremeciera de anticipación, las palabras que le había dicho a Thorn en King's Arms volvieron a atormentarla. *“Si separarnos ahora nos hace infelices, imagina cuánto peor nos entristecerá esto dentro de un mes.”*

Para ella, la promesa de placer podría valer el riesgo del dolor. ¿Pero qué pasaría con Thorn?

Cuando le escribió esa carta, nunca se le ocurrió que su separación lo angustiaría, excepto tal vez por la pérdida de la gratificación física habitual. Ella había dejado eso atrás.

No obstante, desde el momento en que él irrumpió en su casa la noche anterior, todo en su comportamiento había revelado sentimientos más profundos de lo que ella esperaba. Su reacción indicó más que la pérdida del placer carnal o incluso de la vanidad masculina herida. Cuando insinuó que tal vez se había encariñado demasiado con él, Felicity sintió un eco conmovedor de ese sentimiento bajo su habitual máscara de decidida compostura. ¿Aceptaría reanudar su relación, a su antojo, después de que ella ya lo había lastimado una vez?

¡Todo era un lío tan desesperado y angustiante!

Lágrimas no derramadas hormiguearon en las comisuras de sus ojos. Felicity se despreciaba a sí misma por estas. Desde que había invitado a Thorn Greenwood a su cama, sus emociones se habían intensificado y eran terriblemente confusas. Lo peor de todo es que ya no estaban completamente sujetas a su control. Tal vez sería mejor desterrar al hombre de su vida, antes de que él causara más estragos... sin importar cuánto lo anhelara.

Porque él la hacía anhelarlo tanto.

* * *

Con un repentino espasmo y un pulso acelerado, Thorn volvió a despertarse, por completo, después de haber caído en un letargo potencialmente peligroso. Su creciente cansancio, junto con el ritmo arrullador del paso del caballo, lo sedujeron hasta el sueño. Se volvió cada vez más difícil resistirse, a medida que su mente cansada se sumergía en pensamientos profundos.

Había estado reflexionando sobre Felicity y todas las razones lógicas y sólidas por las que nunca podrían ser más que amantes transitorios, el uno para el otro. Su fortuna, por ejemplo. Muchos hombres la habrían considerado un poderoso incentivo para casarse, pero Thorn retrocedió horrorizado ante esa idea. En privado, había prometido no casarse hasta que sus dos hermanas estuvieran felizmente asentadas, y él hubiera restaurado la fortuna de los Greenwood con sus propios esfuerzos.

Retrocedió ante la perspectiva de los chismes que resultarían si un hombre, en sus difíciles circunstancias, se casara con una mujer de tanta riqueza. Lo pintarían a *él* como un explotador sin escrúpulos, y a *ella* como una criatura patética, que debió rebajarse para comprar un marido. Esto último se alejaba tanto de la verdad que resultaba ridículo, pero Thorn no tenía la menor inclinación para considerarlo como una burla.

Felicity y él eran personas orgullosas, a su manera, no ansiosas por exponerse a rumores tan humillantes.

Por lo que Thorn sabía, Lady Lyte no tenía ningún interés en casarse de nuevo ni tampoco ninguna necesidad. Tenía un título y una gran fortuna, cuyo control solo conservaría, mientras permaneciera soltera. Si quisiera tener un hijo, estaría obligada a adoptar uno, estuviera casada o no.

Y si deseaba la compañía de un hombre, la dama podría simplemente buscar un amante.

Una mujer de su ingenio y belleza tendría muchos candidatos ansiosos entre los que elegir.

La idea hizo que a Thorn se le encogiera la garganta y que sus manos apretaran y aflojaran las riendas. ¿Cómo soportaría que Felicity lo descartara por otro hombre? Uno más joven y atractivo, con cualidades adecuadas para mantenerla entretenida. Alguien lo suficientemente sabio como para estar satisfecho con lo que ella podría darle en el dormitorio, y no anhelar más.

“¿*Qué había hecho que se le ocurriera la ridícula idea del matrimonio?*” Se preguntó Thorn. Incluso si hubiera sido tan rico como Creso, y Felicity estuviera ansiosa por casarse con él, nunca lo haría.

Cuando llegara el momento de casarse, necesitaría una novia capaz de tener hijos, cosa que no era Lady Lyte. De lo contrario, su amada propiedad, Barnhill, pasaría de la familia inmediata a algún odioso primo lejano. Por nada dejaría que eso sucediera. El deber no se lo permitía y durante mucho tiempo, él había sido una criatura del deber.

De repente, con un estremecimiento, Thorn volvió a ser consciente de lo que lo rodeaba. Tomó una gran bocanada de aire y sacudió la cabeza para aclararse. Por un momento, él consideró hacerle una señal al conductor de Felicity para que detuviera el carruaje y aceptar así su oferta de sentarse adentro. Pero, descartó la idea casi tan rápido como se le ocurrió.

De una u otra forma, pronto alcanzarían a Ivy y al muchacho Armitage. Si él y Felicity no conseguían al carruaje de los jóvenes amantes en el camino, probablemente los encontrarían pasando la noche en Gloucester. Entonces, finalmente podría dormir con la serena convicción de un importante deber cumplido.

¿Qué era eso que había más adelante en el camino? ¿Otro carruaje?

Todas las facultades de Thorn se pusieron en alerta, aunque su persistente fatiga le dio una curiosa sensación de distanciamiento de sí mismo. Cuando el camino tomó una amplia curva hacia el noroeste, levantó una mano para protegerse los ojos del resplandor del sol poniente.

¡Era un carruaje!

Miró hacia la plataforma de Felicity y encontró sus ojos fijos en él. Su belleza lo impactó de nuevo, como si hubieran pasado meses, en lugar de minutos, desde la última vez que la había visto.

“¡Creo que los veo!” Gritó, exagerando sus palabras en caso de que ella no pudiera escucharlo por encima del traqueteo del carruaje y el ruido de los cascos del caballo.

Felicity ladeó la cabeza y le lanzó una mirada de perplejidad.

“¡Más adelante!” Señaló con el dedo índice en dirección al otro vagón. “¡Creo que son Ivy y Oliver!”

Sus ojos se abrieron y sus cejas se arquearon.

Thorn volvió a señalar. “¡Iré adelante para comprobarlo!”

Empujó al caballo con las rodillas. Aunque había mantenido un ritmo rápido, desde que salieron del peaje, la bestia respondió, avanzando. Yarda a yarda, comenzaron a perseguir al otro carruaje.

Thorn ensayó mentalmente lo que le diría a su hermana descarriada. Para empezar le haría comprender la locura de lo que había hecho y la ansiedad causada por ella. Si Ivy suponía que sus habituales expresiones medio descaradas de remordimiento lograrían su perdón inmediato, ¡sería mejor que la pequeña lo pensara de nuevo!

El caballo de St. Just claramente disfrutaba de la persecución porque cuanto más se acercaba al carruaje, que tenía por delante, más rápido galopaba. En un momento, Thorn tendría una visión clara de los ocupantes.

Su impetuosa hermana pequeña tampoco sería la única en captar el filo de su temperamento. Thorn tenía algunas preguntas difíciles que plantear a Oliver Armitage. Después de todo, se suponía que el joven era un científico. ¿No podría haber predicho las consecuencias de fugarse a Escocia con la joven señorita Greenwood? ¿No previó el amargo error que podría suponer casarse con una criatura del temperamento inestable de Ivy?

Con un poco de suerte, el viaje del día anterior, encerrados juntos en el estrecho espacio del carruaje, podría haber demostrado a los dos jóvenes lo inadecuados que eran. Tanto Ivy como Oliver podrían sentir un secreto alivio al ser rescatados de su locura.

Cuando Thorn llegó al nivel del otro carruaje, miró hacia la ventana, con la esperanza de vislumbrar a su hermana.

En cambio, el rostro muy empolvado de una mujer mayor le devolvió la mirada. Ella le indicó que se fuera y pronunció algunas palabras que Thorn agradeció no poder oír. Luchando contra una punzada de decepción, se preparó para frenar su montura, retroceder e informar a Felicity de su error.

Apartó la mirada del sofá justo a tiempo para ver un estrecho puente de piedra delante de él. Afortunadamente, su caballo también lo vio.

Antes de que Thorn pudiera reunir su cansado ingenio para frenar a la bestia, la misma giró hacia la derecha y se precipitó por un terraplén bastante empinado hacia un ancho arroyo. El agua detuvo inmediatamente el avance del caballo castrado, pero no el de su jinete.

Thorn sintió que lo arrancaban de la silla y lo lanzaban sobre el cuello del caballo, en un arco alto y letal. Se agitó en vano, buscando algo para amortiguar su caída, pero apenas encontró aire.

El agua se precipitó hacia él, expulsando el aire de sus pulmones. En el siguiente instante, un estallido de dolor negro lo arrojó al sueño contra el que había estado luchando con tanta fuerza para resistir.

Capítulo ocho

El carruaje de Felicity desaceleró abruptamente, casi tirándola del asiento. Afuera los caballos relinchaban, mientras el señor Hixon les bramaba. Se desviaron de la carretera y arrastraron el vehículo, con el paso de un borracho, por un trozo de campo arado. Arrojada por el interior del carruaje, como marfil en una caja de juegos, Felicity chilló.

¿Qué podría estar pasando?

Después de unos momentos tumultuosos, que parecieron durar una eternidad, el carruaje finalmente se detuvo. Mientras Felicity intentaba recuperar el juicio, después de ese terrible empujón, escuchó a su lacayo y al conductor bajar de sus puestos. Sus voces rápidamente se alejaron en la distancia.

¿Por qué no la habían revisado de inmediato para asegurarse de que estaba ilesa?

Murmurando en voz baja sobre los hombres y su total falta de consideración, Felicity abrió la puerta del carruaje y se deslizó hasta el suelo sólido con piernas muy inestables. Examinó el campo, buscando alguna señal de Ned o el señor Hixon y alguna pista de lo que acababa de suceder.

Los dos sirvientes no estaban a la vista, aunque Felicity podía oír sus voces, así como el sonido del agua chapoteando. Por un momento, se quedó mirando un estrecho puente de piedra, que se encontraba no lejos de donde su carruaje había abandonado la carretera.

De repente, ella recordó este lugar por sus viajes habituales: Bath y su finca en Staffordshire. Un arroyo profundo corría debajo de este puente, su agua fluía rápidamente desde los Cotswolds, como si estuviera ansioso por fusionarse con el poderoso Severn.

Un espasmo de alarma se apoderó del pecho de Felicity hasta que pareció obstaculizar el funcionamiento de su corazón y sus pulmones. Corrió hacia la orilla del río. Justo cuando llegaba, el caballo de Thorn subía con dificultad la empinada pendiente, sacudiéndose el agua de su oscura melena. Abajo en el arroyo, tanto Ned como el señor Hixon estaban sumergidos hasta el pecho.

Pero, ¿dónde estaba Thorn?

El miedo que abrumó a Felicity, cuando el bandolero abordó su carruaje, había sido una mera punzada, al compararlo con el temor sin fondo, que ahora se apoderaba de ella, en sus fauces voraces. ¡Cómo odiaba estar a merced de este pánico!

En ese momento, los lacayos se sumergieron bajo el agua. Reaparecieron un momento después con el brazo de Thorn, alrededor de sus hombros. Flotando sobre la superficie del agua agitada, la cabeza de Thorn colgaba inerte.

Felicity se tapó la boca con una mano.

El señor Hixon pasó el otro brazo de Thorn sobre sus hombros. Luego él y el joven lacayo se desplazaron hacia la orilla, cargando al hombre más grande, quien estaba inconsciente.

Ella debía hacer algo para ayudarlos.

Luchando contra su angustia, Felicity corrió de regreso al carruaje y sacó las batas que se usaban para conducir en climas fríos. Volvió a la orilla del río, justo cuando su conductor y su lacayo se revolcaban por los últimos pies de distancia, agobiados por el peso de sus ropas empapadas y del hombre que habían rescatado.

“¿Está vivo?” Un temor supersticioso hizo que Felicity se abstuviera de preguntar, pero ella debía saberlo.

El conductor de mediana edad estaba sin aliento y solo podía hacer algo más que asentir. Jadeó como un enorme pez rojo, atrapado por un pescador después de una dura pelea. Con un último empujón, él y el lacayo arrastraron a Thorn hasta la orilla, y luego se desplomaron a cada lado de él, luchando por respirar.

“¿Estás seguro?” Aunque dudaba que recibiera una respuesta inmediata, Felicity no pudo evitar preguntar.

Mientras envolvía a su lacayo con una de las batas, el joven se esforzó por responder. “Sí... señora. Él... vomitó... mucha... agua... mientras nosotros... lo llevábamos... a tierra.”

Tal vez fuera así, pero ahora él yacía terriblemente quieto, tendido boca abajo, donde lo habían dejado sus salvadores.

“Thorn, ¿puedes oírme?” Felicity le puso la bata sobre los hombros y le acarició la mejilla con una mano. Los bigotes laterales, de un tono marrón más cálido que su cabello, suavizaron el ángulo agudo de su mandíbula. Ahora parecían mucho más oscuros y pequeñas gotas de agua se aferraban a ellos. Su piel se sentía terriblemente fría, ante el toque ansioso de Felicity.

“¿Thorn?” Su voz se hizo más insistente, mientras sacudía su hombro.

Seguidamente, como si esa fuera la única respuesta que tenía fuerzas para dar, más agua brotó de la boca de Thorn, quien comenzó a ahogarse y a jadear en busca de aire. De repente, Felicity sintió como si ella también pudiera respirar de nuevo. Cuando una brisa pasajera le heló las mejillas, se dio cuenta de que estaban mojadas por las lágrimas.

Apartó el pelo de la cara de Thorn con dedos temblorosos, mientras miraba hacia el señor Hixon. Estaba desapareciendo lentamente ese alarmante tono escarlata del rostro de su conductor, y cada respiración ya no le provocaba un gran estremecimiento en su amplio pecho.

“¿Viste lo que pasó?” Preguntó Felicity.

Por supuesto que debió haberlo visto, al responder con una acción tan rápida y sensata.

“Lo hice, señora.” El señor Hixon se ciñó más la bata. Ya fuera por el frío primaveral del agua o debido al impacto de lo que había sucedido. Sus dientes comenzaron a castañetear.

“El señor Greenwood cabalgó furiosamente para alcanzar el carruaje que iba delante de nosotros. Luego fue como si ni siquiera viera el puente en su camino. Su caballo giró y se fue por la orilla. No pude ver bien lo que pasó después de eso, porque estaba tratando de detenerme para ir en su ayuda.”

El otro vagón... ¡por supuesto! El impacto del accidente de Thorn lo había borrado de su mente. ¿Había estado llevando a Ivy y Oliver? ¿Thorn había estado tan preocupado tratando de hacerles señas, que no se dio cuenta del puente que se acercaba hasta que fue demasiado tarde?

Thorn soltó un gemido bajo, aunque no abrió los ojos. Felicity pensó que era uno de los sonidos más dulces que jamás había escuchado.

Ella miró del señor Hixon a Ned y viceversa. “Lo que hicieron fue verdaderamente heroico. No puedo agradecerles lo suficiente, pero me aseguraré de que sean bien recompensados por ello.”

El conductor esbozó una sonrisa arrepentida, algo que contrastaba con sus escalofríos. “No me negaría, señora, pero me alegra haber podido ayudar al señor Greenwood. Es un buen hombre, Lady Lyte.”

Cuando el joven lacayo asintió con la cabeza, un calor no deseado apareció en el rostro de Felicity.

Por supuesto, sabía que sus sirvientes debían estar al tanto de las idas y venidas de Thorn desde su casa en Bath a horas escandalosas de la noche. Pero escuchar a uno de ellos aludir a su

relación, incluso de manera tan indirecta, la hizo sentir avergonzada de una manera que no se sentiría, si hubiera estado involucrada con un hombre menos honorable.

“En efecto.” Ella cambió de tema tan abruptamente como su carruaje se había salido de la carretera. “Ahora, debemos conseguirles a los tres un lugar cálido y seco, antes de que el sol se ponga mucho más bajo. El señor Greenwood necesitará ser visto por un médico de inmediato. ¿Puede conducir, señor Hixon?”

“Creo que sí, señora.”

“Bien,” expresó Felicity. “¿Tienen otras libreas en el carruaje?”

Su conductor y el lacayo asintieron con la cabeza.

“Entonces, por favor, cámbiense y pónganse ropa seca,” les ordenó, “para que podamos ir en el camino lo antes posible.”

El joven Ned no necesitó un segundo recordatorio. Las palabras apenas habían salido de la boca de Felicity, cuando se dirigió rápidamente hacia el carruaje.

El cochero se demoró un momento. “Le ruego que me disculpe, señora, pero a menudo llevo un trago de licor para resguardarme del frío durante un viaje largo. Si pudiera infundirle una o dos gotas al señor Greenwood, podría ayudar a revivirlo.”

“Una grandiosa idea.” Felicity apenas se abstuvo de admitir que a ella misma le vendría bien un pequeño *sorbo*. “Envía a Ned, una vez que se haya cambiado de ropa. Ahora vete antes de que te resfríes.”

“Sí, señora.” El señor Hixon se quitó la bata que llevaba sobre los hombros y la puso sobre Thorn, antes de salir corriendo hacia el carruaje.

Sus sirvientes regresaron tan rápido que lucieron como un par de actores experimentados, quienes cambiaban de vestuario entre las escenas. Aunque Felicity reconoció y elogió su prisa, cada momento de retraso parecía prolongarse, una y otra vez, tensando sus nervios con los de él.

Aunque continuó acariciando la mejilla de Thorn y llamándolo por su nombre, él aún no había abierto los ojos. Tanto el frío de su piel como su palidez grisácea la alarmaron. Un recuerdo desgarrador la alarmó aún más.

Su difunto marido nunca recuperó el conocimiento, después de haber sido arrojado de un caballo.

* * *

El agua fría y oscura se lo había tragado.

Thorn no sabía si estaba ascendiendo hacia la superficie o hundiéndose en el olvido. Intentó reunir ingenio y fuerza, pero ambos lo habían abandonado, debilitados por el escalofrío pesado y entumecedor, que amenazaba con succionarle la vida.

Quizás fue un tonto al resistirse, cuando no tenía nada con qué luchar... excepto su voluntad. Quizás debería rendirse y terminar esto de una vez.

Luego, como a gran distancia, escuchó una sola palabra susurrada por una voz, la cual hizo que su corazón latiera con más fuerza. Se dio cuenta de que esa palabra era su nombre.

No podía evocar una imagen de quien le hablaba ni darle un nombre. Sin embargo, esa voz penetró las profundidades negras y letárgicas que lo sepultaban, como un fino filamento de oro. No podía formular ese pensamiento adecuadamente, pero sabía que si seguía ese fino hilo, lo llevaría de regreso a sí mismo.

Temeroso de que una hebra tan fina pudiera romperse o simplemente desaparecer con su toque, se aferró a ella con todas las fuerzas que le quedaban.

“Thorn. Thorn.” Vibraba como música mágica sobre la cuerda de un arpa encantada.

“Vuelve, querido. Por favor, despierta.”

Había olvidado que podía haber otras sensaciones aparte del frío, la pesadez y el cansancio. Ahora tomó consciencia del dolor, que de algún modo definía los límites de su cuerpo. Este le hizo querer volver a caer en un bendito entumecimiento.

Aunque también sintió una pizca más, algo que lo persuadió a enfrentar el dolor, cuando un destello de sentido común le advirtió que no lo hiciera. Reconoció que era la cálida y suave caricia de la mano de una mujer, en su rostro, y a través de su cabello.

Los recuerdos inundaron su mente en una brillante cascada. Vislumbraba mechones de seda oscura, extendidos sobre una almohada blanca y rechoncha, y en un pecho blanco y redondeado. Sentía labios suaves y pezones como la dulce y roja Madeira. De un abismo resbaladizo y sensual, que...

Entonces, ¿qué era esto? ¿Su cuerpo podía sentir tanto calor como frío? ¿Placer además de dolor?

Intentó moverse, alcanzarla, incluso forzar la apertura de un ojo para poder verla de nuevo. No obstante, su cuerpo se negó a obedecer. Quedó atrapado en las garras implacables de ese pesado frío del que su espíritu apenas había logrado liberarse.

Mientras algo cálido y muy suave rozaba un lado de su cara y captaba su olor.

“¿Puedes oírme, Thorn?”

Esta vez el susurro vino desde tan cerca que se preguntó si podría ser solo una fantasía dentro de su propia mente. Luego sintió un toque, aún más ligero, contra su rostro y supo que únicamente podían ser sus labios.

“¿Podría su beso devolverme completamente a mí mismo?” Se preguntó Thorn.

Cuando era lo suficientemente joven como para que lo cuidaran, en lugar de custodiar siempre a los demás, a su madre le gustaba contarle historias caprichosas de princesas que el beso del amor verdadero las despertaba de un sueño mortal. *“Ya ves, mi pequeño Hawthorn, espino de flor, el amor tiene un gran poder si tenemos el coraje de usarlo.”*

Hace años que no pensaba en esas viejas historias. Ni de su madre de una manera tan íntima, temiendo que pudiera despertar otros recuerdos, los cuales acribillarían su corazón con el tipo de dolor que ahora palpitaba a través de su cuerpo destrozado.

Inmediatamente, Thorn pudo imaginarse el rostro de su madre con mayor claridad de lo que había podido concebirla en años: muy parecido al de su hermana Rosemary, pero sin la leve sombra de tristeza, que había mostrado hasta hace poco. También había un poco de la mirada de Ivy en ese amado rostro. Todo el encanto sin ese capricho, a menudo enloquecedor.

¿Había algo de él también allí? Thorn así lo esperaba. Justo como anhelaba haber cultivado las cualidades especiales, que pudiera haber heredado de su madre.

Una gran ola de cansancio lo invadió. Prometió un escape de todas sus heridas, si tan solo pudiera ajustar su vela y dejar que se lo llevaran.

De nuevo la voz de su madre llegó hasta él con una claridad desgarradora. *“Tengo que irme, mi querido muchacho.”*

Sabía que ella no tenía intención de ir a la playa de Bournemouth ni a tomar las aguas de Bath, nada de lo cual había aportado más que una mejora temporal en su delicada salud. No quería que ella hablara de irse. Había deseado seguir fingiendo que ella pronto volvería a estar bien, aunque apenas podía recordar un momento en el que no hubiera estado enferma.

“Me siento mucho más tranquila, sabiendo que cuidarás de tus hermanas por mí, especialmente por la bebé. No será fácil para ella, pobrecita.”

Había estado fuertemente tentado a negarse. Quizás, si él rechazaba la responsabilidad de

Rosemary e Ivy, su madre no podría irse. Como mínimo, podría luchar más para permanecer con ellas.

Había querido preguntarle por qué estaba poniendo la carga del futuro de su hermana sobre sus jóvenes hombros, en lugar de los de su padre, a pesar de que él conocía la razón tan bien como ella.

Aunque siempre había sido un chico obediente, por lo que no se había negado. Tampoco la había cuestionado. Ni se había rendido a las lágrimas, pese a que había sentido que las mismas podrían aliviar la apretada bola de miedo y pena, que se había alojado en lo profundo de su estómago.

Desde ese día, él había hecho todo lo que estaba en su poder para criar a sus hermanas y convertirlas en el tipo de mujeres jóvenes, que habrían enorgullecido a su madre y así verlas felices. Cuando Rosemary finalmente se casó con su viejo amigo, Merritt Temple, Thorn sintió que se le quitaba la mitad del peso de esa apremiante responsabilidad.

Si no lograba rescatar a Ivy de su locura romántica, todo sería en vano.

Así que siguió luchando, cuando preferiría haberse rendido con la esperanza de obtener misericordia, aferrándose a los andrajosos restos de su conciencia, con una obstinada persistencia, que era una virtud útil o glamorosa.

La siguiente voz que escuchó Thorn pertenecía a un hombre, evidentemente algún administrador de la tortura.

“Por lo que he confirmado, no hay nada roto.” El torturador habló en tono jocoso, mientras jalaba y empujaba, en un esfuerzo decidido por romper algo. “Tampoco tiene muchos moretones, gracias al agua fría.”

Un graznido áspero y seco surgió de la garganta de Thorn, mientras se alejaba de los dedos que lo pinchaban. Al menos su cuerpo volvía a obedecerle. ¿Se abrirían sus ojos si lo deseara con suficiente fuerza?

¡Lo hicieron!

Esperando ver un tramo de la orilla del río Gloucestershire, o tal vez el interior del carruaje de Lady Lyte, Thorn se sobresaltó al ver un dormitorio iluminado por velas. ¿Estaba realmente consciente ahora, o todavía evocaba vívidas fantasías como la voz y el rostro de su madre muerta hace mucho tiempo?

Sin prestar atención al lenguaje poco caballeroso de Thorn, el dueño de la voz se rió entre dientes, y dio otro golpe en un punto muy sensible de sus costillas. “Pensé que eso podría hacer que se recuperara.”

“¡Mantén ese maldito dedo fuera de mí!” Thorn se lo quitó y trató de enfocar sus ojos en el que hablaba. “A menos que quieras que te lo quite de la mano.”

“Su mente parece estar intacta,” chirrió la voz.

Los ojos de Thorn decidieron cooperar plenamente. Al menos eso pensaba. El hombre que vio de pie junto a su cama, uno pequeño y corpulento con nariz aguileña y una peluca anticuada, al menos parecía ser una persona real y no el producto de una imaginación sobreestimulada.

Él empujó su mano hacia el rostro de Thorn. “¿Cuántos dedos ves?”

“Tres.” Resistiendo el impulso de morderlos, Thorn se contentó con un chasquido verbal. “¿Ahora podrías dejarme en paz?”

“Mi examen está casi completo, señor, si me permite unos momentos más.”

“Hazlo rápido,” gruñó Thorn. “Nada de lo que me aflige no mejorará con tu insistencia. Si quieres ser útil, tráeme un trago. Estoy sediento.”

Lo cual era extraño, se dio cuenta, ya que lo último que recordaba con claridad era caer del caballo al río.

“¿Una bebida?” El hombre consideró la petición de Thorn. Se volvió a medias hacia alguien detrás de él y asintió. “No creo que esto le cause ningún daño. Sus órganos vitales no parecen haber sufrido ningún daño.”

“Eso es misericordia.” Felicity miró alrededor del hombre para lanzarle a Thorn una sonrisa tranquilizadora, que contrastaba bastante con las leves arrugas de preocupación grabadas alrededor de sus ojos. “¿Qué tipo de bebida recomienda, doctor? ¿Vino fortificado?”

El médico hizo un gesto desdenoso. “No se permiten estupefacientes, cuando el paciente acaba de recuperar el conocimiento. El café podría reanimarlo aún más.”

“Llamaré para pedir algo.” Felicity salió de la línea de visión de Thorn, que estaba oscurecida por los gruesos postes y las pesadas cortinas de la cama en la que yacía.

Cuando el médico volvió a acercarse a él, Thorn retrocedió. Pero esta vez el hombre solo le agarró la muñeca... lo que le dolía menos que la mayoría de las otras partes de su cuerpo.

“Quédate quieto ahora, mientras pruebo tu pulso.” Con la otra mano, el médico consultó un reloj suspendido de una cadena que se extendía por su ancha cintura.

Después de unos momentos, volvió a soltar el brazo de Thorn. “Como sospechaba, ahora está mucho más fuerte.”

Felicity regresó a su lugar junto al médico. “Esas son buenas noticias.”

El médico asintió. “Tiene una constitución fuerte a su favor. Espero que se recupere rápidamente. Dígame, señor Greenwood, ¿qué es lo último que recuerda antes de despertarse y encontrarse aquí?”

Thorn abrió la boca para responder, pero luego vaciló.

Una vez conoció a un tipo que había perdido el conocimiento por un tiempo después de un golpe en la cabeza. Cuando despertó, el hombre no recordaba nada de lo ocurrido durante varios días, antes de su accidente. Los médicos habían advertido a sus amigos y familiares que no hablaran de ese momento ni intentaran despertar su memoria.

Thorn se preguntó qué pasaría si él tampoco recordaba los últimos días. Felicity parecía bastante ansiosa por él. Quizás estaría dispuesta a fingir que no había terminado su relación, tal vez por un tiempo. Pero no se atrevió a engañarla.

“Recuerdo que me arrojaron al agua,” admitió. “Después de eso, todo es un lío hasta que me desperté hace un momento.”

Felicity empujó al médico a un lado. Sentada en el borde de la cama, tomó la mano de Thorn. “El otro conductor al que perseguías, ¿viste quién estaba dentro? ¿Eran Ivy y Oliver?”

Aunque odiaba decepcionarla, Thorn negó con la cabeza. “Una mujer mayor. Espero no haberle dado un susto demasiado grande, persiguiendo su carruaje de esa manera.”

Felicity hizo una mueca irónica. “¡Oh! Querido.”

La implicación de lo que había dicho podría haber derribado a Thorn, si no se hubiera acostado ya. Tenía una vaga convicción, más nebulosa que un recuerdo, pero también más urgente que debía encontrar y rescatar a su hermana de... ella misma. Fracasar traicionaría la confianza que su madre moribunda había depositado en él.

“¡Ivy!” Se obligó a sentarse, aunque cada músculo de su cuerpo gritó en protesta. “¿Estamos en Gloucester? ¡Debo ir a buscarla!”

La cama daba una vuelta y se movía en una dirección, mientras que la habitación de más allá giraba y se inclinaba en la dirección opuesta.

“¡Silencio, silencio!” Felicity empujó a Thorn hacia la almohada.

Para su impotente frustración, no pudo oponer más que una resistencia simbólica.

“Ya que preguntas, estamos en las afueras de Gloucester.” Felicity habló con una voz suave y tranquilizadora, mientras le apartaba un mechón de cabello de la frente. “Le ordené al señor Hixon que se hospedara en la primera posada a la que llegamos. Afortunadamente, este lugar resultó ser un establecimiento bien administrado.”

“Estoy seguro que sí,” Thorn extendió las manos para estabilizarse en su próximo intento de sentarse. “Pero, no puedo quedarme a disfrutar de sus comodidades, cuando mi hermana puede estar a nuestro alcance.”

Felicity le lanzó una mirada tenaz, advirtiéndole que cuanto menos se hablara sobre Ivy y Oliver delante de los demás... sería mejor. “¿Qué te propones hacer? Si no tienes suficiente equilibrio para sentarte en la cama, no hay muchas probabilidades de que estés sentado a caballo, ¿verdad?”

Aunque Thorn intentó concentrarse en su cadena de pensamiento original, las ideas parecían revolotear alrededor de su cráneo y salir volando de su boca por sí solas. “El caballo de St. Just... ¿qué pasó con él?”

Su pregunta pareció desconcertar a Felicity. “Se... mojó. La desgraciada bestia está en mucho mejor forma que tú, actualmente, te lo puedo asegurar.”

Thorn exhaló un suspiro de alivio. “Podría estar en peores condiciones si esa ‘maldita bestia’ no se hubiera apartado del puente a tiempo, bendita sea...”

Antes de que Felicity pudiera responder, sonó un golpe en la puerta. Ella saltó de su posición en el borde de la cama para contestar, como si le alegrara una distracción.

Thorn lanzó una mirada cautelosa al médico. Si la presión empezaba de nuevo, quizá tendría que estrangular al pequeño hombre.

Probablemente, esa intención se reflejó en su rostro, porque el médico se alejó un poco más de la cama y fingió empacar su bolso.

Thorn cerró los ojos y deseó que su confuso ingenio no se extraviara. Tenía algo importante en qué pensar, si pudiera recordarlo y perseguirlo, a pesar de las distracciones.

¡Ivy! En eso era en quien debía concentrarse.

Seguramente, ella y Armitage pasaron la noche en Gloucester. Posiblemente, en el lugar que había recomendado el posadero de King’s Arms. Thorn estaba decidido a ir a buscarla de inmediato.

Plantó las manos sobre la cama, en un ángulo amplio, para estabilizarse. Luego se incorporó, poco a poco, para mantener a raya su miserable mareo... a pesar de que los músculos de su abdomen protestaban dolorosamente. Esta vez logró levantar la cabeza sin provocar un violento remolino en toda la habitación.

Después de un momento de conversación, en voz baja, escuchó que la puerta se cerraba y Felicity apareció nuevamente en su línea de visión, llevando una bandeja cargada con un pequeño montón de sándwiches y un par de tazas humeantes. El rico y ligeramente amargo aroma del café invadía la habitación.

Una mirada de pasada a la cama hizo que Felicity se sobresaltara y casi dejara caer la bandeja. “¡Por compasión, acuéstate, Thorn! Necesitas tiempo para descansar y curarte.”

“Tendré mucho tiempo para descansar una vez que tenga a mi hermana de regreso,” gruñó Thorn con los dientes apretados, mientras se preparaba para balancear las piernas por el costado de la cama. “Estoy seguro de que debe estar pasando la noche en algún lugar de Gloucester. Cuanto antes la encuentre, mejor... para todos.”

Felicity dejó la bandeja de café y sándwiches en una pequeña mesa, al lado de la cama,

con una fuerza apenas contenida.

Dirigió una mirada de soslayo al médico y luego fulminó a Thorn con su vista. “Podemos discutir esto, más a fondo, una vez que hayas tomado un poco de alimento. Si Ivy está en Gloucester, se quedará hasta la mañana.”

Él no podía explicar apropiadamente su renovada determinación de encontrar a su hermana, ni siquiera a sí mismo. ¿Cómo podría esperar que Felicity lo entendiera? Thorn formó una línea sombría con la boca y se dispuso a retirar la colcha, cuando de repente se dio cuenta de que estaba completamente desnudo.

Esa comprensión casi lo derribó.

Mientras tanto, Felicity abrió su bolso y sacó algo de dinero para pagarle al médico. Debió ser un pago generoso porque el hombrecillo se lo agradeció efusivamente.

“Puedo salir, señora, mientras usted atiende al señor Greenwood. No dude en llamarme por la noche si su condición empeora.”

“Gracias, señor.” Felicity tomó una taza de café de la bandeja y la llevó a la cama. “Usted ha sido de gran ayuda.”

Thorn logró guardarse para sí mismo su opinión divergente.

Tomó un sorbo de la taza que Felicity sostenía sobre sus labios, esperando que reviviera sus fuerzas y ordenara mejor su asustadizo ingenio.

El médico recogió su sombrero y el bolso. Se dirigió hacia la puerta. Tal vez porque la dama le había pagado una suma tan generosa, él podría haber sentido que le debía un consejo de despedida para el paciente.

“Se recuperará mucho antes, si no exige demasiado sus fuerzas, durante uno o dos días, señor Greenwood.” Se perdió de vista de Thorn. La puerta se abrió con un chirrido. “Te sugiero que descanses y permítas que tu encantadora esposa te cuide.”

¿Esposa?

El café que Thorn tenía en la boca se desparramó formando una fina niebla sobre la ropa de cama.

Capítulo nueve

Apenas el médico había cerrado la puerta, cuando Thorn arrojó un chorro de café sobre la colcha. Felicity retiró la taza para evitar que se le cayera de la mano.

“¿Esposa?” Él farfulló. “¿Qué más ocurrió, mientras estaba inconsciente que no me hayas contado?”

“¡Oh, querido!” Una carcajada estalló en Felicity. El alegre alivio de tener a Thorn despierto, hablando y moviéndose, después de lo que había temido, la mareaba. Había luchado por mantener una apariencia solemne, mientras el médico estaba en la habitación. Ahora, la ridícula suposición de Thorn la llevó al límite. Dejó la taza de café en la bandeja, evitando que el líquido se derramara por todo el suelo.

A pesar de la risa que la sacudió hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas, le dolía que él sospechara de ella algo así. Sin mencionar que él mostró tanta consternación por la idea de tenerla como esposa.

“Te lo recordaré...” Ella jadeó por respirar, luchando por controlar su desbocada ligereza. “... Todavía estamos a cientos de millas de Gretna Green... donde podría arrastrarte, inconsciente, frente a un herrero, y hacer que el señor Hixon mueva tu cabeza hacia adelante y hacia atrás para indicar tu consentimiento.”

Las palabras brotaron de ella muy rápidamente, arrastradas por una nueva oleada de risas. Ella no pudo evitarlas. Toda la escena se desarrolló, en su imaginación, con detalles tan divertidos y vívidos.

Thorn le lanzó una mirada que le preguntaba si había caído en las garras de una loca. “Entonces, ¿por qué ese doctor te llamó mi esposa?”

“¿Qué más debería haberle dicho?” Poco a poco, Felicity recuperó el control de sí misma. “¿Qué debería haberle dicho a alguien? Esta posada solo tenía una habitación adecuada disponible, y estaba claro que necesitabas a alguien que te cuidara durante la noche. No quería provocar muchas conversaciones escandalosas que pudieran llegar a Bath.”

“Podrías haber dicho que eras mi hermana.”

Su sugerencia desequilibró aún más a Felicity.

“S-supongo que podría,” ella admitió. “No pensé en eso, en ese momento.”

* * *

Ella no era hermana de nadie, por lo que no había pensado en fingir que lo era. Además, no podía imaginarse relacionada con Thorn Greenwood de esa manera.

Felicity se irguió y alzó la barbilla. “¿Qué te da derecho a cuestionar qué medidas tomé en un momento de crisis? Estás vivo, ¿no?”

Su repentino cambio de defensa a ataque pareció tomar a Thorn con la guardia baja. “Bueno, obviamente.”

“Estás alerta, aunque no del todo razonable,” ella continuó. “No tienes ninguna herida que unos días de descanso no puedan curar. Puedo decir que mis sirvientes y yo lo hemos hecho bien contigo. Pero, ¿recibiremos una palabra tuya de agradecimiento?”

Al menos, Thorn tuvo la decencia de solo parecer disgustado.

Felicity dio su propia respuesta. “No la tendremos. En lugar de eso, insistes en correr el

riesgo de sufrir más lesiones, viajando por toda la ciudad, cuando apenas has recuperado la consciencia. Luego te opones a mi inocente artimaña de hacerme pasar por tu esposa por una noche.”

“Le ruego me disculpes.” Thorn intervino en el momento en que hizo una pausa para respirar. “No quise sonar descortés. Aprecio todo lo que usted y sus sirvientes han hecho por mí. Bien puede que les deba mi vida. Ese asunto de la ‘esposa’ me tomó por sorpresa. En cuanto a lo otro, solo quiero encontrar a mi hermana, mientras tenga la oportunidad. ¿No estás igualmente ansiosa por recuperar a tu sobrino y hacer que el joven tonto entre en razón?”

“Por supuesto, pero...” Por mucho que quisiera evitar la imprudente fuga de Oliver, Felicity se encontró aún más preocupada por el bienestar de Thorn.

¿Qué locura monumental fue esa, cuando ella estaba decidida a cortar todos los lazos con él?

“Por supuesto.” Thorn repitió, extendiendo su mano. Por un momento dulce y loco, Felicity pensó que la estaba invitando a unirse a él en la cama. “Ahora sé una esposa obediente y tráele a tu pobre marido herido su ropa de cama y sus pantalones.”

A ella le dio un fugaz destello de satisfacción vengativa informarle: “ojalá pudiera, de verdad... Pero, te caíste al río, ¿lo recuerdas? Tus ropas estaban empapadas y hacía tanto frío que me sorprende que ya te hayas calentado. ¡Me estremezco al pensarlo! Piensa en qué estado podrías estar ahora, si no te las hubiésemos quitado tan pronto como te instalamos aquí.”

“¿Nosotros?” El rostro de Thorn adquirió una casta biliosa.

“Ned y yo,” explicó Felicity, “mientras el señor Hixon iba a buscar al médico. Como la mayoría de los lacayos, el muchacho tiene mucha experiencia ayudando a desvestir a un caballero, que es incapaz de desvestirse por sí mismo.”

Ella también lo había hecho, aunque Felicity se abstuvo de admitirlo. En lugar de eso, señaló hacia la chimenea, que dudaba que Thorn pudiera ver desde la cama. “Tu ropa se está secando delante del fuego, pero todavía queda un largo camino por recorrer. Con suerte, quizá esté lista para ponértela por la mañana.”

“No me importa si está mojada.” Thorn apartó la colcha y luego se giró para apoyar los pies en el suelo. “Tráela aquí.”

“¡No lo haré!” Felicity se dijo a sí misma que era el calor del fuego, no la visión del cuerpo espléndidamente desnudo de Thorn, lo que la hacía sonrojar como a una novia virgen. “Te morirías en una fresca noche de primavera con la ropa mojada.”

Un ceño feroz desplazó la habitual mirada de afable compostura de Thorn. “Entonces la conseguiré para mí.”

Felicity se plantó entre la repisa de la chimenea y la cama. “¡Da un paso hacia esa chimenea y arrojaré tu ropa al fuego!”

“¿Qué te pasa, mujer?” Una mueca de dolor retorció las facciones de Thorn, mientras él se ponía de pie. “Tú no eres mi madre ni mi hermana, ni mi esposa. Ya ni siquiera quieres ser mi amante. Así que deja de intentar mimarme.”

Intentó dar el paso amenazado, pero la fuerza de sus piernas no podía igualar a la de su voluntad. Se tambaleó hacia Felicity, quien apenas logró empujarlo hacia la cama. En el último instante, su mano se cerró alrededor de su muñeca y la puso encima de él.

La indignación, que intentó provocar, se derritió como granizo de verano sobre una roca quemada por el sol. Una desconcertante sensación de plenitud se apoderó de ella, cuando el veloz salto de su corazón se enredó con el fuerte y rápido latido de Thorn, hasta que se convirtió en un ritmo emocionante e intrincado. El miedo que la había helado, desde el momento en que

vio a sus sirvientes arrastrar a Thorn a la orilla, comenzó por fin a derretirse, calentado por la sensación de ese cuerpo vital y sólido debajo de ella.

Y esto era sobre una parte aún más sólida y vital que el resto de ese cuerpo. La evidencia innegable de su deseo retuvo a Felicity, junto a Thorn, cuando la discreción la impulsó a alejarse.

Quizás ella había estado haciendo esto de manera bastante equivocada. En lugar de intentar obligar a Thorn a permanecer en la cama, ¿podría tener más éxito *incitándolo* a quedarse?

Lentamente, ella levantó la mirada para encontrarse con la de él y su mano para rozar sus bigotes.

“¿Te gustaría que volviera a ser tu amante, por una noche más?” Su pregunta salió en un susurro ronco. No solo para tentarlo, sino porque temía que se le quebrara la voz si hablaba más alto.

Después de todo lo que había pasado entre ellos, ¿y si Thorn la rechazaba?

* * *

¿Había Felicity realmente dicho las palabras que Thorn creía haber escuchado, o su confuso ingenio le estaba jugando una broma cruel? Incluso si ella hubiera hecho la oferta y en serio, ¿podría él permitirse el lujo de arriesgar la felicidad futura de su hermana para satisfacer su deseo transitorio?

“Por supuesto que te quiero,” él respondió con brusquedad. “Eso debe ser obvio, sin duda. Lo que no puedo entender es por qué de repente estás dispuesta a dejar que Ivy y tu sobrino se escapen cuando están a nuestro alcance.”

Un destello de culpa ensombreció la ardiente intensidad de su mirada. “No estoy dispuesta a dejar que se escapen. Pero, no puedo arriesgar tu salud simplemente para evitar que mi sobrino cometa un error tonto.”

Quizás Felicity sí se preocupaba por él como algo más que un instrumento para satisfacer sus deseos. Curiosamente, la idea aumentó el anhelo de Thorn por ella. ¿Estaría tan mal anteponer sus propias necesidades a su deber para con los demás... solo por esta vez?

Después de pensarlo por un momento, las sutiles líneas de concentración desaparecieron de la frente de Felicity. Sus ojos brillaban como distantes parches de trébol bañados por el rocío al amanecer.

“¿Qué pasa si instruyo a mis sirvientes a hacer averiguaciones en las otras posadas de la ciudad?” Habló con tanta prisa que Thorn apenas pudo captar sus palabras. “Una vez que localicen a mi sobrino y a tu hermana, uno de ellos puede vigilar toda la noche y luego traer a Oliver e Ivy aquí, tan pronto como se muevan por la mañana.”

Su plan tentó a Thorn casi tanto como la apasionada promesa de sus labios, o las lujosas curvas de su carne bajo las endebles capas de su vestido de muselina.

Los ojos brillantes de Felicity lo desafiaron. “Si hago eso, ¿te comportarás como el hombre sensato que eres, y te quedarás aquí en la cama?”

Con el delicioso y cálido peso de ella encima de él, Thorn Greenwood nunca se había sentido menos sensato en su vida. “Aquí en la cama... ¿contigo?”

Ella asintió.

Thorn inclinó sus labios para enganchar los de ella, de modo que su beso pudiera responder por él. Cuando sus labios hicieron contacto, una extraña energía lo atravesó. Se sentía oscuro y rico, como el café que ella le había ofrecido, con un toque amargo que solo realzaba su potencia. No podía decidir si eso realmente alivió su dolor, o simplemente hizo que dejara de

importarle.

De cualquier manera, él estaba agradecido.

“Haces un trato difícil, Lady Lyte,” susurró antes de comenzar a chupar su exuberante labio inferior.

Ella no dio ninguna respuesta excepto una profunda inspiración, liberada como un suspiro prolongado.

Thorn sintió un cambio en la conexión entre ellos. Aunque Lady Lyte lo había invitado a convertirse en su amante, hasta esa noche, él se había acercado a ella más como un sirviente o un suplicante, que le ofrecía placer, con la esperanza de ganarse el favor.

Para esta última cita, probaría el embriagador elixir de la maestría.

Después de un último trago profundo de la dulce boca de Felicity, le recordó: “¿no sería mejor que enviaras a tus sirvientes, antes de que se fueran a dormir?”

“Ah... ¡Sí! Por supuesto.” Ella sonaba casi tan confusa como él se había sentido al recuperar la consciencia por primera vez.

Cuando Felicity se apartó de él con evidente desgana y se puso de pie, parecía más que un poco inestable, mientras caminaba hacia la chimenea.

“¿Qué estás haciendo?” Preguntó Thorn.

Ella sacó sus pantalones del lugar donde se estaban secando y los agitó hacia él. “Los llevaré conmigo para asegurarme de que no te escapes, mientras estoy afuera.”

Thorn volvió a meterse bajo la colcha salpicada de café y soltó una risita arrepentida. “¿Mi palabra como caballero ya no es suficiente para ti?”

De camino a la puerta, Felicity se asomó por uno de los fuertes postes tallados a los pies de la cama. “Sospecho que debajo de todo ese rígido honor y virtud caballerosa, puede haber una chispa de picardía en usted, señor Greenwood.”

Ella agitó un delgado dedo índice hacia él. “Me niego a correr el riesgo de que no estés aquí cuando regrese.”

Thorn puso una mano sobre su corazón que latía aceleradamente. “Por mi honor, no iré más allá de comprarme un sándwich.”

“Deberías comer algo.” Felicity intentó mantener una expresión de inocente preocupación, pero un destello de picardía bailó en sus ojos. “Para mantener... tu fuerza.”

“Será mejor que sigas tu camino.” Thorn entrecerró los ojos, fingiendo una amenaza que estaba completamente en desacuerdo con su carácter. “Antes de que te lleve de regreso a la cama y maldiga a mi hermana y a tu sobrino.”

Felicity sacudió la cabeza y se rió de su descaro, mientras se dirigía hacia la puerta.

“No lo dijo en serio, por supuesto, acerca de dejar que Ivy y Oliver se arruinaran, aunque una parte de él desea poder adoptar un enfoque tan arrogante ante sus responsabilidades.”

“No te alejes más de lo necesario, Felicity.”

Ella miró hacia atrás por encima del hombro. “Ni un momento más. Lo prometo.”

* * *

Felicity subió corriendo las escaleras traseras de la posada, después de ordenar a sus sirvientes que localizaran a Ivy y Oliver.

Parte de su prisa nació del entusiasmo. La imagen de Thorn, esperándola desnuda de regreso en la habitación, aceleró sus pasos. Él la había sorprendido con sus bromas juguetonas, y ella apenas podía contener la anticipación de las otras deliciosas sorpresas que esta noche podría

depararle.

Algo más la apresuró también, aunque Felicity se resistía a admitirlo, incluso ante sí misma. Las dudas le pisaban los talones, como un par de horribles perritos que algunas viudas conocidas tenían como mascotas.

Reanudar su relación con Thorn, aunque fuera brevemente, haría mucho más difícil separarse de él más adelante... así sería para ambos. De las dos personas, Felicity se encontró más preocupada por Thorn que por ella. Después de todo, ella tendría que criar y amar a su hijo.

Pero, ¿qué tendría Thorn?

“¿Señora Greenwood, señora?” La voz de una mujer joven sonó detrás de Felicity.

Por un momento, ella estuvo demasiado preocupada con sus propios pensamientos para darse cuenta de que alguien se había dirigido a ella con un nombre que nunca podría esperar llevar.

La mujer que hablaba continuó. “¿Usted o *su marido* necesitan algo más, señora?”

Su marido. Esas palabras provocaron una volátil mezcla de sentimientos en el corazón de Felicity. Toda la amargura y la traición, que eran el estéril legado de su matrimonio, se arremolinaban como un crudo viento de Cornualles, alrededor de su frágil nuevo brote de confianza y afecto por Thorn.

Volvió a mirar a la sirvienta, quien antes había llevado la bandeja de café y sándwiches a su habitación. “Tenemos todo lo que necesitamos, gracias.”

“¿Es necesario lavar la ropa del caballero, señora?”

Siguiendo la mirada de la criada, Felicity se dio cuenta de que todavía sostenía los pantalones de Thorn.

“Ah... no... gracias.” Esperaba que su balbuceo y su sonrojo culpable no provocaran las sospechas de la chica. “Noté... un botón... que colgaba de un solo hilo. Así que se lo llevaré a nuestro lacayo para que lo vuelva a coser. Fue aprendiz de sastre, antes de entrar a mi servicio, por lo que es muy diestro con la aguja.”

“¿*Qué es una falsedad más, además de la tambaleante torre de engaños que ya se han acumulado?*” Se preguntó Felicity, cuando su conciencia le dio una molesta punzada. Si seguía así por mucho más tiempo, casi podría igualar la cantidad de mentiras que le habían dicho a lo largo de los años.

“Muy bien, señora.” El semblante apacible de la muchacha no dejaba entrever ninguna duda de que todo iba como debía ser con el señor y la señora Greenwood. “Si necesita algo más, simplemente llame. Espero que pase una noche agradable aquí, señora.”

El calor del sonrojo de Felicity se intensificó. “Estoy segura de que lo haremos.”

Al menos eso era cierto.

En caso de que la mirada de la sirvienta pudiera seguirla, Felicity se obligó a caminar a un ritmo tranquilo, mientras regresaba a su habitación. Al entrar, cerró rápidamente la puerta detrás de ella, golpeándose en la cara por sus pequeñas dudas molestas.

La habitación estaba más oscura que cuando la había dejado, bañada solo por el resplandor rosado y parpadeante del fuego.

“Cuando te dije que regresaras rápidamente, no quise decir que debías agotarte corriendo por todos lados.” La voz profunda y suave de Thorn se extendió desde la cama, como un brazo fuerte pero suave que la abrazó.

Felicity revisó la puerta, detrás de ella, por si acaso. Luego devolvió los pantalones, aún húmedos, de Thorn cerca de la chimenea, removió las brasas y añadió más al fuego.

“No comiste ninguno de los sándwiches.” Ella asintió hacia la mesa del desayuno.

¿Qué tenía Thorn Greenwood que la obligaba a cuidar de él?

“Pensé que sería más divertido compartirlos. Además, mis manos están un poco temblorosas. ¿Me considerarías un gran idiota, si te pidiera que me alimentaras con uno?” Un raro indicio de ligereza burbujeó bajo las palabras de Thorn.

“Un idiota muy bueno,” ella bromeó, seleccionando dos triángulos de pan y jamón del plato. “Justo como estaba yo, sentada en tus rodillas en el carruaje anoche, lloriqueando. No veo ninguna razón para que no debamos complacernos, el uno al otro, de vez en cuando.”

Se quitó las pantuflas y subió a la cama, ofreciéndole un sándwich, mientras le daba un mordisco al otro.

Thorn asintió con aprobación. “Una actitud muy ilustrada, querida.”

Él la sostuvo con una mirada tan cálida como las brasas del hogar, salpicada de provocativas chispas doradas. Cuando Thorn dio un mordisco al sándwich que ella le ofreció, su labio inferior rozó el dedo de Felicity, enviando una deliciosa oleada de sensación por su brazo, hasta su garganta y sus senos.

Apenas logró tragar lo que tenía en la boca sin ahogarse. “Aquí hacen muy buenos sándwiches, ¿no?”

El pan era fresco y suave, el jamón sabroso y generosamente cortado, amenizado por el picante sabor de la mostaza. Pero el entusiasmo de la compañía de Thorn y la perspectiva de una noche, diferente a cualquier otra que hubieran compartido antes, fueron los condimentos más apetitosos de todos.

“Mmm.” Thorn asintió, mientras se tragaba su propio bocado. “Esto es lo mejor que he probado en mi vida.”

Él le arrancó el resto del sándwich de la mano y rechinó los dientes para hacerla chillar y reír.

“Debes tener mucha hambre.” Felicity agarró dos sándwiches más del plato.

Cuando ella se sentó a su lado en la cama, Thorn se inclinó más cerca. Pero en lugar de mordisquear un sándwich, como esperaba Felicity, le acarició el cuello. Cada partícula de sensación, en todo su cuerpo, parecía agruparse en ese pequeño trozo de piel sobre el cual sus labios se cernían.

Comenzaron un dulce y prolongado ascenso hacia arriba. Primero su lengua se deslizó, caliente y húmeda, sobre la carne sensible, luego sus labios crearon un sello húmedo con su piel para una succión lenta y fácil. Justo cuando Felicity sintió que sus huesos comenzaban a derretirse, Thorn aventuró el toque más ligero posible con el borde afilado de sus dientes, haciéndola temblar deliciosamente.

Cuando sus labios finalmente llegaron a su oído, susurró una sola palabra. “Voraz.”

Felicity tuvo que tragar dos veces antes de poder sacar alguna palabra de su árida garganta. “Yo también.”

De repente, recordando los dos sándwiches que tenía en la mano, ella miró hacia abajo y los encontró exprimidos y convertidos en una pulpa poco apetecible.

¿Qué importaba eso? Los arrojó al suelo. No eran lo que ella anhelaba. Dudaba que Thorn tampoco los extrañara.

Abandonando el autocontrol con la misma facilidad con la que había dejado caer los sándwiches, Felicity le rodeó el cuello con los brazos y unió sus labios con los de él.

Chocaron con una urgencia casi salvaje, cuando las manos de Thorn encontraron su camino hacia su cabello y comenzaron a arrancar las horquillas, que lo sujetaban en un elegante rizo, en lo alto de su cabeza. Fiel a su palabra, sus manos temblaron. Pero eso no le impidió

seguir.

El cabello de Felicity cayó libremente por su espalda y sobre sus hombros. Su cuerpo anhelaba estar igualmente en libertad y disponible para las ansiosas manos y labios de Thorn.

Él debió haber sentido lo que ella quería, porque jugueteó con la hilera de pequeños botones en la parte posterior de su vestido, mientras continuaba besándola. Su lengua se separó aún más de sus labios, y la probó con un poder y una autoridad, que nunca antes había demostrado.

Con cada toque, sabor y aliento mezclado, Thorn Greenwood hacía que ella lo deseara con un fervor que la asustaba y excitaba casi en igual medida. Un hambre voraz creció dentro de ella, consumiendo cada migaja de placer que él pudiera brindarle. Y a la vez, ella era consumida por él.

Y todavía...

“¿Debemos ir tan rápido?” Suplicó en un murmullo sin aliento, mientras Thorn le quitaba las mangas cortas de su vestido desabotonado de los hombros y comenzaba a besarle el cuello, donde antes la había besado hasta arriba. “No hay necesidad de apresurarse cuando tenemos toda la noche por delante.”

“Oh, pero es necesario, mi señora.” Acarició la hendidura entre sus pechos con su mejilla sin afeitar.

“Esta necesidad.” Él llevó la mano de ella hacia abajo por el plano de su vientre para envolverlo alrededor de él.

Felicity nunca recordaba haberlo tocado así... ni a ningún hombre de esa manera. Eso la llenó de una embriagadora sensación de poder.

“Y esta necesidad.” Dejándola explorar, Thorn metió la mano debajo de su vestido. Antes de que ella tuviera tiempo de adivinar lo que él haría, o de haberlo adivinado o siquiera de objetarlo, él se sumergió entre sus muslos en busca de la sensual bienvenida que le esperaba.

“Sí, pero...” Detrás de los párpados cerrados de Felicity, flotaba el calor húmedo de las lágrimas. No podía luchar contra las demandas urgentes de su cuerpo, incluso cuando atormentaban su corazón. “Entonces todo habrá terminado.”

Con una risa apenas audible, tan reconfortante como el suave repiqueteo de las gotas de lluvia en una ventana, Thorn sacudió la cabeza.

“Entonces...” Habló en un delicioso susurro ronco, mientras la bajaba sobre las almohadas y descendía su corpiño de muselina para descubrir los pechos que ansiaban su atención. “... Recién habrá comenzado.”

Felicity no se había dado cuenta que su aliento, el cual estaba conteniendo, salió de ella, en un jadeo de comprensión, seguido de un ronroneo de dulce anticipación.

Ella era demasiado impaciente para desnudarla por completo. Thorn le levantó la falda hasta que se enrolló alrededor de su cintura con el corpiño. Separándole las piernas envueltas en medias, él se deslizó dentro de ella, en una cima de sensación, que la llevó al borde de la felicidad y la mantuvo allí.

Capítulo diez

A Thorn le pareció como si se hubiera precipitado de nuevo por una pendiente empinada, y sintiera la maravilla del vuelo por un instante prolongado, antes de destrozarse y perderse. Solo que esta vez la pasión y el placer reemplazaron al pánico y el dolor.

Estuvo holgazaneando en las profundidades oscuras y bochornosas, durante lo que le pareció un tiempo muy largo, más libre de lo que jamás podía recordar en las exigencias de su vida. Nada podía tentarlo a volver a la consciencia, excepto la dulce perspectiva de volver a hacer el amor con Felicity.

Esta vez, *lentamente*.

La sensación de sus labios, en esa barbilla, lo incitó a abrir los ojos. No podía soportar desperdiciar un solo momento de esta noche sin contemplar esa belleza.

“Debo decir que tienes poderes de recuperación fenomenales.” Felicity le regaló una sonrisa hechizante, mientras se quitaba el vestido y las medias, y luego los arrojaba a los pies de la cama. “¿Quién podría imaginar que hace menos de una hora, apenas tenías fuerzas para sostener un sándwich?”

Thorn no podía dejar pasar semejante descaro sin imponer el castigo de un beso.

“Un paciente estaría muy perdido, en verdad, si no mejorara bajo tu tierno cuidado, mi señora.” Le tomó el pecho y pasó la yema del pulgar por el pico de color marrón rosado. “En cuanto a mi recuperación, todavía no has visto nada.”

Ella le lanzó una mirada astuta, a través del fino y oscuro borde de sus pestañas. “De cualquier otra persona lo llamaría un alarde, pero usted es el caballero menos jactancioso que he conocido, señor Greenwood.”

“Tengo mucho de qué ser modesto,” respondió, en medio de una broma.

La tenue luz del fuego doró sus rasgos que eran feroces y ardientes. “Es mucho de lo que estar orgulloso, querrás decir. No hay un alma entre nuestros conocidos mutuos que no hable de ti con respeto. Incluso Weston St. Just, que no tiene en estima a casi nadie.”

Cansadamente respetable. Thorn juró que podía sentir los lazos de las convenciones y el decoro agobiándolo. Había escapado temporalmente de ellos para reunirse con Felicity, pero nuevamente era una locura pensar en abandonarlos por completo. Sin su reputación intachable, ¿qué identidad tenía?

“Al menos debes estar orgulloso de tus hermanas,” insistió Felicity. “Ivy me dijo una vez que prácticamente las criaste a ambas.”

“Nos criamos unos a otros.” Con un suspiro, Thorn se tumbó boca arriba con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro. “Son buenas chicas y estoy orgulloso de ellas, aunque me doy poco crédito por cómo resultaron ser.”

Él soltó una risita arrepentida. “¿Lo ves? No tengo remedio. ¿Qué clase de hombre apropiado habla de sus hermanas, mientras está acostado en la cama con su hermosa amante en sus brazos, después de haber hecho el amor con ella y tener la intención de hacerlo otra vez?”

Por última vez. Esas palabras melancólicas se agolparon detrás de los labios de Thorn, que apretó para aprisionarlos. ¿Por qué nunca podía permitirse vivir el momento en lugar de cavilar sobre el pasado o preocuparse por el futuro?

No estaba seguro de cómo esperaba que Felicity respondiera a su broma autocrítica. Lo que no esperaba era que ella levantara la mano y deslizara su mano por su mejilla en una caricia

prolongada.

“Un muy buen tipo de hombre, diría yo.” Quizás ella no tenía intención de añadir nada más, pero aún así surgieron más palabras susurradas. “Ojalá me hubieran criado personas que anteponen mi bienestar a sus objetivos.”

Thorn sabía que no tenía intención de reprochar su comportamiento, porque ella había hecho todo lo posible para impedir que él fuera en busca de Ivy y Oliver. Sus palabras le dolieron de todos modos.

Es cierto que estaba un poco inestable cuando despertó por primera vez. Pero eso pasó rápidamente. Si hubiera sido tan inflexible como debería, Felicity nunca podría haberlo retenido aquí en contra de su voluntad. Pero él había querido eso, la noche anterior con ella, y había estado dispuesto a sacrificar la felicidad futura de su hermana para satisfacer ese deseo egoísta.

Desconcertado por su vergüenza, Thorn tardó un momento en darse cuenta del significado de lo que Felicity acababa de decirle. Por acuerdo tácito, nunca habían hablado mucho de su pasado.

Sabiendo que este breve respiro terminaría pronto, Thorn ahora se encontraba ansioso por saber todo lo que pudiera sobre Felicity Lyte. ¿De dónde había venido? ¿Quiénes eran los de su familia? ¿Cuáles eran sus sueños y miedos? ¿Qué experiencias la habían convertido en la mujer apasionada y fascinante en la que se había convertido?

“¿Cuántos años tenías?” Pasó un mechón de sus lustrosos cabellos oscuros entre el pulgar y el índice, saboreando su textura rica y suave. Comparar el cabello de Felicity con la simple seda no le hacía justicia.

Ella no le respondió de inmediato. Thorn se preguntó si debería formular su pregunta con mayor claridad, o continuar honrando su acuerdo tácito para evitar hablar de su pasado.

“Trece cuando murió mi madre,” respondió finalmente en voz baja. “Apenas recuerdo a mi padre. No tenía un hermano mayor responsable que se hiciera cargo de mí, y mi abuelo estaba demasiado ocupado ganando montones de dinero para interesarse por una niña.”

“Podría haber sido peor,” expresó Thorn. “Es posible que el viejo estuviera ocupado perdiendo montones de dinero, como mi padre.”

“Te lo concedo.” Felicity lo miró entonces. Su mirada no contenía ni la lástima, ni la censura que Thorn esperaba ver. “Ojalá hubiera alguien sensato que me lo hubiera dicho en ese momento. Podría haberme ayudado a aceptar mi suerte privilegiada con una mejor filosofía.”

“Perdóname, Felicity. No quise decir...”

“Sé lo que quisiste decir.” Sin embargo, ella no parecía resentirse por lo que él estaba agradecido. “Sin duda, había muchas chicas que felizmente habrían cambiado de lugar conmigo. Aunque dudo que alguna de tus hermanas lo hiciera.”

Entonces, ella apartó la mirada de él, aunque no antes de que Thorn creyera haber vislumbrado una leve película de lágrimas en sus ojos. “La fortuna está muy bien, pero hay mucho de cierto en el viejo dicho de que esta no puede comprar la felicidad.”

“Quizás eso fue lo que mi padre intentó hacer después de la muerte de mi madre.” Thorn susurró para sí mismo. Por primera vez desde que era un niño pequeño, pensó en su padre frecuentemente ausente y cada vez más desesperado con algo más que resentimiento. Eso se sentía extraño, pero de alguna manera... era liberador.

Felicity parecía no haberlo oído. “Mi abuelo me dejó al cuidado de una sucesión de institutrices bestiales, quienes estaban empeñadas en convertirme en una señorita tímida.”

Thorn presionó su mejilla contra la parte superior de su cabeza. “Estoy encantado de que hayan fracasado tan estrepitosamente.”

“Ciertamente, me hicieron la vida imposible en el intento, con todas sus reglas, sermones y castigos.” La quejumbrosa amargura en el tono de Felicity hizo que Thorn añorara la chica alegre que debía haber sido. “Puede que tu hermana no sea el tipo de esposa que Oliver necesita, pero su vivacidad le da crédito. Debes haber estado tentado de apartarla, de hacerla más dócil y menos propensa a avergonzarte.”

“De vez en cuando,” admitió Thorn, reconfortado por la aprobación de Felicity. “Aunque no fue exactamente la lucha que dices. Siempre he envidiado a Ivy por su exuberancia. ¿Quién sabe si un poco de su audacia puede que se me haya contagiado?”

Con la delicada presión de dos dedos bajo la barbilla de Felicity, inclinó su rostro hacia el suyo para darle un beso. “Por ejemplo, me pregunto qué dirían mis respetables conocidos si pudieran verme ahora.”

“Sin duda, proporcionaríamos al público del Pump Room chismes entretenidos durante una semana.” Una risa traviesa escapó de los labios de Felicity, mientras los separaba para darle la bienvenida a los suyos. “Quizás incluso para *dos semanas*.”

Las comisuras de la boca de Thorn se curvaron hacia arriba. Ninguna mujer había levantado jamás su espíritu sobrio, como lo hacía Felicity con solo una mirada o una palabra. Ninguna mujer había encendido jamás una tormenta de pasión en su tranquilo corazón como lo hizo ella.

El viento caliente de esa tempestad se despertó dentro de él, una vez más. “En ese caso, ¿crees que es nuestro deber cívico proporcionarles algo de lo que realmente valga la pena hablar?”

“¿En efecto?” Felicity pasó una mano suave y delgada por su flanco desnudo. “¿Qué tenías en mente, mi *querido* obediente?”

Con severidad, mientras Thorn se advertía a sí mismo que no debía interpretar sus bromas juguetonas como algo más, la palabra “*querido*” acarició sus oídos como terciopelo líquido y cálido.

“Eres mucho más imaginativa que yo,” le respondió él en broma. “¿Tienes alguna sugerencia?”

Su mano abrió un camino por su pecho y luego por encima de su hombro. La moribunda luz del fuego arrojaba sombras hechizantes sobre su rostro, mientras agitaba las verdes brasas del deseo en las profundidades de sus ojos.

“Creo que ya has excedido tus fuerzas por una noche.” Ella le dio un suave empujón contra su hombro, colocando a Thorn sobre su espalda nuevamente.

Antes de que él pudiera protestar o confirmar si tenía fuerzas suficientes para hacerle el amor, al menos una vez más, Felicity se levantó sobre un codo hasta quedar cernida sobre él. Su mano comenzó a deslizarse provocativamente desde su hombro, bajando por la ondulación de su pecho hasta el plano de su vientre y más abajo.

Cualquier palabra que Thorn pudiera haber dicho se perdió en un resonante estruendo de excitación.

Desde lo más profundo de la garganta de Felicity surgió una risita ronca y sensual en respuesta. “Sé que prometiste hacerme el amor otra vez... lentamente. Pero creo que deberías conservar tu energía, mientras ambos nos divertimos.”

Ella pasó su mano sobre él, pasando sus dedos como una escala veloz y delicada en el piano, que provocó un redoble de lujuria urgente, el cual lo atravesó.

Sus labios se posaron sobre los de él, maduros y dulces como la tentación. “Déjame ser verdaderamente tu amante.”

“Con mucho gusto,” él susurró.

Su cabello oscuro caía hacia adelante, creando un velo sedoso alrededor de sus rostros.

“Con mucho gusto,” ella prometió.

Felicity cumplió su palabra y esta vez lo hizo mejor. Usando no solo sus manos y boca, sino cada parte deliciosa de ella, lo estremeció, una y otra vez hasta el máximo deleite. Cada vez alejándose en el último instante y luego comenzando el delicioso ascenso una vez más.

Finalmente, ella le dio la bienvenida a su sensual objeto, antes de que él se derrumbara y le suplicara que lo hiciera, un favor por el que Thorn estaba agradecido. No había adivinado cuánto excitarlo a *él*, también la excitaría a *ella*. Apenas se habían unido, cuando ella jadeó su nombre y su cuerpo se apretó en dulces espasmos a su alrededor, enviando a Thorn a una voltereta de éxtasis.

Él recuperó la consciencia con una mezcla de entusiasmo y desgano. Ansioso por abrazar a Felicity hasta la mañana siguiente, se mostró más reacio que nunca a dejarla ir otra vez.

Desde el momento en que ella lo invitó a convertirse en su amante, él comenzó a admirar a esa mujer con su entusiasmo por la vida y su audaz tendencia a negar las expectativas, a menudo rígidas, de la sociedad. Ella era su opuesto en esos aspectos. Si bien a veces, eso lo molestaba, estar con ella lo hacía sentir completo como nada más lo había hecho.

La perspectiva de perderla de su vida flotaba en el horizonte, como un día en el que el sol desaparecería del cielo y nunca volvería a salir.

Los obstáculos entre él y Felicity eran muchos y ninguno admitía una solución fácil. Sin embargo, ya había superado inconvenientes antes, tanto al criar a sus hermanas como al saldar las deudas de su padre. Cualquier cosa que valiera la pena ganar requería trabajo duro y arduos sacrificios.

Definitivamente, valía la pena ganarse a Felicity Lyte.

Sus apacibles virtudes de paciencia y perseverancia le habían sido de gran utilidad antes y volverían a serlo. Thorn estaba seguro de esto.

De alguna manera sabía que la clave para cualquier futuro con Felicity yacía enterrado en su pasado. Pero, ¿podría profundizar en ello sin ahuyentarla?

* * *

Con la cabeza apoyada en la sólida hinchazón del pecho de Thorn y el ritmo constante de su corazón latiendo como una canción de cuna en su oído, Felicity nunca se había sentido más segura... o más libre. De alguna manera, su fuerza confiable y su tranquila constancia le dieron una posición segura desde la cual volar.

Así sucedió esa noche, por ejemplo. Nunca antes había asumido un papel tan activo al hacer el amor y jamás había dejado de lado su propia satisfacción, en una búsqueda decidida de dar placer. El resultado la había catapultado más alto de lo que nunca había volado, elevándose y deslizándose entre las estrellas.

Quizás era apropiado que su encuentro más sensualmente satisfactorio con ese hombre fuera el último. Por mucho que intentó no permitir que ese arrepentimiento arruinara este momento maravilloso y pacífico, un leve escalofrío la recorrió, como si una astilla de hielo le hubiera atravesado el corazón.

Atento como siempre a sus necesidades tácitas, Thorn se agachó para cubrirlos con la colcha. Si tan solo lo supiera... una montaña de mantas no podría sustituir la calidez confiable de su abrazo o el timbre suave de su voz.

“¿Alguna vez intentaste comprar la felicidad, Felicity?” Aunque formulada en un tono de

tierna simpatía, la pregunta de Thorn hizo que se le encogieran las entrañas. Por mucho que quisiera descartarlo con una media broma irónica, ella no pudo hacerlo.

Quizás la oscura intimidad del momento la sedujo, o tal vez, el secreto que le estaba ocultando a Thorn requería todos sus poderes de discreción, dejándola mal equipada para protegerse en otras áreas.

Ella soltó una risita quebradiza y triste. “¿Cómo se supone que descubrí la locura de esto? Después de la muerte de mi abuelo, compré el marido más guapo y mejor educado que el dinero podía comprar. Pensé que también estaba comprando mi libertad. Por desgracia, resultó ser un bien tan escurridizo como la felicidad.”

Si Thorn hubiera respondido, Felicity habría encontrado una manera de cambiar de tema. Pero su silencio comprensivo no sería negado.

Las palabras brotaron de ella como sangre de una pequeña e inadvertida herida. “Tuve la tonta idea de que estar casada me permitiría escapar de todas las personas que intentaban controlarme: institutrices, administradores y parientes codiciosos. Entonces, conocí a mi suegra.”

Felicity estaba conmovida. “Ella era como la peor de mis institutrices, todas en una sola. Nunca perdió la oportunidad de insinuar que mi sucia fortuna del comercio manchó a su familia. Todo el tiempo su hijo gastaba en ella, como agua, para evitar que Trentwell cayera sobre nuestras orejas.”

“¡Ese desgraciado!” La ira indignada de Thorn sonaba muy sincera.

Qué fácil sería convencerse de que su corazón estaría a salvo bajo su cuidado, porque él no se parecía en nada a su difunto marido.

Felicity se recordó que ya la habían engañado antes. “Oh, Percy fue bastante agradable al principio, poniéndose de mi parte contra su madre. Intenté con todas mis fuerzas ser una buena esposa para él, mucho más de lo que lo había intentado antes.”

Su voz se hizo más baja con cada palabra hasta que apenas podía oírse, a sí misma, por encima del suave crujido de las brasas agonizantes de la chimenea. “Por supuesto que eso no sirvió de nada, ya que fallé en el deber más importante de una esposa.”

Ninguna palabra, sonido o movimiento traicionó la reacción de Thorn, ante lo que ella había dicho. Felicity lo sintió de todos modos. Si alguien pudiera comprender la dolorosa humillación de no cumplir con el deber, ese sería él.

“A mi suegra le encantaba tener razón conmigo, hasta que se dio cuenta lo que mi esterilidad significaba para su preciosa familia. Percy no me apoyó en ese momento.”

Felicity sacudió la cabeza lentamente, reconociendo un profundo arrepentimiento. “Si tan solo hubiera sabido.”

“¿Sabido qué?”

La seria pregunta de Thorn la sacó del amargo ensueño en el que había caído. Su interior se sentía como una extraña especie de motor, con su corazón palpitante agitando su estómago y exprimiendo el aire de sus pulmones. ¿Necesitaba alguna prueba más de que no podía confiar, en sí misma, en presencia de Thorn Greenwood?

Su silenciosa simpatía encantó su espíritu cauteloso del mismo modo que sus tiernas caricias sedujeron el cuerpo anhelante de Thorn.

Una parte de ella quería cambiar de tema o volver a besarlo para hacerle perder el sentido. Cualquier cosa para rescatarse de las traicioneras aguas en las que ha caído. Pero si no rompía pronto con él, podría terminar contándole lo del bebé. Entonces, conociendo el excesivamente desarrollado sentido del deber de Thorn, jamás podría deshacerse de él.

“Si tan solo... hubiera sabido... que la viudez es el estado más ventajoso para una dama de

fortuna.” No se atrevió a mirar a Thorn a la cara, mientras pronunciaba aquel pronunciamento vacilante, pero ácido. “Ella todavía puede disfrutar de todos los placeres del matrimonio sin perder su independencia.”

Thorn se estremeció. Felicity no tuvo que ver su rostro para saberlo.

Ella endureció su corazón contra la lástima que la dejaría vulnerable. Después de todo, él merecía un pequeño pinchazo por obligarla a relucir todos esos recuerdos angustiosos y hacerla sentir su dolor olvidado de nuevo.

Se preparó para que Thorn le devolviera el golpe. Le daría una razón para alejarse de él, e ir a averiguar si sus sirvientes habían localizado a Oliver e Ivy. Una vez que llegara la mañana y los dos se separaran de una vez por todas, tal vez la atormentarían menos arrepentimientos. Aunque eso no era probable... pero, tal vez lo lograría.

En cambio, Thorn la abrazó con un brazo, mientras que con la otra mano le acariciaba el pelo en una reconfortante caricia.

“Oh, cariño,” él suspiró, “no es de extrañar que te rebeles contra cualquiera que te diga qué hacer.”

Su inesperada visión dejó a Felicity sin palabras. Había algo estimulante en que la entendieran tan bien. Algo aterrador también.

“No es de extrañar que te niegues a ceder el control en el aspecto más pequeño de tu vida.” Thorn murmuró. “Incluso si eso significara emprender un viaje incómodo para recuperar a tu sobrino descarriado, cuando yo habría estado más dispuesto a ir en tu lugar.”

Aunque deseaba rendirse a su tierno asedio, Felicity no podía. El hombre era demasiado perspicaz para su propio bien... o el de ella. ¿Qué otros secretos podría descubrirle si lo intentara? ¿Y cómo podía estar segura de que él nunca usaría su peligroso conocimiento de sus vulnerabilidades en su contra?

Thorn parecía demasiado perdido en sus nuevas conclusiones para percibir el cambio en sus emociones.

“No es de extrañar que te hayas contentado con aventuras amorosas pasajeras,” susurró, como si pensara en voz alta, “en lugar de someterte a la tiranía de un marido.”

“¿Cómo te atreves, Thorn Greenwood?” Ella se liberó de sus brazos. Sus ojos ardían furiosamente. “¿Cómo te atreves a juzgarme o compadecerme?”

“Pero, Felicity, no quise decir...”

Parecía tan herida y desconcertada por su arrebató de indignación, que Felicity hizo todo lo que pudo para evitar arrojarle de nuevo a sus incondicionales brazos, con la absurda esperanza de que él arreglaría todo lo que había salido mal en su vida. Otra parte estaba resentida con él por haber descorrido la cortina color de rosa de sus autoengaños, exponiendo todo lo que estaba mal en ella.

“¡Ahórrate tus discursos serios!” Agarró el vestido y las medias, que colgaban desenfrenadamente alrededor del poste de la cama. “Las *aventuras amorosas transitorias* pueden ser casi tan tediosas como el matrimonio cuando duran demasiado. Y los amantes pueden ser tan tiránicos como los maridos, cuando se niegan a mantener una distancia permitida.”

“Solo estaba tratando de decir que te entiendo y que me preocupo por ti.” Thorn se levantó de las almohadas. “¿Tan mal está eso?”

Felicity se escondió detrás de un biombo en el rincón más alejado de la habitación.

“¿Alguna vez te pedí que me entendieras?” Ella gritó, más para evitar que Thorn le llenara los oídos con más sentidas declaraciones de sus sentimientos que cualquier otra cosa.

“¿Alguna vez pregunté...?” Un sollozo no pronunciado quedó atrapado en su garganta.

“¿Alguna vez te pedí que te preocuparas por mí?”

Ella vio un aguamanil lleno de agua y la vertió en el lavabo. Quizás el agua corriente ahogaría la respuesta de Thorn. Bien podría haberlo hecho, porque no escuchó nada más desde la dirección de la cama.

Mojó una toallita en agua fría y comenzó a quitar de su cuerpo el sutil almizcle de su relación sexual. A pesar del resplandor rosado del fuego moribundo, su piel adquirió un tono blanco azulado, mientras se le erizaba la piel.

Felicity agradeció el vigorizante frío. Tal vez eso enfriaría su delirante fiebre de deseo y la devolvería a la normalidad.

Mientras alcanzaba su vestido, levantó la vista y encontró a Thorn de pie junto a la ventana, desnudo como Adán. Al ver su cuerpo alto y delgado, un rubor ardiente la recorrió totalmente, deshaciendo todo lo bueno que su frotamiento frío podría haber logrado.

Aunque su mirada se inclinaba a detenerse en su espléndido cuerpo, Felicity se obligó a levantarla, medio asustada y ansiosa por enfrentarse a la furiosa indignación que esperaba ver en su rostro.

Lo que encontró en cambio no pudo comprenderlo. ¿Fue una ira tranquila y helada? ¿Angustia muda? ¿Amarga decepción? O un poco de las tres, además de algo más que la afectaba mucho más de lo que ella quería.

Thorn no la avergonzó al contemplar su cuerpo desnudo. En lugar de eso, la miró fijamente a los ojos, haciéndole una pregunta sin palabras que ella no podía entender y buscando una respuesta que Felicity sabía que no debía darle.

“Te lo dije una vez antes, no podemos elegir quién cuidará de nosotros.” No parecía enojado... exactamente. Solo muy seguro. “No te estoy pidiendo nada, Felicity, y nunca te quitaré nada. Pero, no puedes dominar mi corazón... como tampoco yo puedo.”

“*Tiene todo el derecho a enfadarse conmigo,*” reconoció Felicity, mientras una marea biliosa de vergüenza crecía en su interior. “*Debo fingir que desprecio su derecho a retirar el inestimable regalo.*” Todos los demás en su vida se habían alejado de ella cuando no podía hacer o ser lo que ellos querían.

¿Por qué Thorn Greenwood debería ser diferente?

“*Porque él es diferente,*” susurró su corazón. “*Porque no da ni demuestra amor fácilmente. Pero una vez entregado, su afecto será tan constante como la tierra: en barbecho durante algunas estaciones, pero siempre estará listo para florecer nuevamente.*”

En ese momento, ella no quería nada más que lanzarse a sus brazos y reclamar lo que él le ofrecía.

Excepto, tal vez para vomitar.

Las náuseas que repentinamente se apoderaron de Felicity hicieron que todos sus anteriores ataques de enfermedad parecieran nada en comparación. Sin atreverse a hablar, por si acaso le salían más que palabras, se puso el vestido y pasó junto a Thorn.

Salió corriendo por la puerta de su habitación, subió por el pasillo y bajó un tramo de escaleras hasta cruzar una puerta trasera.

Afuera estaba demasiado oscuro para que ella pudiera distinguir más que vagas formas y sombras, pero Felicity sabía que debía estar cerca de los establos. El hedor a estiércol de caballo la golpeó y empezó a tener arcadas, oleada tras oleada biliosa, hasta que pareció imposible que pudiera quedar algo más que un enorme vacío en su interior.

Un vacío tan grande como lo había sido su vida, antes de que Thorn Greenwood comenzara a llenarlo a su manera silenciosa.

“Quizás necesito reconsiderar mis planes para el futuro,” pensó Felicity, mientras se acurrucaba temblando en la oscuridad. Eran planes en los que no había lugar para un hombre, y menos aún para el padre de su hijo por nacer.

No obstante, primero, debía poner cierta distancia entre ellos, para poder pensar las cosas con claridad y tomar una decisión sin ninguna influencia externa. Después de todo, había mucho en juego: no solo su bienestar, sino también el de su hijo. No podía permitirse el lujo de que su juicio se viera influenciado por los sentimientos contradictorios que Thorn encendía en su interior. Tampoco podía arriesgarse a que él descubriera su condición, e insistiera en casarse con ella solo por cumplir con su deber. Si algo podría arruinar la constancia de los sentimientos de él por ella, eso lo haría.

Ella merecía algo mejor. Su hijo también. Y Thorn también, lo supiera o no.

Por el bien de todos, debía recuperar a Oliver y luego retirarse por un tiempo para reflexionar y evaluar sus elecciones. Si, al final, decidía apostar su corazón por Thorn Greenwood, sabría dónde encontrarlo.

Al oír pasos suaves y rápidos acercándose, solo tuvo tiempo suficiente para ponerse de pie, antes de que Thorn saliera corriendo por la puerta.

“¿Felicity?” La abrazó con fuerza y plantó los pies para evitar que ambos cayesen. “¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué huiste así?”

Rápidamente, antes de que él oliera el olor agrio que la traicionaría, ella lo empujó hacia adentro. “¿Qué haces afuera con esa ropa húmeda?”

Él se rió entre dientes. “Pensé que era preferible correr el riesgo de sufrir un escalofrío que andar desnudo por los pasillos y provocar un escándalo.” Su tono volvió a tornarse serio. “Vuelve adentro y caliéntate. Vístete apropiadamente. No seré una molestia, lo prometo. Saldré de la habitación si eso es lo que quieres.”

“Thorn, yo...” Mientras buscaba palabras para justificar su extraño comportamiento, Felicity escuchó más pasos. Esta vez vinieron desde afuera, acompañados por un suave murmullo de voces que ella reconoció.

“Señor Hixon, Ned,” ella gritó cuando la puerta se abrió, “¿Son ustedes?”

“Por la piedad, señora, usted dio la vuelta por donde estábamos,” jadeó su conductor. “¿Nos has estado esperando despierta? Aquí, ahora, ¿el señor Greenwood está de pie otra vez?”

Felicity respondió con una pregunta propia y apremiante. “¿Han encontrado a la señorita Greenwood y al señor Armitage? ¿Dónde se alojan?”

Después de una inquietante vacilación, el señor Hixon exhaló un suspiro de cansancio: “hemos hecho averiguaciones en todas las posadas de Gloucester, señora.”

“Dos veces,” añadió Ned.

Su conductor apenas necesitó añadir nada. “No había señales de ellos por ningún lado.”

Felicity ya lo había adivinado.

Ahora, ¿qué haría ella?

Capítulo once

“¿No están aquí?” Repitió Felicity en un murmullo aturdido. Se balanceó hacia Thorn, quien la agarró por la cintura y la sujetó.

Como hermano obediente, decidido a proteger a su hermana de sus impulsos imprudentes, Thorn sabía que debería sentirse angustiado por la noticia de que Ivy y Oliver no se encontraban por ningún lado en Gloucester.

En cambio, mientras estaba en el pasillo poco iluminado de la posada, hablando en voz baja con Felicity y sus sirvientes, Thorn luchaba por enmascarar su satisfacción, ante la perspectiva de continuar su viaje juntos. Una vez que recuperaran a la pareja más joven, supo que Felicity Lyte desaparecería de su vida tan rápida y completamente como había entrado en ella.

En ese momento, él no sabía cómo conciliar el deber para con su familia con la pasión insostenible, que se había arraigado en su corazón. Si lograba resolver ese enigma, cuestionaba su capacidad para conseguir a Felicity y poseer algo más que una relación clandestina pasajera. Lo único que sabía con certeza era que debía intentar realizar ambas tareas y permanecer cerca de ella, si esperaba tener éxito en alguna de estas.

El cochero de Felicity se aclaró la garganta. Thorn intuyó que el señor Hixon estaba a punto de darle más malas noticias.

“El último lugar donde preguntamos, señora...”

“Por segunda vez,” añadió el joven lacayo, por si hubiera alguna duda sobre la diligencia que realizaron.

El conductor continuó, como si no hubiera notado la interrupción: “en la posada principal, uno de los camareros nos dijo que una señora y un caballero llegaron a la hora de cenar, y alquilaron un carruaje nuevo para reemplazar uno que estaba en mal estado.”

“¿El mozo de cuadra te informó hacia dónde se fueron?” Preguntó Felicity. Thorn podía sentirla temblar.

“No, señora. Solo que se fueron de nuevo tan pronto como engancharon el carruaje. Dijo que el joven caballero lo miró bien antes de irse.”

“¿Qué haré ahora?” Felicity susurró para sí misma.

Ella lo necesitaba. Esa convicción recorrió a Thorn con una extraña energía vital, provocándole escalofríos, dolores, fatiga y dudas. “No podremos hacer nada durante unas horas todavía. Aprovechemos ese tiempo.”

Él se dirigió a los sirvientes de Felicity: “vayan a dormir un poco, mientras puedan. Gracias por sus esfuerzos esta noche. Lo hicieron bien.”

Los hombres dudaron, tal vez esperando que Lady Lyte revocara sus órdenes.

Pero ella no lo hizo.

Mientras la pareja avanzaba, arrastrando los pies por el pasillo hacia la pequeña habitación, que habían alquilado para ellos, Thorn les gritó: “¡gracias por salvarme la vida con su valentía y su rápida acción!”

“Me alegro de haber estado disponible para ayudar, señor.” El cochero bostezó profundamente. “Buenas noches, señor. Buenas noches, señora.”

Felicity no se movió ni habló, mientras los pasos de sus sirvientes se alejaban por el pasillo oscuro.

Una vez que Thorn escuchó una puerta abrirse y cerrarse en la distancia, la empujó hacia las escaleras. “Vuelve a la cama ahora.”

“Esta vez a dormir,” añadió para evitar cualquier protesta, “y hacer planes para mañana.”

Felicity no respondió, excepto tal vez para asentir. No se resistió cuando Thorn se quitó el abrigo y la envolvió con él. Sin decir una palabra más, subieron las escaleras y regresaron a su habitación.

Mientras Thorn encendía el fuego y colocaba su ropa frente a él para que terminara de secarse, Felicity se retiró detrás del biombo y emergió poco después con un camisón y el cabello oscuro trenzado en una sola trenza oscura.

Lanzó una mirada cautelosa hacia la cama, donde Thorn yacía con las mantas tapadas hasta el pecho.

Dio unas palmaditas en el espacio vacío a su lado en el colchón. “Ven, ahora. Por mi honor como caballero, te dejaré en paz.”

Con pasos vacilantes, ella se acercó, como si algo la impulsara hacia adelante, mientras algo más intentaba detenerla. Este silencio apagado era bastante diferente a su actitud habitual. Aunque Thorn lo prefería a un tormentoso choque de voluntades, en el que estaba demasiado cansado para participar, el repentino cambio de comportamiento de Felicity lo inquietó.

“Por mucho que me apetezca volver a disfrutar de tus favores, me temo que me has acabado por esta noche.” Thorn puso una cara graciosa a sus expensas, lo que Felicity recompensó con un leve atisbo de sonrisa, mientras se metía en la cama a su lado.

Cubriéndola con la sábana y las mantas, trató de no estremecerse, cuando sus pies helados entraron en contacto con su pierna. “Lo único para lo que estoy bien en este momento es envolverte en mis brazos hasta que entres en calor.”

Una chispa del espíritu habitual femenino regresó. “No subestimes un servicio tan valioso.”

Ella le dio la espalda, pero cuando Thorn se acurrucó contra su cuerpo, esa mujer no objetó ni se apartó.

“*Por lo que es correcto debo ofrecerte a continuar persiguiendo a Ivy y Oliver,*” reflexionó Thorn, mientras apoyaba su mejilla contra el cabello de Felicity. Ahora que ella había probado las incomodidades del viaje, tal vez estuviera más inclinada a aceptar. Sobre todo porque ahora parecía que tendrían que perseguir a la esquivia pareja joven cada milla del camino hasta Escocia.

Quizás por primera vez en su vida, Thorn no se atrevió a seguir el curso de acción más responsable. Esa partida de ellos lo alarmó y lo regocijó en igual medida.

* * *

Felicity se dijo a sí misma que no debía disfrutar la novedad de dormir en los brazos de Thorn ni la reconfortante perspectiva de despertar allí. Pero eso fue inútil.

No estaba acostumbrada a negarse a sí misma, sino todo lo contrario. Quizás el dinero no pueda comprar la felicidad, pero sí la independencia y el placer. Hasta hace poco, ella se había sentido satisfecha con ellos.

“Supongo que deberíamos decidir qué hacer a continuación.” El suave murmullo de la voz de Thorn sonó en su oído, casi tan cerca como sus propios pensamientos.

La absurda pero inquietante idea de que él pudiera escuchar todas las desconcertantes preguntas, que zumbaban en su mente, agudizó el tono de Felicity. “Confieso que estoy perdida. Si no lo supiera mejor, podría suponer que esos dos jóvenes tontos nos están llevando

deliberadamente a una búsqueda inútil.”

Quizás debería simplemente lavarse las manos respecto a Oliver Armitage. Dejarle un poco de dinero, pero por lo demás, extraerlo de su vida, cuando ella desaparecería para criar a su bebé. Después de todo, el joven no era pariente consanguíneo de ella.

Thorn exhaló un suspiro, seguido de una risita baja. “Esa será la influencia de mi hermana, sin duda. No recuerdo un momento en el que Ivy haya hecho lo que todos esperaban de ella. A estas alturas, tu pobre sobrino probablemente esté esperando que alguien intervenga para salvarlo de tener que casarse con la pequeña descarada. Parece el tipo de joven que probablemente era el sueño de una niñera: regular y metódico en sus hábitos desde la cuna.”

“Puede que tengas razón.” Aunque Felicity intentó reprimirlo, una pequeña sonrisa, más inquietante que divertida, jugueteó en las comisuras de su boca. “Es difícil para mí imaginarme a Oliver, cuando era un bebé. Incluso cuando lo conocí por primera vez era un colegial, parecía demasiado solemne y experimentado para su juventud.”

De alguna manera, el niño tranquilo y abandonado se había abierto paso lentamente hacia uno de los lugares vacíos de su corazón. Un lugar que podría haber permanecido sellado contra un chico más alegre y exuberante. No podía desterrarlo ahora, por muchos problemas que él pudiera causarle.

“Recuerdo que Percy llevó a Oliver a Trentwell, en las primeras vacaciones escolares, después de casarnos.” Ella podía imaginarlo tan vívidamente. “Era evidente que el pobrecito estaba feliz de estar allí, aunque no parecía muy familiarizado con esa sensación. Como si le gustara... pero no se atreviera a confiar en ello.”

“Entonces, el joven Armitage es... ¿sobrino de tu marido?”

Felicity asintió. “El hijo de la hermana de Percy. Sus padres habían enviado al niño a la escuela desde la India. Luego su padre murió en una bestial guerra colonial y su madre murió en un naufragio, en su camino de regreso a Inglaterra.”

“No tenía idea,” reflexionó Thorn. “Pobrecito. Mi cuñado, Merritt Temple, estaba en una situación similar cuando lo conocí en la escuela. Poco dinero. Sin familia. Lo invité a pasar los veranos con nosotros en Barnhill porque no tenía otro lugar adonde ir.”

La mención casual de su amabilidad hacia un desafortunado compañero de escuela convenció a Felicity que Thorn se habría interesado más tangiblemente, en el bienestar de Oliver, que el tío del joven.

“Mi suegra no le prestó mucha atención a Oliver.” Esa fue una de las primeras cosas que atrajo a Felicity hacia el pequeño estudioso. “Qué tontería acerca de que la hermana de Percy se casó en contra de sus deseos. Dudo que el padre del niño tuviera alguna fortuna de la que hablar.”

Ella sacudió su cabeza. “No había forma de complacer a esa mujer. El padre de Oliver no tenía suficiente dinero para satisfacerla, mientras que yo tenía demasiado... o tal vez, al tipo equivocado.”

“Parece como si esa mujer se hubiera llevado bien con mi padre.” Aunque Thorn intentó fingir un tono de broma, Felicity detectó un escalofrío de indignación en su voz.

“El pobre Merritt se enamoró de mi hermana Rosemary, durante aquellos veranos en Barnhill. Cuando mi padre prestó suficiente atención para darse cuenta de lo que estaba pasando, persuadió a mi hermana para que rechazara las atenciones de Merritt, a pesar de que era obvio que ella se preocupaba mucho por él.”

“Rosemary debía ser como su hermano,” concluyó Felicity, *“demasiado obediente para rechazar las demandas de sus padres, sin importar lo que le costara.”*

El tono de Thorn se agudizó. “En ese momento, pensé que mi padre solo estaba tratando de velar por la felicidad futura de Rosemary. Más tarde, comencé a sospechar que quería que ella atrapara a un marido rico que pudiera rescatarlo de sus deudas.”

“¿Cómo resultó todo al final?” Sin pensar lo que estaba haciendo, Felicity volteó hacia Thorn. “Te referiste al señor Temple como tu cuñado.”

Thorn la tomó en sus brazos. “Se podría decir que el destino les dio a Merritt y Rosemary una segunda oportunidad, que fueron lo suficientemente inteligentes como para aprovecharla... con un suave empujón de parte de Ivy y mío.”

Él ahogó un bostezo. “Ha sido una de las mayores alegrías de mi vida volver a ver a mi hermana tan feliz.”

“No pudo haber sido fácil para Rosemary Greenwood y su esposo encontrar el camino de regreso el uno al otro,” reflexionó Felicity, mientras saboreaba la tierna fuerza del abrazo de Thorn y se preguntaba por qué la felicidad de dos extraños le importaba tanto.

Un joven orgulloso que había sido despreciado por su primer amor y una mujer que debió dudar de su voluntad de perdonarlo. Sin embargo, se habían reunido de nuevo en un final feliz... o un comienzo feliz.

“¿Puede el destino ofrecerme a mí y a Thorn una oportunidad similar?” Se preguntó Felicity, mientras el suave y lento ritmo de su respiración la adormecía.

Si tan solo pudiera tener el lujo de un poco de tiempo y distancia para pensar las cosas, lejos de la dulce, pero confusa distracción de la presencia constante de Thorn, podría ordenar sus sentimientos. Una o dos semanas tranquilas en Trentwell, tal vez, una vez que todo este asunto con Oliver e Ivy estuviera resuelto...

“¡Trentwell, por supuesto!” Felicity se sentó tan rápido que casi chocó con Thorn.

“¿Hay algo mal?” Él se levantó con dificultad de las almohadas para rodearla con sus brazos.

“Todo lo contrario,” ella le aseguró. “Acabo de descubrir dónde podríamos interceptar a Oliver y a tu hermana: en Trentwell. Estoy seguro de que Oliver no pasaría tan cerca sin detenerse allí.”

“¡Oh! Bien.” Thorn no parecía tan complacido como Felicity había esperado. Quizás todavía estaba desorientado por haber sido despertado tan abruptamente. “¿Dónde está Trentwell? ¿Qué tan pronto podremos llegar allí?”

“En Staffordshire.” Felicity repasó mentalmente sus viajes anteriores entre Bath y Trentwell. “Si salimos de aquí mañana temprano y llegamos a tiempo, tal vez podamos llegar allí, antes del anochecer.”

La perspectiva de comer en su propia mesa y dormir en su propia cama atraía enormemente a Felicity.

“Los perdimos en Newport y Gloucester.” Thorn volvió a caer sobre las almohadas. “Esperemos que la tercera vez sea la vencida.”

* * *

“Ya sabes lo que dicen: la tercera vez es la vencida.” Thorn se esforzó por inyectar una nota de sincera confianza en su voz, mientras miraba del cochero de Felicity al joven lacayo y viceversa, poco después del amanecer.

“Eso he oído, señor.” El señor Hixon intercambió una mirada con Ned. “¿Quieres decir que debemos seguir adelante hasta Trentwell hoy?”

Thorn se obligó a ignorar los signos de fatiga en sus rostros y asintió. “Aparte de las

paradas para cambiar de caballo. Entonces también nos las arreglaremos para tomar un poco de refrigerio.”

“Será mejor que nos pongamos en marcha, entonces, señor.” El conductor de Felicity se puso su sombrero tricornio. “Hay muchas millas entre aquí y Trentwell.”

“Confío en tu palabra,” respondió Thorn. “Sé que al preguntar en todas las posadas por alguna señal del señor Armitage y mi hermana, ninguno de ustedes durmió mucho anoche.”

Felicity salió de la posada en ese momento, luciendo claramente peor por su propia noche de insomnio. Al menos ella y Thorn podrían descansar un poco en el compartimento del carruaje, que estaba bien tapizado y amortiguado.

“Me encantaría dejarte tomar las riendas por un tiempo esta tarde,” ofreció Thorn, “para que tú y Ned puedan cerrar los ojos al menos durante unos minutos.”

“Es muy amable de su parte ofrecerlo, señor, pero no podría hacerlo. Nos las arreglaremos bastante bien.”

“Tonterías, hombre.” Thorn ignoró la mirada que Felicity le lanzó. “Todos hemos visto las desafortunadas consecuencias de que alguien intente manejar caballos cuando no tiene el ingenio adecuado. Dudo que Lady Lyte quisiera que su excelente carruaje aterrizara en medio de algún río.”

“Bueno, por supuesto que no...” Ella farfulló.

Thorn sonrió. “Ahí, ¿ves? Eso es prácticamente una orden de tu señora. Tú y Ned nos harían un favor si ocuparan nuestros lugares, en esa caja tapada, para que podamos tomar un poco de aire fresco y sol.”

“Supongo que, dicho así, señor...” El cochero subió a bordo, mientras Ned mantenía la puerta del carruaje abierta para Thorn y Felicity.

Estaban a una milla o más de camino a Tewkesbury, cuando ella finalmente preguntó: “¿qué te ha pasado? ¿Ofrecerte intercambiar lugar con mi cochero para que pueda dormir en medio de un viaje? ¡Nunca había oído hablar de algo tan ridículo!”

“¿Qué tiene de ridículo? Esos hombres me salvaron la vida, Felicity. Solo porque sean sirvientes no significa que no merezcan nuestra consideración.”

Consciente de que su voz se hacía más fuerte y su tono se agudizaba, Thorn se preguntó por qué esto le importaba tanto. Se dio cuenta de que tenía que ver con algo más que el lacayo y el conductor. Esto se refería a las personas por lo que eran, más que por lo que poseían o hacían para ganarse la vida.

Él la miró a los ojos e hizo un esfuerzo consciente por moderar su tono. “Cuando ya no puedes permitirte el lujo de emplear tantos sirvientes, a los que estabas acostumbrado, pronto aprendes a apreciar todo lo que han hecho por ti. ¿A alguno de nosotros le haría algún daño conducir tu carruaje, unas cuantas millas, como si fuera una multa? ¿En un día primaveral?”

Otra dama de fortuna podría haber descartado la idea de plano, pero Felicity pareció prestar atención a lo que él estaba diciendo, tal vez incluso al significado más profundo de sus palabras.

“Supongo que no sería tan diferente de conducir por Sydney Gardens en un faetón.”

En ese momento, un rayo de sol penetró por la ventana del carruaje, haciendo que las diminutas motas de polvo brillaran como puntos de oro. Un rayo de esperanza también resplandeció en el corazón de Thorn, dorando la cálida sonrisa que dirigió a Felicity. “¡Grandioso! Será una broma, ya lo verás.”

Una de sus finas cejas oscuras se arqueó en una mirada dudosa. “Muy bien, entonces. Con una condición.”

Ahora fue el turno de Thorn de alzar las cejas.

“Quiero saber más sobre Barnhill,” expresó Felicity. “Sobre crecer allí con tus hermanas, y los veranos en los que Merritt Temple venía de la escuela contigo durante las vacaciones.”

“Esa no es una gran condición.” Thorn se recostó en la esquina de su asiento y estiró las piernas. “Estaré encantado de contarte una historia completa, aunque te advierto que no soy un narrador tan divertido como Ivy.”

“Eso no es todo.” Felicity se puso más cómoda en el asiento frente a él, levantando los pies para descansar sobre sus botas de montar extendidas. “Quiero escuchar todo sobre el segundo noviazgo de tu hermana con su futuro esposo. ¿Qué tipo de pequeño empujón les dieron Ivy y tú hacia el altar?”

“Muy bien, también te contaré todo sobre eso.” Su petición despertó una imagen curiosa en su mente. Antes de que pudiera pensar mejor en ello, Thorn continuó: “¿seré como la novia del sultán en las historias de *Las mil y una noches*? Mientras siga divirtiéndote con historias, ¿me mantendrás cerca?”

La expresión que apareció, en el rostro de ella, le hizo desear poder retractarse de la broma incómoda, que se había acercado demasiado a sus verdaderos sentimientos. Sus ojos parecían contener una mezcla conflictiva de aprensión y anhelo melancólico. ¿O solo le apetecía un reflejo de sus propias emociones enredadas?

Antes de que pudiera balbucear una disculpa, ella lo confundió con una sonrisita coqueta. “Nunca se sabe. Quizás podrías hacerlo.”

Sus pensamientos bullían con las implicaciones de lo que ella acababa de decir, aunque tal vez se estaba engañando a sí mismo y eso no era nada más que una pequeña broma.

De todos modos, no pudo evitar que una sonrisa tonta se extendiera por su rostro. “Será mejor que empiece entonces, ¿no? Hmm... ¿Qué puedo decirte sobre Barnhill? Es muy antiguo, pero no muy grandioso. Los Greenwood han vivido allí desde tiempos inmemoriales.”

“Cerca hay un buen bosque de hayas, de donde probablemente procede el nombre de la familia.”

Si seguía a este ritmo, podría adormecer a Felicity, en lugar de inducirla a continuar en su compañía. Thorn saqueó su memoria en busca de cualquier curiosidad sobre Barnhill que pudiera despertar su interés.

“Un arroyo atraviesa la finca para desembocar en el Ouse. Cuando Merritt venía a quedarse con nosotros en los veranos, él y yo solíamos pescar y nadar allí. Una vez, Ivy retó a Rosemary a espiarnos para ver si llevábamos nuestros calzones en el agua.”

“¿Acaso tú?” Un animado desafío brilló en los ojos de Felicity.

“¡Por supuesto que no!” Thorn empezó a reírse. “Rosemary pagó por su curiosidad carnal cuando perdió el equilibrio y cayó colina abajo hacia el agua.”

“Si conocieras a mi hermana, especialmente como era entonces.” Él sacudió la cabeza. “Muy hermosa y elegante, sin mencionar demasiado consciente de su dignidad. ¡Ojalá la hubieras visto dando vueltas por la orilla del río y luego sumergiéndose en el agua!”

“¡Pobre niña!” Gritó Felicity, mientras la risa de Thorn cobraba impulso. “¿Estaba herida?”

“Solo su vanidad.” Thorn jadeó. “Pero, eso requirió un terrible golpe. Todo su cabello perfectamente rizado quedó empapado y desaliñado, alrededor de su cara, y su vestido estaba hecho una ruina. Es un milagro que Merritt y yo no nos ahogáramos. Nos reíamos tanto que seguíamos cayendo al agua. Rosemary se fue con la nariz en alto y se negó a hablar con ninguno de los dos durante una semana después.”

“Habría tardado quince días,” insistió Felicity, aunque parecía más divertida que indignada por Rosemary. “¿Qué más hacías para entretenerte en los veranos, además de retozar desnudo en el arroyo y reírte de las desgracias de tu pobre hermana?”

“Déjame pensar. Partidos de Battledore o volantes cuando el viento estaba en calma. Ivy y yo jugábamos contra Merritt y Rosemary. A veces preparábamos el almuerzo y nos íbamos a recoger bayas. Juegos interminables de cartas y partidos de ajedrez, en los días lluviosos, o cada uno acurrucado con un libro en la sala de estar, leyendo los mejores fragmentos en voz alta.”

Con un sobresalto, Thorn salió de sus recuerdos. “Debe sonar completamente tedioso.”

Felicity negó con la cabeza. “Para nada. Habría dado casi cualquier cosa por ser parte de tales acontecimientos cuando tenía esa edad. Dime, ¿alguna vez fuiste a fiestas?”

“De vez en cuando, mis hermanas nos convencieron para que las acompañáramos al salón de asambleas en Lathbury. Y recuerdo que Sir Edward Faversham organizó una gran fiesta en Heartsease, durante un año.”

“¿ Heartsease?”

“Una gran propiedad no lejos de Barnhill. Después de la muerte de Sir Edward, el lugar pasó a manos de un pariente lejano suyo que lo puso en venta.”

La voz de Thorn se apagó. Por muy feliz que se sintiera cuando Merritt Temple llegó a Lathbury y compró Heartsease, le entristeció ver esta propiedad desaparecer de la familia Faversham.

¿Podría sucederle lo mismo a Barnhill algún día, si no tuviera hijos que heredaran el viejo y querido lugar?

Capítulo doce

“Hay algo que todavía no entiendo,” resaltó Felicity, un rato después de que ella y Thorn ocuparan el lugar habitual de su cochero. “¿Cómo llegó tu cuñado a poseer una propiedad tan grande como Heartsease? Pensé que habías dicho que no tenía fortuna.”

“No la había tenido cuando éramos jóvenes.” Thorn mantuvo la mirada fija en los caballos y en el camino que tenían ante ellos. “Al menos no contaba con mucho. Tenía apenas lo suficiente para pagar sus estudios y adquirir una modesta residencia. Sin embargo, mi viejo amigo regresó de su estancia en España con el ejército del general Wellington, algo así como un héroe. Como resultado de su fama, llamó la atención de...”

Por un instante, la vacilación de Thorn desconcertó a Felicity. Entonces ella entendió. “¿Una dama de fortuna? ¿Tu amigo se casó con una heredera?”

Thorn asintió.

“Qué lástima.” El estómago de ella se apretó. “Me gustó bastante el sonido del señor Temple... hasta ahora.”

“Merritt no se casó con la mujer por su fortuna, si eso es lo que supones.” Las manos de Thorn apretaron las riendas. “Él la amaba, o pensó que sí... al principio.”

Un carruaje del correo real los alcanzó justo a ellos, con gran estrépito. Debía haber llegado con retraso, porque el cochero de librea granate no escatimó en su látigo. Dos jóvenes, que ocupaban los lugares más baratos en el exterior del vehículo, lanzaron miradas curiosas a Felicity, sentada en el asiento del conductor de su carruaje. Apenas resistió la tentación infantil de sacarles la lengua.

El coche del correo finalmente obtuvo una ventaja suficiente para que él pudiera oír a Felicity. “Supongo que la primera señora Temple no cumplió con las expectativas de tu amigo.”

Cuando el amor muere en un matrimonio, ninguna cantidad de dinero puede proporcionar un remedio. A diferencia de la primera esposa de Merritt Temple, al menos ella había sobrevivido a su matrimonio para reclamar su independencia. La idea de haber ido a la tumba, sin que su marido la hubiera llorado, y luego hacer que él usara su fortuna para atraer una segunda esposa hizo que el ánimo de Felicity se hundiera y su temperamento se elevara.

Siguieron cabalgando durante un rato, un silencio incómodo se hizo entre ellos hasta que finalmente Thorn lo rompió.

“La verdad es que Merritt no cumplió con las expectativas de su esposa. Nunca ha dicho una mala palabra sobre la primera señora Temple en mi presencia, pero Rosemary ha dejado escapar algún comentario extraño. Y conozco a mi amigo lo suficientemente bien como para adivinar cómo debe haber sido su primer matrimonio.”

“¿Y cómo crees que debió haber sido?” Su pregunta salió en un tono más agudo de lo que Felicity había pretendido.

Thorn se encogió de hombros y dirigió una mirada fugaz hacia ella. “La señora supuso que lo había comprado. Por su fama, supongo, y tal vez por su apariencia. De un joven mal alimentado, Merritt había madurado hasta convertirse en un hombre bastante apuesto. Su esposa probablemente pensó que tenía derecho a ordenarle como un sirviente o una especie de perro faldero.”

Si Thorn se hubiera dado vuelta y la hubiera azotado con el látigo del cochero, que ni una sola vez había tocado a los caballos, Felicity no habría podido recibir un corte más profundo.

Ella nunca había tratado a Percy como pudo haberlo hecho la esposa de Merritt Temple. Pero, ¿había actuado así?

¿Thorn creía que ella se comportaría con él de esa manera prepotente, si era lo suficientemente tonto como para casarse con ella?

Apretándose más la capa, Felicity contempló la campiña de Midland, donde los límites de los condados de Shropshire, Worcestershire y Staffordshire se confundían irremediablemente.

Estaba casi tan confusa como sus emociones.

“La desigualdad de la fortuna puede suponer una grave tensión para el matrimonio,” ella musitó.

¿Estaba tratando de excusar sus acciones pasadas, o de advertir a Thorn y a ella misma que no coquetearan con fantasías peligrosas? Felicity apenas lo sabía.

Los hombros de Thorn parecieron caer uno o dos grados, ¿o solo lo había imaginado? “Merritt le dijo a Rosemary lo mismo, cuando regresó por primera vez a Lathbury con su hijo pequeño, después de la muerte de su esposa.”

Esas palabras dieron paso a una risa irónica: el último sonido que Felicity había esperado escuchar de Thorn en ese momento. “El pobre tipo casi arruinó sus posibilidades con mi hermana en ese mismo momento. No tenía idea de cómo había caído nuestra fortuna en los últimos años, y Rosemary era demasiado orgullosa para decírselo. Cuando finalmente se enteró, Merritt asumió lo peor: que ella le había ocultado la verdad intencionalmente, mientras ella lo perseguía por la fortuna que había heredado.”

“¡Que horrible!” El corazón de Felicity se llenó de simpatía tanto por Merritt como por Rosemary. En cualquiera de sus lugares, ella podría haber actuado o creído exactamente lo mismo que ellos.

“Guardar secretos es un mal negocio,” expuso Thorn. “Especialmente de los seres queridos. De alguna manera, lo que la persona intenta ocultar siempre sale a la luz en el peor momento posible. Entonces la situación es diez veces peor que antes.”

Todo el aire pareció salir de los pulmones de Felicity, como si hubiera sido golpeada por la rama baja de un árbol. Por un momento temió caerse del carruaje.

¿Cómo reaccionaría Thorn si descubriera el secreto que ella había estado luchando por ocultarle?

Eso no era difícil de adivinar. La despreciaría por engañarlo, pero eso no le impediría insistir en que se casaran, por el bien de la respetabilidad y el deber. Como motivos para una unión duradera, ellos estarían tan desesperados como el intercambio de riqueza por fama o título, que ella y Merritt Temple habían soportado en sus primeros matrimonios.

Debió haber dado alguna señal sutil de su angustia porque Thorn se pasó las riendas del carruaje a su mano izquierda, y luego deslizó su brazo derecho alrededor de sus hombros.

“¿Pasa algo?” Él la mantuvo firme tanto con su agarre como con su tono de cariñosa preocupación. “Sé que la altura y el movimiento pueden causar mareos. ¿Debo detenerme y dejar que el conductor tome el control nuevamente?”

“Estoy bien,” insistió Felicity, rezando para sonar sincera. “Solo pensé en lo terrible que fue para el señor Temple y su hermana. ¿Cómo resultó todo al final?”

“De hecho, tuve algo que ver en eso.” Thorn tiró de las riendas para frenar a los caballos, mientras se acercaban a una aldea. “El pensamiento más tortuoso que he tenido en toda mi vida.”

Sonaba conmovedoramente orgulloso de sí mismo. “Sabía que ni Merritt, ni Rosemary podían soportar la más mínima sospecha de que ella se había casado con él por su fortuna, así que le sugerí que fingiera haber perdido su dinero en malas inversiones.”

“Eso fue retorcido.” Hace una semana, Felicity no le habría creído capaz de idear semejante plan. Pero desde la noche en que él irrumpió en su casa en busca de Ivy, Thorn Greenwood había demostrado ser un hombre de profundidades ocultas. “¿Tu hermana le creyó?”

“¿Por qué dudarías después de lo que pasó con nuestro padre?” Thorn le dedicó a Felicity una rápida mirada de reojo. “Tal como esperaba, la fingida pérdida de fortuna de Merritt no hizo nada para disminuir los sentimientos de Rosemary por él. Se casaron poco después, y han sido tan felices desde entonces que sentiría mucha envidia si no los amara tanto a ambos.”

El anhelo melancólico en la voz de Thorn hizo eco de uno que carcomía el corazón de Felicity.

“¿Y qué dijo Rosemary, cuando descubrió que su marido le había mentado acerca de perder su dinero?” Preguntó Felicity. “¿No fue eso tan malo como que ella guardara el secreto del revés financiero de tu familia?”

“Quizás.” Él lo consideró por un momento. “Es posible que Rosemary haya decidido que el inocente engaño de Merritt los igualaba. Supongo que ella lo perdonó más fácilmente.”

La sonrisa tímida de Thorn maduró hasta convertirse en una más bien diabólica. “O tal vez fue porque él le dijo la verdad, justo después de haberle hecho el amor en su noche de bodas.”

“¿En efecto?” Felicity se encontró riendo, aunque un escalofrío de inquietud la recorrió en el mismo instante. ¿Había algo que no podría perdonar a Thorn, si él le preguntaba, mientras disfrutaba de las maravillosas consecuencias de su pasión compartida?

Medio en broma, preguntó: “¿qué pasaría si te dijera que he perdido mi fortuna?”

Thorn recibió su pregunta con una carcajada. Pero después de un momento de reflexión, su respuesta sonó tan solemne y sincera como Felicity jamás había escuchado. “Respondería lo que Rosemary le dijo a Merritt y con la misma verdad. Para mí eso no haría ninguna diferencia.”

Esto lo dijo fácilmente dadas las circunstancias. Pero cuánto deseaba creerle a él.

“Espera,” expresó Thorn. “Permíteme enmendar eso. Haría una diferencia. Te preferiría sin una gran fortuna porque entonces podrías estar segura de que mis sentimientos son genuinos. Y no habría odiosos chismes acerca de que te quiero por tu dinero, o que tuviste que comprar a un marido.”

Él hizo que la calamidad de perder su fortuna pareciera casi atractiva. Excepto que también significaría la pérdida de su independencia ganada con tanto esfuerzo. Felicity no podía soportar la idea de renunciar a eso.

“¿Y si te dijera que el asunto de mi esterilidad fue todo un error y que, después de todo, soy bastante capaz de tener hijos?”

En el instante en que esas palabras salieron de sus labios, Felicity deseó poder retractarse. La pregunta pareció plantearse en contra de su voluntad. “¿Eso haría alguna diferencia para ti?”

Ella contuvo la respiración, mientras esperaba la respuesta de Thorn. Si tan solo no le importara tanto...

“Me gustaría poder asegurarte lo contrario.” Su brazo la rodeó con más fuerza por un instante y luego lo retiró para agarrar las riendas con mayor seguridad. “Pero creo que eso marcaría la diferencia.”

Para Felicity, sintió como si su corazón se hubiera caído, bajo las ruedas del carruaje, y hubiera sido aplastado contra la superficie inflexible del camino.

Estaba muy bien que Thorn predicara sobre la locura de guardar secretos, como si su conciencia no le preocupara ya lo suficiente. Incluso dejando de lado toda la desagradable cuestión de la fortuna, a ella nunca se le ocurriría casarse con otro hombre que la valorara solo

como una yegua de cría con la que engendrar descendencia.

Ni siquiera si su descendencia estuviera creciendo en su vientre, en ese mismo momento.

* * *

Él la había lastimado.

No es que fuera fácil saberlo porque ella no hizo pucheros ni languideció. En lugar de eso, Felicity se puso una máscara de diversión burlona, manteniendo constantes bromas sobre sus conocidos mutuos en Bath. Si no la conociera, Thorn habría pensado que estaba conversando con Weston St. Just.

A primera hora de la tarde, ellos se detuvieron en Wolverhampton para cuidar los caballos, después de lo cual el señor Hixon y el joven lacayo volvieron a sus puestos, con un aspecto algo mejor para la siesta. Thorn y Felicity habían regresado a la relativa comodidad y tranquilidad del carruaje para el último tramo de su viaje a Trentwell.

Thorn había empezado a contar otra historia sobre las escapadas de él, Merritt, Rosemary e Ivy durante sus veranos en Barnhill, pero Felicity se apresuró a distraerlo, hablándole de Bath.

No podía escapar de la sensación de que ella lo estaba empujando hacia atrás, después de haber cometido el error de permitirle acercarse demasiado. El sutil rechazo le dolió al principio, incluso cuando se encontró riéndose de sus bromas agrias.

Sin embargo, poco a poco, él empezó a prestar menos atención a sus palabras, aparte de asentir o reírse, cuando Felicity parecía esperarlo. En cambio, bebió de: el brillo de sus ojos, el rico y oscuro resplandor de su cabello y la forma en que sostenía la cabeza, cuando hablaba, y la manera elegante en que movía las manos para enfatizar lo que decía.

Cada uno de estos gestos lo conmovió con una afectuosa familiaridad, que había crecido a lo largo de las semanas, desde que comenzaron a ser compañeros. También se perturbó con una dulce tristeza, cuando se dio cuenta de que pronto todo esto podría no ser más que recuerdos esquivos, que se escaparían de su memoria, cuanto más intentara retenerlos.

Hace una semana, la conducta de ella podría haberlo engañado. Pero el tiempo y las confidencias, que habían compartido desde que emprendieron este viaje, le dieron una nueva visión. Lo que él había dicho, sobre que su esterilidad marcaba la diferencia, la había herido de alguna manera. Ahora, ella estaba creando una distracción para cubrir su retirada y no podía arriesgarse a acercársele lo suficiente como para asestar otro golpe.

“¿Me equivoqué al decirte la verdad?” Thorn quiso protestar.

Otro hombre podría haberla tranquilizado con una evasión diplomática o una mentira descarada. Él nunca había dominado el don del engaño. Además, se preocupaba demasiado por Felicity como para ofrecerle algo más que la verdad.

Quería tener hijos propios. No como peones dinásticos ni para continuar con el apellido familiar, sino para criar y amar. Para infundir su vida práctica y cotidiana con esas maravillas únicas.

Tal como fueron sus hermanas en sus años más jóvenes, solo que esto sería mejor. Por esta vez, él aceptaría su responsabilidad hacia ellos, desde el momento en que nacieran, e incluso antes, en lugar de que se lo impusieran. Estaría listo para nutrirlos y guiarlos, según lo necesitaran, sin preocuparse por tratar de crecer él mismo.

Si fuera posible intercambiar la fortuna de Felicity por la oportunidad de tener hijos con ella, Thorn sabía que lo haría sin pensarlo dos veces. Desafortunadamente, algunas cosas en la vida eran demasiado preciosas para comprarlas.

Esa era uno de estas.

“Me pareció una historia muy divertida.” La voz de Felicity interrumpió las reflexiones melancólicas de Thorn. “Quizás lo dije mal.”

“No del todo.” Él luchó por recordar acerca de lo que había estado hablando. “Siempre tienes una manera ingeniosa de decir las cosas.”

“Uno nunca lo sabría por la expresión de dolor en tu rostro.” El conjunto de sus rasgos y su tono aireado indicaban que ella solo estaba burlándose de él, pero un rastro de tensión alrededor de sus ojos sugería algo más.

Thorn se encogió de hombros. “No tengo tu talento para enmascarar mis verdaderos sentimientos.”

“¿Enmascarar mis sentimientos?” Sus ojos se abrieron, mientras su sonrisa se tensaba. “No tengo idea de qué estás hablando.”

“Por supuesto que sí.” Thorn se encorvó hacia delante hasta que sus codos descansaron sobre las rodillas. “Aunque tal vez sea imprudente de mi parte mencionarlo. No pretendo sentirme afligido. Quizás arrepentido.”

“Ah, te arrepientes.” Felicity atrapó su fascinante labio inferior, entre sus dientes, por un momento. En ese instante, su máscara se desmoronó como una cáscara de huevo y se cayó. “¿Quién de nosotros no se arrepiente?”

“¿Te arrepientes de haber salido con un tipo aburrido y desafortunado, que se niega a mantener una distancia permitida, y no puede reconocer cuando una aventura pasajera ha durado demasiado para ti?” Sin recriminación, repitió las mordaces palabras que ella le había lanzado la noche anterior, como una curiosa especie de oferta de paz.

Ella hizo un valiente esfuerzo para reparar su máscara y volver a colocarla en su lugar. Tal vez su mirada suave y firme le dijo que era inútil que de todos modos solo pudiera ver a través de eso.

“Nunca me arrepentiré de lo que hemos compartido.” Felicity se le adelantó para descansar sus dedos sobre su mano cruzada. “Lamento lo que te dije anoche. Y lamento mucho haber dado la impresión de que no quiero estar más contigo.”

Su mano se cerró sobre la de él, en una caricia trémula y, por alguna extraña intuición, Thorn supo que la verdad le resultaba tan dura como el engaño. “No te culparía por arrepentirte de haberte juntado con una heredera malcriada, demasiado egoísta para preocuparse por los sentimientos de nadie más que los suyos propios.”

“No eres egoísta.” Thorn negó con la cabeza. “Para protegerme a mí mismo, tal vez.”

“¿Crees eso?” Ella lo miró con una mirada vulnerable, la cual hizo que Thorn deseara estrecharla entre sus brazos. “Supongo que es posible. Desde que tengo uso de razón, he sentido la necesidad de protegerme.”

Su voz se convirtió en un susurro, como si la verdad de lo que decía la asustara. “A menudo de las personas más cercanas a mí.”

“Nunca de mí, Felicity.”

De repente, ella se apartó de él, soltando un breve tintineo de risa, que a Thorn le recordó un viento invernal entre las ramas de los árboles cargadas de carámbanos.

“Tú más que nadie, Thorn Greenwood. Me entiendes demasiado bien, lo que hace que sea más difícil protegerme de ti. Y persistes en hacer que me preocupe más por ti cada día que pasa.”

Nunca lo había creído con la certeza que ahora arraigaba en su corazón. Esa comprensión sacudió a Thorn y lo dejó sin palabras.

“No me arrepiento de lo que hemos compartido,” repitió Felicity las palabras, como si la

alegraran y la aterrorizaran al mismo tiempo. “Pero, me temo que podría llegar a arrepentirme mucho si no tengo cuidado.”

Antes de que Thorn pudiera pronunciar alguna palabra tranquilizadora, el carruaje redujo la velocidad y giró bruscamente a la derecha.

“Ese es el camino a Trentwell.” Con evidente esfuerzo, Felicity volvió a adoptar el comportamiento sereno y encantador de Lady Lyte. “Creo que en otra media hora estaremos allí.”

Ella miró por la ventana, tal vez para distraerse o recomponerse. “¿Ves ese bosque? Es parte de Cannock Chase. Percy solía cazar aquí a menudo.”

Thorn lanzó una mirada ausente hacia la amplia extensión del bosque de hayas. Intentó recordar un comentario que Weston St. Just había hecho poco después de presentarle a Felicity. Algo sobre que su marido había sido asesinado mientras cabalgaba... o cazaba. “¿*Percy Lyte murió aquí en Cannock Chase?*”

“Tengo muchas ganas de dormir en mi propia cama esta noche.” Felicity se estiró y bostezó. “Sin mencionar el disfrute de todas las demás comodidades de un hogar bien administrado.”

“Ciertamente.” Thorn no se hacía ilusiones de que la cama más lujosa del reino le proporcionaría las tranquilas horas de descanso, que había saboreado la noche anterior, en esa pequeña posada en las afueras de Gloucester.

A menos que pudiera volver a tener a Felicity en sus brazos, lo cual no parecía probable.

“Tú y tu hermana pueden quedarse uno o dos días antes de regresar a Bath.” Felicity no apartó los ojos de Cannock Chase, mientras le ofrecía esta elegante, pero forzada invitación. “Y puedes elegir el equipo que quieras en las caballerizas para tu viaje.”

Quería deshacerse de él y cuanto antes mejor. Thorn se esforzó por tener presente la vulnerable admisión de Felicity de hace solo unos momentos: que necesitaba protegerse de su creciente afecto por él.

Frente a la distante belleza, que hablaba de manera tan casual sobre su inminente separación, le resultó más fácil creer que ella simplemente se había cansado de su compañía.

“¿Tú y tu sobrino no regresarán a Bath?” Preguntó. “Podemos ahorrarnos muchas molestias si viajamos todos juntos.”

La nariz de Felicity se arrugó en una expresión de disgusto. “Me temo que eso podría resultar increíblemente incómodo. Además, no queda mucho de la temporada. Creo que permaneceré en Trentwell.”

Estaba claro que no quería correr el riesgo de toparse con él, en Sydney Gardens o en Upper Assembly Rooms, durante las próximas semanas.

Aunque carecía de la habilidad de Felicity para actuar con indiferencia, Thorn hizo un esfuerzo por no mostrar su consternación. “En ese caso, si encontramos a Ivy y a tu sobrino en Trentwell, creo que sería mejor que ella y yo nos fuéramos de inmediato. Probablemente, podríamos llegar hasta Wolverhampton antes del anochecer.”

¿Fue solo su ilusión o el rostro de Felicity de repente se puso pálido?

Thorn se sintió obligado a dar explicaciones. “Dada la forma en que nos han eludido, una y otra vez, no me sorprendería que ese par se escapara de Trentwell durante la noche, si Ivy y yo nos quedáramos.”

“Entiendo tu argumento.”

“Gracias por la oferta de un carruaje.” En verdad, le irritaría muchísimo aceptar su caridad. “Pero preferiría contratar al conductor que ha estado llevando a Ivy y Oliver. Puede que

tampoco regresemos a Bath, sino que vayamos directamente a casa, a Lathbury. Ivy probablemente estaría mejor bajo la supervisión de Rosemary, y hay menos posibilidades de que haya chismes. Fuera de la vista, fuera de la mente y todo eso.”

“Muy sensato de tu parte.” La expresión de Felicity se suavizó. “Como siempre.”

Aunque sabía que lo había dicho con amabilidad, Thorn aún así se estremeció. Una parte de él anhelaba abandonar la sensibilidad, la respetabilidad y todas esas otras tediosas virtudes. Pero, ¿se atrevía a correr el riesgo de volverse como su padre?

Nunca lo haría.

“No es muy sensato hablar como si encontrar a Ivy y Oliver en Trentwell fuera una conclusión inevitable.” Thorn sabía que sonaba severo y pedante, pero eso no le importaba. Se mostraría *sensible* a Lady Lyte... con su venganza. “Deberíamos planificar alguna contingencia, en caso de que nunca lleguen, o estuvieron allí y se hayan ido.”

En lo profundo de su corazón, un absurdo brote de esperanza surgió. Si él y Felicity se vieran obligados a continuar su viaje, tal vez todos los obstáculos que se interponían entre ellos mágicamente caerían en el camino con cada milla que viajaran hacia el norte.

“Eso no es posible.” Las palabras de Felicity hicieron eco del duro veredicto de la razón de Thorn. Entonces, él se dio cuenta de que ella estaba hablando de Ivy y Oliver. “Deben estar allí. Oliver nunca pasaría tan cerca de Trentwell sin detenerse. Espero que estén tan ansiosos, como nosotros, por descansar y comer como es debido. Más aún, quizás, si han estado viajando a horas intempestivas y alojándose solo en las posadas más baratas.”

“Espero que tengas razón,” mintió Thorn.

A pesar de todos los inconvenientes, la incomodidad y la agitación de los últimos tres días, preferiría enfrentar muchos más de lo mismo, que despedirse de Felicity y que ella saliera de su vida para siempre.

Oliver Armitage era un joven inteligente. Si tuviera algún indicio de que los estaban persiguiendo a él y a Ivy, como seguramente debía tenerlos, la propiedad de su tía sería el último lugar donde se arriesgaría a detenerse.

Eso se dijo Thorn, mientras vislumbraba una magnífica mansión gris plateada a lo lejos, enclavada entre enormes robles. El carruaje redujo aún más la velocidad y giró hacia una avenida larga y ancha, bordeada, a ambos lados, por hileras de altos olmos arqueados.

No era de extrañar que Sir Percy Lyte hubiera tenido que casarse con una de las herederas más ricas del país para mantener este lugar, reconoció Thorn, mientras inspeccionaba los terrenos impecablemente cuidados y la fuente de mármol de los cisnes en el patio delantero. Los ingresos de la finca y otros similares apenas harían mella en el ruinoso mantenimiento de Trentwell.

Cuando el carruaje se detuvo ante el majestuoso pórtico de ocho columnas que daba a la enorme casa, Thorn se dio cuenta de que se le había aflojado la mandíbula, lo que le permitió abrir la boca.

La cerró de nuevo con tal fuerza salvaje que le castañetearon los dientes.

Un lacayo de mediana edad, con peluca y librea, abrió la puerta del carruaje. “Lady Lyte, ¡qué agradable sorpresa!”

“Gracias, Dunstan.” Felicity desestimó el saludo del sirviente con el elegante movimiento de una mano enguantada. “Dime, ¿has visto algo de mi sobrino en el último día?”

“¡No, no, no!” Esa palabra sonó como un tatuaje insistente dentro del cráneo de Thorn.

Incluso con el vasto edificio de Trentwell, añadido a todas las demás barreras entre él y Felicity, Thorn se aferraba a la ridícula ilusión de que unos días más en su compañía podrían marcar la diferencia.

“¿El amo Oliver?” Exclamó el lacayo en un tono cordial que resonó en los oídos de Thorn como la sentencia de muerte de sus tontas esperanzas. “Llegó esta mañana con su joven dama, señora. Creo que en este momento están dando un paseo por el terreno con el amo Rupert.”

“¡Qué suerte!” Respondió Felicity, mientras el sirviente la ayudaba a bajar del carruaje. “Estábamos muy ansiosos por alcanzarlos.”

Una tirantez lastimera en su voz contradecía su declaración descuidada. O tal vez Thorn conjuró eso desde el oscuro y asfixiante abismo de su corazón.

Sin esperar ayuda de los sirvientes de Lady Lyte, bajó del carruaje y caminó hacia la fina fuente de mármol. Allí fingió inspeccionar un trío de cisnes, exquisitamente tallados, que arrojaban agua por sus picos formando elegantes arcos.

A diferencia de Felicity, necesitaba algo de tiempo y esfuerzo para fabricar una máscara de alegre indiferencia con la que pudiera cubrir su absoluta desesperación.

Capítulo trece

Por un momento, las palabras del lacayo se negaron a tener sentido para Felicity. Había esperado encontrar a Oliver e Ivy aquí. Se había advertido repetidas veces sobre la necesidad de distanciarse de Thorn Greenwood, mientras aún tuviera alguna opción en el asunto. De todos modos, la noticia de que su sobrino y la hermana de Thorn estaban paseando por los terrenos de Trentwell no le produjo ni la satisfacción, ni el alivio que esperaba.

“Avísame en el momento en que el amo Oliver y la señorita Greenwood regresen a la casa, Dunstan. Y asegúrate de que el dueño del establo sepa que mi sobrino no debe llevarse ninguno de los caballos sin mi permiso.”

“¿Ni siquiera el equipo contratado con el que vino, señora?”

“Especialmente ese.” Felicity miró a su alrededor en busca de Thorn y lo encontró contemplando la fuente de los cisnes. “Asegúrate de que me avisen de inmediato, si el amo Oliver intenta hacer algo por el estilo.”

“Muy bien, señora.” Dunstan se apresuró a cumplir sus órdenes.

“Lady Lyte, señora,” Ned la llamó desde el maletero del carruaje, “¿debo bajar su equipaje?”

Una aguda respuesta surgió de los labios de Felicity. Por supuesto, su equipaje debería entrar. Incluso si no hubiera encontrado a Oliver en Trentwell, no habría salido tras él hasta haber disfrutado de al menos dos buenas comidas y una noche de sueño reparador.

Antes de que Felicity pudiera decir algo, el joven lacayo ahogó un bostezo.

Las palabras de Thorn resonaron en su mente tan claramente, como si él hubiera estado a su lado y las hubiera repetido.

“Solo porque sean sirvientes no significa que no merezcan nuestra consideración.”

Y seguidamente, pensando en Merritt Temple. *“Su esposa probablemente pensó que tenía derecho a ordenarle como un sirviente.”*

Felicity levantó la vista y encontró a Ned esperando pacientemente sus órdenes.

“Me gustaría que trajeran mi maleta, gracias,” expresó. “Una vez hecho esto, usted y el señor Hixon deben ir a la cocina y decirle a la cocinera que quiero que les prepare un buen té.”

Por encima del techo del carruaje, el cochero y el lacayo intercambiaron amplias sonrisas.

“Muy bien, señora,” ellos respondieron al unísono.

Con un gesto de reconocimiento, Felicity se alejó del carruaje y caminó tranquilamente hacia la fuente con un aplomo cuidadosamente cultivado.

“Hermosos, ¿no?” Mantuvo sus ojos fijos en los tres cisnes, en el centro de la fuente, pero los mismos querían desviarse hacia el nítido perfil de Thorn. “El bisabuelo de Percy trajo a un escultor famoso desde Italia para tallarlos.”

“Hábilmente hecho, por cierto,” asintió Thorn, aunque en un tono algo ausente, como si sus pensamientos estuvieran ocupados en otra cosa.

Felicity sintió la necesidad de captar toda su atención, pero se reprendió a sí misma, diciendo que era inútil.

“El escultor tardó bastante.” Forzó un tono brillante y animado, bastante opuesto a cómo se sentía. “Se quedó y se quedó hasta que el abuelo de Percy amenazó con no pagarle, diciendo que el tipo había recibido alojamiento y comida gratis el tiempo suficiente para igualar una rica tarifa por sus servicios. Al menos esa es la historia que me contaron cuando llegué por primera

vez a Trentwell.”

No pudo resistir una breve mirada para ver si Thorn le estaba prestando atención. Cuando vio su firme vista sobre ella, el ánimo de Felicity saltó de una manera vertiginosa, lo cual no tenía por qué suceder.

“¿Qué pasó después?” Él preguntó. “¿El escultor terminó el trabajo?”

“Se fue a la mañana siguiente.” Felicity saboreó la atrevida conclusión de la historia. “Y la hija mayor del señor con él.”

“Bien, bien.” Thorn hizo una mueca irónica. “He oído hablar de gente que paga grandes sumas de dinero por obras de arte... ¿pero una hija? Eso es muy caro.”

Felicity podía imaginarlo todo. La dama y su amante se encontraron en citas secretas por la finca. ¡Vaya! Había docenas de lugares en los vastos terrenos de Trentwell que serían lugares picantes para interludios románticos.

Y ella misma empezó a imaginarse haciendo el amor con Thorn, en algunos de esos lugares.

“Entremos.” Su ansiedad por distraerse de tales pensamientos hizo que las palabras salieran de ella. “Podemos tomar un refrigerio, mientras esperamos que Oliver e Ivy regresen de su paseo por el jardín.”

Más imágenes surgieron en su mente. De la tía abuela de Percy retorciéndose las manos, mientras se acercaba el día de la partida de su amante. Quizás el escultor le había rogado que se fuera con él. Qué desgarrada debe haber estado al dejar atrás a su familia y una vida de privilegios restrictivos, por un futuro libre, pero incierto, con el extraño al que había llegado a amar.

“Bueno, Lady Lyte... ¿vienes?”

Salió de su imaginación y encontró a Thorn varios pasos delante de ella.

“Sí, claro.” Ella pasó junto a él, justo cuando una pequeña gota de lluvia cayó sobre su cuello. “Será mejor que entremos antes de que los cielos se abran sobre nosotros.”

Cruzaron el patio y subieron los anchos escalones de mármol, que conducían a la entrada principal. Felicity se quitó los guantes y la capa y se los pasó al lacayo, que esperaba dentro del elevado vestíbulo de entrada ovalado.

“¿Debo enviar a algunos de los encargados del jardín a buscar al amo Oliver y a su dama, señora?” El sirviente preguntó.

Felicity sabía que ella debía dar la orden. Sin embargo, se abstuvo de poner fin a sus últimos momentos privados con Thorn antes. “No hay necesidad de armar un escándalo. Estoy seguro de que regresarán lo suficientemente rápido una vez que la lluvia comience a caer con fuerza.”

El lacayo asintió, reconociendo sus deseos. “¿Hay algo que le gustaría, señora?”

“Efectivamente, lo hay. Té para el señor Greenwood y para mí en la sala de estar del Rajá, por favor.”

“¿Señor Greenwood?” Murmuró el lacayo.

“Sí. El señor Greenwood es el hermano de la joven que mi sobrino trajo con él.” El tono majestuoso de Felicity desafió al sirviente a hacer algo al respecto. “Dígale a la cocinera que se asegure de que la bandeja de té esté bien cargada. Estoy hambrienta y supongo que el señor Greenwood también.”

Cuando el lacayo hizo una reverencia y se retiró escaleras abajo, Felicity volteó hacia Thorn, que miraba a su alrededor con cierto asombro y tal vez un poco de consternación. Esas ciertamente habían sido sus primeras reacciones hacia Trentwell cuando vino aquí como la novia

de Percy.

Ella observó desde la enorme escalera hasta un imponente retrato del bisabuelo de su marido, que miraba con furia a todos los que entraban a su casa. “Bastante imponente, ¿no?”

“Enorme también.” Thorn tragó saliva. “Siempre pensé que Heartsease era un lugar muy grandioso, pero apenas serviría como puerta de entrada de Trentwell. En cuanto al pobre y viejo Barnhill, podrías poner media docena aquí y aún te quedaría mucho espacio de sobra.”

“Eso suena a un tamaño mucho más razonable.” Felicity le indicó con una seña que se dirigiera a la galería sur. “No estoy segura de que alguien realmente sea *dueño* de una casa de esta magnitud. Más bien, la misma es la dueña de ellos.”

Trentwell no iba a poseerla por mucho más tiempo, se prometió a sí misma. Una vez que este asunto con Oliver e Ivy estuviera resuelto, ella encontraría un comprador para esta elegante monstruosidad y luego buscaría un lugar agradable y acogedor en el campo para criar a su hijo, uno lejos de la finca de Thorn en Buckinghamshire.

“Entonces, ¿qué es la sala de estar del Rajá?” Preguntó Thorn, mientras avanzaban por una larga galería con ventanas donde colgaban más retratos de los antepasados de los Lyte.

Felicity se detuvo ante unas puertas dobles abiertas. “Esta es la sala de estar del Rajá. El bisabuelo de Percy hizo su fortuna con la Compañía de las Indias Orientales. Más adelante, importó todo tipo de curiosidades de la India.”

Por eso había elegido tomar el té aquí. La habitación en sí proporcionaría mucho espacio para la conversación, evitando silencios incómodos, que clamaban por estar llenos de palabras que ella no tenía intención de pronunciar.

Thorn la complació, deambulando por la exótica habitación, haciendo preguntas agradables e impersonales sobre las pieles de tigre, que cubrían el respaldo del sofá de palisandro y el delgado gabinete de teca, con estantes abiertos y elaboradas incrustaciones de ébano, los cuales albergaban estatuas de marfil de elefantes y diosas con un gran número de brazos.

“¿Qué pasa con esta canasta en la esquina?” Al fin, él preguntó. “El tejido es muy complejo, pero parece bastante modesto en comparación con todos estos otros tesoros.”

“¡Oh, eso!” Felicity se rió entre dientes y comenzó a relajarse. Estaba tan absorta en su conversación que casi había olvidado lo pronto que Thorn desaparecería de su vida.

“Dicen que el bisabuelo de Percy mantuvo una serpiente viva allí durante años, hasta que mordió a uno de los sirvientes asignados para alimentarla.”

Los ojos de Thorn se abrieron cuando dio un paso atrás de la canasta. “Para una casa mucho más nueva que Barnhill, la misma tiene su cuota de historias coloridas.”

Antes de que Felicity pudiera contar algo más, entró un lacayo con la bandeja del té. La colocó sobre una mesa baja formada por una losa redonda de mármol leonado, que descansaba sobre cuatro elefantes de terracota verde.

A Felicity se le hizo la boca agua, ante los reconfortantes aromas del té y los pasteles de semillas.

A través de las puertas abiertas de la sala de estar, le llamó la atención una oleada de movimiento en la galería sur. Parecía un joven que pasaba corriendo.

Sin perder un segundo, Felicity pasó junto al sirviente y llamó a la persona en la galería: “¿Oliver? Ven aquí ahora mismo, por favor. El señor Greenwood y yo tenemos algunas cosas que deseamos discutir contigo.”

El joven se detuvo bruscamente y luego giró sobre la punta de una de sus pulidas botas de montar.

Por un largo momento, Felicity miró fijamente su rostro, incapaz de reconocerlo, aparte

de saber que no pertenecía a su sobrino... y darse cuenta de que había sido herido. Tres líneas rojas brillantes marcaban una mejilla morena, mientras que la mandíbula opuesta sobresalía, como si fuera un diente gravemente ulcerado. El joven acunó su mano izquierda de una manera que sugería que también estaba herida.

“¿Rupert Norbury?” Felicity nunca había visto al mayor de los hijos ilegítimos de su difunto marido tan descuidado. Niños cuyas madres afirmaban que habían *pertenecido* a Percy. Se corrigió para sí misma. “¿Qué te pasó? ¿Y qué estás haciendo en Trentwell?”

Por primera vez, desde que lo sorprendió pavoneándose por la finca cuando era niño y supo quién era (o quién creían todos que era), Rupert Norbury parecía completamente escarmentado.

“Ah, Lady Lyte, ¿qué le trae al campo tan temprano?” Su intento de bravuconería fracasó.

Su mirada paciente, mientras esperaba una respuesta a sus preguntas pareció inquietarlo.

“¿Qué me pasó?” Él hizo una mueca. “Oh, esto... Diferencia de opinión con un caballo.”

Felicity sintió a Thorn Greenwood flotando detrás de ella, un momento antes de hablar.

“¿Los caballos en Staffordshire tienen garras?” Él preguntó en un tono sarcástico, sutilmente agudizado por la burla. “Si es así, me aseguraré de evitar los establos.”

El ceño del joven dandy se oscureció aún más. “Cabalgué hacia unas ramas bestiales,” murmuró, mientras levantaba su mano sana para cubrir los rasguños en su mejilla.

Como siempre, él no había hecho nada bueno. Felicity podía verlo tan claramente como la furiosa hinchazón roja de su dedo índice. Quizás peleó con uno de los mozos de cuadra. O se tomó libertades con una fregona, más probablemente.

A pesar de todas las emociones contradictorias, que provocaba su situación actual, Felicity sabía que se sentiría muy satisfecha al desalojar a este odioso cachorro de Trentwell de una vez por todas. Pero, primero lo primero... “¿Has visto a Oliver Armitage o a la joven que trajo de Bath?”

“De hecho, los vi,” el joven sinvergüenza parecía ansioso por distraerlos del tema de sus heridas. “ ‘Libros’ mencionó algo sobre mostrarle el viejo palomar y el jardín salvaje.”

Señaló de reojo los altos ventanales de la galería y el vasto parque que se extendía más allá. “No debería esperar que regresen mucho antes de la hora de cenar.”

Contra todo sentido, el peso sobre el corazón de Felicity se disipó. Se volvió a medias hacia Thorn. “Oliver debe haber asumido que abandonamos la persecución y nos dirigimos de regreso a Bath. Para cuando regresen, será demasiado tarde para que tú e Ivy recorran alguna distancia en el camino.”

Thorn respondió con un gruñido que sonó dudoso en lo profundo de su garganta.

“Realmente, no necesitas preocuparte de que Ivy y Oliver se escapen por la noche.” Por el rabillo del ojo, Felicity vio a Rupert alejarse para curar sus heridas. “Pondré guardias armados afuera de sus puertas, si es necesario. Mereces al menos una noche de sueño decente, antes de partir. Entonces tú e Ivy podrán comenzar de nuevo por la mañana.”

Esas palabras sonaron muy agradables: *un nuevo comienzo*.

Ella también empezaría de nuevo mañana. Por mucho que intentó reunir el entusiasmo necesario, Felicity no pudo hacerlo.

* * *

Mientras observaba al maltrecho dandy desaparecer por la galería, Thorn intentó dominar la ráfaga de emociones que cobraba fuerza en su interior. Amenazaba con estallar a menos que le

diera alguna salida.

“¿Quién es ese joven imbécil?” Preguntó, medio asustado de la respuesta que recibiría. “¿Y qué negocio tiene él caminando por tu casa como si fuera el dueño del lugar?”

Thorn se encogió ante el lamentable estallido de celos que escuchó en su propia voz.

Felicity se giró hacia él, sus ojos brillaban como relámpagos de verano, filtrados a través de un espeso dosel de follaje del bosque. “¿Por qué me interrogas en un tono tan perentorio, señor?”

“*Ninguno en absoluto*,” admitió Thorn para sus adentros. Ese fue el problema.

Por el rabillo del ojo, él vio al joven lacayo, que había entregado la bandeja del té, salir de la sala de estar y escabullirse hacia la galería.

Thorn bajó la voz. “Lo hago por mi interés, de la misma manera que lo hice por mis asuntos al seguirte desde Bath. Porque me preocupo por ti.”

La expresión de Felicity se suavizó, y por un momento Thorn temió que ella pudiera llorar. Si eso sucediera, podría completar su humillación, derramando algunas lágrimas.

Se aferró a su ira posesiva como a un salvavidas. ¿Qué importaba ahora si ofendía a Felicity? Ella lo había rechazado una vez y pronto estaría fuera de su vida para siempre.

Apuñalando el aire inocente con su dedo índice, señaló en la dirección en la que se había ido el joven. “Un cachorro fanfarrón como ese te traerá muchos problemas.”

“¡Vaya, justo hipócrita!” Felicity pasó junto a Thorn y entró en la sala de estar.

Él la siguió y cerró la puerta tras ellos. La extraña habitación, con sus cortinas de un violento escarlata y sus provocativas estatuas, con los pechos desnudos, no hizo nada para tranquilizarlo.

Felicity estaba de pie, frente a la repisa de la chimenea, luciendo feroz, pero curiosamente vulnerable al mismo tiempo. Y era tan hermosa que Thorn volvió a desear imaginarla en los brazos de cualquier otro hombre.

“¿Cómo te atreves a cuestionar qué compañía elijo tener?” Parecía lista para agarrar una de las pesadas curiosidades de la repisa de la chimenea y arrojársela a la cabeza. “¡Hazlo cuando te vayas a casar con una pequeña virgen de buena familia y mejillas de manzana, y la llenes de bebés para heredar tu inexistente fortuna!”

“¿Qué quieres que haga?” Thorn caminó hacia ella, pero no se inmutó. “¿Renunciar a cualquier oportunidad de ser feliz en el futuro y pasar el resto de mis días suspirando por ti? Soy un tipo práctico y poco romántico, Felicity. Lo sabes. He pasado toda mi vida aprovechando lo mejor que el destino me ha deparado y lo haré de nuevo.”

Sin embargo, le dolía la conciencia al imaginar a su pobre segunda mejor novia y a sus hijos, cargando con la injusta carga de consolar a su padre, debido a la mayor decepción que el destino les había deparado.

Quizás había llegado el momento de dejar de lado su acostumbrada práctica de resignación y salvación. Ya era el momento de arriesgar su corazón y orgullo, en una lucha feroz por lo que quería.

Felicity levantó la vista hacia él con la armadura protectora de su indignación hecha añicos. “Lo haces sonar tan... sombrío.”

Las palabras hicieron que Thorn se arrodillara. “Una vida sin ti será sombría, Felicity. Ahora que he visto a Trentwell, entiendo por qué nunca puedes confiar en que un hombre te valore únicamente por tus propios encantos... por considerables que sean.”

Ella respondió con un gesto de tristeza que hizo que Thorn la añorara más que nunca. Al principio ella lo había cautivado con su ingenio, brío y confianza. Su creciente conciencia de las

dudas y la vulnerabilidad, que ella se esforzaba tanto en ocultar, no había atenuado su fascinación por ella, solo la había atenuado y profundizado. Amaba sus imperfecciones porque la hacían un poco más accesible a un hombre como él.

Felicity no protestó, cuando él tomó sus manos entre las suyas. Pero sus dedos largos y delgados se sentían húmedos y fríos al tacto.

Por un instante, la voz de Thorn se quedó atrapada en su garganta, pero logró liberarla. “Sin duda, es aún más difícil de creer de un hombre en mis circunstancias difíciles, pero es la verdad. Me preocupo por ti, Felicity. No por tu patrimonio. No por tu fortuna.”

“Solo tu toque.” Presionó sus labios contra su mano. “Tu voz. Tu sonrisa.”

Las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba, pero sus ojos no se arrugaron como una verdadera sonrisa.

“Mi querido Thorn,” ella murmuró, “por supuesto que creo que mi fortuna no te importa. Nunca lo he dudado.”

Una inesperada oleada de esperanza lo impulsó a ponerse de pie nuevamente, y envió sus labios a buscar los de ella para borrar con un beso esa melancólica burla de una sonrisa.

Ella sintió desgana y entusiasmo, luchando dentro de ella, cuando sus labios se derritieron contra los de él, se congelaron por un instante y luego se fundieron de nuevo. Envalentonado por la declaración de fe de Felicity, Thorn le chupó el labio inferior de la manera que sabía que a ella le gustaba. Después de un último momento de vacilación, ella le devolvió el beso con un fervor desesperado, como si quisiera devorarlo. La sangre rugió por las venas de Thorn a un ritmo rápido y febril.

Aunque recordaba haber hecho el amor con ella dos veces, durante la noche anterior, su cuerpo ahora le dolía por Felicity, como si estuvieran separados desde hace mucho tiempo. Si no hubiera sido por la probabilidad de que alguien se acercaría a ellos, podría haber arrojado una de las pieles de tigre al suelo de la sala de estar, y haber seducido a la amante de Trentwell, en ese mismo momento.

“Por favor, sé sensato, Thorn.” Ella desvió la cara e hizo un esfuerzo simbólico por retirarse de su abrazo. “No hagas esto más difícil de lo que debe ser. Y no pretendas que mi fortuna es lo único que se interpone entre nosotros.”

Privada de sus labios, Thorn se dedicó a la deliciosa ocupación de rociar besos arriba y abajo de su esbelto y sensible cuello.

“Estoy cansado de ser sensato,” susurró, mientras sus labios recorrían una delicada oreja. “Quiero que nos resulte tan difícil separarnos que haremos cualquier cosa para permanecer juntos. No me importa lo que se interponga entre nosotros. No puedo soportar el pensamiento de ningún otro hombre en tu vida. Tampoco puedo soportar pensar mi vida sin ti.”

Felicity se apartó de él, lo suficiente para que sus miradas se encontraran.

La creciente maravilla de mil primaveras brillaba en sus ojos. Aunque Thorn también sintió algo más. Era como la esperanza perdida de un niño, que observa una hermosa pero endeble pompa de jabón flotando en la brisa.

Por fin pareció correr el riesgo de romper aquel frágil momento con unas pocas palabras tranquilas. “El joven con el que me viste hablando en la galería no es lo que piensas.”

Thorn luchó por mantener la compostura. “¿Qué es él para ti, entonces?”

Una sombra de antiguo dolor y humillación oscureció sus rasgos. “La madre de Rupert Norbury era una de las muchas amantes de mi marido.”

Si le hubiera destrozado la cabeza con la pesada tortuga de jade, tallada en el gabinete de curiosidades, Thorn no podría haber estado más aturdido.

Recordó la frívola referencia que Felicity había hecho una vez a la progenie ilegítima de su difunto marido. Ver a uno de ellos y sentir la angustia que había sufrido por su culpa era otra cosa.

“¿Lo dejaste quedarse aquí?” Seguramente, también le daba algún tipo de asignación, ya que el guardarropa del joven sinvergüenza lo demostraba.

Felicity asintió de mala gana. “El señor Norbury parece pensar que tiene más derechos sobre Trentwell que yo.”

“¡Absurdo!” Por razones que no podía vislumbrar, Thorn se sintió no menos indignado por comprender la verdadera posición de Rupert Norbury en la casa de Felicity. “¡Vaya! Ese tipo es un insulto ambulante y hablador para ti.”

“Esta es la única casa que conoce desde hace muchos años. No tuve el valor de privarlo de ella.” Lo hizo sonar como si estuviera admitiendo un vicio. “Debajo de mi muestra de sofisticación, a veces, soy más bien una tonta sentimental.”

“Se lo advierto, señora.” Thorn le dio unos golpecitos delicados en la nariz con el dedo índice. “No me quedaré de brazos cruzados, mientras oigo que difaman a la mujer que amo.”

“La mujer que amas.” Felicity saboreó las palabras en su lengua y pareció encontrar su sabor muy dulce. “Ella es una criatura afortunada.”

“No sería ni la mitad de afortunada que yo, si ella pudiera corresponder a mis sentimientos.”

“Ella teme devolverlos, señor Greenwood.” Un leve suspiro escapó de los exquisitos labios de Felicity. “Pero, ella teme mucho más. Puede que no tengas planes sobre su fortuna, pero, hay muchos que podrían afirmar que sí. ¿Podría un hombre respetable como tú soportar ser objeto de chismes viciosos?”

Antes de que pudiera detenerse, Thorn se estremeció.

“¿Lo ves?” Felicity levantó la mano para rozarle los bigotes. Thorn percibió que no era su habitual señal para hacer el amor, sino un gesto de cariño y cautelosa confianza. “Yo sentiría lo mismo, ante los rumores maliciosos de que la heredera del comercio ha comprado a otro hombre.”

Thorn sacudió vigorosamente la cabeza. “Nadie con algún sentido creería que una mujer de tu belleza y encanto necesita comprar un marido.”

El dulce comienzo de una sonrisa genuina iluminó el rostro de Felicity con un brillo suave y rosado. “Y nadie con buen juicio creería que eres capaz de deshonrarme.”

“En ese caso,” indicó Thorn, “si todas las personas con sentido común y buen juicio lo saben mejor, ¿nos importa qué tontos rencorosos puedan especular sobre el tema?”

Cuando él se movió para reclamar un beso, Felicity retrocedió. “Todavía está el asunto de los niños, querido. No finjas que puedes ignorarlo tan fácilmente.”

“No, no puedo.” Thorn no había sopesado conscientemente su decisión, pero el problema rondaba en su corazón. Ahora sabía lo que debía hacer. “No puedo negar que deseo muchísimo tener una familia propia. Creo que tengo en mí las capacidades para ser un buen padre.”

¿Era eso parte de lo que le hacía desear una familia: la necesidad de ser el tipo de padre que le faltaba? “Sopesado contra la perspectiva de perderte de mi vida... me temo que incluso eso se queda corto.”

Felicity lo miró fijamente. Sus ojos parpadearon furiosamente para disipar una leve, pero persistente niebla en ellos. “¿Q-qué estás diciendo, Thorn?”

¿Qué más podría decir? “Sé que estas no son las únicas cosas que se interponen en el camino de nuestro futuro. Pero si sopesamos cada una de ellas, como lo he hecho yo, creo que la

balanza siempre estará a nuestro favor.”

Él se cayó sobre una rodilla. “No dejes que nos separemos, Felicity... nunca. Por favor, di que te casarás conmigo.”

Mientras el silencio entre ellos crecía como la pesada calma que precede a una tormenta, Thorn observó cómo el cariño y la fe luchaban con la duda y la desconfianza por la posesión del corazón de Felicity.

¿Por qué lo había soltado así, como si él fuera calvo y sin color? ¿Qué mujer que se aprecie aceptaría semejante propuesta, y mucho menos una que tuviera motivos para dudar de la sinceridad de cualquier oferta de matrimonio?

En ese momento, Thorn habría vendido su derecho de nacimiento para tomar prestada la lengua simplista de Weston St. Just durante cinco minutos. El tiempo suficiente para formular la pregunta más importante de su vida con elocuencia persuasiva.

Mientras él armaba su espíritu en vano contra la angustia de su rechazo, Felicity le dio su respuesta.

Ella pronunció la segunda palabra más bella del idioma inglés. “Posiblemente.”

Capítulo catorce

Posiblemente.

Un suave y seductor eco de su respuesta, a la inesperada propuesta de Thorn, susurró a través de Felicity. No solo en sus pensamientos, sino también en su corazón y en sus venas, creando una especie de música hechizante.

Quizás él la había hechizado.

Ella no había tenido la intención de darle ese falso estímulo. Su propósito era responder con un ‘no’ firme e inmovible. Pero sus palabras sonaron tan razonables y su voz fue tan sincera. El brillo de la pasión en sus ojos y el tierno ardor de su tacto habían creado un inocente encanto sobre ella. Uno que resultó demasiado potente para resistirlo.

Si no hubiera ejercido la menguante fuerza de su voluntad, en el último momento, la respuesta que salió de sus labios podría haber sido un ‘sí’, absolutamente imposible.

La expresión del rostro de Thorn fue suficiente para evitar que ella arruinara sus esperanzas.

“Me contentaré con *posiblemente*.” Él habló en voz baja y sin prisa. Mientras tanto, hizo un esfuerzo decidido por reprimir su sonrisa, como si temiera que cualquier muestra de entusiasmo pudiera hacerla cambiar de opinión.

Sin embargo, no pudo evitar añadir: “*por ahora*.”

Felicity sabía que él la besaría, si ella le daba aunque fuera una pizca de aliento. Una vez que él comenzara, ella nunca podría reunir la determinación para detenerlo.

“¡El té!” Ella gritó. “Deberíamos tomar un poco antes de que haga frío.”

Thorn miró hacia la bandeja repleta. “No hemos estado alimentándonos regularmente desde que salimos de Bath, ¿verdad?”

“Debemos compensar eso.” Felicity tiró de él hacia el sofá.

Los rituales familiares de servir y verter podrían brindarle una buena oportunidad para recuperar su destrozada compostura. Sería inútil discutir cualquier asunto de importancia entre bocados de delicados sándwiches y sorbos de té, cuando un comentario trascendental podría ser contrarrestado con una oferta de pastel, o una pregunta sobre cuántos terrones de azúcar prefería Thorn.

Felicity anhelaba el santuario de una charla educada y sin sentido, durante la cual pudiera aclarar sus nuevos e inciertos sentimientos. Agarró la tetera como si fuera un salvavidas y fue arrojada a un mar tormentoso.

Su mano tembló ligeramente, mientras vertía el humeante líquido ámbar. “¿Crema o limón?”

“Durante mucho tiempo, nunca tomé nada más que crema.” Thorn habló con una intensidad que apenas se adaptaba a un comentario tan banal.

La curiosidad impulsó a Felicity a levantar la mirada de la bandeja de té y encontrarse con esa vista convincente, que él centraba en ella. Se refería a algo más que al té... “Últimamente, el sabor picante del limón me gusta mucho más.”

Una sensación peculiar recorrió los hombros de Felicity, subiendo por su cuello.

“Limón.” La carne de su boca hormigueó como si acabara de morder esa fruta agria. Empleando un par de diminutas pinzas plateadas, tomó una rebanada del cuenco y la depositó en la taza de Thorn.

“¿Azúcar o miel?” Ella preguntó. “Tenemos nuestras propias abejas en Trentwell.”

“¿Trentwell, cariño?” Thorn pareció saborear una gota en su lengua. “Eso suena demasiado dulce para resistirse.”

Al igual que cada palabra que salía de la boca de ese hombre, Felicity reflexionaba, mientras rociaba una medida de espeso almíbar dorado en su taza. Ya sea haciéndole comentarios sobre los refrigerios, seduciéndola con historias de su familia, o instándola a hacerle un lugar permanente en su vida, Thorn Greenwood la atraía a ella como ningún otro hombre lo había hecho jamás.

Sus dedos rozaron, cuando él tomó la delicada taza y el platillo que ella le ofreció.

Qué ridículo sentir un temblor de excitación reprimida, ante un toque casto y casual, cuando había llevado al hombre a su cama regularmente durante muchas semanas. Pero allí estaba, de todos modos, dominando su autocontrol cuidadosamente cultivado de una manera que la despertó y asustó al mismo tiempo.

Una fantasía extraña, aunque poderosa surgió en su mente. De ella y Thorn sentados, en esta misma habitación, tomando té dentro de treinta años, con una gran familia reunida a su alrededor. El tipo de familia que Felicity nunca había conocido, pero que secretamente había anhelado toda su vida. Casi podía oír sus risas y afables peleas.

No hacía falta mucha imaginación para imaginarse el cabello de Thorn más fino en la parte superior y generosamente cubierto de plata. Ni las líneas profundamente grabadas, que se abrían en abanico, desde las esquinas de sus ojos cada vez que sonreía. Se imaginó un poco más gorda, con una arruga y un cabello blanco a juego con cada uno de los de su marido. Dos cosas no cambiaron en su ilusoria visión del futuro. Una era el constante brillo de afecto en los ojos de Thorn, y la otra era la vertiginosa chispa de deseo, que saltaba dentro de ella cada vez que se tocaban.

¿No valía la pena afrontar la promesa de un futuro así, cualesquiera que fueran los obstáculos que pudieran surgir entre ahora y entonces? Al igual que la miel de Trentwell y las cariñosas garantías de Thorn, la idea era demasiado dulce para que Felicity se resistiera.

“Come.” Ella sostenía un plato lleno de sándwiches y té. “Entonces, te llevaré a recorrer la casa. Podemos discutir lo que debemos decirles a Oliver y a tu hermana cuando regresen.”

“¿Qué le diré a mi sobrino?” Se preguntó Felicity. Con la conciencia tranquila, *“¿podría aconsejarle que resistiera el poderoso atractivo del amor, cuando está a punto de entregar su corazón?”*

Thorn señaló con la cabeza hacia la ventana, donde gruesas gotas de lluvia golpeaban un apagado sonido contra el cristal, impulsadas por un fuerte viento del suroeste. “Supongo que lo primero que deberíamos decirles es: ‘cámbiense esa ropa mojada’.”

Miró a Felicity. “Esperaba que regresaran mucho antes de esto. ¿Deberíamos enviar a alguien a buscarlos y traerlos a casa?”

Los pensamientos de Felicity ya habían girado en esa dirección. Antes de que Thorn terminara de hablar, tiró del cordón del timbre para llamar a un lacayo de la sala de servicio.

Si Oliver e Ivy parecían lo suficientemente arrepentidos y enamorados, decidió Felicity, podría intervenir en su nombre ante Thorn. Si aceptaba permitirles comenzar un noviazgo adecuado, lejos de las lenguas chismosas en Bath, los jóvenes amantes podrían sentirse aliviados de abandonar esta tontería de fuga, en favor de una boda familiar dentro de unos meses.

Una boda doble... ¿quizás?

* * *

Thorn iba a pasar un buen rato luciendo apropiadamente severo, cuando regañara a su pícara hermana pequeña y a su novio. Él lo decidiría un tiempo después, mientras Felicity lo guiaba en un recorrido por la gran casa.

Si no fuera por la necesidad de perseguir a los jóvenes fugitivos, él y Felicity ahora llevarían vidas separadas en Bath. Él, alimentando un corazón roto y tratando sin éxito de olvidarla, estaría erróneamente convencido de que ella nunca se había preocupado realmente por su persona.

En un salón elegante, vio su reflejo en un espejo enmarcado con filigrana de oro. Thorn apenas reconoció al hombre que le devolvía la mirada con una sonrisa tonta en el rostro.

“No me diga que se está volviendo vanidoso, señor Greenwood.” El rostro de Felicity apareció en el espejo junto al de Thorn.

Por un instante, él contempló la imagen de ellos juntos y saboreó su maravilla. El reflejo de Felicity le dedicó una pequeña sonrisa coqueta.

“Parece que salió de un cuento de hadas francés, ¿no?” Ella asintió hacia el espejo adornado. “¿Crees que si preguntamos, nos dirá quién es la más bella del país?”

Thorn la rodeó con sus brazos y le dio un beso en la base del cuello. “El cristal ya me muestra a la más bella.”

“Podría acusarte de adulación.” Ella inclinó la cabeza hacia la de él y le acarició el pelo con la mejilla. “Pero, nunca te he visto exagerar la verdad.”

“Tampoco lo estoy haciendo ahora.” Él había estado perfectamente contento de permanecer allí durante horas, saciando sus sentidos con la vista, el oído, el tacto, el olor y el sabor de ella. En un estado de completa... felicidad.

Sin duda, la apariencia de la mujer era acertada.

“¿*No hay otro espejo mágico?*” Reflexionó Felicity, levantando su mano para descansarla contra su mejilla, en una caricia que reflejaba que ella era la propietaria. “¿*Uno que muestre a cada persona el deseo máspreciado de su corazón?*”

“Un objeto extraordinario, este vaso tuyo.” Thorn la miró y contempló el deseo máspreciado de su corazón: ellos dos, juntos. “Vale la pena en ambos aspectos.”

“*Aún, es mejor así,*” él reflexionó porque no se trataba de una ilusión mágica.

“¿Te gustaría ver la biblioteca?” Preguntó Felicity, en un tono alto y sin aliento, que despertó a Thorn de su modesto vuelo de fantasía.

Él dirigió sus labios hacia su oído, observando su rostro y el de ella, mientras susurraba: “¿hay alguna manera de que pueda persuadirte para que me lleves a un recorrido por... los dormitorios? Una casa magnífica como esta debe tener unos muebles muy finos.”

Un delicioso rubor surgió de su pecho, ganando intensidad a medida que subía hacia su frente. “Señor Greenwood, veo que he tenido una influencia muy desenfrenada sobre usted.”

“¿Estás arrepentida?”

El exuberante brillo de sus ojos burló lo absurdo de su pregunta. “En absoluto. No hay nada que me guste tanto como un toque de travesura en un hombre respetable. Solo espero que no te arrepientas.”

“¡Nunca!” A Thorn le gustó bastante el aspecto de su reflejo flotando, detrás del de ella en el cristal, con una ceja arqueada en un ángulo pícaro. Por primera vez en su vida, sus rasgos corrientes le parecieron casi hermosos. “Ahora, sobre esa inspección de los dormitorios...”

Antes de que Felicity pudiera responder, el sonido de pasos apresurados hizo que ambos se sobresaltaran y se separaran a una distancia decorosa.

“Disculpe la intrusión, señora.” Un lacayo empapado se quedó detrás de la puerta,

claramente reacio a dejar gotear agua sobre el elaborado suelo de parquet.

Felicity le hizo una seña para que pasara. “Tienes algo que informar, supongo. ¿Han traído a casa al amo Oliver y a la señorita Greenwood?”

El sirviente negó con la cabeza. “No hay señales de ellos en ninguna parte del terreno, señora. Hemos buscado por todas partes.”

“¿En todos lados?” Preguntó Felicity. “¿Estás seguro? ¿Qué pasa con el palomar?”

“Fue el primer lugar que revisamos, señora.”

“¿La gruta de las conchas? ¿La pagoda de Lady Elizabeth?”

Ante la mención de cada lugar, el lacayo asintió. “El amo Oliver y la joven no estaban en ninguno de ellos, señora. Ni en la torre oeste tampoco. Ni en la lechería.”

“Deben estar en alguna parte. ¿Alguien los vio regresar a la casa?”

“Dunstan pensó en eso, señora. Hizo que las criadas echaran un vistazo a sus habitaciones, cuando encendieron el fuego.”

“¿Y...?”

“Ninguno de los dos estaba por ahí, señora. Pero, sus maletas ya no están.”

Felicity parecía lista para maldecir. “Dejé órdenes de que al amo Oliver no le dieran ni un caballo.”

“No se lo han dado, señora,” le aseguró el lacayo. “Nadie en los establos vio ni la piel, ni el pelo de ellos... solo el amo Rupert. Él estuvo en el pueblo hace un tiempo.”

A Thorn no le gustó cómo sonó eso. “No es una tarde agradable para dar un paseo. ¿Crees que Norbury ayudó a Oliver e Ivy a escapar?”

Felicity reflexionó sobre su sugerencia y luego sacudió la cabeza. “No puedo entender por qué haría tal cosa. Rupert y Oliver nunca se llevaron bien.”

“El tipo obviamente estaba mintiendo acerca de sus heridas.” Thorn se maldijo por no haber llegado al fondo del asunto, cuando tuvo la oportunidad. “Quizás eso tenga algo que ver.”

“Eso podría ser así.” Felicity se mordió el labio inferior y frunció el ceño.

Después de pensarlo un momento, ella se dirigió hacia el sirviente, que había estado esperando pacientemente sus órdenes. “Ve a hacer algunas averiguaciones en el pueblo. Indaga si alguien ha visto al amo Oliver y a la señorita Greenwood por allí. Luego infórmame de inmediato. Si los encuentras, haz lo que puedas para detenerlos, mientras envías un mensaje aquí.”

“Muy bien, señora.” El lacayo se alejó.

Thorn abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera pronunciar las palabras, Felicity llamó al joven: “asegúrate de ponerte ropa seca antes de ir a cualquier parte.”

El muchacho miró hacia atrás, reconociendo la orden de su señora, con un gesto tímido, antes de continuar su camino.

Felicity hizo una mueca irónica, cuando tomó la mano de Thorn entre las suyas y se la apretó. “Si no tengo cuidado, pronto tendré que mimar a todos mis sirvientes.”

“Parece que cada uno de nosotros hemos tenido nuestra propia influencia sobre el otro.”

“Quizás.” Su mirada burlona se volvió seria. “Solo que no esperes cambiarme por completo. Soy una criatura egoísta en el fondo y quiero seguir siendo así.”

Thorn consideró recordarle que había una diferencia entre egoísta y autoprotectora, pero decidió no hacerlo. Recordó lo enojada que se había puesto ella la última vez que él mostró una visión particular de su carácter.

Le bastó con reconocer la diferencia y actuar en consecuencia. Una vez que Felicity comprendiera, que siempre podría depender de él para proteger su felicidad, ella relajaría su

vigilancia. Así se convertiría en la mujer cálida y triunfadora, que tantas veces había vislumbrado detrás de sus defensas.

Él se encogió de hombros. “Tampoco debes creer que puedes convertirme en un pícaro encantador.”

“¿Por qué querría yo cometer semejante locura?”

Aunque habló en tono de broma, la voz de Felicity también tenía un dulce tono de sinceridad. El afecto transparente en su mirada hizo que Thorn sintiera como si de repente hubiera crecido varias pulgadas de estatura.

¿Podría ser que a su manera, modesta y responsable, él fuera el compañero perfecto para ella?

* * *

Thorn y Felicity acababan de terminar el segundo plato de la cena, cuando el lacayo regresó del pueblo. La expresión del rostro del muchacho le dijo a Felicity que no tenía buenas noticias que contar.

“¡Dilo de una vez! Se han ido, ¿no?” La frustración agudizó su voz. Había estado esperando un interludio agradable en Trentwell con Thorn, una vez que hubieran reprendido a Oliver e Ivy.

El sirviente asintió de mala gana. “Habían estado en el Fox and Crow, señora. No los alcancé por una hora. El posadero dijo que llegaron a pie. Un rato después, el amo Rupert vino para recogerlos.”

Thorn apuró el último sorbo de vino del fondo de su copa. “¿Sabía el posadero hacia dónde se dirigían?”

“No, señor. Pensó que el amo Rupert podría estar llevándolos a Trentwell.”

Felicity murmuró en voz baja: “que el Cielo no permita que ese joven sinvergüenza haga algo para obligarme.”

“¿Perdón, señora?”

Ella le hizo un gesto para que se fuera. “Eso será todo, gracias.”

Cuando el lacayo se retiró, Felicity volteó hacia Thorn. “Un par de peces resbaladizos, ¿no es así? Debería haber enviado a los sirvientes a acorralarlos en el momento en que llegamos. Nunca se me ocurrió que podrían escaparse a la aldea a pie, y no lo pensé...”

Cuando ella dudó, Thorn le lanzó una mirada inquisitiva.

Felicity miró fijamente su regazo, mientras doblaba y desdoblaba su servilleta. “Yo no... quería separarme de ti antes de lo necesario.”

Cuando finalmente ella reunió el coraje para mirar a Thorn a la cara, vio el placer y el disgusto compitiendo por el control de sus rasgos. “Ya somos dos. Podría haber buscado a Ivy en el terreno tan pronto como descubrí que ella y Armitage estaban aquí. Obviamente, debería haberlo hecho.”

Si, en los años venideros, Ivy se arrepentía de su fuga, Thorn se consideraría responsable, porque había seguido sus propias inclinaciones, en lugar de su deber fraternal. Felicity no tenía ninguna duda de ello.

“¿Qué debemos hacer ahora?” Le indicó a la criada que retirara los platos.

Thorn se mordió la lengua hasta que la doncella reemplazó los platos vacíos con nuevos y volvió a bajar las escaleras.

“¿Qué más podemos hacer sino retomar la persecución de nuevo? Las circunstancias entre tú y yo pueden cambiar, pero eso no hace que esta fuga de Ivy y Oliver sea menos que un

error.”

Por supuesto, él tenía razón. Felicity se dio cuenta, mientras mordisqueaba su filete de rodaballo con un apetito muy reducido. El encargo había perdido parte de su urgencia para ella, ya que casi había decidido aceptar la propuesta de Thorn.

Aún así, no debía olvidar la felicidad futura de su sobrino.

“Preferirías quedarte aquí en Trentwell...” ofreció Thorn, “¿mientras yo sigo con la persecución?”

Su sugerencia tentó a Felicity.

Durmiendo en su propia cama. Tomando comidas regulares de su propia buena cocina. Sin estar encerrada dentro de un carruaje ni saltando y traqueteando... con Thorn.

De alguna manera, esa consideración hizo que toda la molestia pareciera positivamente atractiva.

Sin embargo, si se quedaba en Trentwell, repleta hasta el tope de recuerdos de cómo había salido mal su primer matrimonio, su habitual cautela podría reafirmarse. Y así caería presa de todo tipo de dudas que no quería albergar.

“Preferiría acompañarte, si no te importa.”

Antes de que Thorn pudiera protestar, ella extendió la mano y puso la suya sobre la de él. “No porque no confíe en que te las arregles solo ni por tonterías de ese tipo... Es solo que, a pesar de todas nuestras desventuras, he disfrutado bastante los últimos días contigo.”

¿No valía la pena mantener en su vida la clase de hombre que hacía posibles tantas cosas?

Las cejas de Thorn se arquearon, como si acabara de descubrir algo sorprendente. “Yo también las he disfrutado. Aparte de casi ahogarme.”

“Y ser abordada por ese terrible bandolero.” Felicity se estremeció.

Le dio un apretón de despedida a la mano de Thorn, antes de regresar a su cena. “Eso está todo arreglado. Entonces, iremos juntos.”

“Si insistes,” expresó Thorn, que no parecía necesitar mucha persuasión. “pero, te lo diré, ya me he hartado de perseguir a Ivy y a tu sobrino solo para perderlos por minutos. Sugiero que avancemos hacia Carlisle a toda velocidad y esperemos allí a que vengan hacia nosotros.”

“¿Una emboscada?” Felicity saboreó la idea. “Sí. Les servirá de lección por las molestias en que nos han metido. Le diré al señor Hixon que esté listo a primera hora de la mañana.”

Thorn sacudió vigorosamente la cabeza. “No debemos *desperdiciar*... Solo tienen unas pocas horas de ventaja sobre nosotros, en todo caso. Nunca les hemos pisado los talones.”

Él pensó por un momento. “Al menos no que sepamos. Creo que deberíamos irnos tan pronto como hayamos comido. ¿Pueden prepararnos un carruaje mientras tanto?”

“Es posible.” Felicity golpeó con el tenedor el costado del plato. “Pero no es aconsejable. De verdad, Thorn, hay veces que un poco de interés personal no es algo tan terrible.”

“Pero, si no llegamos a Carlisle y les impedimos cruzar la frontera hacia Escocia, todos nuestros esfuerzos hasta ahora habrán sido en vano.”

Debajo de la mesa, ella pasó la punta de su zapatilla por la bota de él. “Espero que *no* sea en vano.”

El color subió al rostro de Thorn.

Aunque sabía que no debería divertirse tanto burlándose de él, Felicity no pudo evitarlo. Había algo curiosamente entrañable en un hombre que podía sonrojarse.

“La palabra *desperdiciar* fue mal elegida, lo admito. Pero sabes a lo que me refiero, Felicity. A menos que tengamos la intención de hacer todo lo posible para detener esta fuga, tal vez sea mejor que nos quedemos en Trentwell y disfrutemos.”

Ella bajó la barbilla y le lanzó una mirada traviesa e invitante a través del oscuro borde de sus pestañas. “No debes tentarme así.”

“Felicity...” La fingida severidad del tono de Thorn coincidía con su mirada.

Si finalmente ella decidía casarse con él, Thorn Greenwood podría intentar frenar sus excesos ocasionales, pero nunca con demasiada dureza y siempre por su propio bien. Siempre era honesto y abierto, nunca era avasallante ni manipulador.

Para sorpresa de Felicity, la idea de límites tan firmes, pero amorosos ascendió en un sentimiento inexplicable, tan desconocido que al principio apenas lo reconocía.

¿Podría ser... seguridad?

Capítulo quince

“¿Estaba loco al arriesgar mi corazón y mi futuro por una mujer tan apasionada y testaruda?” Thorn se preguntó al día siguiente, mientras el carruaje de Felicity aceleraba hacia el norte, pasando por los campos de algodón y lana, que se apiñaban a lo largo del borde irregular de los salvajes páramos de Yorkshire.

Yendo en contra de su mejor criterio, él había dejado que Felicity lo persuadiera de pasar la noche en Trentwell, antes de continuar su viaje. La astuta descarada lo había engatusado para que se quedara, prometiéndole veladas de hacer el amor, las cuales podrían disfrutar en una de las enormes camas de Trentwell. Sin embargo, durante los pocos minutos que le había llevado recorrer la galería y entrar en su habitación de huésped, Thorn se había quedado tan profundamente dormido que ella no había podido despertarlo.

Él se dio cuenta que eso era casi imposible de imaginar.

Sin embargo, algo (su olor, tal vez, o el calor de su cuerpo presionado contra el de él) se había filtrado profundamente en su mente adormecida. Esa dulce y crepuscular consciencia de ella había calmado y alegrado sus sueños, otorgándole la noche de sueño más reparadora que podría recordar en mucho tiempo.

Evidentemente, para ella eso no había sido así. Cuando se alejaron de Trentwell esa mañana, había luz suficiente para que Thorn distinguiera las manchas oscuras bajo sus ojos. Más tarde, mientras avanzaban rápidamente por la llanura verde y plana de Cheshire, él había sorprendido a Felicity, más de una vez, frotándose los ojos o reprimiendo un bostezo.

Cuando pasaron por la humeante extensión de Manchester, la cabeza de ella había comenzado a colgar sobre su brazo, a intervalos cada vez más frecuentes, y su conversación se había ido calmando gradualmente hasta convertirse en una respiración profunda y tranquila. Ahora, ella descansaba contra él, tranquila y silenciosa, en reposo, como nunca lo estaba en cualquier otro momento.

Los sentimientos hacia ella, reprimidos durante mucho tiempo, surgieron en el corazón de Thorn, incluso cuando débiles remolinos de duda lamían los bordes de su resolución. No importa cuánto lo deseara, ¿podría un hombre como él esperar hacer feliz a una mujer como Felicity... mientras ambos vivieran? Y si fracasaba, ¿hasta qué punto eso los haría infelices a ambos?

Thorn no pudo soportar responder a ninguna de las dos preguntas, de modo que se dedicó a observar los cambios en el paisaje. Todo el tiempo deseó que Felicity abriera los ojos, susurrara su nombre y disipara todas sus dudas tontas y razonables.

“*Por la bondad, ¿qué fue eso?*” Thorn se sobresaltó, cuando la mano de Felicity, que había estado relajada sobre su muslo, comenzó a moverse, provocando una cálida y hambrienta plaga de sensaciones, que pululaban por sus entrañas.

Él miró su rostro, esperando que ella lo viera con una sonrisita traviesa y los ojos llenos de lujuriosa picardía. En cambio, la descubrió todavía dormida, aunque sus ojos parecían vagar inquietos detrás de los párpados cerrados.

¿La había pillado en medio de un sueño lascivo? ¿O ella solo estaba fingiendo dormir para atormentarlo?

Sospechando esto último, Thorn deslizó su mano entre la de ella y la carne demasiado sensible de su muslo. Eso ayudó, pero solo un poco. El dulce y sugerente movimiento de las yemas de sus dedos le hizo desear eliminar cada barrera entre ellos y su piel desnuda.

Haciendo uso de toda la moderación que pudo reunir, Thorn desplazó la mano de Felicity hacia su propio regazo. Aunque una parte de él anhelaba descansar los dedos allí y darle una probada de su propia medicina provocativa, él logró resistirse.

En un esfuerzo por apagar las traviesas llamas de la lujuria que lo mordisqueaban, obligó a su mente a concentrarse en los temas más tediosos que podría imaginar: sumar columnas de números, descifrar la letra pequeña de documentos legales, y escuchar chismes repetitivos y sin sentido en el Pump Room de Bath.

Thorn podía imaginarse los furiosos murmullos de chismes que se producirían, si ciertas personas allí supieran lo que él y Felicity habían estado haciendo en los últimos días. Por mucho que intentó descartar tales preocupaciones, con el desprecio que merecían, no pudo lograrlo. La vergüenza se filtró a través de él, tan fría y viscosa como un tobo de basura.

¿Qué tenía él, después de todo, aparte de su impecable reputación? Sin título. Ninguna fortuna. Debía hacer todo lo posible por preservar su buen nombre, no solo para sí mismo, sino también para el bien de su familia.

Sin embargo, cuando la mano de Felicity volvió a provocar su deseo de nuevo, el decoro quedó en el camino, como un equipaje suelto del maletero del carruaje. Volteó para tocar sus labios, mientras su mano buscaba a tientas, debajo de su capa, para rozar su pecho.

Con un chillido de sorpresa, los ojos de Felicity se abrieron de golpe. Entonces, después de todo, ella sí había estado durmiendo.

“Yo... no quise despertarte.” ¡Qué tonto se sintió eso! “Solo que me tocaste y pensé que tal vez...”

Felicity calmó su vergüenza con una risita tan pecaminosamente rica y dulce como una taza de chocolate, un lujo que Thorn Greenwood rara vez se permitía. “Por favor, no te disculpes. Lo que sea que hayas pensado, puedo asegurarte que lo apruebo de todo corazón.”

Luego dejó a Thorn sin palabras al desabrochar los botones de sus pantalones y deslizar los dedos para investigar el efecto que su contacto ejercía en él.

“Rara vez uno se despierta de un sueño tan agradable,” susurró en un tono ronco que conmovió a Thorn, casi tanto como la sensación de su mano, “solo para descubrir que es bastante real.”

Una vez que lo hubo atormentado por completo, retiró la mano de sus pantalones y se subió a sus rodillas. Allí ella jugueteó con los botones de su camisa, mientras lo besaba frenéticamente.

“Nosotros... realmente no deberíamos seguir así,” él protestó en un momento pasajero de su razón, a pesar que sus manos lo convirtieron en un mentiroso al recorrer las tentadoras curvas de su cuerpo.

“¿Por qué no?” Felicity le soltó el lino del cuello. “¿Puedes sugerir un pasatiempo más divertido para pasar las horas hasta que lleguemos a Preston?”

“Difícilmente.” Bueno, él no podía mentir, ¿verdad? “Pero, ¿qué pasa si alguien nos ve?”

“¡Debes estar bromeando!” Su respiración se produjo en rápidos espasmos.

Después de besarlo también hasta dejarlo sin aliento, ella jadeó: “la luz es demasiado tenue y el carruaje va demasiado rápido para que alguien pueda notar lo que estamos haciendo.”

“Pero... tus sirvientes...”

La risa ronca que recibió su sugerencia estuvo mezclada con un poco de amargura. “Puedo asegurarte que después de haber servido a mi marido, durante tantos años, nadie bajo mi mando sería tan tonto como para detener repentinamente el carruaje y abrir la puerta sin previo aviso.”

Thorn recordó la vista gorda que todo su personal había hecho en su relación. Nunca se le había ocurrido que tal vez estuvieran acostumbrados a tales cosas.

Sin embargo, el decoro no era su única preocupación.

“Hay mucho de esto... un hombre puede soportarlo...” tartamudeó.

¡Su rostro probablemente brillaba en la oscuridad, como un carbón al rojo vivo!

“¿Es eso lo que te preocupa?” La risa brotó de ella. “Bueno, no hay necesidad de hacerlo. No tengo la intención de excitarnos hasta un punto de pasión y luego dejarnos insatisfechos.”

“Pero... un carruaje...”

Ella lo silenció con la punta de su dedo índice, presionando sus labios. “Ya veo que debemos empezar a cultivar tu imaginación, querido.”

Lo siguiente que supo Thorn fue que Felicity se había subido la falda y se había sentado a horcajadas sobre su regazo, con su trasero desnudo cálido y acogedor contra la solapa abierta de sus pantalones. Incluso si hubiera podido formular una protesta coherente, a partir del hirviente torbellino de sus pensamientos, nunca habría podido sacar las palabras de su garganta contraída.

Ella entrelazó sus brazos en su cuello y comenzó a acariciarlo. Con cada delicado beso y mordisco, abría grandes agujeros en la simbólica resistencia de Thorn. Cuando llegó a sus labios, él no podía pensar en nada más que en cuánto la deseaba. No solo en sus brazos, sino en su vida.

Todo rastro de moderación desapareció, él colocó una mano debajo de la suave curvatura de su trasero. Dejó la otra entre sus piernas abiertas, mientras la besaba con el ardor reprimido de su vida. Cuando la sintió temblar, bajo la misma necesidad delirante que ella había excitado en él, dejó que Felicity le bajara los pantalones hasta las caderas. Ella exhaló un suspiro estremecido cuando él se enterró profundamente dentro de ella.

Cada balanceo y sacudida del vehículo enviaba placer a través de él con pesados cascos. Thorn apoyó los pies en el asiento opuesto y se entregó al paseo en carruaje más salvaje de su vida.

Un viaje cuyo destino estaba a solo una parada del cielo mismo.

* * *

Su difunto marido había sido un amante hábil y considerado. Felicity habría sido la última en negarlo.

Incluso después de que otras partes de su matrimonio se hubieran deteriorado, en esas noches cada vez más raras en las que Percy iba a su cama, todavía había podido engañarse a sí misma, creyendo que a él le importaba algo más que su fortuna. Si no hubiera sido así, tal vez nunca habría sentido la necesidad de tener un amante después de la muerte de su marido.

No obstante, en el tiempo transcurrido desde que conoció íntimamente a Thorn Greenwood, ella había descubierto una satisfacción más profunda de la que jamás hubiera esperado encontrar. Esto no tenía sentido porque ella no lo había elegido basándose en una atracción abrumadora. Desde la primera noche, ella había tratado de mantener algo de sí misma al margen. Pero cuanto más había luchado, más profundo había caído.

Ahora, mientras se aferraba a él, en el carruaje a oscuras, agotada de la manera más deliciosa, Felicity supo que había caído demasiado como para dar marcha atrás sin un esfuerzo que podría destruirla.

Antes de que pudiera detenerlo, algo se escapó de sus labios.

Thorn se agitó. “¿Pasa algo, querida? ¿Yo? ... ¿Esto? ... No te *lastimé*, espero.”

Él rozó sus labios con los otros con tanta ternura, que ella se sintió bastante avergonzada por albergar la más mínima duda sobre sus sentimientos.

“¿*Lastimarme?*” Ella intentó disimular su inquietud con una respuesta frívola. “De hecho no.”

Él tampoco lo haría nunca. Nunca la lastimaría, engañaría o traicionaría.

“Si tuve que reprimir un grito en este momento, fue por la razón completamente opuesta.”

“Yo podría decir lo mismo.” Thorn presionó su mejilla contra el cabello de Felicity e inhaló profundamente, como si quisiera saciarse de su aroma. “Me temo me convertirás en un lascivo.”

Debajo de ese tono de broma, Felicity sintió una leve nota de verdadera preocupación.

Por razones que ella no podía comprender, eso la indujo a hacer su propia confesión, disfrazada de broma. “Temo convertirme en esclava de mi deseo por ti.”

Allí había expresado su ansiedad en palabras. La sensación de estar indefensa, ante su creciente amor por Thorn Greenwood, la inquietaba. Solo había conocido el verdadero poder y control sobre su vida desde que quedó viuda. Antes de eso, había sido víctima de esa infelicidad. Ni siquiera los momentos de éxtasis como los que acababa de experimentar valdrían un precio tan alto.

Thorn soltó una risita silenciosa, que envolvió su corazón en un cálido abrazo. “Juro que seré un amable amo contigo, si tú eres una amable amante conmigo.”

¿Cómo podría resistirse a tal súplica? ¿Cómo podía albergar temores tan tontos cuando Thorn la sostenía en sus brazos fuertes y confiables? Ella debía encontrar alguna manera de expiarse por dudar de él.

¿Quizás hablarle del bebé?

No. Todavía no se atrevía a hacerlo, aunque podía adivinar lo feliz que le haría la noticia.

Una vez que Thorn lo supiera, su hijo la uniría a él, incluso más firmemente que los votos matrimoniales. Aunque la perspectiva de separarse de él le había dolido, la idea de no poder liberarse nunca de él ni de ningún hombre, todavía la atormentaba.

“¡*El niño también era suyo!*” Su conciencia protestó. Thorn tenía derecho a saberlo. El derecho a saber que no estaba renunciando a la oportunidad de formar una familia al casarse con ella.

Ella se lo diría, por supuesto, solo que no hoy... no en este momento. Muy pronto. Quizás podría ser su regalo de bodas para él.

¿Boda...?

“Parece un terrible desperdicio...” Su voz adquiría nueva convicción con cada palabra. “... Viajar desde Bath hasta Gretna Green y luego salir sin ninguna boda que lo acredite.”

“Todo el dinero que has pagado por posadas y peajes,” coincidió Thorn. “Sin mencionar el desgaste de tu carruaje por hacer un viaje así.”

Se hizo un silencio entre ellos, roto solo por el apagado sonido de los cascos de los caballos, acercándolos milla a milla a Escocia. Felicity ordenó galopar más rápido.

Lo suficientemente rápido como para superar sus tontas dudas.

“¿Quieres decir lo que espero que quieras decir?” Thorn tragó saliva. “¿O solo estoy soñando?”

Ella levantó el rostro hacia él, incapaz de ver más que una sombra en la oscuridad, pero de algún modo consciente de la luz querida y esperanzada en sus ojos.

“¿La forma en que estaba soñando hace un momento, quieres decir?” Ella preguntó. “Entonces, ¿te despertaste y descubriste que era cierto?”

“Esos son los mejores sueños... cuando son buenos.”

“¿Te pellizco?” Ella dejó que su mano se deslizara por debajo del chaleco abierto y la camisa desabotonada. “¿Para asegurarte de que estás despierto?”

“¡Eso no será necesario!” Él se estremeció ante su toque y su cuerpo temblaba con una risa silenciosa. “Estoy dispuesto a aceptarlo con fe.”

“¿Eso significa que no protestarás si te llevo delante de un párroco cuando lleguemos a Escocia?”

“Ni un pío.” Él tomó su rostro entre sus grandes y hábiles manos y lo acercó para darle un profundo y delicioso beso y sellar el trato.

* * *

“¿Crees que podremos convencer a Oliver y a tu hermana para que sean nuestros testigos?” Felicity le preguntó a Thorn la noche siguiente, mientras el carruaje recorría las últimas millas hasta la ciudad fronteriza de Carlisle. “¿Después de que les hayamos prohibido casarse allí, quiero decir?”

Thorn se movió en su asiento y flexionó los hombros para disminuir la tensión que tenían. Estaría aliviado de poder estirar sus extremidades pronto, y aún más agradecido de dejar atrás esos largos días en que conducía.

“Es posible que lo hagan, ya sabes. Especialmente si dejamos claro que no pretendemos impedir que se casen... Les pediremos que vayan un poco más despacio y se aseguren de que esto es lo que ambos quieren.”

Thorn podía imaginarlo todo. “Estoy segura de que, si tuviera la opción, mi hermana preferiría una bonita boda en la iglesia en Lathbury con muchos invitados y un bonito vestido nuevo, a una ceremonia descuidada en Gretna Green.”

Al darse cuenta de cómo debía sonar eso, comenzó a balbucear una disculpa. “No es que nuestra boda vaya a ser un asunto chapucero... solo que...”

Había algo poco respetable en una fuga escocesa que olía a una cacería de fortuna. Él le había asegurado a Felicity que se preocupaba más por ella que por lo que los chismes dijeran sobre su persona, y eso era cierto. Pero eso no significaba que dejaría de preocuparse totalmente por su reputación.

“Creo que sé lo que quieres decir,” destacó Felicity. “Disfruté una excelente boda con muchos invitados. Pero preferiría tener una ceremonia rápida y tranquila en Gretna Green contigo.”

“Tienes razón, por supuesto, querida.” De todos modos, no pudo evitar sentir que si ella hubiera estado orgullosa de su unión, Felicity podría haber querido una boda más pública.

Quizás ella adivinó algo de lo que le preocupaba. “Al menos participar en nuestra boda les daría a Ivy y Oliver una excusa válida para huir a Gretna. Si la gente está ocupada chismorreando sobre ti y acerca de mí, nadie tendrá una palabra de censura para ellos.”

Thorn no pudo resistir la tentación de burlarse un poco de ella. “Eso suena como un plan desinteresado, si es que alguna vez escuché uno.”

“¡Un lapsus momentáneo, te lo aseguro!”

Aunque dudaba que ella pudiera verlo, Thorn negó con la cabeza. “Si no te conociera mejor, mi querida Felicity, no merecería casarme contigo.”

La risa que esperaba no llegó.

“Te mereces algo mucho mejor que yo.” Todo rastro de risa había abandonado su voz.

Él la acercó más. “Vamos, no puedes decir eso.”

“¡Sí!” Ella parecía más una muchacha quejumbrosa que la mujer vibrante y enérgica que

había capturado su corazón. Thorn dudaba que mucha gente llegara a ver este lado de su personaje. Se sentía privilegiado de estar entre esos pocos... posiblemente era el único.

“¡Tonterías!” A lo largo de los años, él había consolado y alentado a sus hermanas para que salieran de estados de ánimo similares. Sabía muy bien qué decir. “Estás cansada de este viaje, ambos lo estamos. Las cosas se verán mejor mañana. Veremos, si no es así.”

“Tal vez...”

“Por supuesto que será así. Puedes quedarte hasta tarde como quieras mañana, mientras yo vigilo los vehículos que vienen por London Road en dirección a Eden Bridge. Una vez que hayamos reunido a Ivy y Oliver, ambos podremos respirar mejor.”

“¿Pero qué pasa si fallamos? ¿Y si han estado un paso por delante de nosotros todo el tiempo? Así parece haber sido así desde que dejamos Bath.”

Por mucho que él quisiera tranquilizarla, Thorn no podía negar la posibilidad. “No tomes prestados más problemas. Nos ocuparemos de eso si es necesario, pero con el estómago lleno y después de una buena noche de sueño. ¿Sí?”

Su cabeza se movió en un movimiento de cabeza tentativo. “Muy sensato. Necesito un hombre sensato como tú para mantenerme en equilibrio.”

“Y yo necesito a una mujer excitante como tú, que me saque de mi cómoda rutina.”

“Somos buenos el uno para el otro, ¿no es así, Thorn?” Ella giró su rostro hacia él. “¿Aunque parecemos tan en desacuerdo?”

La dulce y húmeda calidez de su aliento le hizo cosquillas en los bigotes, logrando que los finos pelos de su nuca se erizaran en un leve escalofrío.

“Somos buenos el uno para el otro. Seremos felices juntos.” Seguramente, si infundiera suficiente convicción en su voz, Felicity lo creería... y él también.

Capítulo dieciséis

“¿Alguna señal de ellos, Ned?” Preguntó Thorn, mientras salía de la posada en la plaza del mercado de Carlisle, después de una noche inquieta.

Tantos días largos viajando hacia el norte, en el carruaje de Felicity, lo habían dejado con una sensación persistente de ese movimiento. Seguía despertándose, esperando encontrarlos de nuevo en el camino. Una vez despierto, le había costado muchísimo volver a dormirse. A pesar de la seguridad, que le había dado a Felicity la noche anterior, no podía evitar preocuparse de que pudieran fracasar en su tarea.

Después de todo, esta era su última oportunidad de interceptar a Ivy y al joven Armitage, antes de que la joven pareja llegara a Escocia.

“No hay tráfico de carruajes, señor Greenwood.” Ned se levantó del banco, que estaba junto a la puerta principal de la posada. Una fuerte brisa que soplaba desde Solway Firth le había iluminado la cara con un brillo rosado y tenía las manos metidas en los bolsillos de su abrigo. “Un carro de mercado o dos, y un par de tipos a caballo, pero nadie que pudiera haber sido el amo Oliver y tu hermana.”

Terminado su informe, el joven lacayo no logró reprimir un amplio bostezo.

“Me alegra oírlo.” Thorn miró hacia la carretera principal que conducía a Penrith y apuntaba al sur. “A menos que se hayan adelantado a nosotros, lo cual dudo, deberían llegar en algún momento de hoy. Ahora, disfruta de un buen desayuno y luego descansa un poco. O al revés, lo que sientas que necesitas más.”

“La cama primero, creo, señor.” El muchacho se frotó los ojos, mientras se dirigía hacia la puerta. “Buena suerte durante su turno, señor Greenwood.”

“Gracias.” Thorn le hizo una seña para que regresara. “Y gracias por tu paciencia y discreción en todo esto. Lady Lyte y yo estamos muy agradecidos.”

“Encantado de poder ayudarle, señor,” respondió el joven lacayo, bajando la voz, cuando pasaron dos hombres que parecían comerciantes del pueblo. “Sé cómo me sentiría si fuera mi hermana.”

Mientras se dirigía a la cama, Ned murmuró para sí mismo: *“aunque no lo sé, si ella estuviera con el amo Oliver, por supuesto.”*

Thorn deseaba poder estar tan seguro. En las pocas ocasiones en que se habían visto, Oliver Armitage le había parecido una buena persona, bastante preocupado por sus estudios. Aún así, el joven debía tener algo más en mente que libros y experimentos, o nunca se habría escapado a Gretna Green con una muchacha alegre como Ivy.

Por su propia experiencia, en los últimos días, Thorn descubrió que las pasiones reprimidas pueden aumentar entre un hombre y una mujer, durante largas horas y en espacios reducidos.

Al recordar cómo él y Felicity habían hecho el amor en su carruaje en el camino a Preston, Thorn sintió que su rostro ardía con un calor demasiado intenso para que la cruda brisa primaveral lo refrescara. Hasta que conoció a Lady Lyte, Thorn nunca se había sorprendido por su propio comportamiento.

No le importaba esa sensación.

Quizás podría tolerar ser el blanco de los chismes e incluso aceptar un futuro sin hijos, si ese fuera el precio que debía pagar por hacer de Felicity una parte permanente de su vida. Pero

sus sentimientos por ella sacudieron su naturaleza cautelosa y metódica hasta los cimientos.

Una parte de él encontró el cambio tan estimulante como aquel viaje salvaje hasta Preston. Otra porción temía perder el control sobre su comportamiento. ¿Dónde podría terminar? La imprudencia de su padre con el dinero le había costado caro a su familia.

Thorn sacudió la cabeza para aclarar la fatiga y la preocupación por Felicity.

Un pequeño carruaje, tirado por un solo par de caballos, se acercaba por London Road. Se parecía mucho al que Ivy y su novio habían dejado atrás cuando se escaparon de Trentwell.

Thorn salió a la calle y le hizo señas.

“¡Qué! ¡Aquí!” Gritó el conductor, “¿qué es todo esto?”

Haciendo caso omiso de la pregunta del hombre, Thorn se dirigió a la puerta del carruaje y la abrió.

Una mujer joven, que no se parecía en nada a Ivy, gritó y se encogió en su asiento.

Antes de que Thorn pudiera tartamudear una disculpa, un joven de rostro rubicundo y patillas pelirrojas preguntó: “¿cuál es el significado de esto, señor?”

“¡Le ruego me disculpe!” Si se hubiera despertado, caminando sonámbulo en la plaza del mercado, completamente desnudo, Thorn no podría haberse sentido más avergonzado. “Pensé que este carruaje pertenecía a amigos míos. Por favor acepte mis disculpas.”

La muchacha parecía a punto de desmayarse. El joven lucía mucho más molesto de lo que requería el incidente. La comprensión golpeó a Thorn con la fuerza de un carruaje fuera de control.

Esta joven pareja también se dirigía a Gretna.

Probablemente, él les había proporcionado el susto de sus vidas, pensando que algunos de sus parientes los habían atrapado en el último momento.

La mortificación de Thorn se convirtió en diversión, lo cual luchó por reprimir. Continuó pidiéndoles perdón, mientras el joven lo miraba fijamente y llamaba al cochero para que siguiera conduciendo.

Mientras observaba cómo el vehículo alquilado avanzaba por la plaza hasta donde la carretera se bifurcaba en tres calles separadas, las campanas de la cercana catedral de Carlisle tocaron la hora de la madrugada.

Sacudiendo la cabeza, Thorn murmuró para sí: “este va a ser un día muy largo.”

Una voz demasiado cordial para una mañana tan temprana resonó detrás de él. “Disculpe, señor, ¿esperaría una fiesta de esta manera?”

Thorn volteó y encontró al portero de la posada, mirándolo con el inconfundible brillo de avaricia en sus ojos hundidos.

“¿Esperaría?” Thorn se encogió de hombros. “¿Esperaría? Mucho...”

Aunque no era naturalmente propenso a confiar en extraños, ¿qué tenía que perder con ello?

“He estado persiguiendo a mi hermana y a su novio desde Bath. Creo que los adelantamos en algún lugar entre aquí y Staffordshire. Esperaba detenerlos antes de que cruzaran la frontera.”

El hombre asintió sobre el relato de Thorn, como si lo hubiera escuchado todos los días durante muchos años. Dado el lugar donde trabajaba, tal vez así fuera.

“Yo en su lugar, señor, no pararía a todos los coches que pasan por London Road.” El portero frunció la boca para expresar su desaprobación. “Podrías meterte en muchos problemas.”

“Preferiría no hacerlo si pudiera evitarlo,” le aseguró Thorn al hombre. “Pero no habrá valido la pena haber llegado hasta aquí solo para dejarles pasar hacia Escocia.”

El portero asintió con simpatía. “Así que valdría la pena hacer algo por usted, así sea poco, ¿verdad? Si los vehículos que van hacia el norte se detuvieran un momento para que pudiera echar un vistazo a los pasajeros.”

“Más que poco. ¿Sería posible tal hazaña?”

El portero le dedicó una amplia sonrisa a Thorn y se dio unos golpecitos en un lado de la nariz con el dedo índice.

“La gente que viene a Gretna es un negocio floreciente en esta zona, señor. Todo el mundo gana su granito de arena de una forma u otra. Son casi todos los mismos muchachos los que conducen este último tramo del viaje desde el sur, ¿sabe? Año tras año, nos conocemos.”

“Ya veo,” respondió Thorn porque estaba empezando a entender esto.

“A una señal mía,” continuó el portero, “y los conductores se detendrán el tiempo suficiente para que yo les dé unos cuantos peniques.”

“¿Proporcionados por mí?”

“¡Ya lo ves, señor terrateniente!” El portero le sonrió como un anfitrión de la sociedad se dirige a su protegido. “Mientras estén detenidos, puedes echar un vistazo rápido por la ventanilla para ver si reconoces a alguien. En caso contrario, cada carruaje sigue su marcha sin que nadie se moleste ni se dé cuenta.”

“¿Qué diría el difunto Lord Hardwick si supiera qué comercio ha generado su ley de matrimonios clandestinos, aquí en el norte?” Se preguntó Thorn.

Sin duda, la vieja ciruela daría vueltas como una peonza en su tumba.

“¿Y tu tarifa por realizar este servicio, mi buen amigo?”

“Una guinea al día, señor,” replicó el portero, “más la mitad de lo que le pague a los conductores. La mayoría de la gente lo considerará una ganga.”

Los ojos de Thorn se abrieron como platos. “Debes evitar una fuga de muy buena clase.”

“Sí, señor terrateniente, siempre lo hago y estoy orgulloso de ello.” El rostro soberbio del hombre atestiguaba eso. “La sobrina de un noble, la semana pasada. Una heredera de Derbyshire no mucho antes...”

“Mi hermana no tiene ese rango, excepto para mí. Valdría la pena cada centavo de esa suma para asegurar su felicidad futura.” Mientras empezaba a vaciar sus bolsillos, Thorn oyó un vehículo traqueteando por la carretera detrás de él.

El portero hizo un alegre gesto con la mano. El carruaje disminuyó la velocidad, tal como había dicho, y se detuvo el tiempo suficiente para que este trabajador arrebatara cuatro peniques de la palma de Thorn y se los arrojara al cochero.

La puerta del carruaje se abrió un poco y una voz quejumbrosa preguntó: “¿por qué nos hemos detenido? ¿Qué está pasando, conductor?”

Dentro del carruaje, Thorn vio a una pareja de ancianos y a una mujer de mediana edad.

El cochero le guiñó un ojo al portero, mientras llamaba a sus pasajeros: “Estoy a punto de preguntar cuál es el camino a Kirkhampton, gobernador.”

“¡Humph! Es muy extraño contratarlo como conductor si no conoces las carreteras.” La puerta del carruaje se cerró de golpe.

El portero hizo un gesto de dar indicaciones y luego el carruaje siguió adelante.

“¿Supongo que ninguna de esas damas respondió a la descripción de su hermana, señor?”

“Ellas no.” Thorn vertió un tintineante chorro de monedas de cobre y plata en la gran palma abierta del portero. “Pero fue una excelente demostración de su servicio.”

Él asintió hacia el dinero. “Esa suma no durará mucho, si pasa algo de tráfico por aquí antes de localizar a mi hermana. Puedo conseguir más, pero...”

¿Felicity aprobaría el gasto? ¿Y sería esta la primera de muchas ocasiones en las que se vería obligado a acudir con la gorra en la mano a pedir dinero a su esposa?

Es cierto que su propiedad sería considerada suya, por ley, una vez que se casaran. Sin embargo, Thorn sabía que ella nunca lo consideraría así. Y él nunca se sentiría cómodo con la disparidad entre sus fortunas.

“¿Te preocupa que la joven pase durante tu ausencia?” Preguntó el portero, siempre servicial... por un precio. “No lo piense más, señor. Dígame qué aspecto tiene y me encargaré de que cualquier carruaje que lleve un pasajero de su descripción se demore hasta que usted regrese. Los caballos están un poco cojos y cosas así.”

“Muy bien.” Thorn miró alrededor de la plaza y volvió a bajar por London Road. No pudo ver señales de nada más que tráfico en el mercado local. “No deberías tener problemas para detectarla, ella es el tipo de jovencita que los hombres notan.”

Le dio al portero una breve descripción.

“Suenas una belleza, señor, no se equivoque. Ojalá pudiera decir lo mismo de la mayoría de las damas que veo pasar por Gretna. Esa heredera de Derbyshire, ahora...” El portero hizo una mueca y se estremeció. “Sin duda tiene un bonito bolso para compensar su apariencia.”

La broma golpeó a Thorn con la fuerza de un golpe físico al pensar en esas cosas que se decían sobre Felicity.

“Tengo un consejo para usted, señor,” continuó el portero, “y tampoco le cobraré nada extra. Una vez que haya recuperado a la joven señorita, será mejor que la case con algún buen tipo estable, así no te encontrarás aquí de nuevo dentro de seis meses, haciendo todo esto de nuevo.”

“Un buen consejo, por cierto,” Thorn estuvo de acuerdo. “Iré a buscar ese dinero, antes de que el tráfico se vuelva más intenso.”

Él reconoció que el hombre tenía razón, lo pensó así, mientras subía las escaleras hacia la habitación de Felicity, enfrentando a una marea de invitados que se marchaban. Un joven de mentalidad seria como Oliver Armitage puede parecer una elección extraña para su testaruda y vivaz hermana pequeña, pero ella podría seleccionar a otro mucho peor.

Incluso era mejor Armitage que el tipo de derrochador y encantador con el que Thorn había temido, a menudo, que Ivy pudiera unirse.

* * *

“¿Has encontrado a Oliver y a tu hermana?” Felicity cerró su bata con una mano, mientras abría la puerta para dejar entrar a Thorn.

“Todavía no. Si pasaron la noche en Penrith, podría pasar un tiempo antes de que lleguen aquí.” Él se movía de un pie a otro, jugueteando con su sombrero. “Lamento despertarte.”

“Me estaba moviendo antes de que llegaras,” ella mintió. “Estoy pensando en vestirme y llamar para pedir algo de desayuno, de hecho.”

“Deberías descansar un poco hasta tarde.” Thorn miró hacia la cama. “Intenta recuperar el sueño, mientras tengas la oportunidad.”

¿Y volver a ese horrible sueño que había estado teniendo? ¿Uno en el que ella era un zorro, con una lujosa cola roja, conducida por una jauría de perros hacia un estrecho desfiladero del que no había escapatoria? ¡De hecho no!

“Ya he dormido todo lo que me importa.” Se acercó a Thorn. Su presencia le dio la ilusión de seguridad que necesitaba en ese momento. ¿Cuánto más segura se sentiría envuelta en el santuario de sus brazos?

“Aunque tal vez me puedas convencer de volver a la cama.” Ella deslizó un extremo del cinturón de su bata a lo largo de la manga de su abrigo. “Si tuviera alguna compañía agradable...”

Él miró de nuevo hacia la cama con una expresión apenas disimulada de horror, como si fuera la trampa de la que apenas había escapado en sus sueños. “Una... invitación tentadora, pero no puedo detenerme ahora. Alguien necesita estar atento a Ivy y a tu sobrino.”

Aunque ella intentó ocultar su decepción, Thorn debió haberla sentido.

Levantando una mano hacia su rostro, él le acarició la mejilla con el dorso de los dedos. “Pronto estaré siendo una molestia en tu cama con tanta frecuencia que es posible que te canses de mi compañía. Deberías disfrutar de esta última oportunidad de tener todo eso para ti sola.”

Aunque habló en un tono de suave broma, a Felicity le pareció que hablaba más en serio de lo que imaginaba.

“Nunca me cansaré de ti, querido.” Ella levantó su propia mano, presionando la de él con más firmeza contra su rostro. “Cuanto más te conozco, más te amo. Si sigues así, pronto estaré bastante enamorada.”

“Eso nos hará dos.” Thorn se rió entre dientes. “Esto es tan dulce que pondrá a todos nuestros conocidos bastante biliosos.”

Felicity sintió que apretaba con más fuerza la mano de Thorn. Si tan solo pudiera mantenerlo cerca hasta que hicieran sus votos, borrando todos sus recelos con pasión ardiente o réplicas afectuosas.

“Una vez que regresemos a Bath como marido y mujer, ¡debemos hacer una visita a Weston St. Just y divertirnos viéndolo luchar por mantener su garganta!”

Mientras reían juntos, imaginándolo, Thorn se inclinó hacia Felicity y ella levantó el rostro hacia él. Sus labios se encontraron en un beso de infinita moderación, que aún así logró enviar ondas de deseo recorriendo su carne.

Después de un largo y dulce momento, Thorn se movió y se alejó con evidente desgana.

“Debo regresar.” Parecía sin aliento, como si hubiera corrido rápido. “Para vigilar a Ivy y Oliver... Por allá viene una fila de carruajes retrocediendo hasta Penrith.”

Felicity se llevó el dedo índice a los labios. “Págame una pequeña penalización más y te liberaré.”

“¿Multas?” Thorn negó con la cabeza. “Más bien, un premio. Uno que siempre estoy más que ansioso por reclamar.”

Lo confirmó, esta vez con menos moderación, como si el fuego acumulado de su pasión por ella estuviera consumiendo su autocontrol.

Nuevamente se alejó de ella, esta vez con mayor fuerza, como si necesitara más energía para resistir.

Sus palabras confirmaron la impresión de Felicity. “Debo irme mientras pueda.”

Cuando la puerta se cerró con fuerza detrás de él, ella se desplomó contra la pared y dejó escapar un largo y trémulo suspiro.

Todo estaría bien. Suficientes momentos deliciosos como ese valdrían cualquier precio que tuviera que pagar por ellos.

La puerta se abrió de nuevo, haciendo que el corazón de Felicity comenzara a bailar vertiginosamente. Thorn debía haber cambiado de opinión acerca de una cita matutina con ella.

Parecía como si un hombre diferente regresara a la habitación de la que acababa de salir. Su fachada de afectuosa seguridad se había desmoronado, dejando atrás una actitud tan incómoda que casi resultaba doloroso contemplarla.

“Tienes un efecto lamentable sobre mí.” Su mirada recorrió inquieta la habitación, mirando cualquier cosa menos a ella. “Me hiciste olvidar la razón por la que vine aquí.”

“Yo... Eso es...” Thorn vaciló como si no pudiera forzar la salida de las palabras.

“¿Ayudaría un buen golpe en la espalda?” Se preguntó Felicity.

Por fin, como el corcho de una botella de champán, las palabras estallaron en un torrente. “Necesito pedirte algo de dinero.”

Más palabras salieron tras ellos. ¿Alguna explicación complicada sobre el portero de la posada...? ¿Detener carruajes...?

¿Dinero? ¿Eso era todo?

“Por supuesto, querido.” Felicity rebuscó entre sus pertenencias hasta que encontró su bolso. “Toma lo que necesites, procede por todos los medios.”

Se lo arrojó a Thorn, quien parecía más nervioso que nunca, mientras intentaba hacer malabarismos con su bolso y su sombrero, solo para terminar dejando caer ambos al suelo.

Mientras Felicity miraba, atrapada entre la diversión y la exasperación, él se dominó lo suficiente como para levantarlos de nuevo y extraer un puñado de monedas grandes de su bolso.

“Gracias.” Le devolvió el bolso con una expresión de vergüenza, que no podría haber sido mucho mayor si hubiera robado el dinero. “Esto debería ser más que suficiente. Confío en que la inversión valga la pena. Una vez que tenga a Ivy y a tu sobrino bajo mi custodia, los traeré aquí para que todos podamos hablar sobre lo que se debe hacer.”

Thorn se puso el sombrero en la cabeza y guardó el dinero en el bolsillo y volvió a retirarse.

Felicity consideró volver a la cama, pero decidió no hacerlo. Sin la diversión de la compañía de Thorn, no tendría nada que pudiera mantener a raya sus sueños inquietantes.

Además, no quería que la pillaran en bata durante su enfrentamiento con Ivy y Oliver. Una apariencia adecuadamente digna podría ayudar a convencer a la joven pareja de la imprudencia de sus acciones.

Con ese fin, Felicity decidió que la entrevista requería el único vestido oscuro que había traído de Trentwell. Y tal vez el elegante turbante con bandas doradas. Complacida con su elección, dejó su bolso sobre la cama, y comenzó a sacar de su equipaje las prendas necesarias.

Sonrió para sus adentros al recordar cómo Thorn había manoseado el bolso, como si fuera una patata caliente. Un nuevo pensamiento, que siguió rápidamente al primero, borró la sonrisa de sus labios.

Mañana por la mañana, a esta hora, Thorn no necesitaría pedirle dinero. Cada partícula de su propiedad sería suya, por ley. Si ella quisiera o necesitara fondos, tendría que pedirselos a su marido.

Por primera vez desde su período de enfermedad en Gloucester, una poderosa ola de náuseas se apoderó del estómago de Felicity. Apenas llegó a tiempo a la palangana.

Capítulo diecisiete

El portero levantó la mano para llamar a otro vagón y regalar más dinero de Felicity.

Thorn se esforzó por evitar que sus esperanzas aumentaran. O cayeran.

¿Quién hubiera imaginado que a esa hora temprana de una mañana de primavera habría tanto tráfico en el corazón de esta ciudad del norte? Obviamente, un número sorprendente de viajeros no eran amantes, que cruzaban la frontera escocesa para celebrar una boda rápida, en contra de los deseos de sus familias.

Thorn había perdido la cuenta sobre cuántos vehículos había mirado, rezando para vislumbrar rizos de color rojo dorado, ojos azul verdosos y un par de hoyuelos encantadores. Aparte de todas las demás consideraciones, habían pasado varios días desde la última vez que vio a su pequeña hermana. Quería asegurarse de que ella estuviera sana y salva.

Mientras un carruaje disminuía la velocidad, Thorn se aventuró a observar a los pasajeros, una mirada que esperaba pudiera confundirse con curiosidad ociosa.

Sin duda, esta vez se trataría de alguna respetable matrona escocesa que regresaba a casa después de visitar a su hija en Lake Country. O un hombre de negocios con destino a uno de los prósperos puertos fronterizos.

En cambio, Thorn se encontró boquiabierto ante la espalda de una joven sentada sobre las rodillas de un joven. La pareja se vio envuelta en un abrazo particularmente ardiente. Su discreción natural hizo que el rostro de Thorn ardiese y le hizo desviar la mirada.

Como había hecho muchas veces esa mañana, el portero arrojó una moneda al cochero y se preparó para despedirlo.

En ese momento, un recuerdo se agitó en la mente de Thorn: Ivy mostrando un sombrero nuevo que había comprado con algo de dinero, que le había dado su rico cuñado. Aunque rara vez prestaba mucha atención a la vestimenta femenina, Thorn pensó que tal vez el sombrero de Ivy hacía juego con el de la chica del carruaje.

Fue suficiente para que dejara el pudor a un lado y volviera a mirar.

Esta vez la mano del joven había bajado de la nuca de la joven. Un mechón de rizos dorados y cobrizos asomaba por debajo de la parte trasera de su sombrero. La consternación por lo cerca que había estado de no verlos hizo que Thorn abriera la puerta del carruaje con más fuerza de la que pretendía.

También convirtió su primer saludo en una brusca exigencia. “¡Le sugiero que quite las manos de encima mi hermana, señor Armitage!”

La forma en que comenzaron y las caras de desconcierto que le dirigieron estuvieron a punto de compensar, a Thorn, por todo lo que había pasado desde la noche en que descubrió que Ivy había desaparecido.

“¡Thorn!” La pequeña descarada tuvo la impertinencia de atacarlo, como si él fuera el que estaba equivocado. “¿Qué estás haciendo aquí?”

Afortunadamente para Ivy, su hermano no era un hombre dispuesto a la violencia. De lo contrario, podría haberla arrojado sobre sus rodillas, en ese mismo momento, y proporcionarle a su prometido una paliza que ella tendría motivos para recordar.

“Lo has dicho como si no tuvieras idea.” Se conformó con tomarla del brazo y sacarla del carruaje.

Cada escrúpulo de ansiedad, que había sentido por ella durante los últimos días, lo golpeó

de nuevo. “¿Has hecho que tu misión en la vida sea volverme canoso antes de los cuarenta?”

Su justa ira pareció despertar por fin un cierto sentimiento de vergüenza en su hermana. La pequeña y atrevida barbilla de Ivy comenzó a temblar y sus luminosos ojos azules verdosos parecían listos para derramar un torrente de lágrimas de arrepentimiento.

“No se enoje con su hermana, señor Greenwood.” Oliver Armitage desdobló su desgarbada figura del carruaje y apoyó las manos sobre los hombros de Ivy, en un gesto alentador y protector. “La responsabilidad es mía.”

El joven difícilmente podría haber pronunciado palabras más apropiadas para ganarse su aprobación, pero Thorn no suavizó la severidad de su tono. Estos dos necesitaban comprender cuánta angustia había causado su pequeña escapada, a sus seres queridos.

“Tengo un montón de indignación para repartir, señor Armitage.” Le lanzó al sobrino de Felicity una mirada severa, pero se alegró secretamente cuando Oliver no se acobardó ante eso. “Vendrás libremente, no temas.”

Thorn miró de Ivy a Oliver y viceversa, incapaz de adivinar si los jóvenes amantes habían consumado su matrimonio de antemano. “No me sorprende descubrir a mi hermana haciendo tales travesuras, pero, le creía a usted más sensato.”

Dejando a un lado su forma de arrepentimiento apropiado, Ivy se liberó del agarre de su hermano y le frunció el ceño con una especie de desafío audaz, que nunca hubiera esperado de ella... hasta hoy. “No permitiré que le hables a mi prometido en ese tono, Thorn. Pide disculpas de inmediato.”

¡Eso era el colmo del descaro! Un pequeño equipaje lo había llevado a una persecución a lo largo del país. Y ahora que la había pillado, Ivy hizo que pareciera que él no tenía ningún derecho a enfadarse con ella.

“Él no es tu prometido,” gruñó Thorn, “y le hablaré en cualquier tono...”

De repente, él se dio cuenta de cuántas miradas curiosas habían atraído su confrontación. Como no quería convertirse en un espectáculo mayor del que ya había sido, Thorn luchó por controlar su indignación.

De todas las cosas que esperaba que Ivy dijera a continuación, no anticipó la pregunta que le planteó. “¿Está Lady Lyte contigo?”

¿Qué diferencia hizo eso? Aún así, Thorn aprovechó la oportunidad para continuar la conversación, lejos de miradas indiscretas.

“Ella está...” Él señaló con la cabeza hacia la posada. “Entremos y veamos qué tiene que decirles a ustedes dos.”

Hizo una reverencia al portero para agradecer su ayuda, luego cruzó la puerta de la posada y subió las escaleras hasta la habitación de Felicity. De vez en cuando miraba hacia atrás para asegurarse de que Ivy y Oliver lo seguían.

Estaban... agarrados de las manos del otro y mirando a todo el mundo, como si los estuvieran llevando a una ejecución sumaria. Como ocurría a menudo cuando le pedían que disciplinara a su pequeña hermana, la ira de Thorn empezó a suavizarse.

Después de todo, si estos dos no se hubieran escapado juntos, él no estaría a punto de casarse con la mujer que había capturado su corazón. Ese favor merecía un poco de paciencia, ¿no era así?

* * *

El sonido de pasos subiendo las escaleras hizo que Felicity recordara la noche en que Thorn había irrumpido en su casa. ¿Podría haber sido hace menos de una semana? Con todo lo

que había sucedido desde entonces, parecía como si hubieran pasado todos los días de un mes.

Los pasos se detuvieron frente a su puerta y sonó un golpe firme, pero silencioso. No se sorprendió en absoluto al oír la voz de Thorn. “Lady Lyte, tengo a mi hermana y a tu sobrino conmigo. ¿Podemos entrar?”

Ella olfateó el aire, esperando que su generosa aplicación de agua de rosas enmascarara el olor agrio de las náuseas matutinas. Pronto ya no importaría si se conociera su condición. Pero quería compartir la buena noticia con Thorn antes que nadie, en el momento y de la manera que ella eligiera.

“Pueden entrar,” replicó, levantándose de su silla junto al fuego.

Thorn abrió la puerta y retrocedió para dejar entrar a Ivy y Oliver.

Se tomaron las manos con fuerza cuando entraron en su presencia. Oliver parecía castigado, pero decidido, e Ivy...

La joven miró a Felicity con ansiosa curiosidad, lo cual parecía discernir sobre su situación y sus sentimientos mucho más de lo que deseaba revelar. En un esfuerzo por recuperar el equilibrio, Felicity fijó su mirada en Thorn.

Cerró la puerta detrás de él y luego se acercó a ella para poder enfrentarse juntos a la pareja más joven. Felicity captó su rostro y una mirada de cariño y tranquilidad pasó entre ellos.

“¡Funcionó!” Gritó Ivy, arrojándose sobre ellos. “Sabía que lo haría. ¡Simplemente lo sabía!”

“¿*Se había vuelto loca la hermana de Thorn?*” Se preguntó Felicity, mientras la chica la besaba en la mejilla y luego abrazaba a Thorn. “¿*Qué sabía Ivy? ¿Qué había funcionado?*”

La explicación llegó entre risas y sin aliento. “Le dije a Oliver que si estuvieran encerrados juntos, en un carruaje, durante todo el camino a Escocia, pronto se darían cuenta de cuánto se preocupan el uno por el otro. Y lo hicieron, ¿no?”

Ivy miró de Thorn a Felicity, y su joven rostro era la viva imagen de un triunfo regodeante. “Y lo hicieron, ¿no?”

Cuando la verdad cayó sobre Felicity, sintió como si una mano áspera se hubiera metido dentro de ella, apretando alrededor de su estómago. Se liberó del impulsivo abrazo de Ivy, en parte porque temía enfermarse violentamente sobre el vestido de la joven y porque no podía soportar el contacto de Ivy o la cercanía de Thorn.

Parecían pulular a su alrededor, imponiendo su voluntad sobre ella. Como una jauría de perros, conduciendo a la zorra desesperada a su perdición.

“¿Quieres decir que planeaste todo esto?” Las palabras salieron de ella, amargas como la bilis.

¿Necesitaba siquiera preguntar? Debería haber sido obvio desde el principio. Esa era la única explicación que respondía a todas las preguntas e inconsistencias que la habían estado molestando desde la noche en que dejó Bath.

¿Cómo pudo haber estado tan ciega? ¿Cómo pudo haberse dejado manipular de esa manera otra vez?

“¿No tenías ninguna intención de casarte con mi sobrino?” Ella protestó.

“No, al principio,” admitió Ivy con un alegre chirrido que hizo que Felicity quisiera hacer entrar en razón a la chica. “Comenzó como una artimaña para juntarlos, pero, una cosa llevó a la otra... Y...”

Una artimaña para juntarlos. Las palabras sonaron como una burla en los oídos de Felicity. Le habían tendido una trampa y ella se había precipitado directamente hacia la misma. ¿El pasado no le había enseñado nada acerca de la precaución? ¿O era demasiado estúpida para

aprender?

Su mirada horrorizada se encontró con la de Thorn. Una criatura despistada como Ivy Greenwood nunca podría haber ideado un plan como este por sí sola. “Tú también estuviste en esto, ¿no? ... ¿Nos pusiste en esto?”

Algo duro y frío apareció en la mirada de Thorn, confirmando sus peores sospechas.

Ella se alejó de él, solo para encontrarse atrapada contra la chimenea. “No puedo creer que hayas sido tan crédulo como para dejar que me torcieran el dedo de esta manera.”

Thorn pasó junto a su hermana. “Yo no sabía más de eso que tú, lo juro.” Intentó tomarla en sus brazos. “Seguramente, no puedes creer que me rebajaría a tal cosa.”

Cuán desesperadamente deseaba creerle, volver a sentirse segura en sus brazos y planificar su destino, juntos. Pero la seguridad y el futuro que Thorn Greenwood ofrecía eran mentiras de la peor clase.

“¡Mantén tu distancia!” Ella se apartó de él, más temerosa de su propio y traidor anhelo que de creerle a ese hombre. “No me toques.”

Con toda su considerable voluntad, Felicity luchó por no traicionar su debilidad. Pero cuando miró de Ivy Greenwood a Thorn, vio en cambio los rostros de su abuelo y de las desagradables institutrices de su juventud. Mirando a Thorn y luego a su hermana, vio a su difunto marido mujeriego y a su altísima madre.

Solo cuando su mirada se posó en el querido y confiable rostro de Oliver Armitage su creciente pánico disminuyó. “No te culpo por nada de esto, mi querido muchacho. Hemos sido abominablemente utilizados, los dos.”

Ella le tendió la mano con una súplica. “Solo llévame a casa ahora... Por favor.”

Los planos delgados del rostro de su sobrino estaban inclinados en ángulos agudos, como ella había visto a menudo, cuando él estaba resolviendo algún enigma científico. Felicity también vio algo más. Una dolorosa perplejidad, que a veces se apoderaba de él, cuando no podía conciliar dos hechos que parecían correctos, pero que se contradecían rotundamente.

“Por favor, no te enojas con Ivy,” le rogó a su tía. “Ella solo quería hacerlos felices a los dos.”

Oliver miró hacia Thorn. “Y su hermano no sabía nada al respecto de eso, te lo puedo asegurar.”

Felicity negó con la cabeza. Para ser un joven tan educado, su sobrino tenía mucho que aprender sobre el mundo y sus engaños.

Antes de que ella pudiera engatusarlo, Oliver habló de nuevo, en un tono más decidido del que jamás le había oído usar antes. “En cualquier caso, no puedo llevarte a casa ahora. Ivy y yo tenemos la intención de casarnos lo antes posible,” Oliver miró hacia Thorn, “si puedo persuadir a su hermano para que nos dé su bendición.”

Ya era bastante malo que los Greenwood la hubieran engañado de esta manera, pero usar a su querido Oliver como medio para avanzar en su plan indignó aún más a Felicity.

Su sobrino le dedicó una sonrisa alentadora. “Sé que todo esto se ha convertido en una comedia de errores, pero, eso no significará nada, si podemos darle un final feliz. ¿No vendrías tú y el señor Greenwood con nosotros a Gretna y haríamos una boda doble?”

Y pensar en lo recientemente que había considerado esa posibilidad. Ahora, la idea enfermó de disgusto a Felicity.

“¡Niño tonto!” Ella gritó, “¿no puedes ver que ella es como todas las demás, detrás de ti por mi fortuna?”

Si ella se hubiera abalanzado sobre él y le hubiera dado un fuerte bofetón en las orejas,

Oliver no habría parecido más consternado. Aunque se reprochó por haber sido tan dura con él, Felicity no se retractó de lo que había dicho. Por su propio bien, había que hacerle entender al muchacho.

Una rápida mirada a Ivy devolvió la compostura a Oliver. “Ante toda la evidencia en contra, creo que Ivy me ama, tía Felicity. Y sé que la amo.”

“¿Ante toda evidencia en contra?” Felicity apenas podía creer que lo había oído pronunciar esas palabras. “¿Qué científico que se apreciara ignoraría una montaña de evidencia en contra?”

Oliver se dirigió hacia Thorn. “¿Permitirás que tu hermana se case conmigo, señor? Prometo hacer todo lo que esté a mi alcance para hacerla feliz.”

“¿Estaba en medio de otra pesadilla?” Se preguntó Felicity. Si tan solo pudiera ser así. Pero la vida parecía empeñada en enseñarle que la decepción, la frustración y la traición eran la verdadera lógica del mundo. Mientras que la confianza, la seguridad y la felicidad no eran más que ilusiones peligrosas.

Ivy Greenwood tomó la mano de su hermano y le suplicó con sus ojos encantadores. “¡Oh! Por favor, Thorn, por favor. ¡Di que sí! No me hagas lo que mi padre le hizo a Rosemary al prohibirle que se casara con Merritt.”

“Supongo...” Thorn vaciló, tal como Felicity sabía que lo haría. “Si ustedes dos han hecho todo este camino, sin matarse el uno al otro...”

Felicity no pudo permanecer en silencio ni un momento más. “¡No puedo creer esto! ¿No me digas que pretendes complacer este tonto capricho de ellos, después de todo lo que pasamos para detenerlos?”

¿A menos que sus peores sospechas fueran ciertas y todo este viaje a Gretna no hubiera sido más que una conspiración para atraerla al matrimonio?

Mirando a Thorn, ella le ofreció una última oportunidad para refutar sus dudas. “Si alguna vez tienes el más mínimo sentimiento genuino por mí, Hawthorn Greenwood, prohibirás este matrimonio y traerás a tu hermana de vuelta a Barnhill, donde ella pertenece.”

Por un instante, un destello en sus ojos le hizo esperar que él cediera.

Entonces, ese destello se apagó y Thorn la miró con una mirada de melancólico arrepentimiento, como si ella le hubiera hecho daño. “Si tienes el menor sentimiento por mí, Felicity, no me pedirás que sacrifique la felicidad de mi hermana.”

Pasó su brazo alrededor del hombro de Ivy, mirando de ella a Oliver. “Si ustedes dos están decididos a casarse, entregaré a la novia.”

Felicity se estremeció. “Todos ustedes están aliados contra mí, por lo que veo.”

Sus ojos picaban con el ardor de mil ortigas. Ya fueran lágrimas de ira o de dolor, ella no le daría a nadie en esta sala la satisfacción de verlas caer.

“Muy bien, entonces.” Rezó para que su voz no se quebrara. “Oliver, si persistes en esta locura, no tendré más remedio que acabar contigo y dejarte sin un centavo.”

Era más que una amenaza calculada para disuadirlo. Si debía recurrir a su plan original de romper los lazos con Thorn y retirarse al campo para criar a su hijo, Felicity sabía que no podía permitirse el lujo de mantener el contacto con su sobrino, si él se unía a la familia de Ivy. “Ve si eso no cambia la inclinación de la señorita Greenwood para casarse.”

Aunque Oliver intentó parecer confiado, no pudo ocultar un pasajero escrúpulo de duda a la mujer que había sido como una madre para él durante tantos años. Ivy pareció muy afectada por la noticia de que Oliver perdería sus grandes expectativas, si se casaba con ella. Su reacción confirmó todas las desagradables sospechas que Felicity alguna vez había tenido sobre ella.

“¿Podemos tener unos momentos de privacidad para hablar de esto?” Ella preguntó.

Los modales apagados y el tono lastimero de Ivy tocaron el corazón de Felicity, a pesar de su determinación de resistirse. No podía permitirse el lujo de dejarse engañar por cualquier muestra de sentimiento que los Greenwood pudieran presentar ahora en su beneficio.

“Tómate el tiempo que quieras.” Felicity recogió su bata, guantes y bolso, mientras se dirigía hacia la puerta. “Esperaré en mi carruaje durante diez minutos. Si Oliver no viene conmigo para entonces, regresaré a Bath sin él, y ordenaré a mi abogado que lo elimine de mi testamento.”

Al dar su ultimátum, Felicity mantuvo la mirada apartada de Thorn, temerosa del poder que él todavía ejercía sobre su corazón y que tal vez no tuviera escrúpulos en utilizar.

* * *

Mientras Lady Lyte cerraba la puerta detrás de ella, con firmeza, Thorn luchaba por recuperar su ingenio. Se sintió casi como si lo hubieran arrojado, una vez más, desde un caballo que se movía rápidamente a un río frío y oscuro.

Había estado galopando hacia un futuro feliz en el que todo estaba perfectamente en su lugar. Felicity había aceptado casarse con él. Habían logrado recuperar a Ivy y Oliver. Luego, sin previo aviso, todo se hizo añicos a su alrededor.

Con frío odio en sus ojos, Felicity lo había acusado de conspirar con su hermana para engañarla y obligarla a casarse. Que la mujer que amaba pudiera creerlo capaz de una conducta tan infame hirió a Thorn Greenwood hasta lo más profundo de su obediente corazón.

Miró a su hermana y luego a Oliver Armitage, y se esforzó por encontrar palabras que pudieran dar sentido a lo que acababa de suceder, ya que parecían tan desconcertados como él. Una parte de él quería agradecer a Ivy lo que había intentado hacer por él, mientras que la otra, no podía evitar desear que ella se hubiera ocupado de sus propios y dulces asuntos.

Thorn decidió que estaba demasiado aturdido por este repentino cambio para decir algo coherente. Ya había desperdiciado un minuto de los diez que Lady Lyte le había concedido a su sobrino. Una vez que Oliver tomara su decisión, Thorn y su hermana tendrían tiempo para hablar, si alguno de ellos podía soportarlo.

Con un suspiro y un triste movimiento de cabeza, Thorn salió de la habitación y bajó las escaleras, envuelto en un espeso aturdimiento de arrepentimiento.

Cuando se detuvo en el rellano, justo fuera de la vista de la sala de correos, escuchó a Lady Lyte pagar su cuenta con el posadero.

“Hagan llamar a mis sirvientes de inmediato,” ella ordenó, “y que bajen mi equipaje. Indiquen a los mozos de cuadra que preparen mi carruaje para el camino. Debo partir sin demora.”

Una buena suma debió haber cambiado de manos, por encima de los cargos habituales, porque Thorn escuchó al posadero bramar las instrucciones de Lady Lyte, seguido por el sonido de pies corriendo.

Se dijo a sí mismo que debía quedarse quieto, o salir sigilosamente por la puerta principal e ir a vagar por la plaza del mercado hasta que Felicity se hubiera ido de Carlisle. Se dijo a sí mismo que suplicarle no serviría de nada, solo erosionaría aún más su autoestima.

Desafortunadamente, sus pies no estaban bien controlados. Antes de que Thorn supiera lo que estaba pasando, lo llevaron por los últimos doce escalones y lo encontraron, cara a cara, con la mujer con la que esperaba casarse dentro de unas horas.

Una mirada severa de Thorn hizo que el posadero se alejara, dando órdenes a diestro y

sinistro.

“Por favor, Felicity,” mientras hablaba, Thorn sintió que se le ponían las rodillas rígidas. Ya se había acercado a esta mujer una vez antes. Nunca lo volvería a hacer. “Tómame un momento para reconsiderarlo, te lo ruego. Puedes perder tanto como cualquiera de nosotros con esto. Quizás más.”

Trató de convencerse a sí mismo de que no perdería nada de lo que realmente había sido suyo. Ni nada que realmente quisiera. Pero cuando la miró a la cara y vio la belleza intacta por la ira y la angustia que la atormentaban, Thorn recordó cada rayo de sol que Felicity había traído a su vida, el brillo de la luz de las estrellas y cada rubor del resplandor de las velas.

De repente todo lo que pudo hacer fue no inclinar la cabeza y llorar por esa pérdida.

Felicity se apartó de él, como si temiera que pudiera golpearla. Al hacerlo, ella le asestó un golpe mucho más doloroso.

“Déjeme en paz, señor Greenwood.” Ella habló con los dientes apretados. De hecho, cada parte de ella parecía oprimida contra él. Su corazón era el más apretado de todos. “¿Tú y tu hermana no me han hecho suficiente daño hoy?”

“¡Nunca te haría daño!” La prudencia y el decoro aconsejaron a Thorn que bajara la voz, pero él se negó a prestarles atención. “Y mi hermana no es culpable de nada peor que un impulso generoso llevado a extremos imprudentes. Ya te dije que se considera una casamentera.”

* * *

“Ah, sí, Lady Cupido.” Felicity citó palabras conmovedoras previas. “Si no recuerdo mal mis libros escolares, Cupido hacía todo tipo de travesuras entre dioses y mortales. Ojalá tu hermana hubiera guardado sus flechas para alguna otra familia.”

“Nadie nos hizo enamorarnos, Felicity.” ¿Por qué no podía hacerle ver que era así? “O tal vez deberías enmendar eso. Tú hiciste que te amara. Hasta hace poco, creía que habías hecho que te amaras. Todo lo que Ivy y Oliver hicieron fue obligarnos a estar juntos, cuando preferiríamos haber huido el uno del otro.”

En ese momento, el chofer y el lacayo de Felicity irrumpieron en el vestíbulo de entrada. Ned se había abotonado mal la librea, y se estaba frotando para quitarse el sueño.

El señor Hixon miró alarmado a Thorn y luego a su amante. “¿Es cierto, señora? ¿Debemos irnos de inmediato? ¿Pasó algo?”

“¡Muchas cosas están mal!” Respondió Felicity, “aunque nada de eso es algo por lo que debas preocuparte. Regresaremos al sur tan pronto como podamos enjaezar los caballos.”

Sin decir más palabras a Thorn, ella salió de la habitación seguida de su par de sirvientes desconcertados.

Ned se detuvo en la puerta. “¿No viene con nosotros, señor Greenwood?”

Thorn negó con la cabeza. Aunque no tenía intención de hablar, se escuchó a sí mismo decir: “cuídala por mí.”

“Lo intentaré, señor,” respondió el muchacho. “Lady Lyte no hace que sea fácil cuidar de ella.”

El fantasma de una sonrisa surgió de los labios de Thorn, mientras asentía con complicidad.

A lo lejos se escuchó el sonido del señor Hixon llamando al joven lacayo.

Ned todavía vaciló. “Pase lo que pase, lo siento, señor. Por usted... y por ella.”

Dicho esto, él se alejó rápidamente, abotonándose el abrigo, mientras avanzaba.

Aunque Thorn no tenía intención de hacerlo, se encontró siguiéndolo. Tal vez en el

último instante Felicity se diera cuenta de todo lo que podía perder, sobre todo si Oliver Armitage se mantenía firme.

Si verla pudiera servirle para recordarle ese conocimiento vital, Thorn lo haría. ¡Al diablo con el orgullo!

Salió de la posada y rodeó el estrecho callejón, que conducía a los establos. Al lado del abrevadero, en ese patio, se encontraba el hermoso carruaje de Lady Lyte. Los mozos de cuadra acababan de enjaezar los caballos, sin duda en un tiempo récord. Otro sirviente bajó un tramo de escaleras exteriores, llevando el equipaje de Lady Lyte, que subió hasta Ned en el maletero.

Thorn fijó su mirada en Felicity, que estaba sentada, rígida e inmóvil, como una estatua de cera dentro de la caja. Mirando al frente, ella no dio la más mínima señal de estar consciente de su presencia.

En silencio, le pidió que no permitiera que su problemático pasado destruyera su futuro... y el de él.

Detrás de él, las campanas de la catedral de Carlisle dieron la media hora. El cochero de Lady Lyte movió las riendas y el carruaje empezó a moverse.

Mientras se acercaba a él, Thorn se apartó del camino. Sin embargo, todavía estaba lo suficientemente cerca como para notar un par de lágrimas, que rodaron lentamente por las mejillas esculpidas en marfil de Felicity.

Ella sabía a qué estaba renunciando, le aseguraron esas lágrimas a Thorn. Pero conservarlo le habría costado a su dama de fortuna, más de lo que ella misma podría permitirse pagar.

Capítulo dieciocho

Felicity maldijo las dos lágrimas amotinadas que traicionaban su debilidad. Por nada del mundo expondría una mayor vulnerabilidad, al dejar que Thorn la viera quitándoselas. Así que miró al frente, negándose a reconocer su cercanía o el angustioso efecto que tenía en ella.

Pero cuando su carruaje pasó más allá de la antigua ciudad amurallada, que se encontraba en el corazón de Carlisle, y estuvo segura de que Thorn ya no podía verla, la frágil compostura de Felicity se derrumbó, lágrima tras lágrima.

Intentó convencerse de que estaba llorando por Oliver.

Que su sobrino la abandonara, después de muchos años de relación y de todo lo que ella había hecho por él, la entristecía profundamente. Y haberle dado la espalda por el bien de una joven, que había conocido en tan poco tiempo, hablaba mal de su capacidad para inspirar y mantener la lealtad de aquellos a quienes quería.

Percy, Thorn, Oliver. ¿Terminarían todos los que amaba haciéndola daño?

“¡Mi bebé, no!” Juró Felicity, envolviendo sus brazos alrededor de su cuerpo, en un abrazo feroz y protector.

No, a menos que hubiera sido lo suficientemente tonta como para decirle a Thorn la verdad, mientras él la mantenía esclavizada. Entonces su pobre hijo se habría convertido en la cuerda de un tira y afloja entre su madre y su padre. ¡Gracias al Cielo que había tenido la sensatez de morderse la lengua!

El día continuaba, mientras el carruaje de Lady Lyte avanzaba hacia el sur, a través de un estrecho valle, ubicado entre los ríos Eden y Petteril, los cuales atravesaban el antiguo bosque de Inglewood.

A ambos lados de la carretera, líneas de muros grises de piedras secas separaban parcelas de tierra de cultivo absurdamente pequeñas. A intervalos, un grupo de ordenadas casas blancas, una pequeña iglesia y, a veces, una posada se agrupaban en cada pueblo. Hacia el este se extendía la curvada joroba gris de la columna vertebral de Inglaterra, los Peninos.

Había estado demasiado oscuro para ver todo esto la noche anterior, cuando ella y Thorn habían conducido las últimas millas hasta Carlisle. Ahora el encanto pacífico y remoto del lugar se apoderó de Felicity, calmando la turbulenta indignación que azotaba su espíritu.

De repente, el interior de su carruaje se sintió tan grande, quieto y vacío sin la presencia de Thorn.

No es que tuviera presencia como tal, al menos no en el estilo vívido y efusivo de su amigo Weston St. Just. Thorn Greenwood tenía un carácter similar al de la campiña de Cumberland. Tranquilo, estable y modesto, pero rico en valor verdadero, fuerza gentil y virtud duradera. O eso había llegado a creer Felicity.

¿Cómo pudo haberlo juzgado tan mal?

¿Lo *había* juzgado mal?

En su soledad, Felicity no pudo esconderse de la verdad. Quizás no se había equivocado con el carácter de Thorn, durante los largos y dulces días y noches, que habían compartido en el viaje al norte. Lo más probable es que lo hubiera juzgado mal en esos breves y angustiosos momentos, en los que viejos temores la habían abrumado, y toda una vida de sospechas, amargamente cultivadas, había arruinado el vulnerable brote de su confianza en él.

Aunque no había nadie para verla, Felicity escondió su rostro entre sus manos. Sus

hombros se contrajeron con sollozos mudos y secos, que la suave humedad de las lágrimas podría haber aliviado. Excepto que había desperdiciado todas sus lágrimas en una causa indigna.

Había creído que no podía haber peor dolor que sufrir la dominación o la traición de sus seres más cercanos. Pero también en eso se había equivocado.

Fue un golpe mucho más duro ver sus pocas cualidades admirables controladas por sus defectos. Y vivir con la amarga certeza de que había destruido su propia felicidad por un orgullo ciego y egoísta.

Un dolor agudo se apoderó de Felicity, en lo profundo del vientre, haciéndola gritar. El señor Hixon debió haberlo oído porque el carruaje se detuvo casi de inmediato.

Apenas un momento después, la puerta se abrió y el joven Ned miró dentro. “¿Qué pasa, Lady Lyte?”

El dolor había aflojado sus garras sobre ella, dejando a Felicity débil y sacudida.

“Nada importante.” Intentó sonar mucho mejor de lo que se sentía.

No podía enfermarse ahora, tan lejos de casa y sin nadie que la cuidara, excepto un par de sirvientes. “Una vez que lleguemos a Trentwell, estaré como la lluvia otra vez. Ahora sea un buen tipo y dígame al señor Hixon que siga conduciendo.”

El muchacho no obedeció su orden con la presteza que Lady Lyte esperaba de sus trabajadores. “Le ruego que me disculpe, señora, pero no tiene buen aspecto.”

“Por supuesto que no me veo bien,” espetó Felicity. Podía sentir que otra oleada de dolor empezaba a crecer y no quería que el joven lacayo fuera testigo de ello. “Tú tampoco, para ser sincero. ¿Quién esperaría que lo hiciéramos, después de un viaje tan largo, con tanta prisa? Le ordeno que deje de molestarme y al señor Hixon que se apresure a llegar a Trentwell.”

Cuando él siguió dudando, mirándola ansiosamente, ella gritó: “¡ahora!”

Antes de que Ned pudiera obedecer, el dolor la arrastró de nuevo como una rata entre las poderosas fauces de un terrier. Decidida a no gritar esta vez, Felicity se mordió el labio inferior hasta que saboreó la sangre, cálida y salada.

Para su sorpresa y gran alivio, Ned cerró de golpe la puerta del carruaje y este pronto comenzó a moverse nuevamente.

Pero no por mucho.

El dolor había disminuido hasta alcanzar un nivel constante, casi soportable, cuando su carruaje se detuvo frente a una posada de ladrillo rojo.

“¿Cuál es el significado de esto?” Preguntó con los dientes apretados, cuando el conductor y el lacayo abrieron la puerta del carruaje.

Ned se miró las botas, como si esperara encontrar la respuesta a la pregunta de su amante escrita en las puntas. “No se encuentra bien, señora. Necesita descansar, o un médico, o... algo así. El señor Greenwood me pidió que la cuidara y no es mi intención decepcionarlo.”

Tal vez saber que Thorn todavía se preocupaba lo suficiente por ella, como para pedir tal cosa a los sirvientes debería haber alegrado a Felicity, pero no fue así. Después de las terribles acusaciones e insultos que les había lanzado a él y a su hermana, ella no merecía tal consideración.

Su cochero parecía aún más preocupado que el joven lacayo, ante la perspectiva de desobedecer órdenes. Sin embargo, Hixon apoyó al joven Ned en su bien intencionado motín. “Lo que no necesita, señora, es otro viaje largo. Puede despedirnos a los dos, sin piedad, cuando se recupere de nuevo, pero hasta entonces, no nos moveremos ni una milla más.”

“Muy bien.” Estaba demasiado dolorida y agotada para discutir con ellos en ese momento. Le atraía la perspectiva de descansar en una cama, aunque fuera alquilada, lejos de

casa.

Felicity logró salir de la caja del carruaje, pero luego sus fuerzas la abandonaron y se desplomó en los musculosos brazos del señor Hixon.

Debía estar perdiendo a su bebé. No podía haber otra explicación para la localización e intensidad del dolor.

No obstante, aunque su corazón se estremeció de dolor ante esta pérdida final, tuvo que admitir que tal vez eso no fuera injusto. Después de la forma en que había intimidado al joven al que decía amar como a un hijo, cuestionando su elección, amenazando su felicidad y tratando de controlar sus acciones, Lady Lyte se vio obligada a reconocer que podría ser demasiado egoísta para ser una buena madre.

* * *

“Ojalá mi madre hubiera podido verte hoy.” Thorn presionó los labios contra la frente de su hermana, mientras se preparaban para entrar en la pequeña iglesia parroquial de Gretna Green. “Creo que ella habría estado tan orgullosa de ti como yo.”

La delicada barbilla de Ivy tembló y su habitual sonrisa brillante se arrugó hasta que aparentó la mitad de su edad actual. Como una niña traviesa, cuya última broma había salido peligrosamente mal. “Querido hermano, no debes hacerme lloriquear justo antes de mi boda, aunque estoy seguro de que lo merezco.”

Thorn sacó un pañuelo y se lo pasó, por si acaso.

Ivy se secó la nariz. “¡Pensar que me creía una casamentera! Más bien, una destructora de cerillas. Después de la forma en que arruiné todo entre tú y Lady Lyte estás en tu derecho de llevarme a casa en Barnhill y encerrarme en el ático. Así aprendería algo de sentido común.”

“Ahora, ahora.” Con la curva de su dedo, Thorn inclinó su pequeña y atrevida barbilla hasta su habitual ángulo alegre. “¿Encerrada en el ático de Barnhill? Eso me suena bastante duro. ¿Por qué no llevarte a Botany Bay y terminar de una vez?”

Ivy recompensó su torpe broma con una sonrisa torcida. “No debes fingir que lo tomas tan bien. Me harás sentir mucho peor que si te encaramaras a mí.”

“Admito que no estoy satisfecho con cómo se desarrollaron las cosas entre Felicity y yo.” Thorn exhaló un suspiro. “Pero, eso no es culpa tuya. Sé que tenías las mejores intenciones para nuestra felicidad. Si ella realmente cree que tú y yo tramamos todo este plan como un medio para atraparla a ella y a su sobrino, entonces tal vez me haya librado de Lady Lyte.”

Y tal vez si se repitiera esas palabras con suficiente frecuencia, podría llegar a creerlas con el tiempo.

La brisa primaveral alborotó los rizos de Ivy y el sol escocés los ungió con un profundo brillo dorado. Sus ojos verde azulados parecieron ver más allá de la orgullosa protesta de Thorn y llegar a su turbulento corazón. “No creo eso ahora más que cuando Oliver y yo dejamos Bath. Estoy segura de que en el fondo de su corazón Lady Lyte no cree ninguna de esas cosas espantosas que dijo sobre todos nosotros.”

Sacudiendo la cabeza, Thorn obsequió a su hermana con una media sonrisa indulgente. “Me gustaría poder compartir tu optimismo ilimitado.”

“Esto es más que esperar lo mejor, Thorn.” Ivy le tomó la mano y lo miró profundamente a los ojos, como si deseara que participara de su ardiente convicción. “¿Recuerdas cómo Merritt acusó a Rosemary de tenderle una trampa, cuando descubrió que habíamos perdido nuestra fortuna?”

“No es probable que lo olvide, ¿verdad?” Casi lo había partido en dos, ver a su amada

hermana y a su querido amigo volverse tan infelices.

“Probablemente, nunca se habrían reconciliado, si no hubiera sido por ti,” expuso Ivy, “aunque sé que nunca confesarás haber hecho de casamentero.”

Thorn adoptó su tono más severo y fraternal. “Si tienes alguna idea de interceder por mí ante Lady Lyte, puedes quitártela de la cabeza, jovencita. No lo permitiré. ¿Me oyes?”

“¡Nunca había pensado en eso!” Ivy protestó. “Tú y Lady Lyte deben servir como sus propios casamenteros, Thorn. Sé que puedes hacerlo si lo intentas.”

Señaló con la cabeza hacia el santuario donde la esperaba su novio. “He crecido mucho la semana pasada, ¿sabes? Después de algunas de las cosas que Oliver me contó sobre su pasado y el de su tía, lo siento mucho por cualquiera que tenga una fortuna. ¿Cómo se puede confiar que alguien les importe a ellos?”

Felicity alguna vez creyó que él no tenía planes sobre su fortuna. Thorn recordó cómo le había conmovido su confesión.

Ivy le apretó la mano con más fuerza. Thorn nunca había visto a su alegre e inestable hermana pequeña con tanta pasión y seriedad. “Cuando Lady Lyte dijo esas cosas, lo que quiso decir es que no cree que merezca ser amada solo por ella misma. No es de ti de quien desconfía, sino de ella misma.”

Él abrió la boca para decirle a Ivy que había dejado que las fantasías románticas del día de su boda se apoderaran de ella. Antes de que pudiera pronunciar las palabras, una multitud de recuerdos despertaron en su mente. La más vívida tenía menos de un día, cuando conducían hacia Carlisle.

Thorn podía oír el murmullo melancólico de Felicity tan claramente como si la hubiera estado sosteniendo en sus brazos. “*No soy ni la mitad de lo suficientemente buena para ti.*”

¿Podría ser cierto lo que dijo Ivy, o solo se aferraba a una falsedad esperanzadora porque no era lo suficientemente hombre para enfrentar la verdad?

“Debes ir tras ella, Thorn.” Ivy le agarró la mano con tanta fuerza que casi le hizo gritar. “Sé que una vez que haya tenido la oportunidad de pensar las cosas detenidamente, Lady Lyte se dará cuenta de que estaba equivocada. ¿Y qué más se puede hacer en un largo viaje en carruaje sino pensar?”

¡Si tan solo su inocente hermana pequeña lo supiera! Un rubor abrasador subió desde el cuello de Thorn.

En ese momento, Oliver Armitage apareció en la puerta de la iglesia con una expresión ansiosa en su rostro delgado e inteligente.

Ivy miró hacia él, sus ojos brillaban con traviesa alegría. “¡A menos que uno tenga compañía agradable, claro está!”

Quizás la pequeña descarada sabía casi tanto como él. Thorn estaba convencido de eso, recordando el abrazo apasionado, en el que había atrapado a Ivy y Oliver esa mañana.

Oliver Armitage enarcó una ceja hacia su novia, como si quisiera preguntarle qué le parecía tan divertido, mientras él era un manojo de nervios. “Temí que te hubieras acobardado y hubieras persuadido a tu hermano para que te llevara de regreso a casa.”

“¡Nunca!” El brillo en los ojos de Ivy se profundizó hasta convertirse en un resplandor cariñoso, mientras miraba a su futuro esposo. “Solo le estaba dando a Thorn el beneficio de más consejos sobre cómo encontrar pareja... después de que me juré a mí misma que nunca volvería a interpretar a Cupido.”

“Vamos entonces, Lady Cupido.” Thorn colocó la mano de su hermana en el hueco de su codo. “No debemos hacer esperar más a tu novio.”

Oliver volvió a esconderse dentro del santuario, mientras Thorn e Ivy lo seguían a un ritmo más decoroso.

Cuando llegaron a la puerta de la iglesia, Ivy vaciló en el umbral. Por un momento, Thorn se preguntó si ella no estaría reconsiderando su decisión.

Su hermana lo miró. “¿Harías algo por mí, Thorn... como regalo de bodas?”

¿Cómo había sabido que él se arrepentía de no tener ningún regalo para ella en ese día tan especial?

“Muy bien. Dímelo, por favor.”

“Ve tras Lady Lyte, aunque solo sea para asegurarte de que regrese sana y salva a Trentwell. Sé que Oliver está preocupado por ella y se siente mal por ir en contra de sus deseos, después de lo buena que ha sido con él.”

¡Esa pequeña descarada! “¿No deberías estar pensando en tu propio romance ahora, en lugar de entrometerte en el mío?”

Ella dirigió hacia él esa dulce mirada implorante que Thorn nunca había logrado resistir. “No decepcionarías a tu hermana menor el día de su boda, ¿verdad?”

El joven Armitage tendría mucho trabajo por delante para gestionar este caso. Thorn puso los ojos en blanco y murmuró de mala gana: “muy bien, entonces, pero solo porque temo que me tendrías aquí discutiendo en la puerta de la iglesia hasta que tu pobre novio hiciera algo desesperado.”

Ivy le apretó el brazo y le obsequió con la cálida y cariñosa sonrisa, que siempre lucía cuando se salía con la suya. “No te arrepentirás, te lo prometo. El amor tiene un gran poder, ya sabes, si tan solouviéramos el coraje de usarlo.”

Un escalofrío recorrió a Thorn. ¿Dónde había oído esas palabras antes?

“Vamos, entonces,” susurró Ivy, tirando de él hacia adelante. “No quiero hacer esperar al pobre Oliver.”

Mientras se dirigía al pie del altar, con Ivy del brazo, Thorn lanzó una mirada de aprobación alrededor de la sencilla iglesia escocesa. La joven pareja podría haberse fugado a Gretna Green, pero él aún así había insistido en una ceremonia cristiana adecuada para bendecir su unión. ¡Ningún rito apresurado y furtivo realizado por un “anvil priest” para su hermana!

El vicario se aclaró la garganta y apenas miró su libro de oraciones, cuando comenzó a pronunciar las palabras familiares: “queridos amados, estamos reunidos aquí... para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio.”

Poco tiempo después, cuando preguntó quién le dio a esta mujer para unirse en matrimonio, Thorn respondió: “yo lo hice,” con voz firme y segura. Sin embargo, él colocó la mano de Ivy en la de su novio con una sensación de melancólica desgana.

¡Vaya! Parecía que el otro día había recogido a la pequeña y suave criatura de su cuna y se la había llevado para decirle un último adiós a su madre muerta, aunque sabía que la bebé nunca lo recordaría.

Aquí estaba ella ante él, después de esos años, que pasaban rápidamente, pronunciando sus votos con una voz clara y melodiosa. Una hermosa joven, a veces impulsiva y frívola, pero siempre bondadosa y esperanzada. Había hecho todo lo posible por ella, aunque no estaba preparado para la tarea.

Ahora debía confiar la responsabilidad de ella a un joven que parecía ansioso y adorador, a partes iguales. Un joven que, a menos que Thorn se equivocara, tenía poca experiencia con el buen sexo. Bueno, Ivy había logrado prosperar a pesar de tener un padre sustituto poco experimentado. Un marido verde probablemente no la desanimaría.

Una suave calidez se instaló en lo profundo del corazón de Thorn Greenwood, no encendida por ninguna acción suya. Como si su madre estuviera tratando de decirle, de la única manera que podía, que aprobaba el amoroso y confuso trabajo que él había hecho al criar a su bebé.

De repente, supo dónde había escuchado por primera vez el ingenuo y sabio consejo de Ivy sobre el poder del amor y el coraje para usarlo. Había sido hace mucho tiempo, cuando su madre le contaba cuentos de hadas sobre princesas encantadas rescatadas por el beso del amor verdadero de los hechizos, que las mantenían cautivas.

Ciertamente Felicity era todo lo que jamás había imaginado de una princesa de cuentos de hadas. ¿Su pasado había tejido un hechizo maligno alrededor de su corazón?

Él no era un príncipe de cuentos de hadas sino más bien la rana de otro de los cuentos de su madre. ¿Era posible que tuviera el poder de romper la maldición de Felicity? Después del odio que había visto en sus ojos y oído en su voz esa mañana, ¿tenía el valor de intentarlo?

Tal vez, pero primero tenía un último deber fraternal que cumplir.

Una vez que terminaron de firmar el registro de matrimonio, mientras Ivy preguntaba al vicario y a su esposa si podían recomendarle una buena posada, Thorn llamó aparte a su nuevo cuñado para hablar en privado. “Ten paciencia con ella esta noche, muchacho, y trátala con delicadeza.”

Podría haber sido peor, él supuso. Al menos no había tenido que repetir la agonizante vergüenza de informar a su hermana lo que implicaría compartir cama con su marido. Había necesitado una copa muy grande de brandy después de su charla fraternal de víspera de boda con Rosemary.

“Amo mucho a Ivy, señor Greenwood,” dijo Oliver, como si lo necesitara, cuando su rostro brillaba con un ardor casi demasiado brillante para que Thorn lo soportara. “Tienes mi palabra, nunca haré nada que la lastime o asuste.”

Mirando el piso de la iglesia, mientras lo raspaba con la punta de su bota, el novio confesó: “entre nosotros, tu hermana parece tener más información sobre todo el proceso que yo.”

Thorn intentó reprimir una sonrisa. Al parecer, Rosemary había hecho un mejor trabajo que él, preparando a su hermana menor para lo que les esperaba en su noche de bodas.

“Parece que ambos están en buenas manos, entonces. Una vez que regresen a Inglaterra... Ustedes dos son bienvenidos a vivir en Barnhill por el tiempo que necesiten o deseen.”

Los ojos de Oliver brillaron con gratitud, como si Thorn acabara de darle el regalo de bodas máspreciado del mundo. “Te lo prometo... Haré todo lo que esté a mi alcance para asegurarme de que Ivy nunca se arrepienta de su decisión de casarse conmigo.”

“Haz eso y estaré orgulloso de llamarte mi hermano.” Thorn extendió la mano, que Oliver estrechó con firmeza y calidez.

“Ahora, debo irme.” La mirada de Thorn se desvió hacia el sur, hacia Solway Firth e Inglaterra, mientras se preguntaba dónde estaría ahora la tía de Oliver. “Ivy insiste en que me asegure de que tu tía no sufra ningún daño en el viaje hacia el sur... incluso si estoy obligada a vigilarla desde la distancia.”

Todavía tenía el caballo de Weston St. Just y el portero de Carlisle le había reembolsado lo suficiente para pagar las frugales comidas y camas durante el viaje. Aunque a Thorn le irritaba la idea de utilizar el dinero de Felicity, se excusó alegando que le estaría haciendo un servicio, lo quisiera o no.

Ivy apareció al lado de Oliver. “Será mejor que sigas tu camino, si quieres tener alguna esperanza de alcanzar a Lady Lyte.”

Tomó a su hermano en un fuerte abrazo y lo besó profundamente en la mejilla. “Cuídate, Thorn, y no te preocupes por mí.” Lanzó una mirada cariñosa a su nuevo marido. “Estoy en buenas manos.”

“Sí lo estás.” Será mejor que no me entretenga, se advirtió Thorn, o podría empezar a volverme sensible. “Compórtate y haz caso a tu marido. Tiene una cabeza muy sensata sobre sus hombros y puedo dar testimonio de que hiciste un voto de obedecerle.”

“¡Hombres!” Protestó Ivy con una sonrisa traviesa que sugería que obedecería a su marido, solo en la medida en que ella quisiera. “¡Cómo están todos juntos! Voy a ser la esposa de Oliver más devota que puedas imaginar.”

“Creo que lo serás, querida.” Thorn sofocó una pequeña chispa de envidia por los años felices de Ivy y Oliver que imaginaba. “Ahora, no debo invadir tu luna de miel ni un momento más.”

Poco tiempo después, él cabalgaba hacia Carlisle, preguntándose cómo había permitido que Ivy lo enrollara en su dedo una vez más. Una cosa había sido seguir a Felicity desde Bath, en contra de sus deseos. Al menos, ahora podía decir honestamente que estaba actuando en interés de su hermana. Incluso si parte de su propósito hubiera sido vigilar a Felicity. En el fondo de su corazón, tal vez había abrigado una vaga esperanza de que pudieran reconciliarse, al menos por un corto tiempo.

Esta vez, a pesar de lo contrario, parecería como si estuviera siguiendo a su antigua amante, con la esperanza de poder persuadirla para que le diera una última oportunidad. Cuando, en realidad, no estaba seguro de atreverse a arriesgarse más con ella.

Un hombre prudente sabía cuándo reducir pérdidas.

El padre de Thorn no fue un hombre sensato y había malgastado mucho dinero en un esfuerzo vano y cada vez más desesperado por recuperar su fortuna. Más que nada, Thorn no quería seguir los desventurados pasos de su padre.

“Mi hermana tiene razón al decir que un largo viaje da tiempo para reflexionar,” pensó Thorn, mientras cabalgaba hacia el sur, a través de la belleza austera y accidentada de las tierras fronterizas. Demasiado tiempo, tal vez, para arrepentimientos y preocupaciones, que parecían aguardar en cada curva del camino, la cual podría tenderle una emboscada.

¿Encontraría a Felicity? A menos que se detuviera a preguntar por ella, en cada posada por la que pasaba, corría el riesgo de dejarla atrás sin saberlo. No obstante, si ella hubiera decidido avanzar hacia el sur a toda prisa, cada parada que él hiciera lo dejaría más atrás de ella.

“Tal vez, eso me proporcionará una excusa conveniente para no cumplir con lo que le he prometido a mi hermana,” reflexionó Thorn, cuando se topó con un carruaje que iba hacia el norte y que estaba detenido al costado de la carretera.

Un lacayo con librea le hizo señas para que se detuviera.

Thorn detuvo su montura. “¿Pasa algo? ¿Puedo ayudarlo?”

“Sí, señor, si fuera tan amable.” El joven señaló el vehículo de su patrón. “Nuestra rueda trasera se dañó, cuando se hundió en la zanja. Pasamos por un pueblo, dos millas atrás, que tenía una herrería.”

Un hombre fornido de mediana edad, que parecía ser el conductor, apareció en ese momento detrás del carruaje. Tenía las mangas de la camisa arremangadas hasta los codos y las manos bien ennegrecidas. “Le ofrecí desenganchar a uno de nuestro equipo para que el muchacho volviera y trajera ayuda, pero le da miedo manejar un carruaje a pelo.”

Las espesas cejas grises del hombre se erizaron, mientras miraba al lacayo. “Había un tiempo en que podía montar cualquier cosa de cuatro patas que fuera lo suficientemente grande como para soportar mi peso, sin nada más que un trozo de cuerda como brida. Pero, me temo que mis días de montar a caballo han terminado.”

“Estoy obligado de esa manera en cualquier caso.” Thorn se inclinó hacia adelante y le tendió la mano al muchacho. “Dudo que mi caballo note tu peso.”

Colocó al joven y delgado lacayo detrás de él y espoleó a su caballo.

“Estoy muy agradecido por su amabilidad, señor.” La forma en que el muchacho se aferraba a su abrigo le indicó a Thorn que él no se sentía cómodo a caballo, bajo ninguna circunstancia.

“¿Has recorrido un largo camino hoy?” Thorn se lo dijo por encima del hombro, con la esperanza de distraer al joven y tal vez obtener alguna noticia de Felicity.

“No es un camino muy largo, señor,” respondió el muchacho. “Venimos de Brough.”

Entonces, había pocas posibilidades de que se hubieran encontrado con Felicity en el camino, ya que la ciudad de Brough se encontraba a solo unas horas al sur de Penrith, en la ruta de estos vehículos a Londres.

“Supongo que no habrás visto a un buen carruaje, en el camino entre aquí y Penrith.” Thorn se escuchó a sí mismo, describiendo el carruaje de Felicity hasta el escudo de armas de los Lyte pintado en las puertas, aunque sabía perfectamente bien que era inútil preguntar.

Esto podría ser inservible, pero el sirviente aún necesitaba algo que desviara su atención de la velocidad del caballo y la distancia al suelo. Y Thorn le había hecho una promesa a su hermana. Por desagradable que pudiera parecerle, la mantendría lo mejor que pudiera.

“No, señor...”

Ah, bueno, no se lo esperaba. Aún así, valió la pena intentarlo.

“... No en el camino, señor.”

“¿Qué?” Thorn se sobresaltó, provocando que el caballo sacudiera la crin y galopara más rápido.

El joven lacayo abandonó toda dignidad, rodeó con sus brazos la cintura de Thorn y se aferró a él con todas sus fuerzas. “E-en una posada, a medio camino entre aquí y Penrith, señor, cuando nos detuvimos para cenar. Vi ese carruaje en el patio y pensé en lo hermoso que se veía.”

A pesar de todos los recelos de Thorn, un extraño entusiasmo se encendió en lo más profundo de él, al pensar en Felicity tan cerca.

“Buena suerte, señor.” Poco después, el sirviente le indicó a Thorn que se marchara. “Espero que encuentres a la dama mejor que cuando nos fuimos.”

“¿Qué es eso que dices?” Thorn frenó bruscamente su caballo.

“Esa señora, señor. La del buen carruaje. He oído que se detuvo en la posada porque se había enfermado en el camino.”

“¡Maldita sea! Muchacho, ¿por qué no me lo dijiste antes?” Una llamarada de preocupación por Felicity consumió todas las demás emociones conflictivas en el corazón de Thorn.

El joven lacayo al menos tuvo la decencia de parecer avergonzado de sí mismo. “Pensé que si lo supiera... podría hacer que el caballo fuera más rápido, señor.”

Lo que dijo el muchacho era bastante cierto y comprensible, pero eso no lo hacía más agradable para Thorn. Maldiciendo en voz baja, apuntó su montura hacia el sur y le dio una probada de cuero.

Aunque la bestia galopaba como el viento, no podía escapar del oscuro miedo que

acechaba a su jinete.

Capítulo diecinueve

“¿Voy a perder a mi bebé?”

Aunque su dolor se había aliviado mucho después de una leve purga, Felicity todavía se preparaba para las malas noticias. Se había sentido decepcionada con demasiada frecuencia como para albergar muchas esperanzas.

La esposa del posadero, una mujer corpulenta y huesuda del norte del país, arrojó a Felicity con la ropa de cama con un toque sorprendentemente gentil, pero ella dio su respuesta en un tono vigoroso y tonificante. “¿Quieres decir aborto espontáneo? No, muchacha, creo que no.”

Se enderezó desde su posición, agachada sobre la cama, y plantó las manos en sus anchas caderas. “También puedes confiar en mi juicio en el asunto, porque he traído decenas de bebés a este mundo en los últimos veinte años. Incluso me llaman a Penrith para que las atienda, de vez en cuando. Chicas de estos lugares que se han casado en la ciudad... Muchachas, nada les servirá más que la madre Merrivale las atienda mientras duermen.”

El peso que oprimía el corazón de Felicity se alivió un poco. “Qué afortunada sería estar bajo su cuidado, señora Merrivale. Has sido muy hábil y muy amable.”

No recordaba que alguna vez se alguien se *hubiera hecho cargo* de ella de una manera tan contundente, pero agradable, excepto en una o dos ocasiones en las que había bajado la guardia con Thorn Greenwood.

“Más suerte de la que mereces, me atrevería a decir.” La señora Merrivale la regañó suavemente, mientras se movía por la habitación, levantando una pequeña tetera de la placa y vertiendo agua humeante en una taza. “Y tu marido. ¿En qué habrá estado pensando para dejarte hacer un viaje tan largo, cuando estás reproduciendo?”

“No tengo marido, señora Merrivale.” También podría acostumbrarse a contar la historia que se vería obligada a repetir durante muchos años. “Soy viuda.”

No era mentira, señaló ante su conciencia. La señora Merrivale no necesitaba saber cuánto tiempo hacía que su marido había muerto, o que Percy no era el padre de su hijo por nacer. No obstante, en un sentido curioso, su separación de Thorn se sintió como una viudez de una manera que la muerte de Percy no lo había sido.

“¡Pobre chica!” La esposa del posadero cloqueó con simpatía. “Entonces, creo que no es de extrañar que no te hayas cuidado adecuadamente. Pero, debes hacerlo, ya sabes, por el bien de ese pequeño que llevas en brazos.”

Felicity asintió obedientemente.

“No querrás despedir a ese Ned, de habla agradable, ¿verdad?” Preguntó la señora Merrivale. “¿Por hacerte parar aquí, cuando querías seguir conduciendo?”

La perspectiva debía estar pesando mucho sobre sus sirvientes, si hubieran comunicado sus preocupaciones a la esposa del posadero.

Felicity negó con la cabeza. El susto que había recibido, sumado a los reveses emocionales de ese día, debió minar sus fuerzas, o tal vez quebrar su terquedad.

“No, no lo despediré ni a él, ni a mi conductor. Más bien, merecen una recompensa por cuidarme mejor de lo que yo estaba dispuesta a cuidarme a mí misma.”

Sus sirvientes no habían ganado nada desafiando su autoridad, pero corrían el riesgo de perder mucho. No era una idea fácil de digerir para ella, que alguien pudiera oponerse a su voluntad y, sin embargo, preocuparse por su bienestar y no por el suyo propio. Desde sus

primeros años la habían condicionado a velar por sus propios intereses, segura de que nadie más lo haría. Su matrimonio había reforzado esa creencia. ¿O quizás haya sido víctima de ello?

Ahora sus relaciones con las dos personas que más amaba en el mundo también se habían deteriorado.

“¿El dolor ha vuelto a empeorar, querida?” Preguntó la señora Merrivale. Caminó hacia la cama, llevando la taza que acababa de llenar.

“No.” Felicity intentó sonreír. “Se alivió mucho después del examen físico que me diste.”

Quizás el dolor de estómago. Pero el de su corazón se había vuelto más severo. Ni siquiera una partera experimentada, como la señora Merrivale, podría encontrar remedio para esto.

La mujer del posadero parecía pensar lo contrario.

“Bebe esto.” Envolvió las manos de Felicity, alrededor de la taza caliente. “Es un brebaje de esto y aquello de mi jardín. Nada que pueda hacerte daño a ti o al bebé, pero puede aliviarte. Es el descanso lo que más necesitas, y no lo digo para mantenerte alojada aquí más tiempo.”

Para su sorpresa, Felicity le creyó a la mujer. Tomó un sorbo cauteloso de la taza y le pareció un sabor extraño, aunque no desagradable.

La señora Merrivale asintió con aprobación. “Si eres como la mayoría de la gente, te recuperarás más rápido, bajo tu propio techo, querida. Descansa tranquila esta noche y daré permiso a tus hombres para que te lleven de camino por la mañana.”

Ella meneó el dedo índice. “Siempre y cuando prometas no apresurarte demasiado, ten cuidado. Detente a menudo para estirar las piernas y tomar aire, luego prepárate para una buena cena, antes de que oscurezca.”

“Lo prometo.” Felicity tomó otro sorbo del extraño té. Ahora que sabía qué esperar, le gustó bastante su sabor. “De ahora en adelante, me cuidaré mejor.”

La esposa del posadero sonrió. “Por supuesto que lo harás, querida. Ahora dejaré que termines tu té y duermas un poco. Supongo que ese es el mejor remedio para la mayoría de las dolencias. Llama si necesitas algo, sea cual sea la hora.”

“Gracias, señora Merrivale. Espero no tener que molestarla, durante la noche, pero hay una pequeña tarea que podría hacer por mí ahora, si así lo desea.”

“¿Y qué podría ser eso?”

“Por favor, asegure a Ned y al señor Hixon que no estoy en peligro y que sus lugares en mi casa estarán seguros durante el tiempo que deseen.”

Su obvia lealtad hacia Thorn le haría imposible llevárselos con ella, cuando se retirara al campo para criar a su bebé, algo de lo que Felicity se arrepintió. Sin embargo, antes de esa fecha los vería bien situados.

La señora Merrivale sonrió. “Me complacerá tanto transmitirles ese mensaje, como creo que ellos lo estarán al escucharlo. Así que no te preocupes más por eso ni por ningún otro.”

“Lo intentaré,” susurró Felicity, mientras la esposa del posadero salía de la habitación, sabiendo que no podía prometer más.

Ya fuera algún poder del brebaje del señor Merrivale o simplemente su propio cansancio, una peculiar sensación de paz se apoderó de ella. Aunque no lo entendía ni confiaba del todo en ello, se entregó con un suspiro de agradecimiento.

Un rato más tarde (Felicity no podía decir si había pasado una hora o solo un momento), al abrirse puerta, ese suave sonido la despertó de un ligero sueño.

Abrió un poco los párpados y miró hacia la puerta, esperando encontrar que la esposa del posadero había regresado para ver cómo estaba. En lugar de eso, contempló una figura familiar,

que temía no volver a ver nunca más.

¿Thorn? ¿Podría ser esto solo un dulce sueño provocado por la saludable poción de hierbas de la señora Merrivale? Si lo era, Felicity no quería hacer nada que pudiera disiparlo.

El hombre de su sueño no hizo ningún movimiento para despertarla, sino que permaneció en silencio observando. Sin atreverse a abrir más los ojos, pero resuelta a no cerrarlos, mientras su querida imagen flotaba ante su vista, Felicity miró a Thorn y lo vio con una nueva claridad de su corazón.

Ella lo había elegido como su amante por todas las razones equivocadas, confundiendo sus modales complacientes con debilidad y su tranquila constancia con torpeza. Ella había hecho la vista gorda ante sus excelentes cualidades, y cuando eso se había vuelto imposible, había librado una lucha desesperada, a veces cruel, contra su creciente amor por él.

¿Qué había visto él en ella que le había hecho tolerar sus peores excesos? Felicity deseó poder vislumbrarse siquiera fugazmente a través de sus ojos. ¡Cómo anhelaba ser el tipo de mujer con el que él la había confundido!

Después de un tiempo considerable, aunque no lo suficiente como para complacer a Felicity, Thorn retrocedió hacia la puerta con pasos silenciosos. Como él parecía decidido a irse, de todos modos, ella no tenía que preocuparse de que algún sonido o movimiento suyo lo alejara.

“¡Por favor no te vayas!” Luchó por levantarse de las almohadas.

Thorn se sobresaltó al oír su voz y luego se detuvo como ella le había ordenado.

Debía ser real. Él debía estar aquí. Ahora, ¿qué podría decir ella que no lo ahuyentara de nuevo?

“¿Me encontraste?” Incluso cuando las palabras salieron de su boca, supo que estaba fallando. Los rasgos de Thorn adquirieron una casta tensa y cautelosa.

“¿Qué más puedo hacer?” Él preguntó. “Estos caminos no son más seguros que cuando llegamos al norte. No estoy seguro de que tengas la prudencia de detenerte en una posada decente, antes de que oscurezca.”

Ella debería haberlo sabido. Un vulnerable brote de esperanza en el corazón de Felicity comenzó a marchitarse. El hecho de que Thorn hubiera ido tras ella no significaba que todavía le importara.

Él la había escoltado a Carlisle, así que por supuesto consideraría su deber acompañarla hacia el sur nuevamente. No importa cuánto aborreciera la tarea.

“Me dijeron que te habías enfermado.” Thorn no pudo ocultar la genuina preocupación en su voz.

“Estoy mucho mejor ahora,” dijo Felicity, ansiosa por restarle importancia. “Además del largo viaje, se me pusieron los nervios de punta.”

Si ahora le decía la verdad de que estaba embarazada de él, Thorn cumpliría con su deber para con ella, incluso si no podía perdonar la forma en que lo había tratado.

Ella no lo atraparía de esa manera. Tampoco sometería a su hijo a una vida, en un hogar lleno de hostilidad y resentimiento, por un lado, y con amargo arrepentimiento y anhelo desesperado por el otro.

Pero, ¿si había alguna posibilidad de que pudiera ganarse el perdón de Thorn? ¿Despertar el amor que había sentido por ella?

“¿Oliver e Ivy?” Inquirió, decidida a distraerlo del tema de su indisposición.

¡Qué irónico que el matrimonio que tanto había trabajado para evitar pudiera ahora servir de puente entre ella y Thorn!

“Hace unas horas que son marido y mujer.” La expresión severa de sus rasgos se aligeró,

mientras hablaba de ello, haciendo que la esperanza revoloteara en el corazón de Felicity, en pequeñas y frágiles alas de belleza desgarradora. “Insistí en que hicieran sus votos frente a un clérigo adecuado, al menos.”

“Gracias por eso.” Felicity no pudo lograr que su voz fuera más que un susurro. Oliver se casó y ella no había estado allí, por su propia elección egoísta.

Thorn dio un paso más hacia la cama, con un aire de desgano, como si lo arrastraran contra su voluntad. “Por difícil que sea de creer, Oliver ama a mi hermana, ¿sabes? Y ella a él. Sin duda, tendrán una o dos tormentas durante el próximo año a medida que se conozcan mejor...”

Su voz se apagó, pero pronto se recuperó. “Con el apoyo de sus familias para sostenerlos, creo que superarán esas primeras tormentas y llegarán a ver que su impetuosa decisión fue sabia después de todo.”

¿Escuchó una nota suplicante en su voz cuando habló de la necesidad de que Ivy y Oliver contaran con el apoyo de sus familias? ¿O fue solo un eco de la súplica de su corazón?

“No repudiaré a mi sobrino.” Se sentó lentamente para no asustar a Thorn. Tampoco quería arriesgarse a despertar su dolor para que él fuera testigo y se preguntara. “Fue malvado de mi parte amenazar con algo así.”

Thorn no la contradijo.

“Recuerdo cómo odiaba ser controlada por aquellos que tenían poder sobre mí,” continuó Felicity. “Hoy usé mi poder sobre Oliver, su herencia y cualquier sentimiento que alguna vez haya tenido por mí, para controlarlo.”

Gracias al Cielo, se había secado las lágrimas en la intimidad del pescante de su carruaje. Si lloraba ahora delante de Thorn, sabía que podría tocar y conmover su tierno corazón. Pero ella no quería reconquistarlo más con la compasión que con el deber.

“Estoy tan avergonzada de cómo me comporté que tal vez nunca más pueda soportar verme frente a un espejo.” Ella bajó la cabeza.

El suave sonido de unos pasos la hizo mirar hacia arriba, a través de sus pestañas. Thorn se había acercado a la cama. Si extendiera el brazo, podría rozar con el dedo índice la pechera de su abrigo.

Mientras se agachaba, Felicity contuvo la respiración. En su corazón, oró como jamás lo había hecho a una deidad, a la que nunca antes había dado más que palabras. Alguien que había sido invocado contra ella con frecuencia durante su infancia: poderoso, controlador y exigente.

Las sombras habían empezado a alargarse en el crepúsculo de finales de primavera. A lo lejos, llegaba el murmullo de los caballos estabulando y el equipaje recogiendo, así como el sordo bullicio de la taberna. Dentro de las cómodas paredes de la habitación de Felicity flotaba un silencio expectante y temeroso, rogándole que lo llenara con el ansioso trueno de su corazón.

Ahora, si extendía el brazo, podría rozar con el dorso de los dedos la cálida y elástica suavidad de los bigotes laterales de Thorn. Todo su brazo hormigueó, ante la amenaza de levantarse por sí sola.

Pero mientras luchaba por mantenerlo bajo control, su lengua se volvió traidora. “No sé a quién de ustedes difamé más hoy: a usted, a Oliver o a Ivy. Todos deben odiarme ahora. No puedo culparlos si lo hacen. No me tengo mucho cariño a mí misma en este momento.”

Una pregunta surgió de sus labios, espontáneamente. No para que Thorn respondiera, sino para ella misma. “Me pregunto si alguna vez me he sentido así.”

Thorn reunió su compostura a su alrededor, como una pared, porque podía sentir una gran ola de excitación, creciendo desde lo más profundo de sus dedos de los pies, que podría estrellarse contra él, arrasando con todo a su paso.

“Ninguno de nosotros te odia, Lady Lyte.” Su lengua tropezó con la desacostumbrada formalidad, pero en ese momento no confiaba en sí mismo para llamarla por ningún nombre más íntimo. “Quítate eso de la cabeza de una vez por todas.”

Trató de aliviar la intensidad tácita entre ellos. “Fue Ivy quien me dijo que fuera por ti, aunque jura que los acontecimientos de hoy la han curado de su obsesión por el emparejamiento crónico. Pero, creo que eso está por verse.”

Su intento de reír fracasó estrepitosamente.

“Tu hermana es generosa para su edad,” susurró Felicity, “al tener piedad de mí, después de que la acusé falsamente de cazar fortunas.”

Entonces, ¿por qué el gesto de perdón de su hermana hizo que Felicity pareciera tan afligida?

Ella expulsó un suspiro de tristeza. “El hecho de que se haya casado con mi sobrino, a pesar de mi amenaza de desheredarlo, demuestra que sus sentimientos por Oliver son genuinos. Me entristece pensar que casi le impedí conocer esa felicidad.”

“Pero no lo hiciste.” Thorn ansiaba tomarla en sus brazos, si tan solo pudiera estar seguro de que ella lo agradecería. “De una manera indirecta, es posible que les hayas hecho un favor. Ahora tu sobrino nunca dudará que el amor de Ivy es solo para él. Y atesorará la seguridad de que él estaba dispuesto a renunciar a sus considerables expectativas por ella.”

Felicity negó con la cabeza. “Cómo desearía que eso fuera todo: una artimaña como la que le usaste con Rosemary para convencerla a ella y al señor Temple de la sinceridad de su afecto por él.”

Una idea tomó a Thorn por sorpresa y encendió una sonrisa, que calentó su rostro de adentro hacia afuera.

“¿Quién va a saber que eso no fue todo, si nos apoyamos mutuamente en esa historia?” Sus palabras adquirieron velocidad y convicción, a medida que hablaba. “Podemos afirmar que solo intentábamos demostrarnos, a nosotros mismos, y a Oliver e Ivy, que sus sentimientos mutuos eran fuertes y verdaderos.”

Se le escapó una risita, esta vez real. “Por el Cielo, desearía haber sido lo suficientemente inteligente como para tener una idea así.”

Felicity levantó la mirada para encontrarse con la de él. La profundidad del dolor que Thorn vio allí ahogó su risa.

“¿Tu harías eso?” Levantó la mano para protegerse los labios o tal vez para calmar un temblor. “¿Por mí?”

Él asintió. “Para Oliver e Ivy también. Preferiría que te creyeran una actriz brillante que lleva a cabo un engaño convincente para su beneficio, que...”

Thorn no pudo obligarse a decir el resto.

Para su sorpresa, Felicity no se inmutó ante la dura verdad. “... que tener nuestras relaciones futuras envenenadas por el conocimiento de que realmente pensaba que mi querido sobrino era un tonto y su querida esposa una cazafortunas.”

“Mejor para todos, ¿no lo crees?”

Pocas veces ella le había parecido más hermosa, aunque el dolor y el cansancio atormentaban su rostro. Su rico cabello oscuro caía sobre los hombros de su camisón blanco. El fino borde de sus pestañas, una vez, más guardó delicadamente los secretos de sus ojos. Sus

labios de aspecto melancólico le suplicaron que los besara hasta formar una sonrisa.

¿Con qué frecuencia había ido a su cama en los últimos meses? A pesar de todo el placer que había encontrado allí, Thorn nunca había confiado en que mereciera su lugar en sus brazos. Saber que ella lo había creído capaz de conspirar con su hermana, esperando engañarla a ella y a su sobrino para que se casaran, le hizo sentir una urgente necesidad de un baño.

Y todavía...

Felicity volvió a mirarlo. “No he hecho nada para merecer un trato tan generoso por tu parte.”

Al aventurarse a mirarla de nuevo a los ojos, vio tanta gratitud, como si ella tuviera una deuda impagable, que de repente hubiera sido cancelada.

Entonces, ¿quién era el más rico de ellos? ¿Felicity, con su bolso lleno, pero con tantas otras cosas vacías en su vida? ¿O él, con una gran cantidad de amor de su familia depositada en su corazón, que genera abundantes intereses?

¿Seguramente, podría permitirse el lujo de brindarle un poco de generosidad?

“Al contrario, Lady Lyte.” Thorn le tendió la mano, deseando que se mantuviera firme. “Me has dado las semanas más felices de mi vida.”

Su mano avanzó, poco a poco, sobre la colcha hacia la de él, pero dudó antes de completar el viaje. “No me costó nada otorgarlas. En verdad, creo que me diste más de lo que recibiste.”

Le hizo una seña con los dedos. “Quizás cuando un hombre y una mujer se dan gratuitamente el uno al otro, sin contar el costo, ambos obtienen una amplia recompensa.”

Lentamente, ella cerró la brecha física entre ellos, acercando la fría delicadeza de su mano a la firme calidez de la de él. “¿Podrás algún día perdonarme, Thorn?”

“¿Me estás pidiendo que lo haga?”

“Te lo ruego.”

Él cerró los dedos sobre los de ella, antes de que ella pudiera retirarlos. “No hay necesidad de suplicar. Creo que sé por qué dijiste lo que dijiste esta mañana. Fue por la forma en que te trataron cuando eras niña, ¿no? ¿Y más tarde, por tu marido y su madre?”

“Sí, pero no pongo ninguna excusa por ese motivo.” Felicity levantó la barbilla, en un destello de espíritu desafiante. Ella podría anhelar su perdón, pero claramente no quería su compasión.

“Nunca me has tratado con nada menos que amabilidad y sinceridad. Compararte con esos otros fue un insulto inmerecido del peor tipo. Especialmente porque sé cuánto significa tu integridad para ti. Pedir tu perdón no parece suficiente, de alguna manera.”

Antes de que Thorn pudiera responder, ella se apresuró, como si temiera escuchar su respuesta. “Difícilmente puedo decir de qué me arrepiento más: difamarte tan cruelmente o ignorar tu excelente consejo de reconsiderar mis acciones. Una vez que la razón alcanzó mi desbocada sospecha, me di cuenta de lo tonta que había sido.”

Y ese amargo conocimiento la había repugnado.

Thorn no podía encontrar fuerzas para agravar el castigo que ella ya había sufrido, a manos de su propia conciencia.

“No puedo fingir que tus acusaciones me dejaron impasible.” Levantó su mano libre para sujetar la de ella. “Me entristecería si realmente me creyeras capaz de conspirar para atraparte...”

“¡No lo hice!” Moviendo las piernas hasta que colgaron sobre el borde de la cama, Felicity acercó la otra mano a la de él. “Solo pensé que las circunstancias tenían sentido, como el argumento de una mala obra.”

Ella sacudió su cabeza. “Pero, cuando traté de elegirte para el papel del villano, no encajabas en absoluto.”

“Lo sé,” dijo Thorn. “Sé que tu fortuna no significa nada para mí más que una molestia. Sé que te quiero en mi vida, no en tu propiedad. Eso es lo que importa, al final. Por eso puedo perdonarte y lo hago.”

No estaba seguro de qué tipo de reacción esperaba de ella. ¿Una lágrima o dos, tal vez? Un abrazo hubiera sido bienvenido. Pero Felicity mantuvo su lugar en la cama, mirándolo con una mirada peculiar, que él no podía comprender.

“¿Me quieres en tu vida?” Habló en un tono de silencioso asombro que encendió una extraña y vertiginosa alegría en el pecho de Thorn. “¿Aún?”

Una lenta sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

“Bueno, por supuesto,” respondió en el mismo tono, en el que habría contestado si el cielo era azul o si la libra costaba veinte chelines.

Por el resto de su vida, Thorn recordaría su grito de asombro y deleite cuando le soltó las manos y le rodeó el cuello con los brazos, enviándolos a ambos al suelo.

* * *

No fue suficiente escuchar sus palabras. Felicity necesitaba sentir sus brazos, fuertes y confiables, a su alrededor. Anhelaba la tranquilidad familiar de su beso para estar segura de que los sentimientos de Thorn hacia ella no habían cambiado.

Todos sus sentidos temblaron hasta un punto febril, atentos a cualquier señal sutil que pudiera contradecir la declaración de Thorn.

Sus brazos se cerraron alrededor de ella, mientras yacía en el suelo. Ella estaba sobre él. Sus labios encontraron los de ella con una puntería infalible.

Este beso se sintió diferente, de alguna manera, a cualquier otro que hubieran compartido antes. Pero Felicity aprobó la diferencia: una nueva confianza magistral, la cual hizo que su carne se estremeciera al mismo tiempo que calmaba su espíritu afligido.

Ella había sido perdonada.

Como una lluvia cálida sobre campos resecos, el poder enriquecedor de esa sensación desconocida penetró en su corazón.

Su familia nunca le había perdonado no tener un hijo. La familia Lyte tampoco la había perdonado por no tener ese hijo. Y ella, a su vez, nunca había podido perdonar las infidelidades de su marido. No es que él alguna vez se lo hubiera preguntado.

Una y otra vez, durante su viaje al norte, Thorn había visto el peor lado de su carácter: imperioso, desconfiado e inseguro. Sin embargo, él había persistido en cuidarla, incluso cuando ella estaba decidida a ahuyentarlo.

¿Thorn también sintió una diferencia en la forma en que ella le respondió? Hasta ese momento, ella siempre había reprimido una parte de sí misma, temerosa de revelar lo que no podía permitirse perder. Ahora se ofreció a él por completo, confiada en que él aceptaría la suma total de quién era ella, incluso aquellas partes de sí misma que no le importaban mucho.

¡Oh, el calor de sus manos, mientras acariciaban su cuerpo a través de la fina barrera de su camión! ¡La deliciosa potencia de sus besos! Ambos eran aún más dulces porque esperaba no volver a sentirlos nunca más.

“Si fuera un tipo fantasioso,” murmuró Thorn entre besos, “diría que incluso un suelo de madera se siente como un lecho de plumas, mientras te tenga en mis brazos.”

Él hizo una mueca graciosa de dolor exagerado. “Espero que no consideres un insulto si

digo que esa cama tuya parece increíblemente atractiva después de un largo día montando.”

“Ciertamente, no.” La risa de ella surgió un poco débil y temblorosa, mientras se movía fuera de Thorn. “Si dijeras semejante tontería, me temo que te habrías caído del caballo directamente a la cabeza.”

“Ven entonces.” Ella agarró sus manos para ayudarlo a levantarse del suelo. “Que esta sea la primera noche de un nuevo comienzo para nosotros.”

“Me gusta el sonido de eso.” Thorn se sentó en el borde de la cama para quitarse las botas de montar.

Se deshizo del abrigo y empezó a desabrocharse los botones del chaleco.

Atrapada en su anticipación de la noche que vendría, Felicity no escuchó los pasos que se acercaban.

La puerta se abrió y luego se rompió del todo, cuando entró la esposa del posadero. “¡Cielos! ¿Qué es todo esto?”

Felicity gritó.

La señora Merrivale se abalanzó sobre Thorn, como el brazo musculoso de una diosa vengativa, tirándolo de la oreja para ponerlo en pie. “¡Te mataré, sinvergüenza, acosando a damas indefensas en mi casa!”

“¡Ay!” Thorn luchó por liberarse del agarre implacable de la mujer. “Está equivocada, señora. No estoy acosando a nadie. Esta es mi... esposa.”

“¡Es la verdad, señora Merrivale!” Gritó Felicity, ansiosa por evitarle a Thorn un castigo peor por parte de la casera. “Mi... marido se enteró de que me había enfermado en el camino, así que vino a verme de inmediato.”

“¡Me diste el susto de mi vida!” Lo regañó la mujer del posadero. Pero ella soltó la oreja de Thorn. “Escuché un ruido y vine a ver si había algún problema.”

“Gracias por su preocupación.” Felicity tiró de Thorn hacia la cama. “Pero me siento mucho mejor ahora que mi *marido* está conmigo.”

“¿*Marido*?” Murmuró la esposa del posadero. “Mira, pensé que habías dicho que eras viuda.”

Felicity se apresuró a recordar lo que había dicho. “Quizás no me entendiste.”

La señora Merrivale sacudió la cabeza. “Sería extraño si lo hiciera. ¿No lo recuerdas? Le pregunté qué estaba pensando su marido al dejarla caminar por el campo en su *condición*...”

Felicity saltó de la cama y empujó a la otra mujer sin demasiado cuidado hacia la puerta. “Entonces apenas sabía lo que estaba diciendo.”

“¿Qué *condición*?” Preguntó Thorn.

Fingiéndolo que no había oído, Felicity siguió parlotearlo. “Me siento mucho mejor ahora. Se lo juro, este hombre es mi marido y ambos estamos muy cansados, así que si no te importa...”

“¿Qué *condición*?”

“¡Hombres!” La esposa del posadero lanzó un suspiro de exasperación cuando Felicity intentó empujarla hacia la puerta. “¿En *qué estado* crees, gran tonto? Con un hijo, por supuesto. Ahora, si tienes algo de sentido común, te pondrás firme en cuanto a que no ande viajando por todo el país. O la próxima vez le puede pasar algo fuera de casa, ¡Puede que no tengamos tanta suerte!”

Felicity cerró la puerta detrás de la mujer, sin importarle si golpeaba su amplio trasero.

Si tan solo hubiera podido descartar la condenatoria revelación de la señora Merrivale, que flotaba en el aire como una nube de gas nocivo.

Capítulo veinte

“Por favor, Thorn, puedo explicártelo.”

La voz de Felicity pareció llegar hasta él desde una gran distancia, mientras un vasto enjambre de sus propios pensamientos se agolpaba entre ellos, todos zumbando al mismo tiempo.

Esa voz era la más insistente. “¿Bebé?”

“Sí.”

“¿Mi bebé?”

“¡Por supuesto!”

Las rodillas de Thorn cedieron. Por suerte, estaba lo suficientemente cerca de la cama como para sentarse con fuerza sobre ella.

Mi bebé. ¿Cómo es posible?

La cruel verdad lo golpeó profundamente en el estómago, burlándose de él por ser un tonto que se había dejado engañar tan fácilmente.

“¡Te preguntaste por qué se había llevado a un hombre como tú a su cama!” Rugió, arrojando su cabeza al barro. “Bueno, ¡ahí está tu respuesta, imbécil!”

Buscó a tientas sus botas en el suelo.

Felicity se las arrebató, tal como le había quitado la vela de la mano esa noche en Bath, cuando él había venido a contarle sobre Ivy y Oliver.

“No dejaré que te vayas de aquí hasta que me hayas dado la oportunidad de *explicarte*, Thorn.”

“¿*Explicarme*?” La palabra salió de él con una ráfaga de risa áspera. “Prefiero no poner a prueba tus poderes de invención, querida. Me maravilla que después de una semana como esta, no los hayas forzado más allá de la recuperación.”

Todo lo que lo había desconcertado sobre el comportamiento de Felicity esta semana de repente cobró sentido. Pero, en un sentido brutal y repugnante.

“Te lo iba a decir.” A la luz mortecina, parecía la viva imagen de la sinceridad inocente.

Thorn endureció su crédulo corazón.

“¿En efecto? ¿Cuándo? ¿En el quinto cumpleaños del niño? ¿En el décimo? ¿En mi lecho de muerte?” Extendió la mano. “¡Deja de mentirme, maldita sea y dame mis botas!”

Ella se paró frente a la puerta, escondiendo las botas detrás de su espalda. “Al principio... nunca quise decírtelo.”

“Ahora, eso suena como la verdad.” Al negarle las botas, Thorn agarró su abrigo de la cama y metió los brazos en las mangas. “Después de una dieta tan constante de falsedad, me sorprende poder reconocer un manjar tan raro cuando lo escucho.”

Detestaba la mordaz burla que escuchó en su voz. Sonaba más bien como lo haría Weston St. Just, si algo lo enojara lo suficiente como para sacarlo de su posición de cinismo bondadoso. Pero Thorn no pudo hacer nada para evitarlo. Si no vomitaba el veneno que hervía dentro de él, temía que le devoraría el corazón.

“Tal vez pienses que debería sentirme halagado de que me hayas elegido como semental para engendrar a tu pequeño potro.”

La boca de Felicity se abrió.

Thorn experimentó un perverso placer al sorprenderla con su muestra de crudeza.

“¿Es eso lo que crees que hice?” Ella preguntó.

“¿Qué más debo creer, por favor?” El más leve atisbo de duda destelló dentro de él, pero Thorn lo pisoteó. “Me aseguraste que eras estéril, lo cual claramente no es el caso. Según tu propia admisión, pretendías mantener tu condición en secreto para mí y solo tengo tu palabra de que alguna vez quisiste decírmelo.”

Pensar que se había enorgullecido de que una mujer como ella pudiera cuidar de él. Cuando todo el tiempo él no había sido más que un objeto de uso conveniente para ella. Una vez que partieron de Bath, él se había convertido en una carga incómoda, a la que había que apaciguar con halagos vacíos y falsas promesas hasta que ella pudiera descartarlo con seguridad.

Aunque Felicity rehuyó sus reproches, no se movió frente a la puerta.

“Sé que no te he dado ninguna razón para que confíes en mi palabra, Thorn, pero te ruego que escuches de todos modos. Ahora veo que lo que quería hacer estaba mal, pero en ese momento sentí que no tenía otra opción. Por muy malo que fuera, no es ni la mitad de malo de lo que te puede parecer ahora. Si me escuchas, estoy seguro de que me creerás.”

“¡Por supuesto que te creeré, maldita sea!” Thorn se pasó los dedos por el pelo. “¿No me he tragado todas las demás mentiras bañadas en miel que alguna vez me has dicho? Soy un tonto, Lady Lyte, un tonto enamorado, dispuesto a dejar que me lleves por la nariz... o por alguna parte de mi anatomía.”

Probablemente así era como su padre había llevado a su familia al borde de la ruina, al escuchar mentiras que tan desesperadamente quería creer.

La comprensión de que había dejado que su corazón blando y parcial anulara su buen juicio lo sacudió hasta la médula. Le hizo sentir como si ya no se reconociera a sí mismo. Despreciaba lo que se había convertido, lo que Felicity Lyte había hecho de él.

“No me quedaré y me convenceré de lo que deseo creer.” Caminó hacia la puerta. “Puedo prescindir de mis botas, si insistes en ocultármelas. La noche no es lo suficientemente fría como para impedirme andar descalzo.”

¿Pero cómo podría apartarla del camino sin tocarla? ¿Y cómo dejaría de tocarla una vez que hubiera comenzado?

La ira que corría por sus venas, como fuego griego, no había calmado el fascinante picor de su deseo por aquella mujer. Más bien, cada uno alimentó al otro: eran dos caras de la peligrosa moneda que constituían la pasión. Había hecho bien en mantenerla fuera de su caja hasta ahora.

Sin embargo, a pesar de lo desgarrado que estaba, Thorn Greenwood nunca se había sentido tan vivo.

Felicity no se acobardó, cuando él se acercó a ella. Tampoco se movió. “No importa cuánto me odies en este momento, sé que no me harás daño.”

Qué bien conocía todas sus debilidades y con qué habilidad jugaba con ellas.

“¡Apártate de mi camino, mujer, o no seré responsable de mis acciones!”

Felicity se mantuvo firme. “Cuando te dije que era estéril, creí que era verdad.”

“¿Por qué habría permitido que ese insoportable cachorro de Norbury entrara en su casa, si tenía motivos para saber que el joven no era el hijo natural de su marido?” La voccita engatusadora en su propia mente solo avivó la furia de Thorn, porque demostró que era un blanco fácil para las mentiras bien dirigidas de Felicity.

Agarrándola con firmeza, pero con moderación por los brazos, la levantó y la alejó de la puerta. Si tan solo pudiera mantener bajo control su deseo renegado por unos momentos más, se pondría más allá de su poder seductor... para siempre.

Y se consideraría afortunado de haber escapado de sus garras con algunos jirones de su autoestima intactos.

* * *

¡Ella lo estaba perdiendo!

Si lo dejaba escapar ahora, el Thorn Greenwood que había conocido la semana pasada desaparecería, sofocado por el decoro, apuñalado en el corazón por su engaño, enterrado bajo una montaña de sospecha y resentimiento.

“¿No es esto lo que querías?” Susurró la repugnante vocecita de su propio egoísmo. “¿Sacar convenientemente a Thorn Greenwood de tu vida y de la de su hijo?”

“¡No!” Dejando caer las botas de Thorn, agarró los puños de su abrigo en el instante en que él le soltó los brazos.

Por su propio bien, no habría podido humillar su orgullo para aferrarse a él y suplicarle de esa manera. Pero no podía permitir que su hijo se viera privado de un padre así. Mejor si...

De repente, Felicity supo lo que debía hacer.

Para ella, ese breve intervalo de atemporalidad, entre un latido del corazón y el siguiente, le dolía con una pérdida y un remordimiento, los cuales eran suficientes para llenar toda una vida.

“¿Abandonarías a tu hijo con una mujer como yo?” La pregunta le picó la garganta.

“¿Qué?” Thorn se quedó helado.

Felicity obligó a que su voz se mantuviera firme. Si se sobreexcitaba, ahuyentaría a Thorn, tal vez para siempre. “Tengo más confianza en tu juicio de lo que pareces. Te pido, por el bien de nuestro hijo, que escuches lo que tengo que decir con el corazón y la mente abiertos. Si haces eso, te prometo que te daré al bebé para que lo críes, una vez que nazca.”

“Si este es otro truco tuyo...” Thorn le quitó el abrigo de las manos, pero no hizo ningún movimiento hacia la puerta desbloqueada.

Felicity negó con la cabeza. “Nunca diría tal cosa si no lo dijera en serio con todo mi corazón.”

Durante un momento que se prolongó casi demasiado para soportarlo, Thorn no se movió ni habló.

Por fin encontró su voz. “¿Por qué?”

“¿Por qué te daría a mi bebé?” La perspectiva hizo temblar a Felicity. “Porque hoy he demostrado que no puedo ser una buena tía y mucho menos una madre decente. Mientras tanto, tú has demostrado que puedes ser madre y padre a la vez.”

Si permanecía un minuto más, se desmayaría. Y Thorn probablemente la atraparía, como lo había hecho la noche en que comenzó todo este fatídico viaje a Gretna. Entonces, algún compuesto de compasión y deseo podría dominar su razón y aceptar lo que ella le dijera sin creerlo realmente.

Por mucho que quisiera retenerlo, ella no podía hacerlo a ese precio.

Sus piernas tenían la fuerza suficiente para llevarla de regreso a la cama. “Si todavía deseas irte, no haré nada más para impedírtelo.”

Se tapó la ropa de cama hasta la barbilla, sabiendo que ni su calor, ni el de la chimenea podrían protegerla del frío de la partida de Thorn.

La oscuridad ya había caído en serio, pero las brasas del pequeño fuego emitían suficiente luz rosada para que Felicity pudiera ver a Thorn inclinarse y recoger sus botas.

Cuando se enderezó de nuevo y caminó hacia la puerta, Felicity tuvo que morderse el

labio para evitar gritar su nombre.

Quizás algo en él escuchó y respondió a su muda súplica, porque dio la vuelta, se apoyó contra la puerta y lentamente se deslizó hasta el suelo.

“Adelante, habla entonces.” Las palabras surgieron de él en un suspiro de cansancio. “Haré que cumplas tu promesa sobre el niño, claro. Cueste lo que cueste.”

Ahora que le había dado la oportunidad de explicarse, Felicity apenas podía reunir la voz para empezar. “Cualquier otra cosa que dudes, confía en esto. No te tomé como mi amante para engendrar un hijo. Creí lo que te dije la noche que St. Just nos presentó, que yo era estéril y, por lo tanto, tan libre como cualquier hombre para disfrutar de mi placer.”

“Lo recuerdo.”

Felicity también. Si pudiera volver a esa noche en el Upper Assembly Rooms, sabiendo lo que ahora conocía, ¿volvería a tomar a Thorn Greenwood como su amante? ¿O se conformaría con pedir un baile y ahorrarse todo lo que había sucedido desde entonces?

La respuesta que brotó de lo más profundo de su corazón la sorprendió y asustó. ¿Había cambiado tanto durante esta loca carrera hacia Gretna?

“Cuando me di cuenta de que debía estar embarazada, me quedé tan estupefacta como tú hace un momento. Debí haberme preguntado cientos de veces cómo era posible hasta que finalmente adiviné la verdad: que las mujeres que mi difunto marido había tenido no fueron fieles.”

Un gruñido suave y agudo procedente de la puerta le dijo a Felicity que a Thorn tampoco se le había ocurrido la idea.

“No puedo entender por qué nunca lo había visto antes, especialmente porque ninguno de los hijos naturales de Percy se parecía a él, excepto en su propia imaginación.”

“Tsk, tsk. Pobre Lady Lyte,” murmuró Thorn. “Todos esos años, una esposa sin hijos, para luego ver su viudez alegre arruinada por un bebé inconveniente.”

Una réplica enojada subió a los labios de Felicity, pero se recordó a sí misma que la amargura de su tono era solo una medida de su dolor.

“No pensé tal cosa. Estaba fuera de mí de alegría y más agradecida de lo que puedas imaginar. Creo que fue a partir de ese momento que comencé a enamorarme de ti.”

“¡Ja!” Thorn se burló de ella... como se merecía. “Debo decir que tienes una forma muy singular de mostrar gratitud y afecto. Esa encantadora nota, por ejemplo, en la que me dijiste que me esfumara. La forma en que amenazaste con echarme de tu casa, cuando entré buscando a mi hermana.”

“Sé que te traté abominablemente, y nunca me he arrepentido tanto de nada en mi vida. Pero, ¿qué iba a hacer, Thorn? Si te hubiera contado sobre el bebé de inmediato, ¿qué habrías hecho?”

“Me ofrecí para casarme contigo, *naturalmente*.”

“*Naturalmente*.” Era poco consuelo saber que al menos en eso ella había tenido razón. “¿Todo el tiempo me preguntaba si había mentido sobre mi esterilidad para atraparte?”

“¡Nunca!”

“¿Nunca?” Ella lo desafió en un susurro.

Después de una pausa pensativa, Thorn admitió: “quizás se me hubiera pasado por la cabeza.”

“Te dije lo reacia que era para volver a casarme y todas las razones.”

“Lo hiciste.”

“Y parecías entenderlo mejor que yo misma. ¿No puedes encontrar ahora una migaja de

esa comprensión en tu corazón?”

“Yo podría.” El hombro de Thorn se inclinó, como si le hubieran pedido que llevara una carga de más. “Pero, ¿por qué debería hacerlo? ¿Pensaste en mí cuando decidiste sacarme de tu vida y criar a nuestro hijo sin mi conocimiento?”

“No,” admitió Felicity. “Al menos, no lo suficiente. Te he dicho, una y otra vez, que soy una persona egoísta, Thorn. Siempre lo tomaste a la ligera o afirmaste que lo entendías. ¿Cómo lo llamaste una vez: autoprotección? Hice lo que creía que tenía que hacer para protegerme a mí y a mi hijo.”

“¿De mi parte?”

“De un hombre al que apenas conocía excepto como un compañero agradable y un amante considerado.”

“¿Me conoces mucho mejor ahora?” Desde el otro lado de la habitación su mirada oscura la taladraba. “¿Lo suficientemente bien como para entregarme a tu hijo, a cambio de una hora de escucha, y sin promesas?”

“Sé que si nuestro hijo necesita ser protegido de uno de sus padres, ese soy yo.” ¿Estaba llegando a él? ¿O el cansancio había minado la energía de la ira de Thorn, haciéndolo parecer más tolerante de lo que sentía? Al menos, parecía que había disipado la fea sospecha de que lo había utilizado deliberadamente para engendrar a su hijo.

Eso era un pequeño consuelo, sin duda. Pero Felicity lo aceptó y se mostró agradecida.

Si tan solo Thorn bajara el escudo que protege su corazón. Entonces, podría emplear su sabiduría especial, que no tenía nada que ver con la razón, y él podría juzgarla menos por sus fracasos pasados que por sus promesas futuras.

Sin embargo, si él la exigía con cualquier otra medida que no fuera su generosa compasión, Felicity sabía que se quedaría lamentablemente corta.

* * *

Tal como había predicho, Thorn se encontró queriendo creer cada palabra encantadora que salía de los labios de Felicity. Precisamente, por eso no debía hacerlo.

¡Un bonito acertijo! Y él estaba demasiado exhausto para descifrarlo. Tenía que concederle un punto: probablemente, ella lo conocía mucho mejor después de aquella semana turbulenta que durante todo el agradable y tranquilo interludio en Bath. Ciertamente, él también la conocía mucho mejor que cuando partieron hacia Gretna Green.

O eso había pensado ella hasta hace una hora.

“Supongamos que estoy dispuesto a creer lo que me has dicho hasta ahora.” Hizo una pausa para permitirse un profundo bostezo. “¿Solo me estabas engañando, desde que salimos de Bath, con toda esta charla sobre matrimonio? ¿Cómo puedo saber que no aprovechaste el inocente plan de Ivy para buscar pareja, como una forma conveniente de deshacerte de mí por fin?”

“¡Todo lo que se hablaba del matrimonio era verdad!” Sus palabras resonaron con una convicción desesperada.

“Excepto el gran alboroto por no poder tener hijos. Cuando pienso en cómo luché por aceptar eso, todo el tiempo estabas embarazada de mi hijo.” Si no hubiera estado tan terriblemente cansado, Thorn se habría marchado en ese momento.

“Tenía que saber que te preocupabas por mí como algo más que una fuente de hijos. Si recuerdas algo que te dije sobre mi matrimonio con Percy, tal vez puedas entenderlo.”

Posiblemente, si él tuviera una buena noche de sueño, un desayuno caliente y varias tazas

de café, podría repasar todo lo que había pasado entre ellos para separar lo verdadero de lo falso. No obstante, Thorn dudaba que pudiera dormir profundamente hasta que hubiera resuelto todo satisfactoriamente.

Desde la oscuridad, Felicity lo desafió. “¿Fue lo que hice realmente mucho peor que cuando tu amigo, el señor Temple, le dijo a Rosemary que había perdido su dinero cuando no era así?”

Su pregunta sacó a Thorn de su letargo. “¡Por supuesto, fue diferente! A Rosemary le importaba un comino la fortuna de Merritt!”

“Mientras que a ti te importaba mucho tener una familia.” La nota lastimera en la voz de Felicity le dijo que estaba al borde de las lágrimas. “Sin embargo, todavía estabas dispuesto a casarte conmigo, aunque pensabas que no podía darte hijos. No puedes imaginar lo que eso significó para mí, que nunca he sido amada por mi propia cuenta.”

En medio del cambiante atolladero de verdad y falsedad, en el que ahora se revolcaba, Thorn pudo sentir algo sólido debajo de él por primera vez. ¿Pero era lo suficientemente grande como para construir sobre este?

“Tú fuiste quien dijo que debemos sopesar cada cosa que se interpone entre nosotros, frente a la perspectiva de un futuro separados. Sé que todo esto debe pesar mucho en mi contra, Thorn. Demasiado.”

Ella pareció encogerse, ante sus ojos cansados, y su voz sonó desolada, aunque curiosamente resignada. “De alguna manera, encontraste cómo perdonarme por la forma en que me comporté. Te conozco lo suficientemente bien como para estar segura de que no puedes perdonarme esto. Solo quería que escucharas mi versión. Has sido más que paciente en eso. No te detendré más.”

En ese momento, un recuerdo muy antiguo surgió en la mente de Thorn, mientras todos los demás se quedaban dormidos. Una cita de sus días escolares, aprendiendo clásicos. Pitágoras, ¿verdad? ¿O Arquímedes? *Dame un lugar sólido donde pararme y podré mover el mundo.*

También le vinieron otras palabras a la mente. Algunas que había oído por primera vez hacía mucho tiempo y de las que su hermana se había hecho eco hoy. *El amor tiene un gran poder, ya sabes, si tan solouviéramos el coraje de usarlo.*

Se necesitaba valor para que un hombre de razón lo dijera: “me equivoqué.”

“¿Qué?”

Thorn quiso hacerse la misma pregunta. Desde algún extraño lugar, recién nacido dentro de él, surgió una respuesta que lo sorprendió al menos tanto como parecía asombrar a Felicity. “Me equivoqué al hablar de pesar el amor como tantas coles en el mercado. Tampoco es como un saldo bancario, con depósitos, retiros e intereses cobrados por un sobregiro.”

No recordaba haberse puesto de pie, pero de repente Thorn se encontró parado. No sabía hacia dónde lo llevarían sus pies.

“Entonces, ¿qué es?” Preguntó Felicity en un murmullo que sonaba esperanzado, aunque asustado.

“El amor es una apuesta de todo o nada,” se escuchó decir Thorn, mientras daba un paso hacia la cama.

“Por más de lo que puedes permitirte perder.” Dio otro paso. “Contra todo pronóstico.”

Si su padre se hubiera arriesgado a contarle a Thorn el verdadero estado de sus asuntos, podrían haber trabajado juntos para recuperar sus pérdidas. En lugar de eso, Royce Greenwood se había llevado su vergüenza secreta a la tumba. ¿Había sido demasiado orgulloso para revelar su locura a sus hijos? ¿O había temido que nunca lo perdonarían?

Thorn oyó un crujido de ropa de cama.

“Eso no parece algo que haría un hombre sensato,” susurró Felicity, a solo unas pulgadas de distancia.

Thorn se encogió de hombros. “No lo es.”

“Después de todo lo que ha pasado, ¿eres lo suficientemente imprudente como para jugar tu felicidad en una propuesta arriesgada como yo?” Felicity sonaba tan desamparada y vulnerable, nada que ver con la inteligente y confiada dama de fortuna que lo había reclutado para convertirse en su amante.

Ahora Thorn comprendió que su aparente seguridad había sido una fachada frágil. En el rico suelo de su amor, la verdadera confianza echaría raíces y florecería, a prueba de la inseguridad que la había llevado a ponerlo a prueba una y otra vez.

Él mantuvo los brazos abiertos hacia ella. “Creo que las ganancias valdrán el riesgo... para nosotros y por nuestro hijo.”

“Eres cien veces demasiado bueno para mí.” Felicity se dejó llevar por su abrazo. “Pero me esforzaré con todo mi corazón por ser digna de ti y hacerte feliz.”

Thorn inclinó la cabeza suavemente hasta que su frente descansó contra la de ella. “Permítete ser feliz, amor mío, y no podrás dejar de traerme la felicidad.”

Ella levantó sus labios hacia los de él como una flor seca, bajo la cálida y suave lluvia, y en lo más profundo de su corazón, Thorn supo que así sería.

Epílogo

Lathbury, Inglaterra, febrero de 1816.

“Lo juro, nunca he visto un bebé de temperamento más dulce.” Ivy Armitage acarició la suave mejilla de su pequeña sobrina y tocaya, Olivia Ivy Greenwood. “Ni una palabra de ella en el bautizo. Ni siquiera cuando el vicario vertió esa fría agua bautismal en su querida coronilla.”

Mientras una suave y delicada caída de nieve cubría la campiña de Buckinghamshire, un alegre resplandor crepitaba en la chimenea de la sala de estar de Barnhill, donde toda la familia Greenwood se había reunido para el desayuno del bautizo de la señorita Olivia.

“¿Oíste eso, amo Hawthorn?” Le preguntó Rosemary Temple a su pequeño y robusto hijo, mientras lo balanceaba en sus brazos. “Tu tía Ivy quiere recordarles a todos, que lloraste lo suficientemente fuerte en tu bautizo, como para hacer que a todos nos zumbaran los oídos durante horas después.”

El niño parpadeó con sus enormes ojos azules y se rió de la cara graciosa que había puesto su madre.

Merritt Temple hizo una pausa en la historia que le estaba leyendo a su hijo mayor. “No te rías, joven bribón. Los nervios del vicario no han sido los mismos desde entonces.”

Desde su puesto, junto al aparador, donde servía ponche caliente en tazas, Thorn Greenwood gritó: “la perspectiva de una tribu de jóvenes y lujuriosos Armitage en la pila bautismal probablemente llevará al pobre al retiro.”

“De hecho,” dijo Merritt, lanzando una mirada inquisitiva de Oliver a Ivy y viceversa. “¿Existe alguna posibilidad de que eso suceda en un futuro próximo?”

Oliver no respondió, mirando al suelo y sonrojándose.

“¡Ajá!” Thorn y Merritt gritaron al unísono.

“¡Felicidades!” Rosemary se agachó para besar la mejilla de su hermana. “¿Cuándo podemos esperar la nueva llegada?”

“¡Thorn!” Gimió Ivy. “Estaba guardando la noticia para un anuncio sorpresa en el desayuno.”

“¿Alguien mencionó el desayuno?” Felicity Greenwood entró rápidamente en la sala de estar. “Todos deben estar hambrientos ahora.”

Aunque Ivy había visto a su cuñada, a menudo durante el verano y el otoño, seguía sorprendida por el cambio que el matrimonio con Thorn había producido en Felicity. Todo en ella parecía haberse suavizado y madurado. El resplandor especial de la maternidad había enriquecido aún más su belleza oscura y delicada.

“He venido a decirles que por fin todo está listo.” Felicity los llamó a todos. “Comamos, mientras está bien caliente. ¿Y qué es eso que escucho sobre un anuncio? No les has dicho ya, ¿verdad Thorn?”

“No, mi querida.” Thorn le entregó a su esposa una taza de ponche y otra a Oliver. “Solo deduje que los Armitage tienen un evento feliz a la vista. Ahora Ivy está molesta conmigo por adivinar. ¿Estarás enojada con ella y tu sobrino por convertir a una mujer de tus tiernos años en tía abuela?”

“De hecho no.” Felicity tomó la mano de Oliver y se la apretó. “Especialmente si tienen la amabilidad de proporcionarle a Olivia una prima pequeña como compañera de juegos. Odiaría

verla superada en número por los niños.”

“No intenten desviarnos, ustedes dos.” Merritt Temple cargó a Harry, de tres años, sobre sus hombros. “¿Cuál es esa noticia que no nos has contado, Thorn? Esta mañana la gente está dejando salir gatos de las bolsas a diestra y siniestra.”

El amo Harry se movía, mirando por toda la habitación. “¡No veo ningún gato, papá!”

Thorn se rió, mientras Merritt intentaba explicarle la curiosa figura retórica a su hijo. “No temas. Pronto escucharás mis noticias. Vamos a desayunar, antes de que se enfríe.”

Como si fuera debido a una señal, un trío de sirvientas apareció para llevar a los invitados más jóvenes a la recién renovada guardería de Barnhill. Mientras tanto, los padres, tías y tíos se dirigieron al comedor para disfrutar de un festín de cosas buenas, todo ello aderezado con risas y charlas agradables.

“¿Kipper, Oliver?” Preguntó Merritt, mientras se servía una generosa porción. “Dicen que el pescado es bueno para el cerebro. Por cierto, ¿cómo avanza tu investigación? ¿Hiciste algún gran descubrimiento?”

Oliver le tendió su plato. “No grandes, sino una serie de pequeños, cada uno de los cuales se basa en los demás, lo cual es muy gratificante. Estoy trabajando en algunas aplicaciones de fábrica, especializadas para la máquina de vapor, que ahorrarán muchas horas de trabajo humano, y me pagarán bastante bien por cada una.”

Debajo de la mesa, Ivy tocó el pie de su marido. Cuando él la miró, ella le lanzó una sonrisa maliciosa. “Oliver ha estado intrigado por el funcionamiento de las máquinas de vapor desde que nos fuimos a Gretna Green.”

Seguía siendo uno de sus chistes privados favoritos de su noche de bodas: ¿cómo Oliver había comparado el acto de hacer el amor con un pistón y un cilindro!

Su marido se aclaró la garganta y se ajustó las gafas. Aunque logró mantener una cara sobria y continuar su conversación con Merritt, Ivy sintió que estaba luchando por contener una sonrisa tímida. Él le lanzó una mirada que le decía que pagaría su descaro de una manera muy agradable, tan pronto como estuvieran solos.

Al mirar a su izquierda, Ivy vio a Felicity y Rosemary con las cabezas juntas como dos hermosas imágenes especulares, una oscura y otra dorada. Por lo poco que pudo captar de su conversación susurrada, parecía que se trataba de los bebés.

Ivy nunca antes había tenido mucha paciencia con el tema, pero últimamente sus sentimientos habían empezado a cambiar. Sospechaba que ellas sufrirían una reversión completa, una vez que pudiera sostener a su pequeño, en sus brazos.

Por fin, la mirada de Ivy se dirigió a la cabecera de la mesa, donde encontró a su hermano, observando a su familia con silencioso orgullo y satisfacción. Un eco de esas emociones se agitó en su corazón. Tres de las parejas casadas más felices de todo el reino se sentaron alrededor de esta misma mesa, y ella había contribuido a unir a cada uno de ellos.

Cuando las bandejas estaban casi vacías y la conversación empezó a decaer, Rosemary habló. “No nos mantengas más en suspenso, Thorn. ¿Cuál es esa noticia que planeabas contarnos?”

Thorn se levantó de su silla. “Nada tan trascendental como lo de Oliver e Ivy, pero de todos modos tengo muchas ganas de compartirlo con mi familia. Pensé que les gustaría saber que finalmente logré saldar todas las deudas de mi padre y comencé a acumular capital en mi derecho propio.”

Los Temple y los Armitage aplaudieron esta noticia. Aunque su hermano les había comunicado su situación a ella y a Rosemary, Ivy sabía que eso le había pesado.

“Gracias, gracias.” Thorn agradeció sus aplausos y felicitaciones. “Todos mis conocidos probablemente creen que debo esta renovada prosperidad a la fortuna de mi esposa.”

Felicity negó con la cabeza. Nadie, al ver la mirada de transparente admiración que dirigió a su marido, podría dudar de que Thorn lo había conseguido enteramente gracias a sus propios esfuerzos.

“En verdad,” expresó Thorn, “debo mucho más a la confianza de mi esposa en mis habilidades que a sus propiedades. Mientras aquí conozcamos sus derechos, el resto del mundo puede pensar lo que quiera.”

Cuando Thorn volvió a tomar asiento, Merritt Temple se puso de pie. “Creo que esto merece un brindis. Por mi querido amigo y hermano, que ha perseverado y triunfado en sus asuntos comerciales. Ese logro solo se ve eclipsado por su brillante éxito al criar a dos queridas y encantadoras hermanas.”

“¡Por Thorn!” Todos brindaron por sus logros con una cálida voluntad.

“Espero que no hayan agotado sus copas,” dijo Felicity, levantándose de su lugar frente a su marido, “porque yo también tengo que brindar. Brindemos por las maravillosas noticias de Ivy y Oliver. Que estén tan felices con su nueva familia, como lo hemos sido Thorn y yo, gracias a sus esfuerzos.”

Todos brindaron por la felicidad de los Armitage con el mismo entusiasmo con el que habían saludado la nueva prosperidad de Thorn.

Ivy parpadeó para contener las lágrimas de gozosa satisfacción, incluso mientras bromeaba: “con tres matrimonios felices en mi haber, todos se sentirán aliviados al saber que planeo retirarme del emparejamiento para no correr el riesgo de empañar mi perfecto historial.”

Mientras su familia se reía, apurándose a llenar sus copas, a Ivy se le ocurrió un último pensamiento. “¡Al menos hasta que la próxima generación de Greenwood crezca y necesite un poco de ayuda de su tía Cupido!”

El fin.